

Población, crisis y perspectivas demográficas en México	Título
Menkes, Catherine - Compilador/a o Editor/a Hernández Bringas, Héctor Hiram - Autor/a	Autor(es)
Cuernavaca, Morelos	Lugar
Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias/UNAM CRIM	Editorial/Editor
2005	Fecha
	Colección
Crisis económica; Urbanización; Demografía; Migración; Trabajo femenino; Mercado de trabajo; Población; México; América Latina;	Temas
Libro	Tipo de documento
http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/Mexico/crim-unam/20100430014103/Pob_crisis_perspecon.pdf	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)

Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)

www.clacso.edu.ar



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Latin American Council of Social Sciences



POBLACIÓN, CRISIS
Y PERSPECTIVAS DEMOGRÁFICAS
EN MÉXICO

DIRECTORIO DE PARTICIPACIÓN

ORGANIZACIÓN DEL SEMINARIO POBLACIÓN,
CRISIS Y PERSPECTIVAS DEMOGRÁFICAS EN MÉXICO

DR. RODOLFO TUIRÁN

*Presidente de la Sociedad Mexicana de Demografía
(SOMEDE) 1998-2000*

DR. HÉCTOR H. HERNÁNDEZ BRINGAS

*Director del Centro Regional
de Investigaciones Multidisciplinarias 1995-2003*

MTRA. CATHERINE MENKES BANCET

*Investigadora del Centro Regional
de Investigaciones Multidisciplinarias*

NORMA ANGÉLICA GUEVARA RAMOS

*Organización logística
Asistente ejecutivo (CRIM)*

PUBLICACIÓN

MTRA. CATHERINE MENKES BANCET

DR. HÉCTOR H. HERNÁNDEZ BRINGAS
Coordinadores

LIC. ROSA LILIA ÁLVAREZ GARCÍA

Apoyo Técnico a la Investigación (CRIM)

ING. SERGIO RAÚL REYNOSO LÓPEZ

Secretario Técnico (CRIM)

CATHERINE MENKES BANCET
HÉCTOR H. HERNÁNDEZ BRINGAS
COORDINADORES

POBLACIÓN, CRISIS
Y PERSPECTIVAS DEMOGRÁFICAS
EN MÉXICO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias
SOCIEDAD MEXICANA DE DEMOGRAFÍA
Cuernavaca, Morelos, 2005

HB849.41
P63

Población, crisis y perspectivas demográficas en México. / Catherine Menkes Bancet y Héctor H. Hernández Bringas, coords. Cuernavaca: UNAM, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, 2005.

353 p.

ISBN: 970-32-2571-3

1. Población - Aspectos económicos - México. 2. Migración - México. 3. Urbanismo - México. I. Menkes Bancet, Catherine, coord. II. Hernández Bringas, Héctor H., coord.

Catalogación en publicación: Martha A. Frías - Biblioteca del CRIM

Diseño de cubierta: Poluqui

Primera edición: 2005

© Universidad Nacional Autónoma de México,
Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias,
Av. Universidad s/n, Circuito 2, Col. Chamilpa, CP 62210,
Cuernavaca, Morelos, México.

Correo electrónico: crim@servidor.unam.mx

Sitio en Internet: <http://www.crim.unam.mx>

ISBN: 970-32-2571-3

Impreso y hecho en México

AGRADECIMIENTOS

Agradecemos a los investigadores sus contribuciones presentadas en el Seminario Población, Crisis y Perspectivas Demográficas en México; la importancia de sus temas hicieron posible esta publicación. De una manera muy particular, un reconocimiento para Rosa Lilia Álvarez García, quien hizo la revisión técnica de cada uno de los trabajos y por el empeño puesto en la realización de este libro.

También agradecemos el apoyo que nos brindaron el Secretario Técnico del CRIM, Sergio Raúl Reynoso López, y a Angélica Guevara Ramos, quienes colaboraron tanto en la recepción de los contenidos, dictámenes, así como en la organización del Seminario.

CONTENIDO

DIRECTORIO	4
AGRADECIMIENTOS	7
INTRODUCCIÓN	11
<i>Catherine Menkes</i>	
DISCURSO DE INAUGURACIÓN	19
<i>Rodolfo Tuirán</i>	
LA ESTRATEGIA DE ECONOMÍA ABIERTA DE MÉXICO	27
<i>Alejandro Nadal</i>	
URBANIZACIÓN Y CRISIS EN MÉXICO EN EL ÚLTIMO CUARTO DEL SIGLO XX	59
<i>Francisco Rodríguez Hernández y Guillermo Olivera Lozano</i>	
REESTRUCTURACIÓN ECONÓMICA Y FEMINIZACIÓN DEL MERCADO DE TRABAJO EN MÉXICO	91
<i>Brígida García</i>	
POBLACIÓN, CRISIS Y PERSPECTIVAS DEMOGRÁFICAS EN AMÉRICA LATINA	115
<i>Carmen A. Miró G.</i>	

REFLEXIONES SOBRE “POBLACIÓN, CRISIS Y PERSPECTIVAS DEMOGRÁFICAS EN MÉXICO”	143
<i>Gustavo Cabrera Acevedo</i>	
MIGRACIÓN Y CRISIS ECONÓMICA EN LA REGIÓN METROPOLITANA DE LA CIUDAD DE MÉXICO	157
<i>Virgilio Partida Bush</i>	
CAMBIOS MIGRATORIOS DE LA REGIÓN CENTRO DE MÉXICO EN EL CONTEXTO DE LA CRISIS	173
<i>Ana María Chávez y Julio Guadarrama</i>	
DESCENSO DE LA FECUNDIDAD Y AJUSTE ESTRUCTURAL EN MÉXICO, ¿MODERNIZACIÓN SIN DESARROLLO?	233
<i>Carlos Welti</i>	
MORTALIDAD Y CRISIS EN MÉXICO	257
<i>Carlos J. Echarri</i>	
POBLACIÓN Y AMBIENTE: UNA LECTURA DESDE LA PERSPECTIVA DE LA SALUD	317
<i>Carolina Martínez S. y Gustavo Leal F.</i>	
PERSPECTIVAS SOBRE ENVEJECIMIENTO DEMOGRÁFICO Y SU POTENCIALIDAD DE CRISIS	329
<i>Roberto Ham Chande</i>	

INTRODUCCIÓN

Catherine Menkes

En este libro se compilan trabajos presentados en el seminario “Población, crisis y perspectivas demográficas en México”, organizado por la Sociedad Mexicana de Demografía (SOMEDE) y el Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (CRIM) en Cuernavaca, Morelos.

Constituye una reflexión de especialistas en torno a los cambios económico-sociales y demográficos ocurridos desde principio de los años ochenta, así como la influencia ejercida por el modelo económico neoliberal en las políticas macrosociales, el empleo, los salarios, el desarrollo urbano y regional, asimismo, en los eventos demográficos como la fecundidad, la mortalidad y la migración. Las transformaciones se analizan en un contexto de crisis, de pobreza y desigualdad social.

El discurso de inauguración del doctor Rodolfo Tuirán explica muy claramente los principales objetivos del seminario y el marco social y económico donde se desarrollan las tendencias poblacionales en un contexto de crisis.

Las primeras investigaciones que se presentan en el libro muestran una perspectiva macrosocial de los procesos económicos y sus consecuencias en el bienestar y participación económica de los hogares. Después se revisan los recientes procesos de desarrollo urbano asociados con el producto interno bruto de las

distintas regiones de México, y se exponen las transformaciones económicas en el tipo y calidad del empleo. Además, se estudia la relación entre los procesos económicos y la dinámica demográfica. Se ofrece un panorama general de las tendencias económicas y demográficas de la región latinoamericana, que permite compararla con lo que sucede al respecto en nuestro país. Asimismo, se analizan en detalle las transformaciones recientes en la estructura por edad de la población, los procesos migratorios, la fecundidad, la mortalidad y los procesos de salud-enfermedad. Finalmente, se reflexiona sobre los retos presentes y futuros que impone el binomio economía-población en nuestro país.

Con el propósito de ofrecer al lector un contenido más detallado de este libro, a continuación se escriben algunas notas de cada uno de los trabajos presentados.

Se inicia con un trabajo de Alejandro Nadal, quien analiza el modelo de economía abierta aplicado en México en las últimas décadas. El autor plantea que el modelo actual no es viable a largo plazo, y habla de la necesidad de profundizar en los modelos alternativos. En el siguiente artículo, se añade a la problemática económica, la perspectiva de la redistribución territorial. Francisco Rodríguez y Guillermo Olivera analizan algunas relaciones entre la economía y el desarrollo urbano. Los autores estudian los efectos de los cambios del producto interno bruto sobre los cambios urbanos a lo largo del siglo XX. Muestran que el crecimiento urbano y la redistribución espacial responden en buena medida a los vaivenes de la economía; sin duda, la redistribución espacial ha impulsado el desarrollo de regiones menos desarrolladas; con todo, —concluyen— el panorama del empleo y la calidad de los trabajos es bastante sombría. Sobre el empleo, Brígida García nos muestra de qué manera han impactado negativamente la fuerza de trabajo en su conjunto las transformaciones en los procesos económicos, particularmente a las mujeres. Las

condiciones de crisis han impulsado la feminización del mercado de trabajo, y también han conducido a que hoy exista un mayor número de trabajadores de ambos sexos en condiciones cada vez más vulnerables.

Estos procesos, así como las crisis estructurales y coyunturales, no son exclusivas de nuestro país, sino que responden, en parte, al nuevo modelo de política económica que afecta a las distintas regiones del mundo. En una perspectiva más amplia, Carmen Miró revisa los cambios económicos en América Latina y la evolución demográfica. Muestra que los problemas estructurales y su agudización por las políticas neoliberales son preocupantes, ya que los problemas de empleo, de disminución del salario real, la extensión de la pobreza y la cada vez más desigual distribución del ingreso, junto con los procesos inflacionarios, el deterioro de la relación de los términos de intercambio y la elevación del endeudamiento externo, han seguido empeorando en muchos de los países de la región. Las condiciones económicas de muchos países de Latinoamérica combinadas con una población en expansión —nos dice la autora— explican por qué, en la región, en 1994, se tuvieron más de 209 millones de pobres, un aumento de más de 73 millones con respecto a 1980. Al revisar las tendencias demográficas junto con los procesos económicos, asevera que la transición demográfica —con sus distintas particularidades— ya se ha instaurado en todos los países de la región, y que todo parece indicar que seguirá avanzando. También habla sobre los retos que imponen los cambios demográficos en países con enormes rezagos sociales y económicos.

En el siguiente trabajo, Gustavo Cabrera también reflexiona sobre la relación que hay en México entre la crisis y las tendencias demográficas pasadas y futuras. Argumenta que los problemas económicos sí han frenado, de alguna manera, la disminución de la tasa de crecimiento de la población, al haberse perfilado

de manera muy acentuada en los años setenta y principio de los ochenta. El ritmo de descenso de la tasa de crecimiento natural —nos dice— presenta distinta intensidad según el periodo analizado. Así, de 1977 a 1982 la tasa de crecimiento natural cambió de 2.97% a 2.56%, es decir, disminuye 0.41 puntos porcentuales y en el siguiente periodo, de 1982 a 1988, sólo disminuye en .28 puntos. La pérdida de intensidad en la caída de la fecundidad es, en parte, normal en un proceso de transición, debido, entre otras cosas, a que, en el inicio del proceso, había una acumulación de demanda por uso de anticonceptivos, aunque también esto, el autor lo relaciona con el hecho de que el abatimiento de la reproducción ha tenido que enfrentar cada vez más grupos poblacionales “duros”, es decir, aquéllos en los que no se encuentra consolidada la demanda por anticonceptivos y que, en México, son los grupos sociales más pobres. El autor se pregunta si el desaceleramiento en la baja de la fecundidad de ese periodo no responde a la falta de recursos financieros destinados a los programas de planificación familiar.

Las migraciones internas han sufrido cambios cuantitativos y cualitativos; quizás uno de los más importantes se refiere a la importante emigración de la zona metropolitana de la Ciudad de México y el descenso en el ritmo de inmigrantes que ahí llegan. Al respecto, Virgilio Partida estudia la relación entre los años de crisis económica y la evolución de la migración a dicha región, e infiere que la crisis económica de los años ochenta aceleró las tasas de emigración, mas no propició que la región metropolitana se convirtiera en una zona de rechazo. Una de las hipótesis principales del estudio consiste en plantear que la crisis económica de los años ochenta, acentuó sólo temporalmente la tasa de emigración de la región metropolitana hacia otras entidades del país. El autor sostiene que los cambios en las variables demográficas como la fecundidad, la mortalidad y la migración, pueden

ser acelerados o frenados por las crisis coyunturales, pero, finalmente, su camino está determinado por aspectos estructurales de largo plazo.

Por su parte, Ana María Chávez y Julio Guadarrama exploran algunas relaciones entre los cambios migratorios de la región Centro de México y su reestructuración económica, acaecidos durante la crisis de largo plazo de los años ochenta y noventa. Parten de la premisa de que las relaciones entre las transformaciones económico-regionales y los cambios en los movimientos migratorios no son lineales, inmediatas ni ubicuas, demostrando que, durante los años ochenta, los principales estados industriales del Centro enfrentaron una severa crisis económica que propició la reducción de la inmigración, un notable aumento de la emigración y, en consecuencia, un saldo migratorio negativo para la región. Esta información también les permite sostener que la crisis no fue un proceso generalizado, pues otras entidades federativas tuvieron un crecimiento significativo en la industria y los servicios, así como en la inmigración. Este escenario se modificó nuevamente en el primer lustro de los años noventa, cuando los estados de mayor nivel de industrialización —y la región en conjunto— recuperaron parcialmente su dinamismo económico y migratorio.

Otra variable que forma parte de los componentes demográficos y que, sin lugar a dudas, ha experimentado cambios fundamentales en los últimos años, se refiere a la fecundidad de las mujeres. Los niveles de fecundidad han descendido a casi una tercera parte del promedio que se observó hace treinta años. El acceso y legitimización ideológica del uso de métodos anticonceptivos ha sido decisivo en este descenso. Sin embargo, si el número de hijos ha bajado de manera drástica, las encuestas demográficas han revelado que las mujeres no tienden a posponer la llegada del primer hijo. Muchas de las mujeres jóvenes tienen

como meta principal ser madres y esposas, poniendo en segundo término el desarrollo personal y el progreso individual. Aunque estos factores se han ido transformando gradualmente por el aumento de los niveles de escolaridad, y, sobre todo, por la creciente incorporación de las mujeres a las actividades remuneradas, el cambio en los factores culturales en torno al papel de la mujer en la sociedad ha sido mucho más lento. Carlos Welti, al analizar el descenso de los niveles de fecundidad de las décadas recientes, indica la persistencia de la fecundidad temprana. También señala que la brecha en el número de hijos promedio de las familias de distintas condiciones sociales ha experimentado disminuciones importantes.

Ahora bien, no únicamente se encuentran diferencias en el número de hijos según distintas condicionantes sociales, sino también persisten dramáticas desigualdades en los niveles de mortalidad de acuerdo con las características socio-económicas. Carlos Echarri expone de manera puntual la evolución de las tasas de mortalidad desde los años setenta y su relación con los cambios en las condiciones de vida de la población. Asimismo, analiza la evolución de las tasas de mortalidad por causa en los años de crisis y su relación con los cambios en los servicios públicos y las políticas sociales de ayuda familiar que —según el autor— sirvieron como amortiguador para reducir los efectos de la crisis en los niveles de mortalidad de la población.

Así, hay un consenso general acerca de que también la mortalidad ha continuado su intensa caída, especialmente en las primeras edades. Sin embargo, la fase de transición en la que nos encontramos, todavía hace posible abatir este fenómeno con medidas relativamente simples de alta efectividad. Aunque dentro del país las disparidades continúan siendo enormes, aún ocurren muertes por padecimientos controlables, y vivimos todavía episodios donde emergen enfermedades infecto-contagiosas que se

creían erradicadas. Estas reflexiones imponen retos en políticas económicas, sociales y demográficas.

Por otro lado, se contemplan actualmente otros factores que se asocian con las causas de la mortalidad y al proceso de salud-enfermedad de la población en nuestro país. Nos referimos al entorno ambiental y su impacto en las condiciones de salud. Carolina Martínez y Gustavo Leal estudian la relación entre la población y el ambiente desde la perspectiva de la salud. Critican las concepciones utilitaristas de la salud, insertas en la lógica del mercado y reflexionan sobre la relación entre salud-desarrollo y sus paradojas, entre ellas, los efectos que provoca el desarrollo y el consumo al medio ambiente y cuyo impacto en la salud es negativo. Proponen y fundamentan teóricamente las razones por las cuales es necesario revisar la metodología que mide el impacto del deterioro ambiental y los riesgos en la salud.

Finalmente, Roberto Ham discute sobre uno de los retos más importantes que enfrenta la demografía en las próximas décadas: la creciente participación de la población envejecida en la estructura de edad de la población. Las proyecciones actuales valoran que la población mayor de 65 años, prácticamente se triplicará en los próximos tres decenios, lo que plantea enormes desafíos para México. El autor propone distintos escenarios futuros a partir de las nuevas modalidades de capitalización individual, y la intervención de las afores, pero, sobre todo reflexiona acerca del sentido de lo que significa la vejez en términos de atención a la salud en sociedades en crisis.

Como conclusión puede decirse que en este libro se ofrecen nuevos elementos para seguir reflexionando sobre los retos actuales y futuros que nuestro país enfrenta en materia demográfica, de salud y en general de bienestar de la población.

INAUGURACIÓN DEL SEMINARIO POBLACIÓN, CRISIS Y PERSPECTIVAS DEMOGRÁFICAS EN MÉXICO

*Rodolfo Tuirán**

Mucho me complace dirigirme a todos ustedes en la inauguración de este Seminario, convocado de manera conjunta por la Sociedad Mexicana de Demografía (SOMEDE) y el Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (CRIM) de la UNAM. Su realización obedece a la necesidad de contar con análisis y explicaciones rigurosas y actualizadas, que contribuyan a enriquecer nuestro conocimiento sobre el cambio sociodemográfico de México, el cual, como se sabe, ha seguido, en el curso de los últimos años, multiplicando sus efectos, propiciando nuevos acomodos y planteando nuevos desafíos. Este seminario tiene, entre otros, los siguientes propósitos:

- examinar las pautas generales seguidas por el conjunto de políticas y transformaciones económicas, experimentadas por el país en el curso de las últimas dos décadas;
- hacer un balance de los efectos que las crisis recurrentes y los múltiples ajustes y reformas económicas han tenido sobre los niveles de bienestar y calidad de vida de la población mexicana; y,

* Presidente de la Sociedad Mexicana de Demografía, 1998-2000.

- aportar elementos analíticos que permitan tener una mejor comprensión de los vínculos y conexiones entre población y desarrollo en un contexto de crisis recurrentes y de reorientación del modelo de desarrollo hacia el mercado externo.

Permítanme iniciar mi intervención señalando que vivimos tiempos de transición y profunda recomposición. En el escenario internacional, han ocurrido diversos eventos y procesos de carácter geopolítico, económico y tecnológico a un ritmo acelerado, que han generado las condiciones para producir un amplio y profundo cambio estructural en las relaciones internacionales y en la economía mundial. La revolución científico-técnica, los notables avances en la informática, las comunicaciones y el transporte multimodal, las transformaciones en los procesos de trabajo, la dislocación geográfica de los procesos productivos y la creciente movilidad y centralidad del capital financiero, entre otros, constituyen fenómenos que, sin duda, han propiciado el tránsito hacia una fase de “globalización”, en la cual se estrecha aún más la interdependencia de las naciones, se promueve una presencia acrecentada del “mundo” en los procesos nacionales, y se crean nuevas formas y modalidades de dependencia respecto de los grandes centros capitalistas.

Estos procesos han afectado las estructuras preexistentes y los equilibrios anteriores, provocando enormes reajustes de carácter estructural que por su naturaleza, magnitud e impacto eran impensables hace sólo unas décadas. Para muchos países de América Latina, las tendencias esbozadas marcan el agotamiento del modelo de acumulación orientado “hacia adentro”, hecho que, a partir de 1982, trajo consigo una profunda revisión de las estrategias y orientaciones políticas del desarrollo. De ser economías con fuerte intervención del Estado y cuyo patrón predominante de industrialización se basaba en la sustitución de

importaciones, el trazo común en los países de la región ha sido la declarada exaltación del mercado, la ampliación del ámbito de libertad de los agentes económicos, la adopción de una estrategia de mayor apertura hacia el mercado mundial y su integración en bloques comerciales.

Los países latinoamericanos llegaron a ese momento de su historia cargados de de incertidumbre, cantidad de rezagos acumulados y múltiples problemas sin resolver. La década final del presente siglo replantea viejos dilemas para las sociedades latinoamericanas, que no por viejos dejan de ser vigentes, destacando, entre otros, la concentración del ingreso, la creación de un reducido mercado de alto poder adquisitivo y la exclusión económica y política de amplias capas de la población. La instrumentación de programas de ajuste, estabilización y reforma estructural -- dirigida a enfrentar, entre otros muchos problemas, la crisis del sector externo, las graves desventajas tecnológicas y las brechas de productividad ante los grandes centros capitalistas-- ha contribuido a acentuar hasta ahora muchos de los rasgos ya citados de las sociedades latinoamericanas, sin que los mecanismos compensatorios de las políticas sociales pudieran contrarrestar el sesgo sistémico hacia la profundización de las desigualdades sociales, y la extensión del ámbito de la pobreza. Hoy día, en muchos países de la región, los pobres no sólo constituyen un mayor número, sino que son también cada vez más pobres y corren el riesgo de estar condenados a seguir siéndolo por generaciones. El impacto negativo de los reacomodos estructurales se deja ver en el plano del empleo, los salarios reales, el debilitamiento de las pequeñas y medianas empresas, el exacerbamiento de las tensiones distributivas y la posposición de avances en los incipientes sistemas de bienestar y seguridad social.

En México, como en otros países de la región, la política económica neoliberal ha incluido, entre otras muchas medidas,

la aplicación del pago del servicio de la deuda mediante ajustes recesivos, acompañados de devaluaciones, caídas del producto interno bruto y la inversión; disminución de los salarios reales y de consumo interno; apertura comercial y desmantelamiento del aparato que protegía los sectores productivos; fomento a las exportaciones en detrimento del mercado interno; desregulación del sector financiero; equilibrio fiscal a cualquier precio y reducción del tamaño del sector público mediante la venta de empresas paraestatales. Asimismo, la transición hacia un nuevo modelo de desarrollo implicó la redefinición del papel y funciones del Estado, lo que a su vez propició una reestructuración de las políticas sociales en una dirección que sugiere, según algunos autores, el desplazamiento de la responsabilidad estatal hacia una co-responsabilidad de los propios grupos sociales como gestores de su propio bienestar. Los efectos sociales del ajuste no se hicieron esperar, inaugurando una época de conflictos y movimientos sociales de muy diverso signo, que pronto se manifestaron en el ámbito político.

Las facetas y rostros de las crisis recurrentes y la reestructuración económica en nuestro país se aprecian en todos los rincones de la vida social: han trastocado los espacios de la vida cotidiana de los hogares, impulsado la emergencia de cambios en los mecanismos de solidaridad dentro y fuera de la familia y alterado las relaciones sociales a nivel comunitario, de género e intergeneracionales. También se dejan ver en el debilitamiento del poder de negociación de los sindicatos, en la emergencia de la ciudadanía como protagonista social y en las formas emergentes de relación entre el Estado y la Sociedad Civil, incluido el surgimiento de nuevas modalidades y formas de organización social, el robustecimiento de fórmulas y opciones diversas de articulación de demandas sociales, el reclamo de nuevos términos de convivencia política y en la exigencia de espacios de expresión

más amplios, así como la participación en todas las esferas de la vida pública, todo lo cual ha dado lugar a una matriz de interrelaciones sociales cada vez más compleja. En este contexto, no deja de llamar la atención que el discurso democrático se haya tornado hegemónico. Sin embargo, las políticas de ajuste y reestructuración han tendido a contradecir ese discurso por la vía de reproducir e incluso agudizar una realidad marcada por la exclusión económica. En estas condiciones, no debe sorprender que los marginados y excluidos protesten, apelen a discursos que llaman la atención del poder, se resignen o vivan con otra legalidad.

Los elementos hasta aquí mencionados sugieren, insisto, que vivimos tiempos de transición y profunda recomposición. Sea de orden político-electoral hacia la democracia, de carácter urbano frente a la modernidad, en el horizonte de la interminable crisis rural o en la fascinante aventura de la desconcentración metropolitana, las transiciones constituyen espacios donde se expresan la incertidumbre social y los laberintos de la globalidad. El escenario económico y la vida institucional se transforman, las realidades asumen una velocidad vertiginosa, el diálogo político adopta otros lenguajes, la aldea global se enfrenta a la local y la explosión de identidades se expresa en las mil variantes que adoptan las organizaciones sociales.

Este seminario se convocó con la idea de promover la vinculación y articulación de búsquedas teóricas y empíricas a problemáticas demográficas muy diversas que poseen en común un rasgo singular: acontecen en espacio y tiempos pletóricos de transición y profunda recomposición económica, social, política y cultural. El contexto marcado por crisis recurrentes y por políticas económicas de corte neoliberal sirve como telón de fondo para:

- Reflexionar acerca de la situación actual y las perspectivas que ofrece el nuevo modelo de desarrollo en términos del empleo, los salarios, el gasto social, la desigualdad social, la pobreza y, en general, sobre los niveles de bienestar de la población.
- Estudiar las estrategias y respuestas de los hogares para hacerles frente a los fenómenos como la caída de los salarios reales y del ingreso familiar.
- Explorar la influencia ejercida en las últimas dos décadas por los procesos económicos, sociales y culturales relevantes sobre el volumen, dinámica, estructura y distribución territorial de la población en su expresión nacional y regional, así como sobre la mortalidad, la fecundidad, las diversas rutas y mecanismos específicos a través de los cuales operan esos procesos.
- Analizar las perspectivas económicas de mediano y largo plazo e indagar qué transformaciones en los escenarios demográficos es posible esperar a partir de la instrumentación del modelo neoliberal y cuáles son las implicaciones que se desprenden para la política de población.

Se advierte que, en la convocatoria de este seminario, se utiliza con frecuencia la frase “en el contexto de la crisis”. No hay, sin embargo, intento alguno de los organizadores de precisar qué se quiere decir cuando se invoca el concepto de crisis o cuál es el significado o sentido preciso en que se utiliza. Algunos de ustedes se habrían preguntado, por ejemplo, si la relevancia del seminario es exclusivamente económica y si pretende hacer referencia sólo a los efectos demográficos derivados de vaivenes cíclicos en la actividad económica. Esta es, sin duda una lectura posible aunque no única. El concepto de crisis puede ser más rico, abarcador y amplio que el enunciado y hacer referencia, por ejemplo, a la transición dirigida, pero inconclusa, entre modelos de desarrollo; puede aludir también al rompimiento del modelo de desa-

rollo anterior y al retraso en el advenimiento y consolidación del nuevo modelo, o bien, referir a contradicciones autocontenidas, trabas e impedimentos específicos de carácter estructural que inhiben el potencial del nuevo modelo de desarrollo.

En cualquiera de sus variantes conceptuales, la crisis se relaciona con los fenómenos demográficos en formas que no son simples, lineales o mecánicas, sino sumamente complejas y mediadas por un sinnúmero de factores. Como se sabe, la crisis puede incidir sobre las tendencias de los fenómenos demográficos a través de diferentes vías, rutas y mecanismos, ya sea reforzando la evolución de largo plazo, generando perturbaciones de corto plazo o dando lugar a respuestas de signo contrario que en ocasiones se neutralizan mutuamente. Todo ello sugiere la necesidad de realizar esfuerzos de precisión conceptual en los intercambios y debates que tendrán lugar durante el curso de este seminario.

Para terminar, sólo me resta agradecer a los y las ponentes su participación en este seminario. La convocatoria de la SOMEDE y del CRIM encontró de inmediato respuesta positiva de todos ellos y ellas, quienes amablemente accedieron a exponer y confrontar sus puntos de vista en un ambiente de debate. Quiero agradecer en especial a la Dra. Carmen Miró, profesora y amiga de todos nosotros por su valiosa participación en este seminario y a todos ustedes su presencia en este foro. Nada mejor que llevar a cabo este evento en la Universidad Nacional Autónoma de México, que es un espacio plural por naturaleza, siempre abierto a todas las posiciones y posturas intelectuales y donde puede realizarse un debate académico al mismo tiempo frontal y riguroso, abierto e informado.

Cuernavaca, Morelos, 16 de septiembre de 1998.

LA ESTRATEGIA DE ECONOMÍA ABIERTA DE MÉXICO

*Alejandro Nadal**

INTRODUCCIÓN

En este trabajo se analiza el modelo de economía abierta (MECA) aplicado en México. Se busca llevar a cabo una crítica profunda del modelo, partiendo de tres ejes: su desempeño en relación con sus objetivos centrales, sus orígenes y sus contradicciones internas. El centro de nuestro análisis está en la tercera sección, donde se identifican las principales contradicciones del MECA.

En la primera parte se llama la atención sobre el mal desempeño del modelo de economía abierta, aplicado desde hace ya más de 10 años, y se realiza una rápida evaluación, comparando resultados con metas. Aquí las preguntas centrales son: ¿se han cumplido los objetivos generales que tenía el MECA? ¿Realmente la economía mexicana se ha recuperado de la crisis de 1994?

En la evaluación que llevamos a cabo, los resultados son más bien desfavorables para el modelo de economía abierta aplicado en México. Se impone, entonces, una pregunta sobre los orígenes del modelo. En la segunda parte se llevó a cabo un somero análisis sobre la transición del modelo de sustitución de importaciones al MECA. Aquí una pregunta clave es: ¿realmente el modelo de sustitución de importaciones se había agotado?

* Investigador del Centro de Estudios Económicos, El Colegio de México.

Sin embargo, la crítica al MECA es todavía insuficiente. Los defensores del modelo sostienen que es necesario dedicar más tiempo, porque no se ha profundizado lo suficiente en la aplicación del modelo y todavía quedan resabios del estatismo populista que, de acuerdo con los defensores del modelo, marcaron el rumbo de la economía mexicana en el periodo 1960-1982. En especial, se argumenta la necesidad de llevar a cabo la privatización del sector energético, así como una profunda reforma laboral.

Por esta razón, para llevar a cabo una crítica completa del modelo instrumentado por el gobierno en los últimos 10 años, es preciso analizar el MECA desde el punto de vista de la consistencia de sus elementos estructurales. En la tercera parte se analizaron los componentes del MECA, esperando desentrañar sus principales contradicciones.

PRIMERA PARTE: EL DESEMPEÑO Y LOS OBJETIVOS DEL MODELO DE ECONOMÍA ABIERTA

El modelo aplicado en México desde hace ya unos doce años, y cuyas bases se fueron estableciendo desde 1982, no ha rendido frutos. Su desempeño es malo: crecimiento mediocre, creación de empleo insuficiente, deterioro de ingresos reales, desequilibrios externos, y finanzas públicas endeblés. Es decir, el proceso de desarrollo no sólo se estancó, sino que se dio marcha en reversa. Además, las crisis recurrentes se hicieron más severas, más frecuentes y consecuentemente, una amplificación de efectos negativos. Este modelo se calificó como “modelo de economía abierta” o MECA.

Indicadores de desempeño y las metas del modelo

Ya se ha analizado mucho la falta de correspondencia entre los resultados obtenidos y las metas propuestas. En síntesis, puede señalarse que las principales metas del MECA eran cinco: estabilidad de precios; equilibrio de las finanzas públicas; equilibrio de las cuentas externas; elevar el bienestar de la población; asegurar el crecimiento a tasas históricas de manera sostenida. De hecho, estas metas fueron la base de la propuesta alternativa para el modelo de industrialización por sustitución de importaciones (MISI), acusado de haber llevado a la inflación, al desequilibrio de las cuentas públicas, al desequilibrio externo, a una reducción del bienestar de la población, y, finalmente, a una interrupción del proceso de crecimiento.

Estabilidad de precios

La estabilidad de precios en lo interno es la meta que más cerca ha estado de cumplirse, pero se trata de un resultado frágil y sin un gran sustento económico. El éxito en la lucha contra la inflación ha dependido, críticamente, de la sustentabilidad de la sobrevaluación cambiaria (y, por lo tanto, de la capacidad para seguir financiando el déficit en cuenta corriente, punto sobre el que regresamos más abajo), de una política monetaria restrictiva (que ha afectado la liquidez que requiere el aparato productivo y ha presionado a las tasas de interés al alza). Cuando se pierde el control de la política cambiaria, se pierde terreno en la lucha contra la inflación. El ejemplo de la inflación desatada al estallar la crisis cambiaria y de balanza de pagos de diciembre 1994, es revelador: entre 1995-1997 la inflación acumulada alcanzó 92%. En síntesis, el resultado de la estrategia de usar el tipo de cambio como ancla nominal del sistema de precios relativos, no ha sido robusto.

Equilibrio de finanzas públicas

El equilibrio en las finanzas públicas también ha sido otro renglón donde se ofrecen algunos resultados buenos. Pero, desgraciadamente, este resultado tiene asociados serios problemas. En primer lugar, es cierto que se presenta un superávit primario en la cuenta pública, pero tan pronto agregamos el gasto no programable, observamos que el excedente de recursos liberados es para pagar el servicio de la deuda pública, y no para ser canalizado a la inversión productiva.

En segundo lugar, por el lado del gasto, el superávit proviene de un recorte en el gasto programable. El gasto no programable no fue recortado porque no se le controla. Sólo la renegociación de la deuda en el sexenio 1988-1994, permitió una cierta reducción en el gasto no programable durante un par de años. Además, se recorta el gasto corriente, pero también ha sufrido la inversión pública. Al rezago acumulado en educación, salud, vivienda, infraestructura y ciencia y tecnología, se agregan nuevos problemas.

Los problemas que enfrentan las finanzas públicas fueron puestos en evidencia en 1998, al imponerse importantes recortes fiscales al presupuesto de egresos. Inicialmente se afirmó que el gasto social no sería incluido en estos recortes, por lo cual se mantenía la idea de que el gasto social había aumentado. En realidad, en términos per cápita, el gasto social todavía no recuperaba sus niveles de 1994 en el presupuesto original para 1998. Lo más grave es que, en el segundo recorte fiscal, se afectaron de manera significativa varias partidas para gasto social.

En tercer lugar, el equilibrio en las finanzas públicas descansa en una seria distorsión de los ingresos fiscales, como lo demuestra el peso desmesurado de los ingresos por concepto de petróleo en los ingresos fiscales totales (más de 30% del ingreso fiscal total viene de esta fuente). La caída en los precios de petróleo

demuestra de que todavía se sigue dependiendo del crudo de manera exagerada. Por lo menos se tienen ya tres crisis fuertes, provocadas por la caída en los precios del petróleo en los últimos diecisiete años (1981, 1986, y 1998). Eso revela una perseverante dependencia sobre el petróleo.

En síntesis, en materia de equilibrio de la cuenta pública, el resultado no es del todo halagüeño y, además, tampoco es tan robusto como se quisiera. El extravagante rescate bancario y carretero constituyen otro elemento que hay que tomar en cuenta en este panorama más bien desolador.

Equilibrio en las cuentas externas

Acerca del equilibrio en las cuentas externas, el resultado es una decepción mayor. Lo concerniente a la balanza comercial, es el viejo problema de la asociación crecimiento-déficit que no ha podido ser superado. Este era uno de los problemas más serios del MISI según sus críticos. Pero a doce años de funcionamiento del MECA, tan pronto comienza a crecer la economía, se retoma el desequilibrio comercial. Y tan pronto se cae en la contracción, se reduce el déficit comercial o incluso, se alcanza un superávit.

El déficit comercial está provocado básicamente por un saldo negativo en la cuenta comercial con Europa, Japón, Sudeste Asiático y China. Con Estados Unidos tenemos superávit por dos razones que se llaman maquiladoras y petróleo. El punto central es el siguiente: si hacemos abstracción de los rubros maquiladoras y petróleo (Cuadro I) resulta que en realidad el resto del sector exportador nunca logró alcanzar un superávit, aun en el año de 1995, cuando el tipo de cambio sufrió una fuerte subvaluación y las importaciones cayeron a su nivel histórico más bajo.

CUADRO I
SALDO COMERCIAL DE EXPORTACIONES
NO MAQUILADORAS Y NO PETROLERAS

1994	1995	1996	1997
-29	-3.9	-8.9	-14.8

Fuente: INEGI.

Es decir, en México el sector exportador no puede ser considerado el “motor” del crecimiento. Las exportaciones se encuentran fuertemente concentradas en unas cuantas ramas y en unas pocas empresas. Las debilidades del sector exportador manufacturero y del sector agropecuario son tales que no se puede afirmar que nos hemos acercado a una situación en la que se pueda cerrar la brecha de divisas que ahogó el crecimiento durante la vigencia del MISI.

En el ámbito de la balanza en cuenta corriente, el desempeño negativo es fácil de apreciar. De un déficit en 1994 de \$18 mmdd se pasó a un superávit de \$7 mmdd en 1995, que luego bajó ligeramente a \$6,500 mdd en 1996, para, finalmente, desaparecer en 1997. Aquí todavía pesa fuertemente el servicio de la deuda externa. Aunque se ha presentado un cierto desendeudamiento del sector público en los dos últimos años, la deuda del sector privado ha crecido y no se puede afirmar que eso no constituya un problema. Primero, representa una carga de salida de divisas. Segundo, no se puede suscribir la llamada norma de Lawson sobre el endeudamiento del sector privado. Nombrada así por el ministro de finanzas del gobierno de Margaret Thatcher, con esta noción se considera que los grandes déficits en cuenta corriente, no son un problema si provienen de decisiones del sector privado, y no de un desequilibrio fiscal (Cline, 1995:287). Pero esa visión no es muy convincente y, en última instancia, cuando

surgen problemas el sector público, termina por intervenir. La crisis de 1994 en México y la crisis asiática son dos lecciones claras en ese sentido.

La evolución de la cuenta de capital también es preocupante. Para 1998 se proyecta un déficit en cuenta corriente cercano a los \$15 mil millones de dólares, y la inversión extranjera directa (IED) no alcanza para financiarlo; será necesario recurrir al mercado de dinero y a la inversión de cartera. Para atraer estas inversiones se ha necesitado mantener tasas de interés altas, con consecuencias perniciosas para la inversión doméstica (regresamos sobre este punto más adelante), la carga financiera de las empresas y, por ende, su competitividad.

Bienestar de la población

En lo que se refiere a la meta de elevar el nivel de bienestar de la población, el modelo ha fracasado de manera rotunda. En este plano todos los indicadores son negativos. Entre otros indicadores, destacan la concentración del ingreso, pobreza en aumento, indicadores sociales a la baja (nutrición, mortalidad infantil). El gasto social ha estado estancado o en retroceso, y si tomamos este rubro per cápita, encontramos un retroceso alarmante.

En México, los hogares que subsisten por abajo de la línea de la pobreza, pasaron de 34% del total, a 36% entre 1986 y 1994. Con la crisis de 1994-1995, se estimó que el nivel de 1989 se elevó a 39%. Los hogares en la indigencia pasaron de 11% a 12% (PNUD, 1997; CEPAL, 1996.)

Los partidarios del MECA siempre dijeron que por medio del combate a la inflación, el modelo contribuiría a mejorar el nivel de vida de la población. Pero tenemos que, como parte de la estrategia antiinflación, el salario real ha estado a la baja por 15 años consecutivos. Entre 1970-1982, la participación de los

salarios en el producto interno bruto (PIB) alcanzó 37%; ahora es de aproximadamente 25%. La “corrección de la inercia salarial” fue la piedra de toque de la lucha por abatir el aumento de precios en el sexenio de 1988-1994 y tuvo como base una negociación salarial para que los aumentos estuvieran en función de la inflación esperada (meta) y no tuvieran una indización completa ex post. Como las metas de inflación casi siempre fueron rebasadas, la pérdida en el salario real fue inevitable. Entre 1997-1998 el salario mínimo perdió en términos reales otro 4% o 5% (en precios de 1994 está al nivel de 1952.) Un dato particularmente escandaloso es que, en dicho sexenio, las prestaciones que pagó la industria maquiladora tuvo una caída en términos reales de 8.7% (-0.1% en 97, -2.8% en 96, -5.7% en 95.)

Los salarios contractuales han comenzado a tener una ligera recuperación en algunas ramas (se negociaron aumentos a 17%) pero, en lo que va de ese sexenio, se ha experimentado una caída de 20%. Según nuestros cálculos, para recuperar el nivel salarial que en términos reales se tenía en 1994, con una tasa de aumento de 3% anual, tendríamos que esperar hasta el año 2007.

En relación con el desempleo, el gobierno sigue manejando con fines de propaganda cifras que nada dicen. ¿Qué quiere decir una cifra de 3.5% de la población económicamente activa (PEA) en desempleo abierto? Quiere decir que la gente no se puede dar el lujo de estar buscando empleo. De todos modos, no se puede negar que se han creado empleos, pero la calidad de esos empleos es mala y eso es un factor de gran importancia para la evolución futura del modelo. De la población ocupada, 15% está o desempleada o ganando menos de un salario mínimo. Y de esa población, 48% gana menos de dos salarios mínimos. Asimismo, un porcentaje elevadísimo (50% aproximadamente) de los empleos que se están generando, corresponde a empleos en establecimientos de un tamaño inferior a cinco personas. De ese

modo, si aumenta la demanda agregada total no es porque exista un mejor nivel de vida, sino porque hay más demandantes, pero a niveles de consumo más bien pobres o mediocres.

El mercado doméstico sigue estando francamente deprimido; aunque, sí es cierto que ya está creciendo el consumo. Las ventas al mayoreo y al menudeo se están recuperando, sobre todo a partir de junio 1997. Con respecto a 1996 crecieron alrededor de 4%. Es todavía una recuperación muy tímida en consumo, si se asume que se está tomando como punto de partida un punto muy bajo por la caída brutal entre 1995-1996. Y no se han alcanzado los niveles de 1994: en octubre de 1997 las ventas al mayoreo todavía estaban 3% por debajo de su nivel en 1994 (en promedio las ventas al mayoreo en 1997 estarían 10% por debajo de 1994). Las ventas al menudeo estuvieron 24% por debajo de su nivel de 1994.

Y peor aún, este comportamiento en 1997 se explica por el crecimiento de algunos cuantos rubros. El que más creció fue el de ventas de automóviles: 27% (una buena parte de importados). Mientras que en tiendas de abarrotes las ventas siguieron cayendo 9% entre enero-octubre de 1997, y hoy se sitúan a un nivel 25% por debajo del de 1994. En el rubro de ropa y calzado, apenas mejoró 0.8% en 1997, y todavía se sitúa en un nivel 25% por debajo del nivel de 1994. En farmacias aumentó 2.6% pero, todavía se sitúa 8% por debajo de 1994. Las ventas de tiendas departamentales y supermercados se encuentran 30% y 10% por debajo de los niveles de 1994.

Quizás alguien puede preguntarse si, en materia de gasto social, las cosas ya están comenzando a mejorar, sobre todo a partir de la discusión del presupuesto en el Congreso el año pasado. Desgraciadamente no es así. En el presupuesto original, para 1998 el gasto social era 57% del gasto total programable. Pero eso no representaba un cambio estratégico. Es más, es muy con-

forme al paso que ahora está recomendando el Banco Mundial sobre gasto social en el marco de la llamada segunda generación de reformas estructurales. En el fondo, ese nivel de gasto social no significaba que se fueran a atacar de raíz los problemas que propiciaban la terrible concentración del ingreso, el desempleo, y la recuperación del salario real. Ciertamente, no significó que se buscara una política redistributiva por la vía fiscal.

El nivel de gasto social por habitante todavía es menor al de 1994. Más aún, si comparamos el gasto social total per cápita en 1997 con el de 1982, vemos que ¡apenas estábamos donde deberíamos haber estado en 1983!

CUADRO 2
GASTO SOCIAL POR HABITANTE (PRECIOS DE 1980)

1982	\$ 1 135
1987	\$ 547 (mínimo histórico)
1994	\$ 1 397
1995	\$ 1 064
1997 (e)	\$ 1 249

Fuente: cálculos del autor con datos de la Secretaría de Hacienda

Con los precios de 1980, el gasto per cápita mensual fue aproximadamente de \$104 pesos, alrededor de \$450 o \$500 pesos de dicho año. La inversión en educación fue de \$6.8 mmdp (pasó de \$6.1 a \$6.8 entre 1996 y 1997). Pero, en términos reales, sufrió una caída de 7%. En salud se tuvo una inversión física de \$4.3 mmdp (subió de \$3.3 mmdp en 1996). Cantidades irrisorias frente a las necesidades corrientes y frente a los rezagos que se vienen acumulando desde 1982.

CUADRO 3
 GASTO SOCIAL COMO PROPORCIÓN DEL PIB.
 GASTO SOCIAL COMO PORCENTAJE DEL PIB

1988	5.7%
1994	9.1%
1996	8.1%
1997 (e)	9.5%
1998 (p)	9.2% (\$349.6 mmdp)

Fuente: cálculos del autor con datos de la Secretaría de Hacienda.

Si comparamos el gasto social total y servicio de la deuda pública en 1997, encontramos que el servicio de la deuda fue mayor que cada uno de los rubros que integran el componente del gasto social del presupuesto federal. El gasto social para 1998, en el presupuesto original, alcanzaba los \$350 mmdp, antes del recorte fiscal. Para 1997 el costo financiero de la deuda pública total (interna y externa) fue de \$119 mmdp, que se descomponen aproximadamente en \$59 mmdp para la deuda interna y \$60 mmdp para deuda externa.

Para 1997, el gasto social fue de \$277 mmdp y se descompuso como sigue (mmdp): Educación \$118; Salud \$67; Seguridad Social \$54; Laboral \$2.3; Abasto y asistencia social \$13; Desarrollo regional \$22; Desarrollo agropecuario \$31.

En lo que concierne a la intervención estatal para alcanzar mayores niveles de competitividad, la inversión física total en el presupuesto de 1997 fue de \$98 mmdp. De acuerdo con el tipo de cambio promedio en ese mismo año, es una cantidad de alrededor de \$1 272 millones de dólares. Es decir, en unos cuantos proyectos se hubiera podido canalizar este monto, sin ningún impacto notable en la economía. ¿Sería debido a que luego se tuvo una mayor eficiencia? ¿O las necesidades de la población

fueron menores? ¿O por haber estado siendo más competitivos en la esfera internacional?

Tasas de crecimiento históricas

Finalmente, la meta de alcanzar tasas de crecimiento históricas de manera sustentable, tampoco se ha podido alcanzar por el MECA. Si consideramos el desempeño de la economía mexicana entre 1987-1998, considerando 1987 el año parteaguas, tenemos un crecimiento medio anual de 3.2%. En este cálculo estamos considerando solamente los años de crecimiento del sexenio anterior y, con todos los defectos que hemos señalado para las cuentas externas, estamos excluyendo del promedio los años malos del sexenio de Miguel de la Madrid. Es una tasa a todas luces insuficiente para las necesidades en materia de empleo y bienestar. Peor aún, ese promedio esconde los fuertes vaivenes en la tasa de crecimiento en un marco de escenarios de gran volatilidad e incertidumbre.

No sólo no se alcanzaron los objetivos del MECA ni se resolvieron los problemas viejos que se le achacaban al MISI, sino que se agravaron los problemas e incluso, se presentaron nuevos. Un ejemplo de problema que ya se venía presentando desde el MISI, pero que ahora se ha agravado, es el de las distorsiones sectoriales. Los sectores dinámicos que explican las tasas de crecimiento son sectores desvinculados del resto del aparato productivo. Y el tejido industrial, o los eslabonamientos interindustriales, se encuentra truncado en ramas muy importantes del sector manufacturero. Es muy probable que se haya incrementado la elasticidad en la actividad de las importaciones como resultado de este truncamiento. Quizás esto ayuda a explicar por qué ahora crecen más vertiginosamente las importaciones cuando hay crecimiento del PIB, incluso a tasas mediocres. Para 1998 se había pronosti-

cado un crecimiento del PIB de entre 3.5%-4%, y el déficit de la balanza comercial pasaría a unos \$6 500 o \$7 000 millones de dólares. Eso quiere decir que aunque el PIB crecería a un ritmo cercano a la mitad del de 1997, las importaciones aumentarían al mismo ritmo que cuando creció 7%.

La crisis de 1994 y la recuperación fallida

En diciembre de 1994, la economía mexicana sufrió una brutal crisis cambiaria y de balanza de pagos. El programa de ajuste y estabilización condujo a una severa contracción de la economía y el gobierno consideró que se había consolidado la recuperación. Pero el comportamiento de las principales variables macroeconómicas no parecía indicar que se estaba en la recuperación, y mucho menos en la senda del crecimiento sostenible.

Cuentas externas

En materia de cuentas externas de la economía mexicana, el mismo Programa Nacional de Financiamiento y Desarrollo (PRONAFIDE) nos facilita la evaluación. Este documento presentaba una proyección de déficit de cuenta corriente, que fue superada con facilidad apenas unos cuantos meses después de publicado. El PRONAFIDE se presentó como uno de los instrumentos que iban a servir para dar estabilidad a largo plazo y de ahí salió la idea de la política económica de Estado. Pero al igual que muchos otros ejercicios de las peores épocas populistas, ese programa quedó sólo como un triste documento más.

La meta de un déficit de \$15 mmdd para el año 2000 sería alcanzada ese año. No alcanzó la IED para financiarlo, y se tuvo que recurrir a la inversión de cartera, con las implicaciones

negativas que eso representaba. El déficit comercial ha sido otra pesadilla del MECA.

El ajuste impuesto por el gobierno en 1995 condujo a la peor recesión en 60 años, y permitió revertir el déficit comercial de \$18 mdd de 1994 y convertirlo en un superávit de \$7 mdd. Al año siguiente, el superávit comercial se redujo en 10% para situarse en \$6.3 mdd, pero todavía se consideraba un logro, dados los resultados del sexenio anterior. Y en 1997, el año en que el gobierno insiste en la buena noticia de la recuperación, el superávit comercial se redujo a unos \$600 mdd.

Es decir, en tan sólo dos años se evaporaron las ventajas del ajuste fenomenal, impuesto en 1995. Y para el siguiente año se pronosticó un déficit comercial de entre \$4.5-\$5 mdd, al depender del escenario sobre crecimiento de la economía mexicana. Con ese resultado, el déficit en cuenta corriente saltaría hasta los \$15 mdd.

La gravedad de la situación en la que se encontraba la planta productiva nacional se pudo apreciar más todavía cuando se observó que si se quitaba el saldo de las maquiladoras (que por definición era positivo) de la balanza comercial, y si se hacía abstracción de las exportaciones petroleras, la economía mexicana mostraría un déficit comercial de alrededor de \$13 mdd para el año que acababa de concluir.

Sector bancario

Con respecto al sector bancario, hay que decir que la liberalización del sector financiero y bancario tampoco rindió los frutos esperados. Y por los problemas de todos nosotros conocidos, entre otros el altísimo margen de intermediación financiera que la desregulación permitió, y las altas tasas de interés para atraer capitales de corto plazo, el problema de cartera vencida se agrava

vó. El rescate bancario no funcionó más que para los banqueros. Para los deudores, ni las Unidades de Inversión (UDI's), ni el Programa de Apoyo a Deudores (ADE) ni otros esquemas funcionaron. Los usuarios de la banca, tuvieron que esperar unos años más para que pudieran disponer de un sistema que ofreciera crédito de manera estable.

La cartera vigente total (incluyendo la reestructurada) cayó entre septiembre 1996 y septiembre de 1997 en 7.8%, por lo que la caída acumulada de septiembre de 1994 a septiembre de 1997 alcanzó 44%.

Si se quitara la parte correspondiente a cartera reestructurada, la cartera vigente nueva hubiera caído 22% y 63% en los mismos periodos. Es decir, no hubiera habido crédito fresco. (También es reflejo de la política monetaria restrictiva).

Por su parte, la cartera vencida pasó de \$47 500 millones de pesos en septiembre de 1996 a \$98,710 millones en septiembre de 1997. Y el índice de cartera vencida pasó de 7.8% a 13% en ese periodo. Se trata del efecto del cambio en contabilidad al pasar a las Prácticas contables, generalmente aceptadas de Estados Unidos (USGAAP). Pero no era sólo un cambio formal, sino que el nuevo sistema fue más riguroso y realista. Por esa razón, la aplicación de los nuevos criterios contables implicó y condujo al aumento de reservas preventivas.

La tasa de interés no se puede bajar fácilmente por la necesidad de atraer inversiones de cartera (corto plazo) por encima de la IED para cubrir el déficit en cuenta corriente. Al haber aumentado la tasa líder de los Cetes a 28 días, se encontró otra vez ligeramente por encima de 18.4%. Todo el sistema de tasas de interés estuvo presionado al alza por estos aumentos y regresaron las presiones sobre el problema de cartera vencida. El costo fiscal en 1996 y 1997 fue para rescatar el problema bancario casi insostenible y luego ya no hubo recursos para continuarlo. El

expediente del Fondo Bancario de Protección al Ahorro (FOBAPROA) apenas si había sido aquilatado en su verdadera magnitud por la sociedad mexicana.

TRANSICIÓN DEL MISI AL MECA

Al haberse llevado a cabo la evaluación anterior, surgió una pregunta natural: ¿de dónde salió este modelo que no ha podido funcionar bien? En el año de 1982 se dijo que la crisis era producto de las deficiencias del modelo de industrialización por sustitución de importaciones (MISI). Pero existen suficientes indicios de que la evaluación que se hizo de ese modelo fue poco rigurosa. En esa fecha, no parecían haberse tomado en cuenta algunas variables importantes, en especial, en lo que había concernido al entorno internacional cuando se dio la crisis.

En relación con las pretendidas deficiencias intrínsecas o técnicas del MISI, se afirmó que no se había pasado a la fase de sustitución de importaciones de bienes de capital, porque había problemas en las escalas de producción rentables y acceso a la tecnología, es decir, barreras a la entrada muy altas. Y como no se había podido realizar esta profundización en el proceso de ISI, la brecha de divisas seguía sin poderse cerrar, lo cual generaba un déficit externo a la larga incontrolable.

Además, casi todos los diagnósticos habían señalado que el modelo de sustitución de importaciones provocaba fuerte concentración industrial, con estructuras oligopólicas. En ese marco, las grandes empresas oligopólicas decidieron que no era necesario incrementar la inversión productiva para seguir obteniendo márgenes de rentabilidad altos. En consecuencia, el Estado tuvo que intervenir para suplir esa deficiencia incrementando su inversión pública (sobre todo se había notado eso a partir de 1973) por lo que se agravó el problema del déficit fiscal.

La severidad de la crisis de 1982 y sus secuelas se presentaron como sintomáticas de los problemas que ya acusaba el MISI. Sin embargo, una parte de la severidad de la crisis y de la muy tardía estabilización posterior se debió no a deficiencias intrínsecas del modelo de ISI, sino a los problemas exógenos (precios del petróleo, recesión y luego altas tasas de interés, cambios en el tipo de flujos de capital, etc.) o de errores en la instrumentación de la política económica.

Crisis de 1981-1982

En realidad, cuando estalló la crisis de 1981-1982, había detonado como la crisis de la deuda externa por una serie de factores: las altas tasas de interés (la mayor parte de los préstamos eran de tasas de interés de mercado o flotantes) y la caída en los precios del petróleo resultaron una combinación explosiva para un gobierno fuertemente endeudado y con vencimientos de corto plazo muy elevados. Además, el mal manejo de las decisiones de inversión para aumentar la plataforma de exportación petrolera, fueron decisivos (como se verá más abajo). Y uno de los elementos clave que marcaría el resto del sexenio del nuevo presidente sería la serie de condiciones impuestas por el Fondo Monetario Internacional en el rescate que se operó en esos años: se impusieron las condiciones estándar del paquete de ajuste y estabilización del fondo monetario internacional (FMI) (contracción de la demanda para limitar la inflación vía reducción del crédito y una política monetaria restrictiva, reducción drástica del gasto público para sanear finanzas del Estado, contracción de la economía para recortar el déficit externo, etc.) como condición para servir de aval para poder operar el rescate de la deuda.

De hecho, la forma en que se pudo reconducir el problema de la deuda estuvo muy mal manejado: entre otras cosas, no se

permitió reconocer que, en el mercado secundario, el valor de la deuda externa era significativamente inferior a su valor nominal. Es decir, el incumplimiento de jure se pudo evitar por medio de un rescate convenido con los acreedores, que permitió a los países formalmente seguir cumpliendo con sus obligaciones financieras, pero a un enorme costo social. Entre otras cosas, se impuso a México que ajustara su economía en el marco de un programa convenido con el FMI para generar un superávit comercial que permitiera pagar los intereses de la deuda.

Es decir, el rescate artificial del valor de los préstamos mediante reprogramaciones de los pagos del principal y la concesión de nuevos préstamos “no voluntarios” por parte de la banca en los años ochenta, no se enfrentó a una real y directa valorización en el mercado y, por eso, fue fácil para los bancos insistir en que se respetara el valor nominal de la deuda.

En otros términos, por lo menos en una medida importante, parte de la severidad y alcance de la crisis de los años ochenta proviene del tipo de flujos de capital recibidos por México en los años setenta: la parte más importante de esos flujos capital eran préstamos bancarios. Eso fue el resultado del ciclo expansivo de financiamiento bancario de los años setenta. Y muchos de esos préstamos tenían tasas de interés variables. Este tipo de flujos de capital fue determinante de las modalidades de la reconducción del problema de la deuda.

A diferencia de los inversionistas de cartera de los años treinta, los bancos pudieron aislarse de las fuerzas del mercado. Esas fuerzas del mercado probablemente hubieran impuesto a los acreedores bancarios pérdidas inmediatas por concepto de sus préstamos. Recuerden que muchos de esos préstamos habían roto las reglas mínimas de seguridad de la propia banca internacional, que estaba ávida por colocar préstamos a México porque era un deudor seguro.

Pero, si los tipos de flujos de capital y las modalidades de los programas de rescate, y el mal manejo de la política económica, y la caída en los precios del petróleo, son elementos clave de la crisis de 1982, ¿por qué se insistió tanto en que se trataba de la crisis del MISI? En la crisis fue asimilada la estrategia de sustitución de importaciones a un Estado populista, autoritario e intervencionista en la vida económica. Y se pasó a insistir en que había que ir hacia la apertura comercial y formalizar el ingreso al General Agreement on Tariffs and Trade (GATT).

Fue comprensible que se hubiera planteado todavía la necesidad de reducir el tamaño del Estado porque el déficit en la cuenta pública sí había sido un elemento importante en la crisis. Pero, ¿hasta dónde ese déficit estaba directamente relacionado con el MISI?

Los problemas del MISI

Sin duda alguna el MISI enfrentaba serios problemas y tensiones. Se habían destacado tres, por lo menos: distorsiones sectoriales fuertes (se privilegió a la industria en detrimento del sector agropecuario), se intensificó la concentración industrial, y se explicitó la demanda de tecnología que anteriormente venía incorporada en los bienes de consumo importados.

Sobre las distorsiones sectoriales, la protección otorgada a la industria impuso una carga al sector agropecuario, lo que se reflejó en el deterioro de los términos de intercambio entre la agricultura y el resto de la economía. Se redujo así la competitividad de las exportaciones agrícolas.

Se ha dicho que la excesiva protección condujo a niveles de concentración industrial inaceptables y que esa estructura oligopólica en muchas ramas de la industria fue la causa de que se estancara la inversión productiva, la expansión de la producción,

la generación de empleo y el crecimiento de la productividad. En lugar de corregir el rumbo con una política proteccionista condicionada a requisitos de desempeño, el gobierno mantuvo un proteccionismo a ultranza (incluso se aumentaron los aranceles en el sexenio de López Portillo), y trató de suplirse la deficiente inversión privada por medio de una expansión del gasto público basada en el endeudamiento creciente, etc. En especial, en el año de 1973, se presentó una desmesurada expansión del gasto público, como respuesta del gobierno a ese estancamiento en la inversión privada. Tres años después, en 1976, estalló la primera crisis financiera desde 1940 y, el peso sufrió su primera devaluación en 22 años.

Otra contradicción importante del modelo fue que, al sustituir importaciones de bienes de consumo, se hacía explícita una demanda de bienes de capital e intermedios que, anteriormente, había estado implícita en los bienes de consumo. Quizás también hubo un mal manejo de la inversión extranjera directa, que pudo haber ofrecido posibilidades de inversiones conjuntas interesantes en algunos rubros de bienes de capital. Se había llegado a decir que las escalas de producción representaban una fuerte barrera a la entrada de nuevos proyectos en muchas ramas de la industria. Pero el problema de las escalas de producción era un problema que no se había estudiado a fondo y, por lo tanto, no había podido aquilatarse con cuidado su verdadero alcance.

¿Por qué era un problema el de las escalas de producción si se hubiera podido plantear la posibilidad de exportar? Y en lo que toca a bienes de consumo, el tamaño del mercado doméstico con una mejor distribución del ingreso hubiera permitido escalas eficientes de producción que después hubieran llevado a mayor competitividad y a exportar. Aquí se hubiera podido seguir el razonamiento inverso de los funcionarios de la Secretaría de

Comercio y Fomento Industrial (SECOFI) de los años 1988-1994.

Por otra parte, las necesidades de los programas de inversión para aumentar la plataforma petrolera requerían bienes de capital en industrias relacionadas con áreas en las que México tenía ya una importante capacidad tecnológica. El problema de escalas de producción pudo haberse enfrentado de manera eficaz si se hubiera programado la inversión relacionada con la plataforma petrolera. Los subprogramas de adquisiciones de bienes de capital se pudieron haber diseñado y aplicado con el fin de crear una base industrial adecuada. Es importante señalar que, en esos años, México era el único país en América Latina con firmas de ingeniería industrial fuertes que pudieron jugar un papel clave en generar eslabonamientos sólidos hacia atrás, tanto con proveedores de tecnología de procesos, como con los fabricantes de equipo y maquinaria.¹ La profundización del proceso de sustitución de importaciones se pudo haber llevado a cabo en las industrias de bienes de capital para las industrias de procesos genéricos y específicos (recipientes, tuberías, bombas, turbinas, motores diesel estacionarios, válvulas, compresoras, cambiadores de calor, instrumentos de control, equipo para industria alimentaria, de cemento, de vidrio, etc.). El tema del agotamiento del proceso de sustitución de importaciones por las escalas de producción había sido poco estudiado, y en muchos casos se había elevado a la estatura de mito donde serios analistas habían puesto su fe.

En síntesis, no es evidente que el MISI se hubiera desgastado por razones inherentes a su racionalidad, o por sus contradicciones internas. Si existían problemas asociados a la racionalidad

¹ Una de las importantes firmas de ingeniería industrial (Bufete Industrial) todavía había subsistido, pero otras menos grandes (como Panamericana de Ingeniería y Atlas Ingeniería) no pudieron resistir la crisis y desaparecieron a principios de los ochenta.

del MISI, también era cierto que habían coexistido factores exógenos y desatinos en la instrumentación de la política económica, tanto en el nivel macro como sectorial. De cualquier modo, la crisis de 1982 se ha descrito como la crisis del MISI y así se repite, como un mito, desde esos años. Además, luego comenzó a repetirse una frase que se convirtió en un lugar común: llegó la globalización. Y como llegó la globalización, es necesario adoptar la única estrategia económica posible, la liberalización comercial y financiera, la desregulación, la reducción del papel del Estado, y la privatización.

LA COHERENCIA INTERNA DEL MECA

Frente a los malos resultados que arrojó una evaluación del MECA, pudo pensarse que el problema era que el modelo no había tenido tiempo para desarrollarse. Se argumentó que se requería más tiempo para que el modelo rindiera frutos, y que, por lo tanto, era necesario profundizar en las reformas que caracterizaban el modelo. Además, de la misma manera en que se encontró mala instrumentación de la política económica así como factores exógenos en el periodo del MISI, en el caso del MECA también se pudieron encontrar factores explicativos de su mal desempeño que fueron de la misma naturaleza (errores y factores exógenos).

El corolario de este razonamiento era que si se le daba tiempo al modelo MECA, éste acabaría por proporcionar los frutos deseados en el terreno económico y social. Y para asegurar que el modelo rindiera esos frutos, este razonamiento decía que era necesario profundizar en las reformas estructurales del modelo utilizado, con más privatizaciones, más desregulación, menos intervención estatal y menor gasto público, asegurando así finanzas

públicas sanas. ¿Cómo se podía saber si el MECA necesitaba más tiempo o no?

La única manera de desentrañar si este razonamiento era correcto o no, fue a través de un análisis detallado de la racionalidad misma del modelo, y de su consistencia interna. Si se identificaron contradicciones internas en el funcionamiento del modelo, había sido lógico concluir que era difícil esperar un buen desempeño de un modelo marcado por la presencia de esas inconsistencias.²

En esta sección se examinaron algunas de las principales contradicciones del modelo actual. Por contradicciones o inconsistencias internas del modelo me referiré a elementos estructurales del modelo que habían sido necesarios para su funcionamiento pero que, a la vez, habían constituido obstáculos a su buen desempeño. En otras palabras, por contradicción interna había entendido algo que era a la vez necesario y estorboso al modelo. Había por lo menos cuatro contradicciones importantes en el MECA.

Primero, el MECA ha descansado sobre la premisa fundamental de que el comercio internacional ha sido tan ventajoso, que cualquier intento por regularlo y restringirlo hacía más daño que bien. Por eso, en el caso de que hubiera habido un

² Es necesario insistir en que no habían existido bases en la teoría económica que hubieran justificado la idea de que las fuerzas del mercado hubieran conducido una economía a un punto de equilibrio donde se hubiera cumplido el criterio estándar de eficiencia (optimalidad paretiana). La teoría económica más desarrollada, la teoría de equilibrio general, basada en el modelo Arroz-Debreu, no ha sido capaz de demostrar que en una economía de mercado existiesen procesos dinámicos de formación de precios de equilibrio. Los resultados negativos de la teoría de equilibrio general en el terreno de estabilidad y procesos dinámicos de formación de precios han sido ampliamente reconocidos por los autores que construyeron esta teoría. Para una excelente síntesis de las dificultades de la teoría en este terreno, véase Fisher (1989).

desajuste o un desequilibrio externo no debía regularse por medio de restricciones sobre los flujos de bienes y servicios, sino mediante un ajuste de los precios relativos.

Pero en el modelo de economía abierta también prevalecía la idea de que era indispensable reducir la inflación al nivel de los socios comerciales más importantes de México. Esta idea había conducido a una verdadera obsesión por alcanzar tasas de inflación de un sólo dígito. El principal instrumento de política en este frente, había sido la utilización de la paridad cambiaria como ancla nominal del sistema de precios relativos. En la medida en que el desequilibrio de la balanza comercial requería de un ajuste cambiario, se vulneraba el objetivo de la lucha contra la inflación. En la medida en que se posponía el ajuste cambiario para contener la inflación, se deterioraba el saldo de la balanza comercial.

Además, existía otra fuerza que impedía realizar el ajuste cambiario de manera eficaz en la lógica del modelo. En buena medida, el modelo descansaba en el supuesto de que el ahorro interno era insuficiente para lograr tasas adecuadas de crecimiento, y por lo tanto, tuvo que ser necesario recurrir al ahorro externo. Los capitales que ingresaron al espacio económico de México estuvieron denominados en pesos. Para colocar sus capitales en México, los inversionistas necesitaban garantías de que el tipo de cambio permanecería estable, o dentro de los márgenes que permitieran una rentabilidad suficiente para sus capitales. En especial, el riesgo devaluatorio ahuyentaba la inversión extranjera en cartera, porque la rentabilidad en plazas competidoras era preferida. Cuando se presentó un déficit en la balanza comercial, la necesidad de realizar un ajuste devaluatorio se colocó en un segundo plano que favoreció satisfacer las necesidades de los inversionistas extranjeros. Típico, la devaluación se pospuso, y cuando fue demasiado tarde, el ajuste se llevó a cabo de manera

desordenada y en un ambiente de caos, volatilidad y derrumbe económico.³

En estos dos casos hubo una contradicción que se expresó en el ámbito de la política sobre tipo de cambio: se había supuesto que una característica central del modelo implicaría realizar ajustes en las cuentas externas mediante cambios en los precios relativos, es decir, con un régimen de tipo de cambio flexible; pero, para fines prácticos, habíamos estado en presencia de una economía de tipo de cambio semifijo. El banco central, de hecho, había sido obligado a realizar intervenciones en el mercado, a veces directamente, so pretexto de imprimir orden en el mercado cambiario y dotarlo de liquidez, otras veces por medio de diversas instituciones en intervenciones indirectas. El objetivo era mantener estable el tipo de cambio. ¿Cómo resolver esta contradicción? En detrimento del ajuste mediante movimientos en la paridad, que se había ido posponiendo al máximo, con el consiguiente deterioro en el desequilibrio externo. La crisis sobrevino como una crisis cambiaria. En realidad se trató de una crisis estructural del MECA.

Segundo, en el MECA, el flujo de capitales de cartera hacia una economía, desempeñó un papel importante en la inserción de la economía abierta en la economía mundial. Pero, en el mundo de mercados financieros desregulados e interdependientes, no necesariamente fueron un signo de confianza en los llamados “fundamentos” de la economía receptora y pudieron haber conducido a empeorar el cuadro de cuentas externas y agregados macroeconómicos.

³ En México, en 1994, la sobrevaluación había alcanzado 16% en el último trimestre: la paridad del peso debió haber sido ajustada de 3.5 a 4.10 pesos por dólar aproximadamente, pero en el caos de diciembre, se llegó a una cotización de 7 pesos dólar.

En otros términos, los flujos de capitales hacia una economía no necesariamente quisieron decir que esa economía estuvo saludable y que la confianza de los inversionistas así lo demostrara. Por el contrario, las cuentas de una economía se encontraron en mal estado y, precisamente por eso, se buscó recurrir al llamado ahorro financiero o externo, atrayéndolo con altas tasas de interés. En ese caso, los flujos de capital fueron la expresión de una rentabilidad excepcional por las altas tasas de interés ofrecidas y por la política cambiaria estable. Este punto fue especialmente importante al tomar en cuenta que la inversión de cartera había sido la más importante hasta ese día a nivel mundial.

Por otra parte, esos flujos de capital generaron una apreciación del tipo de cambio. Es decir, los flujos de capital fueron necesarios para financiar una posición deficitaria en la balanza comercial, pero su ingreso condujo a un efecto sobre el tipo de cambio que contribuyó a intensificar el desequilibrio externo (la apreciación del tipo de cambio favoreció las importaciones y encajó las exportaciones). Es decir, justo en un momento en que se necesitó un ajuste devaluatorio (precios relativos), se obtuvo el resultado contrario, con lo cual se intensificó la vulnerabilidad externa.

Irónicamente, esos flujos podían repercutir en un incremento en las reservas del banco central. Pero, de hecho, esos flujos de capital de corto plazo coexistieron con una vulnerabilidad financiera externa creciente. La posibilidad de que se revirtieran esos flujos ya era conocida de todos: esa reversión de flujos se debió a factores exógenos. Es decir, la contradicción se expresó como sigue: aun el aumento en las reservas del banco central, una cuenta de capital superavitaria, fueron perfectamente compatibles con un aumento en la vulnerabilidad externa.

Esto es precisamente lo que sucedió en 1993: los flujos de capital de cartera aumentaron notablemente: se recibieron \$32

mmdd ese año, de los cuales \$28 mmdd fueron inversión de cartera. Las reservas del banco central aumentaron en \$6 mmdd (terminó el año con reservas totales de \$24 mmdd). Pero, en realidad, la vulnerabilidad de la economía nacional estaba aumentando y el resultado se pudo observar al año siguiente. Esta contradicción del modelo fue analizada con detalle por Nadal (1996).

Tercero, el modelo también presentó una contradicción más general entre lo acontecido en la esfera financiera y la economía real. Fue una contradicción entre el premio al ahorro financiero y el objetivo de aumentar la inversión productiva. Para cerrar la brecha de divisas hubo cuatro posibilidades: a) recurrir a la inversión extranjera directa (IED); b) atraer inversiones de cartera; c) recurrir al endeudamiento externo, y d) generar divisas mediante exportaciones de bienes y servicios. En la medida en que la última no fue suficiente, se tuvo que recurrir a las otras tres vías. En términos generales, la IED fue preferible a las otras dos, pero no siempre fue suficiente. Contraer deuda pública mediante préstamos perdió importancia por muchas razones, habiéndose recurrido mucho a la inversión de cartera.

Sin embargo, la inversión de cartera había requerido proporcionar una rentabilidad adecuada en términos reales. Al igual que la colocación de papeles en los mercados de dinero, la inversión de cartera presionó a la alza la tasa líder de interés y todo el sistema de tasas. Lo más importante es que este mecanismo se acompañó además de una desregulación del sector financiero y bancario y del surgimiento y fortalecimiento de los mercados accionarios. Y esta desregulación hizo que una parte creciente del ahorro interno se orientara más a la inversión financiera o especulativa (bolsa de valores, instrumentos financieros diversos, y en última instancia, si las expectativas hubieran estado desfavorables, al mercado cambiario).

Es importante señalar que la contradicción se expresó como sigue: por una parte era necesario aumentar el ahorro doméstico y favorecer la inversión productiva, pero, por la otra, la desregulación del sector financiero abrió nuevas posibilidades de inversión especulativa para el ahorrador y potencial inversionista nacional. Estas nuevas oportunidades fueron más atractivas que las ofrecidas por la inversión en la economía real, con lo cual se distorsionaron los incentivos a la inversión productiva. La rentabilidad derivada de colocar fondos en instrumentos financieros, en el marco de una cuenta de capital desregulada y de fuertes interdependencias de mercados financieros, conectó recursos derivados del ahorro doméstico con la esfera de la especulación financiera internacional.

En buena medida, este fenómeno presentó una fuerte analogía con las implicaciones negativas para la competitividad de la economía industrial en Estados Unidos, derivadas del sistema de financiamiento. Sobre este punto, se puede consultar Lazonick (1994).

Cuarto, dicho modelo presentó también una inconsistencia o contradicción importante entre los objetivos de lograr una inserción eficaz en la economía mundial, así como el de reducir al máximo el tamaño del Estado, su grado de intervención en la economía. Este último objetivo estuvo asociado a la necesidad de mantener finanzas públicas sanas, con el fin de no incrementar las necesidades de endeudamiento público. Pero esa reducción en los instrumentos de intervención del Estado implicó dejar de lado la posibilidad de imprimir apoyos importantes para superar barreras a la entrada en numerosas actividades económicas.

El modelo requirió de un sector industrial con fuerte capacidad exportadora, pero se redujeron las posibilidades de intervención estatal para mejorar las condiciones de esa inserción por razones de finanzas públicas. Se restringieron así las posibilidades

de mejorar la competitividad externa de la economía, sobre todo a mediano y a largo plazo, al disminuirse la inversión pública (por necesidades relacionadas con los objetivos de finanzas públicas sanas) en renglones estratégicos como educación, ciencia y tecnología, infraestructura. Adicionalmente, varios acuerdos de comercio, como el Tratado de libre comercio para América del Norte, impidieron recurrir a instrumentos de política industrial (como requisitos de desempeño o poder de compra del sector público) que fueron la clave del éxito exportador de numerosos países industrializados.

De esta forma, las ventajas comparativas que habían sido consideradas para realizar la apertura, fueron ventajas comparativas estáticas. En el mejor de los casos se dio por sentado que las fuerzas del mercado irían adaptando gradualmente las ventajas comparativas entre economías de tal manera que se alcanzaría y mantendría una asignación eficiente de recursos productivos. Pero ese escenario de un modelo de economía abierta que alcanzó una senda de crecimiento en un equilibrio estacionario (convergencia de los equilibrios de cada momento hacia un punto de equilibrio en el largo plazo) no tuvo ningún fundamento, ni teórico ni empírico. La historia económica de los países industrializados así lo demostró.

Finalmente, al juntarse estas contradicciones, se tuvieron efectos perversos o negativos exacerbados. Incluso efectos negativos en un proceso de causación circular acumulativa o de rendimientos crecientes (por ejemplo, en el caso de los flujos de capital mencionado arriba).

CONCLUSIÓN

A la larga, ese modelo no sería viable y nada cambiaría eso. Fue necesario pasar a otra estrategia. Empero, a diferencia del funda-

mentalismo extremista que caracterizó la adopción del MECA, el diseño de una estrategia económica alternativa debería rescatar lo rescatable del MECA y del MISI, aunque esto sonara a una especie de sincretismo económico. Por ejemplo, en el MECA había algunos puntos positivos que sería importante rescatar para un cambio posterior de estrategia. Uno de ellos tuvo que ver con el papel del Estado. La idea de un Estado que no fuera el actor principal en el proceso de desarrollo debería analizarse con más cuidado, de manera objetiva. Desgraciadamente, en el MECA el autoritarismo no se eliminó, la corrupción aumentó y la manipulación política creció. El centralismo y la falta de respeto al poder legislativo, y el rompimiento del marco del estado de derecho (incluso del marco constitucional) han anulado por el momento lo positivo de la idea de redimensionar el tamaño del Estado.

Cualquier intento por encontrar una estrategia alternativa exigió este tipo de evaluación crítica profunda y completa. Llevar a cabo una crítica incompleta, se hubiera corrido el riesgo de ofrecer alternativas equivocadas, al no identificar los problemas verdaderos, y al ignorar las opciones o alternativas viables.

El país ha estado deslizándose gradualmente al abismo de la violencia por la ceguera oficial y el recrudecimiento de los problemas derivados de un modelo que no ha sido viable. Políticamente, una crítica insuficiente o poco rigurosa correría el riesgo de caer en una serie de recomendaciones que podrían ser recuperadas por el mismo modelo que se ha buscado reemplazar, alargando artificialmente su aplicación, pero, sin haber podido evitar a mediano plazo su colapso.

OBRAS CONSULTADAS

- Bhaduri, A. (1998). "Implications of Globalization for Macroeconomic Theory and Policy in Developing Countries". En: Baker, Dean, G. Epstein y R. Pollin, ed. *Globalization and Progressive Economic Policy*. Cambridge, Cambridge University Press.
- _____ y R. Skarstein (1996). "Short-Period Macroeconomic Aspects of Foreign Aid". *Cambridge Journal of Economics*, vol. 19, marzo.
- Comisión Económica para América Latina (1996). *Panorama social de América Latina*. CEPAL.
- Cline, William Richard (1995). *International Debt Reexamined*. Washington, Institute for International Economics.
- Fisher, Franklin (1989). *Disequilibrium Foundations of Equilibrium Economics*. Cambridge, MA., The MIT Press.
- Lazonick, William (1994). *Understanding American Economic Decline*. Bernstein, Michael A. y David E. Adler, ed.. Cambridge, Cambridge University Press.
- Nadal, Alejandro (1996). "Balance of Payments Provisions in the GATT and NAFTA", *Journal of World Trade*, vol. 30, núm. 4.
- Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (1997). *Informe sobre desarrollo humano*. PNUD.

URBANIZACIÓN Y CRISIS EN MÉXICO EN EL ÚLTIMO CUARTO DEL SIGLO XX¹

*Francisco Rodríguez Hernández
Guillermo Olivera Lozano**

INTRODUCCIÓN

Un desafío básico en el estudio de la dinámica de urbanización mexicana, en las últimas dos décadas, ha sido distinguir las evidencias de procesos de largo plazo, de aquéllas que señalan fenómenos de carácter coyuntural. En primer lugar, en los años ochenta, la crisis económica provocó una interrupción en el acelerado proceso de concentración en las grandes metrópolis que había caracterizado el crecimiento urbano de México hasta entonces. Este paréntesis, documentado a partir de los datos del Censo de Población de 1990, fue interpretado como el alcance de un punto teórico de máxima concentración urbana, a partir

¹ Una primera versión de este trabajo fue presentada en el Seminario Población, Crisis y Perspectivas Demográficas en México, organizado por el CRIM (UNAM) y la SOMEDE, del 16 al 18 de febrero de 1998, en Cuernavaca, Morelos. Incorpora resultados del proyecto de investigación “Proceso urbano en México: evolución reciente y tendencias”, que ha contado con financiamiento del CONACYT. Los autores agradecen el apoyo prestado por Fidel Olivera y Paloma Rodríguez en la elaboración de este trabajo.

* Investigadores del Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (CRIM), UNAM.

del cual comenzaría un proceso tendencial de desconcentración que favorecería principalmente a las ciudades intermedias, que ya desde antes se mostraban en conjunto con un fuerte potencial de crecimiento. En segundo lugar, la incipiente reactivación del crecimiento económico hacia fines de los años ochenta y principios de los noventa, coincidía a su vez con una alza en las tasas de crecimiento de las grandes urbes mexicanas con respecto a la década anterior, y el consecuente aumento, aunque ligero, de las medidas de concentración de la población urbana. En tercer lugar, la recurrencia de fases de crecimiento y recesión en la economía a mediados de los noventa, planteó nuevas interrogantes sobre la realidad actual y el futuro del proceso de urbanización mexicano en el nuevo milenio.

Son varios los escenarios que pueden plantearse. Uno de ellos es el de la crisis de mediados de los noventa, el cual repercutiría en forma similar a la de los ochenta en el crecimiento urbano, continuándose de alguna manera la tendencia encontrada en esos años: freno al crecimiento de las metrópolis principales y crecimiento acelerado en ciudades alternas, particularmente aquellas de tamaño intermedio que se ubicaban en el área de influencia de las grandes metrópolis mexicanas o que contaban con ventajas competitivas excepcionales (Sobrino, J., 1996). Otro, basado en el argumento de que los años de crisis habían impulsado la reestructuración de la economía nacional y las economías regionales, que fortalecieron el papel tanto de las grandes metrópolis como de las ciudades intermedias, de tal manera que, la tendencia iniciada con el cambio de década fue continuada. En el momento en que se escribieron estas líneas, no se disponía de información general sobre el crecimiento de las ciudades en la segunda mitad de los noventa, por lo que estas cuestiones no se solventaron sino hasta conocer los resultados del Censo de Población del año 2000. Así, los caminos del proceso de urbanización confronta-

ron la imaginación más que la capacidad de interpretación de los estudiosos de los procesos urbanos.

Aquí no se intentaba plantear estos escenarios, sino contribuir en la discusión sobre los efectos de la crisis económica y los periodos de transición entre auge y crisis en la dinámica de urbanización del país. Para ello, se presentaron datos y reflexiones sobre las características que tomó el proceso de urbanización durante la década de los ochenta y la primera mitad de los noventa, contrastando con el comportamiento del proceso en décadas anteriores, y tratando de relacionar estas características con el crecimiento y distribución del Producto Interno Bruto (PIB) sectorial en las distintas regiones del país. La primera parte se dedicó a plantear las etapas por las que ha transitado la dinámica de urbanización en México durante el siglo XX, y sus características distintivas, para luego describir los aspectos principales del proceso durante los años ochenta y la primera mitad de los noventa. Posteriormente, se comparó el crecimiento del PIB según regiones y sectores de actividad económica con los indicadores regionales de urbanización, con la finalidad de relacionar el desempeño de la economía con el proceso de urbanización regional, destacando aquellas regiones que se percibieron como las de rasgos más distintivos del proceso. Finalmente, se resumieron los aspectos centrales del artículo y se ofrecieron algunas conclusiones.

LA EVOLUCIÓN DEL PROCESO DE URBANIZACIÓN

Etapas de urbanización en el siglo XX

En el proceso mexicano de urbanización del siglo XX pudieron reconocerse, al menos, tres etapas. La primera corresponde a las primeras tres décadas y se caracterizó por un proceso de urba-

nización ascendente pero moderado, propio de una economía centrada en la producción agrícola y la explotación de los recursos naturales. En cierto sentido pudo decirse que fue la continuación de las tendencias de crecimiento urbano ocurridas a fin de siglo, con las perturbaciones que provocó en dicha dinámica el movimiento armado de la Revolución Mexicana, y el posterior restablecimiento de las condiciones de desarrollo de las ciudades.²

La segunda etapa comprendió de 1940 a 1980. Se distinguió por un rápido crecimiento urbano, estrechamente ligado con la adopción del modelo de desarrollo basado en la industrialización sustitutiva de importaciones, que permitió un acelerado crecimiento económico del país, y las políticas subsiguientes, todas ellas orientadas al desarrollo del mercado interno. En esta etapa, la dinámica de crecimiento económico, la entrada a una fase de transición demográfica de alta fecundidad y baja mortalidad, que derivó en un alto crecimiento demográfico, así como la intensa migración campo-ciudad, son factores que posibilitaron una expansión urbana acelerada, basada principalmente en el crecimiento explosivo de las ciudades más grandes, particularmente de la Ciudad de México. El resultado fue un país predominantemente urbano, con un alto grado de concentración tanto en el plano regional como en lo relativo al sistema urbano en general (Garza y Rivera, 1995).³

La tercera etapa comenzó en los años ochenta, determinándose por los cambios sucesivos en las tendencias dominantes

² Los periodos o etapas que mencionan en realidad están delimitados por la periodicidad de las fuentes de información, básicamente los Censos de Población.

³ Garza y Rivera se refieren al periodo 1960-1980 como de industrialización y urbanización acelerada, en el cual se define al esquema altamente concentrado de distribución territorial de la población urbana.

de crecimiento, quizá como transición a un comportamiento ulterior más uniforme. La crisis provocada a partir de 1982 por los desequilibrios macroeconómicos corresponde al agotamiento definitivo del modelo de desarrollo orientado al mercado interno y, la adopción de otro modelo de desarrollo basado en la apertura comercial, la reducción del control estatal sobre la economía y el predominio del libre juego de las fuerzas del mercado, fueron tomados como medida para conducir un ajuste de la economía que permitiera superar la crisis y reactivar el crecimiento (Lustig, Nora, 1994).⁴ También coincidió con una disminución insoslayable en la dinámica de crecimiento demográfico, debido a diversos factores sociales, económicos y políticos, entre los cuales estuvieron la adopción de políticas de planificación familiar y salud reproductiva, orientadas a la utilización de métodos anti-conceptivos, y los relacionados con las continuas crisis económicas y los efectos de la pérdida del poder adquisitivo del ingreso familiar, como el aumento en la participación femenina en la fuerza de trabajo, ligado a nuevas estrategias de supervivencia del hogar.

En esta tercera etapa, el crecimiento urbano continuó a un ritmo menor que en décadas anteriores y empezaron a notarse cambios en su distribución geográfica. Las transformaciones en la estructura económica, forzadas por las repetidas crisis y la necesidad de ganar competitividad en el mercado internacional, afectaron de diversas formas el crecimiento de las ciudades, donde sobresalió la pérdida de dinamismo de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México (ZMCM), por ser la sede principal de las industrias representativas del modelo por sustitución de importaciones. Estos cambios permitieron conjuntamente una relativa

⁴ De acuerdo con Nora Lustig, las causas de la crisis de 1982 "... fueron los desequilibrios macroeconómicos y no el efecto acumulado de 30 años de industrialización orientada hacia el mercado interno" (cfr. p. 17)

estabilización del grado de concentración urbana, así como cambios en la distribución del crecimiento y la configuración del sistema de ciudades.

Grado y dinámica de urbanización

En el Cuadro 1 se observa la evolución de la población nacional, urbana y rural desde 1900 a 1995. Luego de haber recuperado el crecimiento demográfico frenado durante la Revolución Mexicana en las primeras décadas del siglo, el país registró altas tasas de crecimiento poblacional entre 1940 y 1980, particularmente en la década de los sesenta, cuando alcanzó un crecimiento de 3.4% anual en promedio. A partir de 1980 se observó una disminución del ritmo de crecimiento, para situarse ligeramente por arriba de 2%.

A lo largo del siglo, la población urbana ha tenido una dinámica de crecimiento más acusada que el conjunto de la población nacional. Esta característica definió en sí mismo lo que conocemos como proceso de urbanización: el aumento continuo de la población urbana a costa de la población rural. En la etapa de urbanización moderada, la población urbana creció al ritmo de tasas que duplicaban las de la población rural, de tal manera que la proporción de población urbana (grado de urbanización) avanzó de 10.6% en 1900 a 20.4% en 1940. Durante la etapa de urbanización acelerada, las tasas de crecimiento de la población urbana triplicaron las de la población rural, situándose por arriba de 6% promedio anual entre 1940 y 1960, y por arriba de 5% entre 1960 y 1980; en esta etapa, la población urbana contribuyó al crecimiento demográfico nacional con proporciones que aumentaron de 53% en los años cuarenta, a 80% en los años setenta, de manera que se alcanzó una proporción de población urbana de 56.2% para 1980. A partir de entonces, y

en forma coherente con la reducción del ritmo de crecimiento demográfico nacional, la tasa de crecimiento de la población urbana disminuye, situándose en 3.0 en los años ochenta y 2.7 en 1990-95. No obstante esta reducción, la contribución urbana al crecimiento demográfico nacional continuó ascendiendo, abarcando 83% del incremento nacional de población en la primera mitad de los noventa, y alcanzándose una grado de urbanización de 64.0% en 1995.

Crecimiento diferencial y concentración urbana

Un aspecto fundamental de la etapa de urbanización acelerada (1940-80), fue que las Zonas Metropolitanas de las ciudades de México, Guadalajara y Monterrey, y también Puebla hacia fines del periodo, registraban tasas de crecimiento superiores al promedio del sistema urbano, alimentadas por intensos flujos de migración proveniente, principalmente, de áreas rurales. Esta situación, que permitió la conformación de un sistema urbano altamente concentrado en pocas ciudades, tiende a cambiar durante los años ochenta, cuando la velocidad de crecimiento de las grandes ciudades disminuye por abajo del crecimiento promedio del conjunto de ciudades; y, a la par que las ciudades de tamaño intermedio, aumentan en número y en participación de la población urbana.

El Cuadro 2 muestra la distribución de la población urbana según rangos de tamaño de las ciudades de 1970 a 1995. Las ciudades millonarias, que concentraban más de la mitad de la población urbana en 1970 y 1980, pasaron a una proporción que varía de 44% en 1990, a una de 46% en 1995, a pesar de que en este último año sumaron seis ciudades, tres más que en 1970. En cambio, las ciudades entre 500 mil habitantes y un millón de habitantes aumentaron de forma dramática su participación en la

población urbana: de 2.8% en 1970, pasan a casi 21% en 1995. El aumento en el número de ciudades en este rango también es dramático, pues en 1970 solamente había una ciudad en este rango, contra 18 ciudades en 1995.

Al haber observado la participación de los grupos de ciudades clasificadas según su tamaño en el incremento intercensal de población urbana (tercera parte del Cuadro 2), se advierte mejor la importancia de su contribución al proceso de urbanización, y los cambios en la misma. En efecto, las ciudades millonarias concentraron 49% del incremento total de población urbana en los años sesenta y setenta, para declinar en 1980-90 a 21%. Hacia 1995, las ciudades millonarias recuperaron parte de su capacidad de concentración del crecimiento, abarcando 37% del incremento de población urbana.

También pudo observarse el importante aumento de la participación en el crecimiento urbano de las ciudades entre 100 mil y menos del millón de habitantes. Dicha participación, de 26% en los años sesenta, aumentó de forma constante, hasta alcanzar 52% en los ochenta. Para 1990-95, esta participación baja a 41.5%; si bien, cabe observar la reclasificación de dos ciudades (las zonas metropolitanas de León y Toluca) que salieron del rango de ciudades de 500 mil al millón para sumarse al rango de las mayores al millón de habitantes.

Por otro lado, la contribución al crecimiento urbano de las ciudades menores a los 100 mil habitantes, se situó en torno a 24% en los años sesenta, disminuyó en los setenta a 17%, y se incrementó a 26.3% durante los ochenta, situándose finalmente en 21.3% durante la primera mitad de los noventa. Este grupo de ciudades, el más numeroso en localidades, pero al mismo tiempo el que cuenta con menor población (tan solo 15.8% en 1995), participó en el incremento total de la población urbana, siguiendo una tendencia inversa a la de las ciudades millonarias:

su participación disminuyó o aumentó según las grandes ciudades habían aumentado o disminuido su contribución relativa al crecimiento urbano.

Tanto la distribución de la población urbana como su incremento, según rangos de tamaño de las ciudades, reflejaron niveles crecientes de concentración durante la etapa de urbanización acelerada, y fluctuaciones en la etapa de transición más reciente. En la Gráfica 1 se muestran los resultados del cálculo de índices de Gini para la distribución de la población urbana en las ciudades, a lo largo del siglo. El grado de concentración en el sistema Urbano es creciente desde 1900 hasta 1980, y prácticamente deja de crecer en 1990 y en 1995, pues los cambios en el grado de concentración entre 1980 y 1995 fueron de muy baja magnitud. Primero, se apreció un estancamiento entre 1980 y 1990, que en su momento, fue interpretado por algunos autores como el inicio de un proceso de desconcentración; luego, el nivel de concentración aumentó ligeramente en 1995.

Distribución del crecimiento urbano en las regiones

La distribución del crecimiento urbano por regiones también reflejó los niveles de concentración alcanzados y los cambios ocurridos en la última década y media.⁵ El Cuadro 3 muestra

⁵ Para efectos de este trabajo, se utilizaron las regiones definidas en el Programa Nacional de Desarrollo Urbano 1982-1988. Estas fueron las siguientes: NOROESTE: Baja California, Baja California Sur, Sonora y Sinaloa; NORTE: Chihuahua, Coahuila y Durango; NORESTE: Nuevo León y Tamaulipas; CENTRO NORTE: Aguascalientes, Guanajuato, Querétaro, San Luis Potosí y Zacatecas; OCCIDENTE: Colima, Jalisco, Michoacán y Nayarit; CENTRO: Distrito Federal, Hidalgo, México, Morelos, Puebla y Tlaxcala; PACÍFICO SUR: Chiapas, Guerrero y Oaxaca; GOLFO: Tabasco y Veracruz; PENÍNSULA DE YUCATÁN: Campeche, Quintana Roo y Yucatán.

la distribución de la población total y urbana de 1970 a 1995. Puede apreciarse que las regiones Centro y Occidente fueron las que abarcaron las mayores proporciones de población urbana, seguidas de las regiones del norte del país. En el otro extremo, las regiones Golfo, Pacífico Sur y Península de Yucatán contuvieron las proporciones más bajas de esta población.

En el cuadro puede notarse que la región Centro perdió participación en la población urbana hacia 1990 y 1995, en tanto que en las otras regiones aumentó, lo cual indica que esta región ha perdido preeminencia como receptor del crecimiento urbano nacional, a pesar de haber continuado incrementándose el grado de urbanización, al igual que sucedió en todas las regiones.

En 1970-1980, la Región Centro concentró 46% del incremento de la población urbana en el país; en 1980-90 recibió 23%, y en 1990-95, 33%. Tal parece que el resto de las regiones recibieron el crecimiento urbano que dejó de darse en el centro del país, pues mostraron incrementos en la proporción que recibieron del crecimiento urbano, en mayor medida entre 1980 y 1990, y menor en 1990-95, si bien hay que notar que algunas de estas regiones se beneficiaron más en el segundo subperiodo, al haberse mostrado incrementos continuos entre 1980 y 1995; se trata de las regiones Noroeste, Noreste y Península de Yucatán.

En resumen, los datos anteriores permitieron afirmar que la evolución del proceso de urbanización en el país, durante los años ochenta y primera mitad de los noventa, representó un periodo de cambio en las tendencias de concentración urbana, quizá una transición hacia una etapa ulterior. Hasta entonces, el crecimiento urbano se había concentrado en las ciudades grandes, en medida proporcional a su tamaño, lo cual repercutía en un sistema urbano altamente concentrado, con la fuerte preeminencia de una gran ciudad y pocas ciudades de segundo rango. Entre 1980 y 1990 se apreciaron cambios en la distribución del

crecimiento urbano y en las medidas de concentración, que hablaron de un cambio sustantivo en las tendencias de urbanización. Las ciudades de tamaño intermedio tomaron importancia como receptoras del crecimiento urbano, particularmente aquellas menores del millón de habitantes pero mayores de 500 000, seguidas de las ciudades entre 100 000 habitantes y el medio millón, en tanto que las grandes urbes, particularmente la Ciudad de México y su zona metropolitana, vieron reducida su velocidad de crecimiento. Esta tendencia en el nivel de ciudades, se reflejó fielmente al nivel de regiones, perdiendo la región Centro del país, en cierta medida, su enorme potencial de atracción del crecimiento urbano. En la primera mitad de los noventa, sin embargo, se renovaron las fuerzas concentradoras, el centro del país y las grandes ciudades retomaron su potencial de crecimiento, si bien en una medida menor a la observada durante los años sesenta y setenta (Garza, 1998).⁶

LA EVOLUCIÓN DEL PIB Y EL CRECIMIENTO URBANO

Había resultado casi obvio relacionar el comportamiento del proceso urbano nacional con los vaivenes del desarrollo económico. Mientras el crecimiento de la economía nacional fue acelerado, en el periodo que llegó a considerarse el “milagro mexicano”, el proceso urbanizador se mantuvo en una dinámica acelerada y con una fuerte y ascendente tendencia hacia la concentración. Cuando la economía se estancó durante los ochenta, y se tomaron medidas para reactivarla a partir de otro modelo, se presentó un efecto de frenado y de cierta desconcentración. Luego de una

⁶ De acuerdo con Garza, un cambio importante en la tendencia de urbanización hacia los años noventa, fue que al haber aumentado el número de ciudades millonarias, se conformó un sistema urbano “policéntrico” a partir de ellas, aunque la ZMCM mantuvo su posición preeminente.

etapa de recuperación efectiva, en la primera mitad de los noventa, el proceso de urbanización ascendente y concentrador se reactivó, si bien con un perfil en apariencia menos agresivo.

Evolución del PIB entre 1980 y 1993

La situación de crisis de la economía nacional se apreció fácilmente al haber comparado la evolución del PIB en los periodos 1970-1980 y 1980-1993. El primero representó la última fase del llamado “desarrollo estabilizador” y del modelo de industrialización por sustitución de importaciones. El segundo, significó el inicio de un largo ciclo de crisis económica, al mismo tiempo que fuera representativo del modelo de desarrollo basado en la apertura comercial y la desregulación de la economía.

Luego de registrar durante varias décadas tasas de crecimiento por arriba de 6% promedio anual en el PIB, se registró una impresionante caída del producto durante los años ochenta. Entre 1980 y 1993, la tasa de crecimiento medio anual del PIB se situó en 2.3%. La caída fue generalizada en los distintos sectores de actividad económica, con la excepción de los sectores de electricidad y de servicios financieros, de administración y alquiler. Esta caída fue apreciada de modo más claro al haber comparado el incremento neto del PIB en dicho periodo con el registrado en la década anterior (ver la última columna del Cuadro 4). En el nivel nacional, el crecimiento obtenido en 1980-93 representó tan solo 72% del que se obtuvo entre 1970 y 1980. De acuerdo con este mismo indicador, los sectores más castigados, al haber mostrado un desempeño por abajo del promedio nacional, fueron la minería, la construcción, la agricultura, la industria manufacturera, los servicios comunales, sociales y personales, y los transportes y comunicaciones. En estos sectores, el incremento del PIB en 1980-93 fue equivalente a proporciones entre 20 y

70% del correspondiente a 1970-80; en el sector de la minería, incluso, se obtuvo un decremento de 56% respecto al periodo anterior.

En el resto de los sectores de actividad económica, el de comercio, restaurantes y hoteles se registró un crecimiento en 1980-1993 que representó 95% del obtenido en 1970-80, sin embargo, se tuvo que considerar que su desempeño fue superior al promedio nacional. Los sectores de servicios financieros y de la industria eléctrica crecieron en magnitudes equivalentes a 132 y 80% por arriba del crecimiento obtenido en 1970-80, respectivamente, de manera que puede decirse que en estos sectores no hubo efectos globales adversos durante el periodo.

También se observó que, a diferencia de lo acontecido en los años setenta, cuando el crecimiento del PIB era uniforme a lo largo de la década (6.61% medio anual en 1970-75 y 6.71% en 1975-80), en el periodo 1980-1993 hubo una evolución descendente hacia la mitad del periodo, correspondiente al fondo de la crisis de los años ochenta, y luego una somera recuperación a fines de esa década y principios de los años noventa, que como es conocido, concluye con la crisis desencadenada a partir de diciembre de 1994. Las tasas de crecimiento medio anual pasaron de 2.8% entre 1980 y 1985, a -0.1% entre 1985 y 1988, y a 2.9% entre 1988 y 1993.

Evolución del PIB en las regiones

Siguiendo la misma lógica de comparar el crecimiento absoluto del PIB entre 1980 y 1993 con el obtenido en 1970-1980, se pudo constatar que los efectos de la crisis económica se hicieron extensivos a las distintas regiones del país, aunque el impacto no fue homogéneo entre ellas. Solamente se registraron incrementos

del PIB en la Península de Yucatán y las regiones Centro-Norte y Noroeste (ver última columna del Cuadro 5).

En el caso de la Península, el incremento neto del PIB en 1980-93 fue 200% superior al de 1970-80, en tanto que en las regiones Centro-Norte y Noroeste, los incrementos registrados fueron superiores en 45% y 10%, respectivamente.

La Península de Yucatán registró durante 1980-1993 una tasa de crecimiento medio anual de 7.94, que es muy alta comparada con el 2.3 del PIB nacional en el mismo periodo, y sólo 0.14 por debajo de la registrada en 1970-80. El alto crecimiento del PIB en esta región responde en buena medida al desempeño del sector comercio, restaurantes y hoteles que, en el periodo, casi duplicó su participación en el PIB regional (al haber pasado de 2.8% a 43.2%) y registró una tasa de crecimiento medio anual de 11.5 en el mismo periodo. Otros sectores también tuvieron un alto desempeño, como son: el de minería, con una tasa de crecimiento de 26.3, y en general todos los sectores de servicios, así como el de electricidad, con tasas de crecimiento en torno a 6.0 (Cuadro 6).

Cabe mencionar que, no obstante el alto dinamismo económico de la Península de Yucatán en los años ochenta e inicio de los noventa, aun se ubicaba en esos años en el último lugar entre las demás regiones por su participación en el PIB total nacional (4.25%), si bien dio un importante salto en relación con 1970 (1.73%).

Las Regiones Centro-Norte y Noroeste tuvieron un desempeño más modesto pero por arriba del promedio nacional (2.3%), con tasas de crecimiento en 1980-93 de 3.9 y 2.7, respectivamente. La primera registró tasas de crecimiento de 3.3 y superiores en los sectores que abarcaban las mayores proporciones del PIB regional: manufactura, comercio, restaurantes y hoteles, servicios financieros y servicios comunales, sociales y persona-

les. Además, tuvo un crecimiento medio de 7.0% en el sector transportes y comunicaciones y de 2.8% en el sector agrícola. La región Noroeste, por su parte, mostró tasas de crecimiento cerca o por arriba de 3% en casi todos los sectores de actividad, con excepción de los sectores de construcción y de servicios comunales, sociales y personales, el primero con una tasa media de -1.4 en el periodo, y el segundo con una tasa de 1.5.

Por lo que toca a las regiones cuyo crecimiento neto en 1980-93 fue menor al que tuvieron en 1970-80, que eran la mayoría, no obstante compartir los efectos de la crisis, no observaron un desempeño homogéneo. Debido a que el comportamiento regional de los sectores de actividad económica no era uniforme, algunas regiones mostraron mejor desempeño que otras.

Por un lado, dos de estas regiones tuvieron mejor desempeño que el agregado nacional: Norte y Pacífico Sur. La primera obtuvo un crecimiento medio anual del PIB del orden de 2.52% en el periodo 1980-93, donde influyeron principalmente los sectores de las manufacturas, transportes y comunicaciones y servicios financieros, sectores todos con tasas de crecimiento por arriba de 3%; destacó el sector de manufactura, ya que abarcó 21.4% del PIB regional.

La región Pacífico Sur registró una tasa de crecimiento del PIB de 2.54, influida principalmente por la producción obtenida en los sectores de construcción, comercio, restaurantes y hoteles, servicios financieros y transporte y comunicaciones, con tasas de crecimiento del orden de 3.2% o superiores. En ambas regiones existió un alto desempeño del sector eléctrico, si bien ocupó proporciones bajas del PIB regional; sin embargo, este desempeño sectorial fue extensivo a todas las regiones del país y corresponde esencialmente al crecimiento de la población.

Por el otro lado, las cuatro regiones restantes tuvieron crecimientos del PIB por debajo de la tasa del agregado nacional:

Noreste, Occidente, Centro y Golfo. Las dos primeras, que tuvieron una participación cercana a 10% en el total del PIB, registraron tasas de crecimiento medio anual de 2.23 y 2.17, respectivamente, que se ubicaron ligeramente por debajo de la nacional, de 2.3. Las otras dos registraron crecimientos menores: 1.87% medio anual en el caso de la región Centro, y 0.36 en el caso de la región Golfo, por lo cual se ha podido decir que en estas dos regiones se ubicaron los efectos regionales más fuertes de la crisis económica.

La región Occidente mostró un desempeño por arriba del promedio solamente en los sectores de servicios financieros, electricidad y minería (éste tan solo ocupó 1.2% del PIB de la región) con tasas por arriba de 4% medio anual, y en el sector de comercio, restaurantes y hoteles, con tasa de 2.6. Algunos de los principales sectores de actividad en esta región, por su peso en el PIB regional, como han sido la agricultura y la manufactura, tuvieron un crecimiento por abajo del nacional; incluso, el sector agrícola tuvo un crecimiento por abajo del registrado por el sector a nivel nacional. Puede decirse que esta región resintió de manera generalizada los efectos de la crisis, y que solamente el desempeño favorable de la Zona Metropolitana de Guadalajara evitó efectos mayores.

La región Noreste tuvo un crecimiento muy por abajo del mostrado durante los años setenta. Los dos principales sectores de actividad, la manufactura y el comercio, registraron tasas de 2.1, influidas básicamente por muy bajos desempeños entre 1988 y 1993. En esta región, el crecimiento del PIB regional se conservó por arriba de 2% anual por un desempeño alto del sector de servicios financieros, y uno moderado, pero mayor que el promedio nacional, de los transportes y comunicaciones. Cabe observar que los efectos de la crisis en esta región se concentraron en Nuevo León.

Por su parte, la región Centro mostró crecimientos del producto más bajos que el promedio nacional en la mayoría de los sectores de actividad, salvo en los de servicios financieros, que alcanzó una tasa de 5.1 y que representó 15% del PIB regional; y minería, con una tasa de 3.5, aunque significó solamente 0.5% del PIB de la región. El sector de transportes y comunicaciones señaló una tasa de 2.3, también superior al promedio nacional, aunque había que considerar que el crecimiento experimentado en 1980-93 implicó 52% del obtenido en 1970-80. Otros sectores importantes en la región, como la manufactura y el comercio, que abarcaban 25 y 21% del PIB regional respectivamente, indicaron tasas de crecimiento de 1.4 y 1.8, en las cuales influye un crecimiento muy bajo entre 1980 y 1988, menor a 0.5% medio anual. En este mismo subperiodo varios de los sectores de actividad en la región registraron tasas negativas. Se trataba de una de las regiones más golpeadas por la crisis, donde se destacó particularmente el efecto recesivo en la ZMCM.

Finalmente, la región Golfo, fue la más afectada, en términos relativos, por la situación de crisis. El PIB de esta región tuvo un crecimiento casi nulo durante el periodo analizado, cuya explicación era porque la mayoría de los sectores de actividad registraron tasas de crecimiento muy bajas. En particular, destacó el decrecimiento absoluto del producto correspondiente al sector de minería y extracción, con una tasa de -12.1% medio anual en 1980-93. Además, cabe señalar que en esta región, los sectores que mostraron crecimientos del PIB por arriba del promedio nacional habían sido los mismos que observaron este desempeño en la mayoría de las regiones: electricidad, comercio, y servicios financieros, lo cual indicaba que la región no había contado con ventajas comparativas que impulsaran un desarrollo propio.

Crisis, evolución del PIB y urbanización

Al haber observado los cambios en la estructura sectorial del PIB entre 1970 y 1993, se advirtió un paulatino avance de las actividades terciarias a costa de las primarias y secundarias. En 1970, 59.0% del producto correspondía a actividades terciarias; en 1993, dicha proporción se ubicaba en 64.6%. Esta terciarización de la economía había coincidido con el arribo del proceso de urbanización a una etapa que sigue evolucionando de manera ascendente, pero con un ritmo cada vez más lento: mientras que el grado de urbanización aumentó de 56.2% en 1980 a 64.0% en 1995, la tasa de urbanización bajó de 1.99 en 1970-80, a 0.69 en 1990-95.

Asimismo, al haberse sustentado el crecimiento urbano en el desarrollo de la economía de las ciudades y regiones, fue evidente que, a diferencia del proceso ocurrido durante el periodo de urbanización acelerada, en el periodo siguiente el crecimiento urbano se pudo considerar como base en la terciarización de la economía (Garza y Rivera, 1994). A su vez, se trató de un proceso de terciarización que en parte, se sustentaba en un deterioro de las actividades secundarias como resultado coyuntural de las situaciones recurrentes de crisis.

La caída en la velocidad de urbanización se mencionó en la primera parte de este trabajo como un asunto tendencial y coherente con las teorías de los ciclos de urbanización. De acuerdo con estas teorías, dicha caída describiría una curva uniforme; sin embargo, en el caso de México, la caída en la velocidad de urbanización fue mayor a lo esperado en el periodo 1980-90, advirtiéndose al compararse con la tasa de urbanización de 1990-95, y puede explicarse también como un efecto de los años de crisis económica.

Un aspecto importante fue la relación entre la velocidad de urbanización en las regiones y la dinámica de crecimiento de su producción. Esta relación, que tenía un fuerte grado de correspondencia en los años setenta, se distorsionó en el periodo 1980-93, cuando cambió el orden jerárquico de las regiones según su velocidad de urbanización, y el crecimiento del producto fue sensiblemente más bajo que en el periodo anterior (Gráfica 2).

Las tasas regionales de urbanización en 1970-80 mostraron una fuerte relación con las tasas de crecimiento del PIB: a mayor crecimiento del PIB, mayor velocidad de urbanización. En realidad, durante este periodo la relación siguió una curva en forma de "U", donde las mayores tasas de crecimiento del PIB en el periodo correspondieron a las mayores tasas de urbanización (regiones Golfo, Pacífico Sur y Península de Yucatán). Había que considerar que también tuvo que ver el grado de urbanización de las regiones, ya que fueron las de menor grado de urbanización donde se registraron las mayores tasas. En los años setenta, las regiones con alto y medio grado de urbanización ya habían pasado por su etapa de mayor dinamismo urbano, al inicio del proceso de urbanización.

Las tasas de crecimiento del PIB intermedias correspondieron con las menores tasas de urbanización del periodo (regiones Centro y Noreste), y las bajas concordaron con las tasas intermedias de urbanización del periodo (regiones Occidente, Centro-Norte, Norte y Noroeste). Nuevamente cabe resaltar que las primeras dos regiones fueron aquellas con mayores niveles de urbanización, con una estructura urbana muy centralizada, y que se encontraban en las fases urbanas más avanzadas.

Para el periodo 1980-93 la relación crecimiento del PIB regional, tasas de urbanización y grado de urbanización se seguía aplicando en varios casos, pero se observaba una mayor heterogeneidad de comportamientos. De las dos regiones con mayores

tasas de crecimiento económico, sólo la Península de Yucatán tuvo también una elevada tasa de urbanización; a la región Centro-Norte le concernía una tasa de urbanización intermedia. Las regiones Noroeste, Norte y Pacífico Sur, que tenían tasas de crecimiento del PIB intermedias, registraron también las dos primeras, tasas de urbanización intermedias. Las regiones Noreste, Centro, Golfo y Occidente, por su parte, con bajas tasas de crecimiento del PIB, registraban las tres primeras, las más bajas tasas de urbanización. El comportamiento de algunas regiones era lo que diferenciaba en 1980-93 la relación directa y proporcional observada en 1970-80, en el rango de las regiones con mayor crecimiento del PIB: la región Pacífico Sur, que mostró una tasa de urbanización muy alta respecto al crecimiento de su PIB,⁷ y las regiones Península de Yucatán y Noreste que presentaron muy alto crecimiento del PIB en el caso de la primera, y baja velocidad de urbanización en el caso de la segunda.⁸

Como se anotó antes, el grado de urbanización había seguido aumentando durante los años de crisis, al tiempo que la velocidad del proceso iba disminuyendo. Se ha mencionado que esto había sido coherente con las teorías cíclicas de la urbanización, y también que, en el caso de México, la influencia de la caída del producto durante los años ochenta y la insuficiente recuperación de la primera mitad de los noventa habían acentuado este efecto aún antes de que se hubiera presentado, si las tendencias teóricas

⁷ Aunque hay que notar que esta región fue la menos urbanizada del país y que se encontraba en una etapa temprana en la cual las tasas altas de urbanización eran comunes.

⁸ En el caso de la Península de Yucatán, la aparente desproporción entre la dinámica de crecimiento del PIB y de la urbanización, respondió a un desempeño económico sobresaliente comparado con las otras regiones. En cuanto a la región Noreste, debe recordarse que se trataba de una región con un alto grado de urbanización, en una etapa avanzada donde las bajas tasas de urbanización habían sido características.

hubieran actuado sin la influencia de la crisis. Dicha influencia apareció más evidente cuando se observaron conjuntamente los cambios en las tasas de urbanización y de crecimiento del PIB en el periodo que nos ha ocupado.

Si bien la disminución en la velocidad de urbanización se había generalizado para todas las regiones, en algunas no se dio de forma continua entre 1960 y 1995, y en algunas otras se proporcionó de forma más acentuada entre 1980 y 1990 que en los cinco años siguientes. Esto tuvo que ver con la caída en el crecimiento del PIB en 1980-1988, y la posición de la tasa correspondiente en 1988-93.

Por un lado, estuvieron las regiones donde hubo una caída en el crecimiento del PIB en 1980-88, y una leve recuperación en 1988-93: Noreste, Occidente, Centro, Golfo y Pacífico Sur. Ya que coincidieron en lo general con el comportamiento global del producto, se pudo decir que fue en estas regiones donde se ubicaron los efectos directos de la crisis económica en los ochenta. En las regiones Noreste y Occidente (que contenían las zonas metropolitanas de Monterrey y Guadalajara, las siguientes en importancia de la ZMCM), este comportamiento coincidió con caídas uniformes de la tasa de urbanización, como si la crisis no hubiera tenido efectos inmediatos en su dinámica de urbanización, a pesar de la fuerte baja en el crecimiento del PIB, que incidió particularmente en el sector secundario. Por su parte, las regiones Centro y Golfo, que habían sido las que resintieron los mayores efectos de la crisis, presentaron caídas muy fuertes en sus tasas de urbanización en 1980-90, y disminuciones moderadas en 1990-95, cuando observaban cierta recuperación en el crecimiento del producto. El Pacífico Sur, en cambio, registró una disminución moderada en la dinámica de urbanización en 1980-90, y una caída drástica, a 50%, en 1990-95.

Por el otro lado estuvieron las regiones que habían mostrado una caída continua en el crecimiento del PIB, es decir, que la tasa de crecimiento, si bien había caído respecto de 1970-1980, fue más alta en 1980-88 que en 1988-93: Noroeste, Norte, Centro-Norte y Península de Yucatán. Pudo decirse que en estas regiones se dio un “efecto tardío” de la crisis económica de los años ochenta, ya que la caída más profunda del crecimiento del producto coincidió con la recuperación del crecimiento en el agregado nacional. En las regiones Noroeste y Centro-Norte, la tasa de urbanización aumentó ligeramente durante los ochenta, respecto a la década anterior, para luego disminuir entre 1990 y 1995. Una situación similar fue en la región Norte, aunque ésta sí registró una leve disminución en las tasas de urbanización en 1980-90, y una disminución mayor en 1990-95. Pudo sugerirse que en estas regiones, los efectos de la crisis no repercutieron con fuerza en la dinámica de urbanización en una primera etapa, y que estos efectos se acumularon hacia fines de los ochenta y principios de los noventa. A diferencia, en la Península de Yucatán la tasa de urbanización cayó a la mitad en 1980-90, para recuperar medio punto en 1990-95.

Cuando se consideraron las regiones clasificadas según su posición como “ganadoras” o “perdedoras” como saldo del periodo 1980-1993, frente a lo “inmediato” o “tardío” que registraron caídas en el crecimiento del PIB como efecto de la crisis, se encontró que las regiones que recibieron de inmediato los efectos de la crisis (Centro, Golfo, Noreste, Occidente) fueron las perdedoras, y que las regiones ganadoras recibieron tardíamente dichos efectos (Península de Yucatán, Centro Norte, Noroeste), cuando las otras regiones ya habían comenzado a registrar una recuperación. Así, el efecto de la crisis en la dinámica de urbanización, a grandes rasgos, respondió tanto en la profundidad en

que las regiones se vieron afectadas, como en sus propios desempeños productivos durante el periodo analizado.

COMENTARIOS FINALES

Los datos analizados no fueron suficientes para describir toda la complejidad de los procesos de urbanización regional y nacional durante los años de crisis y recuperación entre 1980 y 1993, pues han referido sólo cambios generales ocurridos en ese periodo. Constituyeron, sin embargo, orientaciones sobre el camino a seguir en el análisis del proceso de urbanización en México, en el último cuarto del siglo XX. También, dieron pie para plantear algunas cuestiones y hacer una reflexión general.

Ha sido evidente que la situación general de la economía mexicana entre 1982 y 1988 tuvo tal impacto en las tendencias de urbanización en el país y sus regiones, que se llegó a pensar que el país entraba en una fase del proceso de urbanización donde se iniciaba una tendencia hacia la desconcentración. No se hablaba de una desconcentración en términos absolutos, sino de tendencias basadas en la disminución del crecimiento de las ciudades y áreas centrales, ya que el enorme volumen de población concentrado en la región Centro, particularmente la ZMCM, así como en las otras grandes metrópolis regionales (Monterrey y Guadalajara) fue difícil de revertir en una década, o de superar por crecimientos urbanos localizados en otras regiones y en ciudades de menor tamaño. La somera recuperación de la economía hacia fines de los años ochenta y principios de los noventa acabó con esta interpretación, pues entonces las tendencias de crecimiento urbano apuntaron de nuevo hacia la tendencia concentradora, y además hicieron evidente que la perturbación del comportamiento urbanizador observado hasta los años setenta, era producto de los cambios en la dinámica de la economía nacional.

Pero, el comportamiento del crecimiento urbano de la primera mitad de los noventa no fue igual al observado durante la etapa de urbanización acelerada, particularmente de los años sesenta y setenta, y además, permitió sugerir que de este efecto coyuntural se desprende, o se inscribe, en un avance hacia un ciclo ulterior de desarrollo urbano en el país. Fueron al menos tres los aspectos que permiten afirmarlo.

En primer lugar, la dinámica de crecimiento demográfico, que fue uno de los factores primordiales de la urbanización acelerada, no volverá a alcanzar niveles como los registrados en los años sesenta, cuando se había registrado el máximo histórico de crecimiento demográfico en el país. El efecto de esta disminución en el crecimiento de la población urbana fue importante, sobre todo porque la población de las ciudades tendió a presentar tasas de fecundidad más bajas que la población rural.

En segundo lugar, el surgimiento constante de nuevas ciudades, junto con la expansión de las ya existentes, a menudo en formas territoriales más complejas, aunadas al avance de las comunicaciones y transportes, condujo invariablemente a una relativización de la concentración espacial. Aquí descollaron no solamente la creciente abundancia de nuevas ciudades pequeñas, sino también el desarrollo de las ciudades medias y las metrópolis regionales, lo cual hablaba de cambios en las tendencias de la migración interna, particularmente la que se dirigió a destinos urbanos, y en las tendencias de distribución espacial de la población.

En tercer lugar, las crisis económicas recurrentes, los programas de ajuste impulsados para solventarla y la adopción del modelo de desarrollo orientado hacia el mercado exterior, han producido diversas respuestas a nivel de las regiones y las ciudades. Las economías locales, regionales y su conjunto nacional, no fueron ya las mismas. El necesario proceso de reestructuración económica fortaleció algunas actividades, forzó la reconfiguración de otras,

e impulsó el surgimiento de actividades antes poco importantes. Su distribución en el territorio también observó cambios, que inciden en la dinámica de las economías locales, en diferentes expectativas de crecimiento y en cambios en los ingresos per cápita, que a su vez inciden en la reorientación de los flujos migratorios y en la redistribución territorial de la población.

El proceso de crecimiento y desarrollo urbano que se tuvo, respondió en buena medida a los vaivenes de la economía que, a final de cuentas, ha representado su sustento primordial. Sin embargo, se trató de fluctuaciones del desarrollo económico que parecieron impulsar el avance del proceso urbano hacia etapas de mayor desarrollo, principalmente porque ha favorecido una redistribución de algunos de los factores que han impulsado el desarrollo económico regional, redistribución que representó pérdidas despreciables para las regiones centrales, más urbanizadas y con una economía regional mucho mayor, pero ganancias importantes para las regiones menos desarrolladas. Si en una etapa posterior la dinámica de la economía permitiese un crecimiento sostenido, no cabría duda que se facilitarían el desarrollo de las regiones rezagadas, asunto que, como vimos antes en algunas de ellas, comenzó a suceder.

OBRAS CONSULTADAS

Aguilar, Adrian Guillermo, Boris Graizbord y Álvaro Sánchez (1996). *Las ciudades intermedias y el desarrollo regional en México*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, El Colegio de México y UNAM/Instituto de Geografía.

- Aguilar, Adrian Guillermo y Francisco Rodríguez (1993). "Tendencias de desconcentración urbana en México 1970-1990". En: Aguilar, A.G., L.J. Castro y E. Juárez, coord. *El desarrollo urbano de México a fines del siglo XX*. Monterrey, Instituto de Estudios Urbanos de Nuevo León y Sociedad Mexicana de Demografía. pp.75-100.
- _____, L.J. Castro y E. Juárez, coord. (1993). *El desarrollo urbano de México a fines del siglo XX*. Monterrey, Instituto de Estudios Urbanos de Nuevo León y Sociedad Mexicana de Demografía.
- Garza, Gustavo (1998). "Evolución del sistema de ciudades en México, 1960-1995: se mantiene la tendencia concentradora". *Demos*, vol.11. pp.23-25.
- _____, y Salvador Rivera (1994). *Dinámica macroeconómica de las ciudades en México*. México, INEGI, Capítulo 4.
- _____, (1995). "Desarrollo económico y distribución de la población urbana en México". En: Aguilar, A.G., L. J. Castro y E. Juárez. *El desarrollo urbano de México a fines del siglo XX*. op. cit. pp.17-58.
- Lustig, Nora (1994). *México: hacia la reconstrucción de una economía*. México, El Colegio de México y FCE.
- Ruiz Chiapetto, Crescencio (1993). "El desarrollo del México urbano: cambio de protagonista". *Comercio Exterior*, vol.43, núm.8. pp.708-716.
- Sobrino, Jaime (1996). "Tendencias de la urbanización mexicana hacia fines de siglo". *Estudios Demográficos y Urbanos 31*, vol. 11, núm. 1.
- Unikel, Luis, Gustavo Garza y Crescencio Ruiz (1976), *El desarrollo urbano de México*. 2. ed. México, El Colegio de México.

CUADRO 1
EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN TOTAL, URBANA Y RURAL.
MÉXICO, 1900-95

Año	Población (miles)			Distribución (%)			Periodo	Tasa de crecimiento medio anual (%)		
	Total	Urbana	Rural	Total	Urbana	Rural		Total	Urbana	Rural
1900	13.607	1.437	12.170	100,0	10,6	89,4	1900-10	1,1	2,2	1,0
1910	15.160	1.783	13.377	100,0	11,8	88,2	1910-21	-0,5	1,5	-0,8
1921	14.335	2.100	12.235	100,0	14,7	85,3	1921-30	1,7	3,9	1,3
1930	16.553	2.891	13.661	100,0	17,5	82,5	1930-40	1,8	3,4	1,4
1940	19.649	4.013	15.636	100,0	20,4	79,6	1940-50	2,7	6,0	1,6
1950	25.779	7.289	18.490	100,0	28,3	71,7	1950-60	3,1	6,2	1,6
1960	34.923	13.314	21.610	100,0	38,1	61,9	1960-70	3,4	5,6	1,8
1970	48.225	22.583	25.642	100,0	46,8	53,2	1970-80	3,2	5,0	1,3
1980	66.847	37.563	29.283	100,0	56,2	43,8	1980-90	2,0	3,0	0,6
1990	81.250	50.151	31.099	100,0	61,7	38,3	1990-95	2,1	2,7	0,9
1995	91.158	58.384	32.774	100,0	64,0	36,0				

Fuente: Unikel *et al.* (1976). El desarrollo urbano de México; CONAPO (1994). La evolución de las ciudades de México 1900-1990; y cálculos propios con base en los X y XI Censos de Población y el Censo de Población y Vivienda 1995. URBANA: población que reside en localidades de 15 000 y más habitantes. RURAL: población que reside en localidades menores a 15 000 habitantes.

CUADRO 2
DISTRIBUCIÓN DE LA POBLACIÓN URBANA, NÚMERO DE CIUDADES
Y DISTRIBUCIÓN DEL INCREMENTO DE POBLACIÓN URBANA,
SEGÚN RANGOS DE TAMAÑO. MÉXICO, 1970-1995

Año (periodo)	Rangos de tamaño (habitantes)					
	Total	1'000,000 y más	500,000 a 999,999	100,000 a 499,999	50,000 a 99,999	15,000 a 49,999
<i>a) Distribución de la población urbana</i>						
1970	100,0	50,1	2,8	26,5	8,0	12,6
1980	100,0	51,3	6,8	27,2	4,3	10,2
1990	100,0	43,9	18,6	21,4	5,3	10,8
1995	100,0	46,2	20,7	17,2	5,2	10,6
<i>b) Número de ciudades</i>						
1970	174	3	1	29	26	115
1980	226	4	4	44	24	150
1990	312	4	14	43	38	213
1995	356	6	18	43	43	246
<i>c) Distribución del incremento de población urbana</i>						
1960-70	100,0	49,8	2,6	23,9	7,4	16,4
1970-80	100,0	48,6	7,4	27,4	4,0	12,7
1980-90	100,0	21,7	24,0	28,0	6,3	20,0
1990-95	100,0	37,3	23,4	18,0	5,2	16,1

Fuentes: las citadas en el Cuadro 1 y cálculos propios

CUADRO 3
DISTRIBUCIÓN Y CRECIMIENTO DE LA POBLACIÓN URBANA Y GRADO
DE URBANIZACIÓN, SEGÚN REGIONES. MÉXICO 1970-1995

<i>Año Periodo</i>	<i>Total</i>	<i>Noroeste</i>	<i>Norte</i>	<i>Noreste</i>	<i>Centro Norte</i>	<i>Occidente</i>	<i>Centro</i>	<i>Pacífico Sur</i>	<i>Golfo</i>	<i>Península de Yucatán</i>
<i>Distribución de la población urbana (%)</i>										
1970	100,0	7,4	8,7	9,7	8,0	11,5	44,0	3,2	5,7	1,8
1980	100,0	7,3	7,8	9,2	7,9	11,1	44,7	3,3	6,5	2,3
1990	100,0	8,2	8,3	9,0	9,6	11,9	39,1	4,7	6,5	2,8
1995	100,0	8,6	8,3	9,0	9,7	11,8	38,2	4,9	6,5	3,1
<i>Grado de Urbanización (%)</i>										
1970	46,8	49,8	53,6	69,5	33,9	40,5	64,3	13,8	28,2	37,3
1980	56,2	57,8	61,6	78,0	41,8	50,1	73,6	18,6	37,9	50,8
1990	61,7	68,5	71,8	84,3	53,1	59,0	75,4	26,6	42,4	57,9
1995	64,1	71,6	75,3	86,4	56,2	61,4	76,2	29,4	44,6	62,1
<i>Distribución del incremento de población urbana (%)</i>										
1960-70	100,0	7,7	7,3	10,0	7,2	12,0	43,5	4,4	6,7	1,3
1970-80	100,0	7,2	6,4	8,5	7,7	10,5	45,6	3,4	7,7	3,1
1980-90	100,0	10,8	9,7	8,3	14,6	14,2	22,6	9,0	6,7	4,1
1990-95	100,0	10,9	8,2	9,0	10,3	11,6	32,7	6,2	6,1	5,1
<i>Tasa de urbanización (%) +B79</i>										
1960-70	2,5	3,1	2,4	1,9	2,6	3,2	1,4	8,6	4,0	0,8
1970-80	2,0	1,9	1,8	1,3	2,5	2,5	1,3	4,1	3,4	3,0
1980-90	0,9	1,9	1,7	0,7	2,5	1,8	0,2	4,0	1,1	1,5
1990-95	0,7	1,0	0,9	0,4	1,3	1,0	0,1	2,2	0,7	1,8

Fuente: las citadas en el Cuadro 1 y cálculos propios.

CUADRO 4
PRODUCTO INTERNO BRUTO POR SECTOR DE ACTIVIDAD. MÉXICO, 1970-1993

<i>Sectores</i>	<i>Miles de millones de pesos de 1993 (1)</i>				<i>Distribución porcentual</i>				<i>Tasas de crecimiento</i>				<i>CDS</i>
	<i>1970</i>	<i>1980</i>	<i>1988</i>	<i>1993</i>	<i>1970</i>	<i>1980</i>	<i>1988</i>	<i>1993</i>	<i>1970-1980</i>	<i>1980-1988</i>	<i>1988-1993</i>	<i>1980-1993</i>	
Total	440,6	839,3	951,9	1.127,6	100,0	100,0	100,0	100,0	6,60	1,72	2,88	2,30	0,72
Agricultura, ganadería y pesca	46,9	65,7	67,0	76,2	10,65	7,82	7,04	6,76	3,41	0,25	2,61	1,15	0,56
Minería y extracción	12,1	29,5	17,1	19,7	2,74	3,52	1,80	1,75	9,37	-6,59	2,88	-3,06	-0,56
Manufactura	88,2	175,8	206,3	226,8	20,02	20,95	21,67	20,12	7,14	2,02	1,92	1,98	0,58
Electricidad	3,4	8,4	16,0	17,3	0,78	1,00	1,68	1,53	9,36	8,43	1,55	5,73	1,80
Construcción	27,4	54,0	44,6	59,4	6,22	6,43	4,68	5,27	7,02	-2,37	5,93	0,74	0,20
Comercio, restaurantes y hoteles	93,9	176,3	222,6	254,8	21,31	21,00	23,38	22,59	6,50	2,96	2,74	2,87	0,95
Transporte y comunicaciones	25,3	74,6	71,3	109,0	5,74	8,89	7,49	9,67	11,42	-0,56	8,85	2,96	0,70
Servicios financieros	52,4	85,8	121,2	163,3	11,90	10,22	12,73	14,48	5,05	4,41	6,14	5,07	2,32
Serv. comunales, soc. y personales	96,6	181,5	208,5	234,9	21,92	21,62	21,90	20,83	6,51	1,75	2,41	2,00	0,63
Servicios bancarios imputados	-5,6	-12,2	-22,7	-33,8	-1,28	-1,45	-2,38	-3,00	8,01	9,49	8,35	8,18	3,31

Fuente: INEGI, Sistemas de Cuentas Nacionales, Producto Interno Bruto por sector de actividad, 1970-1993.

(1) Los datos en absolutos se deflataron de acuerdo al índice de precios implícito del Banco de México.

(2) Coeficiente de Desempeño Sectorial. Compara el PIB generado por un sector o rama "x" en dos periodos, a partir de los incrementos netos reales en cada uno (v.gr. 1980-1993/1970-1980). Las cifras mayores a la unidad indican que un sector o rama "x" ganó en el segundo periodo con respecto al primero, en tanto que las cifras inferiores a la unidad indican que ese sector o rama registró pérdida en el segundo periodo.

CUADRO 5
PRODUCTO INTERNO BRUTO POR REGIÓN. MÉXICO, 1970-1993

Sectores	<i>Miles de millones de pesos de 1993 (1)</i>								<i>Tasas de crecimiento</i>				<i>CDR</i> (2)
	<i>Porcentajes</i>								1970- 1980	1980- 1988	1988- 1993	1980- 1993	
	1970	1980	1988	1993	1970	1980	1988	1993					
Nacional	440,4	838,1	951,8	1.127,7	100,00	100,00	100,00	100,00	6,6	1,72	2,88	2,30	0,72
Noroeste	37,8	61,5	77,0	87,6	8,58	7,34	8,09	7,77	4,66	3,09	2,25	2,67	1,10
Norte	33,4	56,4	69,9	77,9	7,58	6,73	7,34	6,91	5,37	3,15	1,07	2,52	0,93
Noreste	39,7	76,4	86,1	101,8	9,01	9,12	9,05	9,03	6,34	2,04	2,76	2,23	0,69
Centro-Norte	31,6	57,0	77,3	94,2	7,18	6,80	8,12	8,35	5,72	4,32	3,20	3,93	1,46
Occidente	47,4	87,2	100,5	115,3	10,76	10,40	10,56	10,22	5,81	2,18	2,24	2,17	0,71
Centro	188,5	368,0	384,0	468,5	42,80	43,91	40,34	41,54	6,64	0,80	3,97	1,87	0,56
Golfo	33,6	69,0	68,4	72,3	7,63	8,23	7,19	6,41	9,30	-1,54	-0,40	0,36	0,09
Pacífico-Sur	20,8	44,9	54,0	62,2	4,72	5,36	5,67	5,52	8,59	1,18	2,79	2,54	0,72
Península de Yucatán	7,6	17,7	34,6	47,9	1,73	2,11	3,64	4,25	8,08	11,21	3,53	7,94	2,99

Fuente: INEGI. Sistemas de Cuentas Nacionales, Producto Interno Bruto por entidad federativa, 1970-1993.

(1) Los datos en absolutos se deflataron de acuerdo al índice de precios implícito del Banco de México.

(2) Coeficiente de Desempeño Regional. Compara el PIB generado por una región en dos periodos, a partir de los incrementos netos reales en cada periodo (v.gr. 1980-1993/1970-1980). Las cifras mayores a la unidad indican que la región ganó en el segundo periodo con respecto al primero, en tanto que las cifras inferiores a la unidad indican que esa región registró pérdida también en el segundo periodo.

CUADRO 6
BALANCE DEL COMPORTAMIENTO REGIONAL-SECTORIAL DEL PIB.
MÉXICO, 1980-1993

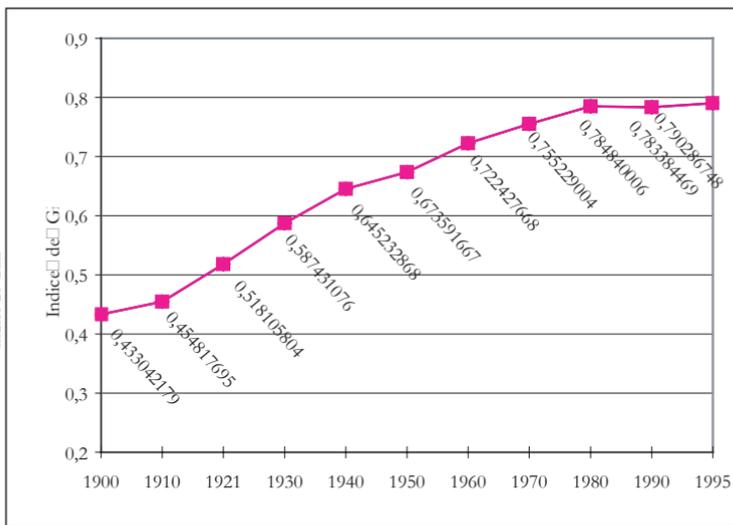
Sector	Nacional	Regiones								
		Noroeste	Norte	Noreste	Centro Norte	Occidente	Centro	Pacífico Sur	Golfo	P. de Yucatán
Total	-	++	+	-	++	-	-	+	--	++
Agricultura, ganadería y pesca	-	++	+	--	++	-	--	+	--	-
Minería y extracción	--	++	++	++	++	++	++	--	--	++
Manufactura	-	++	++	+	++	+	-	--	-	++
Electricidad	++	++	++	-	+	++	-	++	++	++
Construcción	--	--	-	--	+	--	+	++	--	+
Comercio, restaurantes y hoteles	+	++	-	-	++	-	-	++	++	++
Transporte y comunicaciones	+	++	+	-	++	-	-	+	-	++
Servicios financieros	++	++	++	++	+	+	++	++	+	++
Servicios comunales, sociales y personales	-	-	-	+	++	+	-	+	-	++
Servicios bancarios imputados	++	+	++	+	+	++	++	+	+	-

Clave:

- ++ Presentan una tasa de crecimiento medio anual mayor que el PIB total del sector, así como un incremento absoluto del PIB mayor al periodo 1970-80 en el sector y región.
- + Presentan una tasa de crecimiento mayor a la del total sectorial, pero un incremento menor al registrado en 1970-80, o viceversa.
- La tasa de crecimiento medio anual del PIB es menor a la del total sectorial.
- La tasa de crecimiento medio anual del PIB es menor a la del total sectorial y además es menor a 1.0.

Fuentes: Cuadros 4 y 5.

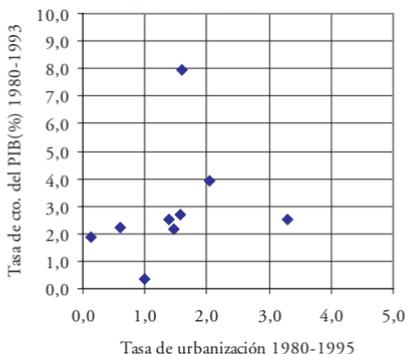
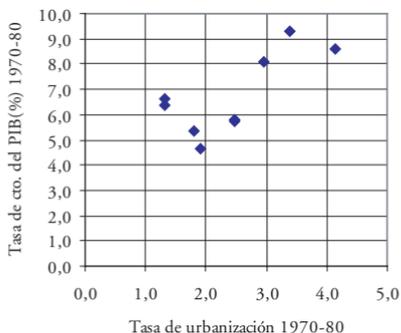
GRÁFICA 1
EVOLUCIÓN DE LA CONCENTRACIÓN DE LA POBLACIÓN URBANA.
MÉXICO, 1990-1995



GRÁFICA 2
RELACIÓN ENTRE LA DINÁMICA DE CRECIMIENTO DEL PIB Y LA DE
URBANIZACIÓN, SEGÚN REGIONES. MÉXICO, 1970-1980 Y 1980-1995

A) 1970-1980

B) 1980-1993(95)



Fuente: Cuadros 3 y 6

REESTRUCTURACIÓN ECONÓMICA Y FEMINIZACIÓN DEL MERCADO DE TRABAJO EN MÉXICO

*Brígida García**

INTRODUCCIÓN

El objetivo de este artículo es analizar el impacto de la reestructuración económica de México sobre el mercado laboral, destacando las transformaciones ocurridas en la división sexual del trabajo en el periodo 1970-1997. El término de reestructuración económica ha sido utilizado cada vez más para referirse al cambio que ha ocurrido en diversas regiones del mundo, desde economías y mercados protegidos hasta un tipo de industrialización basado en la eficiencia y la competencia internacionales, y en el fomento a las exportaciones. En general, en el transcurso de este proceso se hizo hincapié en la reducción del gasto gubernamental y la regulación económica por parte del Estado, y se promovió en cambio, el capital privado y las empresas transnacionales. Además de estos rasgos generales, fue esencial haber reconocido que los procesos de reestructuración económica adquirieron características particulares en el nivel local. Esto significa que sería erróneo esperar transformaciones uniformes del mercado de trabajo en todos los casos. En un buen número

* Investigadora del Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, El Colegio de México.

de naciones latinoamericanas que comparten con México ciertos rasgos claves de su reestructuración económica, podrían esperarse efectos similares a los que han ocurrido en nuestro país. Sin embargo, el alcance y veracidad de esta afirmación sólo puede determinarse mediante investigaciones concretas.

En la siguiente sección, antes de pasar al análisis de la información con que se cuenta en México, se sintetizan diversas hipótesis y hallazgos en torno al impacto que la reestructuración económica y los programas de ajuste estructural han tenido sobre el mercado laboral en diferentes contextos nacionales. Esta revisión se centró en el análisis de los cambios que ha experimentado la división sexual del trabajo. Se hizo hincapié en el grado en que la instrumentación de los procesos de reestructuración y ajuste económico había dejado pasar por alto en los diferentes impactos generados sobre los hombres y las mujeres, los cuales han llevado a una reorganización de la vida pública y privada para ambos géneros, cuyas consecuencias han sido diferentes en cada uno de ellos.

El estudio del caso mexicano se inició con una revisión sucinta de las tendencias económicas recientes, y se proporcionaron algunos datos sobre el aumento del producto interno, la inflación, los salarios reales y los niveles de vida; al mismo tiempo, se hizo una breve referencia a las políticas gubernamentales que se han instrumentado. Prosiguió un estudio de la transformación del mercado laboral a partir de 1970, año en que el modelo de desarrollo basado en la sustitución de importaciones era todavía vigente. Los cambios que se refieren al periodo comprendido entre 1970 y 1997 se analizaron de acuerdo con la rama de actividad, posiciones en la ocupación y condiciones de trabajo, destacando las diferencias entre hombres y mujeres.

En la última sección del trabajo se realizó un resumen de los resultados, se clarificaron diferentes aspectos de la feminización

del mercado laboral en México y se reflexionó sobre el tipo de relación que había sido posible establecer entre este fenómeno y la reestructuración económica que había tenido lugar en el país.

REESTRUCTURACIÓN ECONÓMICA Y DIVISIÓN SEXUAL DEL TRABAJO

A principios de los años ochenta, organismos internacionales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional decidieron impulsar un proceso de reestructuración económica en países que, como México, estaban abrumados por la crisis de su deuda externa. Tal proceso adquirió en un primer momento la forma de programas de ajuste estructural. Para poner en marcha esta nueva lógica de desarrollo, se puso el acento en una estrategia de estabilización y ajuste que implicaba la reducción del déficit en la balanza de pagos y en la inflación mediante recortes del gasto gubernamental y de los salarios. En países como México, esto provocó una desaceleración de la economía y condujo a un deterioro de las condiciones de vida de la mayoría de la población. Al mismo tiempo, se alentó la apertura comercial y la privatización de las empresas estatales como medio para mejorar el desempeño económico. Todo esto causó una disminución en la intervención del Estado, y condujo a un mayor fomento del capital y la inversión privadas, así como de las empresas transnacionales (Bakker, 1994; de la Garza, 1996).

Uno de los rasgos principales de la reestructuración económica ha sido la búsqueda de mano de obra barata y flexible, como la femenina, que permita lograr de manera rápida la competitividad internacional. La anterior es sólo una de las maneras en que las transformaciones económicas recientes han contribuido al aumento de la participación femenina en los mercados de trabajo, y en un buen número de países se le ha identificado

con la presencia femenina en las empresas procesadoras de exportaciones (maquiladoras en el caso de México). Al mismo tiempo, la contribución de las mujeres a la economía también ha aumentado por su mayor participación en actividades de bajos ingresos, como el trabajo por cuenta propia y a domicilio, y en actividades familiares no remuneradas. Éstas han sido estrategias comunes para complementar el ingreso familiar que se ha merariado gravemente por los procesos de ajuste y reestructuración. Se ha demostrado con algunos estudios que la reestructuración económica conduce a un aumento de la participación femenina en la fuerza laboral, incluso después de controlar el efecto a largo plazo de la feminización del mercado de trabajo que ha producido el desarrollo económico (con frecuencia conocida como la curva en U de incremento en la participación laboral de las mujeres en el transcurso del desarrollo) (ver el estudio de Çagatay y Özler 1995, que incorpora información sobre 96 países para los años de 1985 y 1990).

Con base en lo anterior, diversos especialistas en cuestiones de género y reformas económicas sostuvieron que la reestructuración ha afectado de manera adversa a las mujeres que participan en el mercado de trabajo. Por una parte, se señaló que a pesar de abrirse más oportunidades de empleo, o que las creen las propias mujeres, una proporción mayor de ellas se ha ocupado en empleos inestables, ensanchándose la brecha que las separa de los hombres dentro del mercado laboral. El aumento del volumen de mujeres en los sectores informales, no asalariados ha implicado que un mayor número de ellas se ocupe por bajos ingresos, sin seguridad social ni protección por parte de las leyes laborales. Asimismo, en algunos casos, los analistas señalan que las mujeres también se han visto afectadas adversamente por los despidos masculinos en las empresas formalmente establecidas. En tales casos, los varones ocupan los mejores puestos dentro del

sector informal, empujando a las mujeres todavía más abajo en la escala laboral (Benería y Feldman, 1992; Bakker, 1994; Kerr, 1994; García, Blanco y Pacheco, 1999).

El adelgazamiento del sector público ha sido otro proceso que ha afectado adversamente a las mujeres, ya que este sector tradicionalmente ha absorbido una gran proporción de la mano de obra femenina. El cambio tecnológico también tuvo consecuencias negativas para las mujeres, al haber argumentado que éstas habían resultado más gravemente afectadas por la sustitución del trabajo menos calificado por procesos automatizados. Por ejemplo, cuando hubo necesidad de reentrenar a la fuerza de trabajo, se afirmó que las mujeres participaban en menor grado en los programas de capacitación, debido a sus responsabilidades familiares y a restricciones de horario. En diversos estudios se ha indicado la preferencia de hombres cuando se requieren trabajadores flexibles con especialidades diversas (Mercado, 1992; Kerr, 1994).

Los puntos de vista adversos en relación con las reformas económicas y el empleo femenino tendieron a conceder menos importancia a los efectos globales de tales reformas sobre la fuerza de trabajo en su conjunto. Algunos autores consideraron que debería concederse mayor atención a lo que sucede con los hombres dentro del mercado de trabajo, además de describir la participación cada vez mayor de las mujeres y sus consecuencias. Según esta perspectiva, se planteó que la competencia internacional ha llevado a los empresarios a intentar reducir de diversas maneras los costos de la mano de obra de ambos géneros. En consecuencia, la reestructuración económica condujo a un aumento de la contratación de trabajadores tanto de género masculino como femenino con salarios bajos, en empleos temporales o de tiempo parcial, sin contratos permanentes, o bien subcontratándose personal ajeno a las empresas o de trabajo a domicilio. En otros términos, aquellos aspectos que sólo caracterizaban al

trabajo femenino, se hacen extensivos a todo el conjunto de la fuerza de trabajo. Con base en estos planteamientos, se sugirió que dichas políticas económicas han conducido a un proceso de feminización de la mano de obra, no sólo porque aceleran la entrada de las mujeres a la actividad económica, sino porque las formas de ocupación más frecuentes corresponden cada vez más a aquellos tipos de empleo, ingresos y falta de seguridad laboral que tradicionalmente han distinguido a la ocupación femenina (Standing, 1989; Pedrero, Rendón y Barrón, 1995; Oliveira *et al.*, 1996). Este debate ha estado en el trasfondo de nuestro análisis del mercado de trabajo del cual se han retomado estas diferentes hipótesis y se ha explorado su validez en el caso mexicano. A continuación se presentan de manera somera las principales tendencias macroeconómicas para después pasar propiamente al estudio de las transformaciones laborales.

CRISIS Y REESTRUCTURACIÓN EN EL CASO DE MÉXICO: SU IMPACTO SOBRE EL MERCADO LABORAL

Antecedentes

Desde 1982, México hizo frente a la crisis del pago de su deuda externa con medidas severas de ajuste y estabilización. Lo ortodoxo en la instrumentación de estas medidas llevó a los organismos financieros internacionales a poner al país como ejemplo a seguir. Fue importante haber tenido en mente que México era uno de los primeros países en beneficiarse con el Plan Brady en lo que respecta a la reestructuración de su deuda, y haber continuado recibiendo préstamos y otros apoyos del Fondo Monetario Internacional (FMI), del Banco Mundial y de los gobiernos de diversos países desarrollados (Benería, 1992; Oliveira y García, 1998).

A finales de los años ochenta se pensaba que lo peor había pasado y que México se dirigía de manera sistemática hacia una estrategia de desarrollo orientada hacia el exterior. Se habían recortado el gasto gubernamental y los subsidios a los productos básicos, al tiempo que el programa de privatización se había aplicado con rigor. De igual manera, en 1988 se firmó una serie de pactos con los principales grupos empresariales y cámaras de comercio del país para controlar los aumentos de precios y salarios y las variaciones en el tipo de cambio. En relación con la orientación hacia el exterior de la economía mexicana, es importante resaltar que en 1986 México ingresó al entonces GAAAT (Acuerdo General de Aranceles y Comercio), y en 1989 se dio inicio a las negociaciones para establecer un Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá (TLC), que finalmente se firmó a finales de 1993 (Lustig, 1992; Oliveira y García, 1998).¹

Sin embargo, en diciembre de 1994 México se vio inmerso en una nueva crisis, tal vez la más severa en la historia moderna del país. Este nuevo contratiempo demostró la vulnerabilidad de la estrategia de reestructuración para el caso mexicano. En unas cuantas semanas, el capital extranjero huyó del país y la moneda se devaluó en casi 50%. En 1995, el PIB disminuyó en cerca de 6%, hecho que no había ocurrido en cerca de medio siglo, y la inflación fue de 52% a pesar del congelamiento de la economía. Ante esta nueva crisis, una vez más se instrumentaron medidas

¹ Diversos indicadores macroeconómicos mostraron señales alentadoras a finales de los ochenta y principios de los noventa. El Producto Interno Bruto (PIB) empezó a aumentar, alcanzando cifras de 3-4.5% hasta 1994, después de haber alcanzado cifras negativas durante el periodo 1982-1988. La inflación se redujo a aproximadamente 10% en 1993 y 1994, después de haber ascendido a más de 150% en 1987. Asimismo, a principios de los noventa se registraron algunos de los resultados fiscales más favorables de la historia reciente de México (Presidencia de la República, 1996; Oliveira y García, 1998).

de ajuste severas. En años posteriores se vislumbraron signos de recuperación en el terreno macroeconómico, pero la elevación de los niveles de vida para la gran mayoría de la población seguía considerándose una meta lejana e incierta (para la documentación de estas tendencias, ver Presidencia de la República, 1996 y 1997, 1998).

Desde la década de los ochenta, la población de México ha venido experimentando un deterioro significativo de sus niveles de bienestar, principalmente como resultado de los controles salariales y la reducción del gasto social. En 1995, 30% de la fuerza de trabajo masculina y 42% de la femenina no percibía ingresos o recibía menos del salario mínimo. Según cálculos oficiales, entre 1986 y 1996 el salario mínimo perdió la mitad de su valor en términos reales (INEGI, 1995; Presidencia de la República, 1996). Aunque no hay duda de que el salario mínimo ha sido el más castigado, las valoraciones oficiales indican que entre 1986 y 1996 los sueldos promedio en casi todas las ramas económicas no agrícolas (principalmente el sector manufacturero, la industria maquiladora, la construcción y el comercio al menudeo) también se redujeron en términos reales (Presidencia de la República, 1996).

Diversos estudios sobre los niveles de pobreza y la distribución del ingreso también señalan retrocesos en los niveles de bienestar, así como una polarización de la estructura social. En 1984, 20% de la población más rica controlaba 51.2% del ingreso, proporción que aumentó a 54.9% en 1989, a 56.6% en 1992 y a 57.5% en 1994. Por el contrario, en 1984 20% de la más pobre controlaba apenas 3.9% del ingreso, y esta proporción disminuyó hasta llegar a 3.6% en 1989 y a 3.3% en 1992 y 1994 (Cortés, 1997). Por último, es importante destacar que las evaluaciones más bajas de los niveles de pobreza —provenientes de fuentes oficiales— indicaron que el número absoluto de per-

sonas que viven en condiciones de pobreza extrema aumentó en 2.6 millones entre 1984 y 1992 (Boltvinik, 1995).

Reestructuración económica y transformación de los mercados de trabajo

En el Cuadro 1 se muestra la variación que experimentó la distribución de la fuerza de trabajo en México por rama de actividad de 1970 a 1997 (García, 1994).² Las cifras indican que la fuerza de trabajo industrial aumentó entre 1970 y 1979, y que después de ese año descendió a alrededor de 17%, siendo la proporción más reducida la correspondiente a 1995. En términos generales, se sostiene que esta tendencia al descenso se debió, en parte, al progreso tecnológico ahorrador de mano de obra; no obstante, en México el impacto de la reestructuración y el cierre de empresas es especialmente significativo, debido a lo que frecuentemente se considera como una apertura indiscriminada del mercado a los productos importados (Gutiérrez Garza, 1997).

Contrariamente a lo que sucedió en el caso del sector manufacturero, se ha registrado un aumento considerable de la fuerza

² La calidad y comparabilidad de la mayor parte de la información sobre la fuerza de trabajo que aparece en los cuadros 1 al 4 se determinó en diversos estudios realizados en México. La información de los Censos de Población posteriores a 1970 no se considera apropiada para medir la participación económica (en particular el trabajo femenino en el mercado), ya sea porque las definiciones que se utilizan han sido extremadamente limitadas (Censo de 1990) o porque la información resulta de dudosa calidad y en una buena parte de los casos permaneció insuficientemente especificada (Censo de 1980). La información provenientes de encuestas de empleo para 1979, 1991, 1995 y 1997 resulta básicamente comparable y se utiliza ampliamente en México. De manera particular, las Encuestas Nacionales de Empleo de 1991, 1995 y 1997 utilizaron el mismo cuestionario y en ambos casos se adoptó un proceso similar para clasificar y publicar la información.

de trabajo en el sector terciario (comercio y servicios) (Cuadro 1). Al igual que en el resto de América Latina, la ampliación del sector informal, marginal, no estructurado, ha desempeñado un papel importante en este proceso de terciarización. Asimismo, se han creado muchos menos empleos en los servicios más modernos (financieros, profesionales, turísticos, sociales o de salud), que en los países desarrollados, y se han registrado incrementos significativos conforme la industria ha ido perdiendo importancia.

Entre las cifras del Cuadro 1 es importante hacer hincapié en las que se refieren al comercio al menudeo. Esta rama ha ido adquiriendo cada vez más importancia especialmente en el año de 1995, al haberse enfrentado condiciones especialmente difíciles como vimos con anterioridad. En ese año, la fuerza de trabajo en el comercio al menudeo era similar en términos cuantitativos a la fuerza de trabajo industrial tomada en su conjunto. Esto refleja la magnitud de los problemas de absorción de fuerza de trabajo que enfrentaba el país hacia mediados de los años noventa. Los vendedores, al igual que los trabajadores domésticos, son los grupos que presentaron las peores condiciones de trabajo dentro de la fuerza de trabajo mexicana no agrícola. En 1995, 46% de los vendedores y 50% de los trabajadores domésticos ganaban menos del salario mínimo o no percibían ingreso alguno. En el caso de los trabajadores industriales y de los artesanos, sólo 17% se encontraba en la misma condición en 1995 (INEGI, Encuesta Nacional de Empleo, 1995).

Para aclarar el alcance del carácter cada vez más precario de la fuerza de trabajo en México, el Cuadro 2 muestra la evolución de una serie de categorías de trabajadores que frecuentemente se han encontrado en condiciones menos favorables dentro del mercado de trabajo (los no asalariados, en pequeños establecimientos, los que no perciben ingresos, aquellos que ganan menos del salario mínimo, que trabajan a tiempo parcial o sin

prestaciones sociales).³ También en el Cuadro 2 (y en el 4) se muestra la evolución de los trabajadores no manuales (profesionales, técnicos, maestros, oficinistas) que disfrutaban de condiciones de trabajo relativamente mejores.

Las cifras que aparecen en el Cuadro 2, sobre la fuerza de trabajo en su conjunto, indican que diversas categorías de trabajadores con condiciones de trabajo menos favorables han venido aumentando durante los últimos años de los noventa. Los trabajadores no asalariados han aumentado a partir de los años setenta, y los de tiempo parcial desde los ochenta. En los noventa, los incrementos más importantes tienen lugar entre 1991 y 1995. Sin embargo, destacan, por mostrar un aumento sistemático hasta 1997, los trabajadores que ganan menos del salario mínimo y aquéllos sin prestaciones. El crecimiento sistemático de estas dos últimas categorías constituye un signo inequívoco y desalentador del impacto negativo que ha tenido la nueva estrategia de desarrollo sobre el mercado de trabajo mexicano tomado en su conjunto. Además, hay que tener en cuenta que los aumentos al salario mínimo han sido menores que la inflación, de modo que los que ganan menos de este mínimo han crecido y, a la vez, han visto disminuir sus escasos poderes de compra.

¿Cómo han participado las mujeres en estos cambios o cómo se han visto afectadas por ellos? En los Cuadros 3 y 4 se muestra la evolución de las proporciones relativas de mujeres en diferentes ramas de actividad y categorías de trabajadores. Estos índices muestran la relación entre el porcentaje de mujeres en diferentes categorías y el porcentaje de mujeres dentro de la fuerza de trabajo en su conjunto en diferentes años. De esta manera se tomó

³ Por lo general se combina parte o el total de estas categorías para calcular los problemas de absorción laboral (denominados por diferentes estudiosos como subempleo, sector informal, sector no estructurado o no regulado de la fuerza de trabajo).

en cuenta el incremento de la participación femenina en el mercado, que en México pasó de 19% en 1970 a 37% en 1997.

En el Cuadro 3 se indica que las mujeres mantuvieron niveles similares de participación en el sector industrial entre 1970 y 1991, y que en los últimos años (1995-1997) dicha participación ha disminuido. Estos datos han sido congruentes con lo que se sabe acerca de la evolución del empleo femenino en la industria maquiladora de exportación, que generalmente ha ofrecido empleo a las mujeres en México y fue la principal responsable de la participación femenina en el sector industrial. En un principio hubo un predominio evidente de mujeres dentro de la industria maquiladora, pero la presencia de hombres en esta rama se ha incrementado de manera acelerada en dichos años. Este cambio ha ocurrido a medida que las empresas que utilizan tecnología avanzada se han vuelto gradualmente más importantes, mientras que otras oportunidades de empleo masculino se han seguido reduciendo (Carrillo, 1991). De esta manera, las maquiladoras habían abierto oportunidades económicas para las mujeres mexicanas, pero es posible que en el futuro este sector no continúe ofreciendo espacios para ellas tan rápidamente como en el pasado (Presidencia de la República, 1996, 1997, 1998 y Gutiérrez Garza, 1997).⁴

Por lo que respecta al sector terciario, el Cuadro 3 presenta una disminución de la participación femenina en dicho sector, en particular dentro de la rama de servicios que ofrece cada vez mayor espacio a la fuerza de trabajo masculina (aunque es importante tener en mente que las mujeres siguieron estando

⁴ Es importante tener en consideración que las condiciones de trabajo que prevalecen en la industria maquiladora de exportación algunas veces son peores que en otras empresas mexicanas que se han reestructurado de manera eficiente y han logrado competir con éxito en el extranjero (para información sobre los salarios promedio y otras condiciones de trabajo).

concentradas en mayor grado que los hombres en el sector terciario y en los servicios, hechos que han señalado las proporciones relativas, que en todos los casos son mayores a 1). Dentro del terciario es relevante destacar la participación de las mujeres en el comercio al menudeo —donde hemos visto que prevalecen niveles de remuneración bastante reducidos— y que en los años noventa constituyó la rama con mayor participación femenina en el conjunto del mercado de trabajo mexicano.

Respecto a la concentración femenina en otras categorías de trabajadores, en el Cuadro 4 se indican las proporciones relativas de mujeres en diversos grupos en el periodo 1970-1997. Ha sido útil hacer observaciones sobre estos datos tanto de carácter sincrónico como diacrónico. Si se analiza en primer lugar la columna de 1997, último año con información, es posible comprobar que las mujeres estaban sobrerrepresentadas entre los trabajadores sin ingresos, entre los que ganan menos del salario mínimo, entre los de tiempo parcial y entre los no manuales.

¿Cómo ha evolucionado la sobrerrepresentación de mujeres en las categorías mencionadas a lo largo del tiempo? ¿Ha empeorado en los años noventa la situación ya de por sí vulnerable de gran parte de la fuerza de trabajo femenina? Lo que los datos nos han indicado claramente es que en 1995 —cuando se enfrentaron las mayores dificultades— las mujeres tendieron a aumentar aún más su participación en varias de las categorías tenidas en cuenta (especialmente los trabajadores no asalariados, los que ganan menos del salario mínimo, aquellos de tiempo parcial y los que no cuentan con prestaciones). Es decir que en tiempos de crisis y cuando se han enfrentando las mayores carencias, se ha acentuado el carácter precario de la fuerza de trabajo femenina.

Se observó una tendencia distinta a la señalada con anterioridad entre los trabajadores no manuales y los que no perciben ingresos. Las mujeres siguieron estando concentradas en estas dos

categorías, pero con una tendencia decreciente. Es decir, que los hombres han entrado cada vez más en el ámbito de los trabajadores no manuales —lo cual podría interpretarse como una fuente adicional de desventaja para las mujeres— pero también en la categoría de los trabajadores que no perciben ingresos. Este dato nos indicó sobre los problemas que también ha estado enfrentando la fuerza de trabajo masculina, especialmente los trabajadores jóvenes para quienes los pequeños negocios familiares a menudo han representado la única alternativa disponible para participar en el mercado de trabajo.

CONSIDERACIONES FINALES

Con base en el análisis anterior es posible afirmar, en primer lugar, que las reformas económicas fueron acompañadas de transformaciones en el mercado laboral, afectando de manera adversa a los trabajadores de ambos géneros. No obstante, las mujeres siguen estando concentradas en algunas de las categorías más desprotegidas de la fuerza de trabajo y dicha concentración se ha acentuado en los momentos en que se han sufrido las mayores carencias. Por último, nuestro análisis también permitió subrayar algunas tendencias preocupantes con respecto a la fuerza de trabajo masculina, en especial la mayor presencia de los hombres entre los trabajadores que no perciben ingresos.

Ha resultado en extremo difícil comprobar que las transformaciones en la fuerza de trabajo que se han analizado pudieran atribuirse principal o únicamente a la reestructuración económica. Diversos estudios han señalado ya los problemas metodológicos para evaluar el impacto de estas políticas económicas. Por ejemplo, Haddad, Brown, Richter y Smith (1995) indican que casi siempre es difícil distinguir entre los efectos de la crisis económica, los de las políticas de ajuste, o aquéllos que se de-

rivan de la entrada de capitales extranjeros que ha seguido a la adopción de estas políticas. Asimismo, indican que resulta igualmente difícil controlar las influencias externas, el hecho de que las políticas no hayan estado vigentes por un tiempo prolongado y la complejidad de la combinación y secuencia de los programas específicos.

En el caso de México, los cambios en la fuerza de trabajo que se han analizado, han acompañado a las reformas económicas; pero es igualmente cierto que otros factores también pueden haber ejercido cierta influencia. Entre los factores más importantes estuvieron el efecto a largo plazo de la urbanización, la creciente importancia de los sectores no agrícolas, el incremento de la escolaridad femenina y el descenso de la fecundidad, que tradicionalmente se han relacionado con un aumento en la actividad económica de las mujeres. Otro factor es el crecimiento de la población. Aunque la fecundidad en México ha estado disminuyendo, parte de la población que ha estado ejerciendo presión sobre el mercado de trabajo nació durante los años sesenta y setenta, cuando esta variable demográfica tocó su punto más alto. Otro factor estaría relacionado con la economía política de la reestructuración mexicana. Fue una creencia común que el país pasara de una economía protegida a una completamente abierta en unos cuantos años, y que un gran número de empresas mexicanas entraran rápidamente en bancarrota (con la consecuente pérdida de empleos), porque no contaron con el tiempo suficiente para ajustarse a la competencia del exterior (De la Garza, 1996 y Oliveira y García, 1998).

En resumen, el caso de México permite apoyar la hipótesis de que los cambios económicos que tuvieron lugar impactaron negativamente a la fuerza de trabajo en su conjunto, y a las mujeres en particular. Por una parte, se ha feminizado el mercado laboral porque hay más mujeres económicamente activas; muchas de las

trabajadoras se concentran en ocupaciones muy precarias y dicha concentración ha tendido a aumentar en los años de mayor crisis. Por otra parte, no hay duda de que también han existido más trabajadores de ambos sexos en condiciones vulnerables, lo cual algunos interpretan como otro tipo de feminización. Es esencial continuar recopilando y comparando información estadística en el mediano y largo plazos con el objeto de poder distinguir tanto los efectos globales de la reestructuración económica sobre hombres y mujeres en el mercado de trabajo, como el papel que han desempeñado factores relacionados como el crecimiento de la mano de obra o las decisiones políticas que tuvieron influencia sobre la manera específica en que la economía se ha liberalizado y privatizado.*

* La autora agradece a Norma Magaña y a María del Carmen Rotter su apoyo en el procesamiento de la información y la revisión bibliográfica.

CUADRO I
DISTRIBUCIÓN PORCENTUAL DE LA FUERZA DE TRABAJO
POR RAMA DE ACTIVIDAD. MÉXICO, 1970-1997

<i>Rama de actividad</i>	1970	1979	1991	1995	1997
<i>Sector primario</i>	39,4	28,9	26,8	24,7	24,1
Agricultura	39,4	28,9	26,8	24,7	24,1
<i>Sector secundario</i>	23,0	27,5	23,1	21,3	22,3
Manufactura, minería y electricidad	18,6	21,1	17,0	15,9	17,6
Construcción	4,4	6,4	6,1	5,4	4,7
<i>Sector terciario</i>	37,6	43,6	50,1	54,0	53,6
Comercio	9,2	13,9	15,9	18,5	17,3
Al menudeo	--	--	13,9	16,1	14,3
Al mayoreo	--	--	2,0	2,4	2,9
Servicios	22,6	29,2	33,6	35,0	35,9
Otros y no especificados	5,8	0,5	0,6	0,5	0,4
<i>TOTAL</i>	100,0	100,0	100,0	100,0	100,00

(12 955 057) (19 176 587) (30 534 083) (33 881 068) (37 359 758)

CUADRO 2
 PORCENTAJE DE LA FUERZA DE TRABAJO EN CATEGORÍAS SELECCIONADAS. MÉXICO 1970-1997

<i>Diferentes categorías de trabajadores</i>	1970	1979	1991	1995	1997
No asalariados ¹	31,7 (4 103)	33,7 (6 454)	36,6 (11 185)**	38,3(12 992)**	37,2 (13 915)
En establecimientos pequeños ²	- ..%	- ..%	53,4 (16 318)	58,7 (19 890)	56,6 (21 152)
Sin ingresos ³	- ..%	- ..%	12,1 (3 707)	15,1 (5 123)	15,0 (5 597)
Ganan menos del salario mínimo ⁴	- ..%	- ..%	18,1 (5 515)	18,9 (6 401)	20,8 (7 772)
De tiempo parcial ⁵		15,3 (2 932)	25,2 (7 698)	26,3 (8 927)	23,5 (8 778)
Sin prestaciones ⁶	- ..%	- ..%	60,7 (18 530)	65,1 (22 042)	66,1 (24 688)
No manuales ⁷	15,7 (2 030)	19,0 (3 640)	20,2 (6 155)	19,1 (6 485)	19,7 (7 369)

a Cada renglón se refiere a dimensiones diferentes de la participación en la fuerza de trabajo y debe interpretarse de manera

independiente. Por consiguiente, los diferentes porcentajes no suman 100.

* No existe información disponible.

** Números absolutos en miles.

¹ Porcentaje del total de la fuerza de trabajo en ocupaciones por cuenta propia y trabajadores sin pago.

² Porcentaje del total de la fuerza de trabajo en establecimientos con menos de cinco empleados.

³ Porcentaje del total de la fuerza de trabajo que no recibe ingresos.

⁴ Porcentaje del total de la fuerza de trabajo que percibe menos del salario mínimo. En principio, el salario mínimo es aquel que permite adquirir sólo los productos básicos para la subsistencia diaria. Sin embargo, en México este indicador está perdiendo de manera acelerada su significado original. Las estimaciones indican que en 1995 el salario mínimo sólo permitía adquirir 35% de los productos básicos necesarios para la subsistencia de una familia de tamaño promedio (véase UNAM, 1995).

⁵ Porcentaje del total de la fuerza de trabajo que labora menos de 35 horas a la semana.

⁶ Porcentaje del total de la fuerza de trabajo sin prestaciones sociales.

⁷ Porcentaje del total de la fuerza de trabajo en ocupaciones no manuales.

CUADRO 3
 PROPORCIONES RELATIVAS^a DE PARTICIPACIÓN FEMENINA EN DIFERENTES
 RAMAS DE ACTIVIDAD. MÉXICO, 1970-1997

<i>Rama de actividad</i>	1970	1979	1991	1995	1997
<i>Sector primario</i>	0,27	0,20	0,40	0,45	0,48
Agricultura	0,27	0,20	0,40	0,45	0,48
<i>Sector secundario</i>	0,86	0,81	0,83	0,71	0,76
Manufactura, minería y electricidad	1,02	1,02	1,10	0,91	0,95
Construcción	0,16	0,09	0,09	0,09	0,08
<i>Sector terciario</i>	1,85	1,66	1,40	1,37	1,18
Comercio	1,47	1,57	1,49	1,53	1,30
Al menudeo	--	--	1,56	1,63	1,39
Al mayoreo	--	--	0,99	0,90	0,89
Servicios	2,05	1,71	1,37	1,30	1,11
Otras y no especificadas	1,68	1,00	0,60	0,40	0,63

a Las proporciones relativas se refieren al porcentaje de trabajadoras en diferentes ramas de actividad dividido entre el porcentaje de mujeres que participan en la fuerza de trabajo. Todas las cifras menores a 1 significan una concentración menor de mujeres y las mayores a 1 indican lo contrario.

Fuente: 1970, Censo Nacional de Población; 1979, Encuesta Continua de Ocupación; 1991, 1995 y 1997 Encuesta Nacional de Empleo, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI)

CUADRO 4
 PROPORCIONES RELATIVAS^A DE PARTICIPACIÓN FEMENINA EN LA FUERZA DE
 TRABAJO POR CATEGORÍAS SELECCIONADAS. MÉXICO, 1970-1995

<i>Diferentes categorías de trabajadores^b</i>	1970	1979	1991	1995	1997
No asalariados	0,84	0,83	0,99	1,06	0,99
En establecimientos pequeños	-	-	0,98	1,00	0,90
Sin ingresos	---	-	1,36	1,22	1,14
Ganan menos del salario mínimo	--	-	1,14	1,24	1,19
De tiempo parcial	---	2,08	1,46	1,52	1,45
Sin prestaciones	---	---	0,88	0,94	0,88
No manuales	1,81	1,60	1,51	1,45	1,24

a Las proporciones relativas se refieren al porcentaje de mujeres en diferentes categorías, dividido entre el porcentaje de mujeres en la fuerza de trabajo total. Todas las cifras menores a 1 significan una concentración menor de mujeres y las cifras superiores a 1 indican lo contrario.

b Véase en el Cuadro 2 la definición de cada categoría.

* No hay información disponible.

Fuente: 1970, Censo Nacional de Población; 1979, Encuesta Continua de Ocupación; 1991, 1995 y 1997 Encuesta Nacional de Empleo, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI)

OBRAS CONSULTADAS

- Bakker, Isabella (1994). "Introduction: Engendering Macro-Economic Policy Reform in the Era of Global Restructuring and Adjustment". En: Bakker, Isabella, ed. *The Strategic Silence. Gender and Economic Policy*. Londres, Nueva Jersey y Ottawa, Zed Books en colaboración con The North-South Institute. pp.1-29.
- Benería, Lourdes (1992). "The Mexican Debt Crisis: Restructuring the Economy and the Household". En: Benería, Lourdes y Shelley Feldman, ed. *Unequal Burden. Economic Crises, Persistent Poverty, and Women's Work. op. cit.* pp.83-104.
- _____ y Shelley Feldman, ed. (1992). "Unequal Burden". *Economic Crises, Persistent Poverty, and Women's Work*. Boulder, San Francisco, Oxford, Westview Press.
- Boltvinik, Julio (1995). "La evolución de la pobreza en México entre 1984 y 1992, según CEPAL-INEGI". *Sociológica*, vol. 10, núm. 29. pp.11-40.
- Carrillo, Jorge, coord. (1991). *Mercados de trabajo en la industria maquiladora de exportación*. Tijuana, Secretaría del Trabajo y Previsión Social (STPS) y El Colegio de la Frontera Norte (COLEF).
- Çagatay, Nilüfer y Sule Özler (1995), "Feminization of the Labor Force: The Effects of Long-Term Development and Structural Adjustment". *World Development*, vol. 23, núm. 11. pp.1883-1894.
- Cortés, Fernando (1997). *La distribución del ingreso en México en épocas de estabilización y reforma económica*. México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) y Universidad de Guadalajara, diciembre. Tesis de doctorado en Ciencias Sociales.
- De la Garza, Enrique (1996). "El nuevo estilo de desarrollo en México". En: de la Garza, Enrique, coord. *Políticas públicas alternativas en México*. México, La Jornada ediciones y UNAM/Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades. pp.11-52.

- Elson, Diane (1992). "From Survival Strategies to Transformation Strategies: Women's Needs and Structural Adjustment". En: Benería, Lourdes y Shelley Feldman, ed. *Unequal Burden. Economic Crises, Persistent Poverty, and Women's Work. op. cit.* pp.26-48.
- _____ (1994). "Micro, Meso, Macro: Gender and Economic Analysis in the Context of Policy Reform". En: Bakker, Isabella, ed. *The Strategic Silence. Gender and Economic Policy. op. cit.* pp.33-45.
- Fagetti, Antonella (1995). "Los cambiantes significados de la maternidad en el México rural". En: González Montes, Soledad y Vania Salles, ed. *Relaciones de género y transformaciones agrarias*. México, El Colegio de México. pp.301-337.
- Feldman, Shelley (1992). "Crises, Poverty and Gender Inequality: Current Themes and Issues". En: Benería, Lourdes y Shelley Feldman, ed. *Unequal Burden. Economic Crises, Persistent Poverty, and Women's Work. op. cit.* pp.1-25.
- García, Brígida (1994). "La medición de la población económicamente activa en México al inicio de los años noventa". *Estudios Demográficos y Urbanos*, núm. 9. pp.579-608.
- _____, Mercedes Blanco y Edith Pacheco (1999). "Género y trabajo extradoméstico en México". En: García, Brígida. *Mujer, Género y población en México*. México, El Colegio de México. pp.273-316.
- Gutiérrez Garza, Esthela (1997). "Reestructuración económica en Monterrey". *Estudios Demográficos y Urbanos*. México, El Colegio de México.
- Haddad, Lawrence, Lynn R. Brown, Andrea Richter y Lisa Smith (1995). "The Gender Dimensions of Economic Adjustment Policies: Potential Interactions and Evidence to Date". *World Development*, 23. pp.881-896.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (1991 y 1995). *Encuesta Nacional de Empleo*. México, INEGI.

- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática y Fondo de las Naciones Unidas para la Mujer (1995). *La mujer mexicana: un balance estadístico al final del siglo XX*, México, INEGI-UNIFEM.
- Kerr, Joanna (1994). *Final Report of the Expert Group Meeting on Women and Global Economic Restructuring*. Ottawa, The North-South Institute, junio 20-22.
- Lustig, Nora (1992). *Mexico: The Remaking of an Economy*. Washington, D.C., The Brookings Institution.
- Mercado, Patricia (1992). *Contratos colectivos y trabajo femenino. Documentos de trabajo 39*. México, Fundación Friedrich Ebert.
- Oliveira, Orlandina, Mariza Ariza, Marcela Eternod, María de la Paz López y Vania Salles (1996). *Informe Final. La condición femenina en México: una propuesta de indicadores*. México, Sociedad Mexicana de Demografía (SOMEDE) y Consejo Nacional de Población (CONAPO).
- Oliveira, Orlandina y Brígida García (1998). "Crisis, reestructuración económica y mercados de trabajo en México". *Papeles de Población*, año 4, núm. 15, enero-marzo. pp.39-72.
- Pedrero, Mercedes, Teresa Rendón y Antonieta Barrón (1995). "Desigualdad en el acceso a oportunidades de empleo y segregación ocupacional por género. Situación actual en México y propuestas". Documento preparado para UNIFEM (Fondo de las Naciones Unidas para la Mujer) como contribución al proceso de preparación de la Conferencia de Beijing, UNIFEM, México. No publicado.
- Presidencia de la República (1996, 1997, 1998). *Informes Presidenciales*. México, Presidencia de la República.
- Standing, Guy (1989). "Global Feminisation through Flexible Labour". *World Development*, vol. 17, núm. 7. pp.1077-95.

POBLACIÓN, CRISIS Y PERSPECTIVAS DEMOGRÁFICAS EN AMÉRICA LATINA

*Carmen A. Miró G.**

¿DE QUÉ CRISIS SE TRATA?

Las sociedades de los países que hoy integran lo que conocemos como América Latina han estado sujetas a lo largo de su historia a la ruptura de situaciones sociales, económicas y políticas respecto de las cuales, en un momento dado, uno u otro grupo social con poder, o la ciudadanía en general, han inducido la adopción de medidas tendentes a modificarlas o eliminarlas por considerar que dichas situaciones habían llegado a condiciones críticas que debían ser superadas, por ser contrarias al mejor desarrollo de determinado aspecto de la vida nacional.

La existencia de diversos problemas en varios países latinoamericanos han causado crisis, como los relativos al régimen penitenciario y a la seguridad personal. Sin embargo, a pesar de las numerosas situaciones críticamente problemáticas que se han dado en nuestras sociedades, cuando se alude a “la crisis” todos entendemos que se trata de la relacionada con el desempeño de la economía. Es a ésta precisamente a la que nos referiremos en este documento, examinando, muy esquemáticamente, su evolución

*Investigadora del Centro de Estudios Latinoamericanos “Justo Arosemena” (CELA), Panamá.

en América Latina en los últimos quince años (1982-1997), así como algunos de sus impactos en la población. Se examinarán también las perspectivas, resaltando las demográficas.

ECONOMÍA Y CRISIS EN AMÉRICA LATINA

Desde mediados de los años setenta, con el modelo de sustitución de importaciones se comenzaron a registrar rendimientos decrecientes; la región empezó a tomar conciencia de que la estrategia económica basada en un desarrollo hacia dentro, donde el Estado jugaba un papel importante en la producción y en el sistema de precios, parecía estar agotada. El Producto Interno Bruto (PIB) de América Latina, que en el quinquenio 1970-1974 había crecido a una tasa anual promedio de 7.2%, bajó en el periodo 1975-1978 a 4.8%. Después de repuntar a 6.5% en 1979, comenzó a descender nuevamente hasta que se produjo el quiebre de 1982, año cuando la tasa de crecimiento del Producto fue negativa (-0.9%), “hecho que no había ocurrido jamás en las cuatro décadas previas” (CEPAL, 1983).¹ Este descenso del PIB, combinado con el aumento de la población, implicó que el producto por habitante declinara 3.3% en promedio para toda la región, registrando todos los países una disminución que osciló entre -14.3%, en Chile y -0.8%, en Colombia. La Comisión Económica para América Latina (CEPAL) comentó así la situación: “En 1982 América Latina sufrió su crisis económica más profunda de todo el periodo de posguerra y probablemente la más grave desde los aciagos años de la Gran Depresión”. La situación de crisis se agudizó aún más durante el año 1983: La tasa anual de crecimiento del PIB continuó siendo de signo negativo, pero esta vez mucho más alta (-3.3%), con lo que el producto por habitante en la región, sin cambios importantes en el ritmo

¹ Esta y otras citas, incluyendo las numéricas, han sido tomadas de CEPAL.

de crecimiento de la población, se rezagó aún más en 1983, en un promedio de -5.6%. Esto implicó que este indicador bajara en ese último año al nivel que ya había alcanzado en 1977 (CEPAL, 1983). Frente a una distribución ya desigual del ingreso, evoluciones de este tipo complican aún más la problemática social y de alguna manera restan significado a este indicador.

La violenta crisis económica que afectó a la región se atribuyó a varios factores. A la insuficiencia que ya venía presentando el modelo de sustitución de importaciones, se agregaron: la reestructuración del comercio internacional, en parte resultante de la recesión que afectó a las economías industrializadas; el aumento en el precio de los hidrocarburos; el persistente deterioro de la relación de los términos de intercambio (descenso de 7% en 1981, seguido de una nueva disminución de 6% en 1982); el elevado endeudamiento externo (de 274 000 millones de dólares en 1982) y una severa disminución de los flujos netos de financiamiento del exterior (de 42 000 millones de dólares en 1981 a sólo poco más de 19 000 millones en 1982), y, en algunos países, la aceleración del proceso inflacionario. Condiciones todas ellas que continuaron empeorando.

Lo que hizo aún más complicada la situación es que estos factores negativos de naturaleza coyuntural coincidieron en el tiempo y vinieron a superponerse a otras limitaciones, algunas de ellas de tipo estructural, que ya afectaban a las economías latinoamericanas.

Con avances y retrocesos, producto de la situación que se daba al nivel de los países, la economía de América Latina continuó inmersa en una profunda crisis, que llevó a designar a ese periodo como “la década perdida”. Para enfrentarla, los gobiernos de la región adoptaron en distintos momentos variados tipos de medidas y políticas económicas, principales entre ellas las relativas a la estabilización, la disminución o eliminación del

déficit fiscal y la contención de la inflación. Al no producir estas políticas los resultados esperados, debieron ser complementadas con las orientaciones de las instituciones financieras internacionales, ante políticas de corte neoliberal que implicaron importantes ajustes estructurales.

Se convirtió al mercado en el árbitro para la toma de decisiones económicas, tanto en el sector público como en el privado, lo que llevó a: liberalizar los precios, desregular los mercados de capital y de trabajo, eliminar o disminuir paulatinamente las protecciones arancelarias, disminuir la presencia del Estado en las actividades económicas, que, entre otras medidas, implicó la privatización de empresas públicas y de algunas funciones hasta entonces consideradas privativas de éste.

Las organizaciones financieras internacionales, ciertos organismos bilaterales y multilaterales, la CEPAL y algunos sectores de economistas y otros profesionales afines, atribuyeron la recuperación económica de la región² a partir de los primeros años de la década de los noventa a la aplicación de medidas como las mencionadas en el párrafo anterior y otras de similar naturaleza. Debe reconocerse, sin embargo, que desde hacía ya algunos meses, funcionarios de la CEPAL y del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) habían comenzado a criticar las políticas neoliberales, señalando sus limitaciones (Ramos, 1997).³

² Esta recuperación fue interrumpida en 1995 por la crisis financiera mexicana que se desató a fines de 1994 y que afectó también a Argentina. El crecimiento promedio del PIB en la región bajó a 0.6% a consecuencia del brusco descenso del de México (-7%) y el de Argentina (-2.5%). Las economías de ambos países se fueron recuperando en los dos años siguientes y ya en 1997 alcanzaron incrementos del PIB de 7% y 8% respectivamente.

³ En ese artículo el autor, quien fuera Director de la División de Desarrollo Productivo y Empresarial de la CEPAL, evalúa las siete principales reformas estructurales de corte neoliberal a saber: las políticas antiinflacionarias y de

En otros círculos hubo acuerdo en señalar que esas políticas habían acarreado altos costos sociales, particularmente con respecto a su impacto distributivo, principalmente sobre grupos postergados. Esto será examinado cuando se analice más adelante lo relativo a la población.

Por obvio, quizás no hubiera sido necesario subrayar que tanto las condiciones creadas por la crisis que se precipitó en 1982, como las reformas estructurales que aún estaban en proceso de aplicación en la mayoría de los países, habían tenido lugar en marcos demográficos nacionales que, si bien en algunos aspectos presentaron entre sí características similares, difirieron en cuanto al tamaño de sus poblaciones, los patrones de su distribución espacial y la velocidad de su urbanización, así como en relación con los niveles de sus tasas de fecundidad, de mortalidad y de crecimiento demográfico. En otra sección se examinan algunas de las relaciones que se dieron entre la población y las últimas modificaciones económicas.

EVOLUCIÓN DEMOGRÁFICA EN LOS AÑOS DE CRISIS Y DE RECUPERACIÓN ECONÓMICA

La fecundidad, la mortalidad y el crecimiento demográfico

La marcha de la transición demográfica, que venía dándose a diferentes ritmos en todos los países de la región cuando se desató

ajuste, la reforma tributaria, la apertura comercial, la liberalización financiera, la privatización, la reforma del sistema de pensiones y la reforma del mercado de trabajo. En un comentario casi al inicio del artículo, Ramos declara “que hoy, a cerca de 10 años de iniciadas las reformas estemos viviendo aún de la promesa más que de la realidad de buenos resultados” y termina afirmando que “el error de fondo del neoliberalismo criollo ha sido pues su apego acrítico a las bondades del mercado”.

la crisis de 1982, no parece haberse alterado de manera significativa en los 15 años transcurridos entre los periodos 1975-1980 y 1990-1995. Tampoco fue posible detectar cambios importantes que hubieran podido atribuirse a la recuperación económica. Las anteriores afirmaciones han sido válidas en tanto la evaluación se había referido a los promedios representativos de las variables demográficas básicas de la población de cada país como un todo. Desafortunadamente se disponía de datos muy limitados acerca del comportamiento demográfico desagregado al nivel de grupos sociales. Tal vez, de existir, estos datos hubieran revelado cambios importantes en el comportamiento demográfico de la fecundidad, la mortalidad y el crecimiento poblacional de algunos sectores. En todo caso, se trataba de un lapso relativamente corto donde difícilmente estos cambios modificarían de manera notable los promedios nacionales. Como se verá más adelante, sí se pudieron apreciar interacciones negativas entre la estructura por edad, el comportamiento de la fuerza de trabajo y la crisis. De igual manera, la crisis tendió a agudizar algunas de las características negativas de la urbanización en América Latina y parece haber impulsado ciertos desplazamientos de población al interior de los países y hacia afuera de algunos de ellos.

El Cuadro 1, permite apreciar la evolución seguida por tres de las variables básicas de la dinámica demográfica (fecundidad, mortalidad y crecimiento) en los citados periodos, en la región como un todo y en cada uno de los países que la integraron, clasificados éstos en función de la etapa de la transición demográfica⁴ (Chackiel y Martínez, 1993) por la que atravesaron. No se aprecian en el cuadro oscilaciones bruscas de los tres indicadores (tasa global de fecundidad (TGF), esperanza de vida al nacimiento (e^o) y tasa anual de crecimiento natural (r)) incluidos, que pudieran asociarse con la evolución económica en el

⁴ La tipología utilizada en el Cuadro 1 se tomó de Chackiel y Martínez.

respectivo país. Bolivia y Haití registraron, entre 1975-1980 y 1990-1995 pequeños aumentos en el ritmo de crecimiento demográfico. Ello se debió a que todavía en la incipiente transición demográfica por la que atravesaban, la fecundidad había descendido menos rápidamente que la mortalidad. Ambos países difirieron notablemente en cuanto a la evolución de sus economías, expresadas en términos del PIB,⁵ por lo que el comportamiento mencionado debió tener más bien raíces sociales.

También llamó la atención que tres países centroamericanos: Guatemala, Honduras y Nicaragua hubieran mantenido tasas anuales de crecimiento vegetativo de más de 30 por mil o cercana a este valor a lo largo de los 15 años a que se refiere el cuadro. Se tuvo presente que estos países, además de sufrir los efectos de la crisis económica, han debido enfrentar numerosos problemas derivados del conflicto armado que se vivió en la zona durante muchos años. A pesar de ello se logró alcanzar importantes mejoras en la esperanza de vida al nacimiento, aunque la fecundidad hubiera seguido siendo moderadamente alta en esa década. Parece no haber existido el clima socioeconómico propicio a un comportamiento más restrictivo de la fecundidad.

De los países en una etapa avanzada de transición demográfica, Chile registró, en los años analizados, una evidente desaceleración en la velocidad de dicha transición, fenómeno que pudo estar asociado a la tremenda crisis que lo afectó en 1982. En efecto, el descenso de la TGF parece haberse detenido entre 1980-1985 y 1985-1990, recuperándose en 1990-1995 a un ritmo bastante menor al que venía experimentando en las décadas anteriores. A diferencia de los otros tres países ubicados en la misma etapa de transición, la tasa anual de crecimiento natural

⁵ Bolivia registró en el periodo 1991-1995 un crecimiento acumulado de 19.7%, mientras que Haití mostró en el mismo periodo una declinación acumulada de -26.7% en el PIB.

de Chile sólo descendió 5% en los quince años analizados, lo que contrasta con las declinaciones de entre 24 y 33% en Argentina, Cuba y Uruguay. Un diagnóstico de las causas últimas de estos cambios habría requerido un análisis de variables asociadas a la fecundidad, como la nupcialidad y las prácticas anticonceptivas, entre otras, fuera de los propósitos de este documento.

La estructura por edad

Como se señaló anteriormente, la situación de crisis por la que atravesó la región tendió a agravarse por la existencia de limitaciones de tipo estructural presentes en la región. Así el desempleo crónico que casi todos los países de la región han padecido desde hace ya algún tiempo, ha sido aún más notorio en las áreas urbanas. Este fenómeno, acompañado también de una permanente desigualdad en la distribución de los ingresos, tanto en el área urbana como en la rural, se combinó para crear el cuadro de pobreza que agobia a los países latinoamericanos desde hace mucho tiempo.

Además de la incapacidad de las economías de emplear en trabajo productivo a numerosos contingentes de la población en edad de trabajar (PET) se agregó el hecho de que, al modificarse en los países latinoamericanos la estructura de edad de sus poblaciones por efecto de la transición demográfica que atraviesan, la PET, que constituía el grupo más numeroso de habitantes, comenzó a crecer más rápidamente que la población total. Los cuadros 2 y 3 contienen datos sobre tres grandes grupos de edad referentes a cuatro países considerados paradigmáticos de los cuatro tipos de etapas de la transición demográfica mencionados antes. Ellos permiten apreciar que se está produciendo un proceso de envejecimiento de la población que se manifestó en la disminución de la proporción de menores de 15 años y el au-

mento de la de los mayores de esa edad. Si bien, el crecimiento de la población de 65 y más años ha presentado problemas de diversa índole que nuestras sociedades debieran abordar, aquí lo que interesa discutir es lo relativo a la PET, que constituye lo ha dado en llamarse la oferta de mano de obra. Nótese que entre 1970 y 1990 (Cuadro 3) los porcentajes de población de 15 a 64 años registran mayores aumentos en la medida en que los países avanzan en el proceso de transición demográfica. En 1990, Chile, por ejemplo, ha sido el país con la proporción más elevada (63.8%). En contraste, ha sido el país con la menor tasa anual de crecimiento (1.66%) en ese grupo de población (Cuadro 2). Por razón de esto, en igualdad de otras condiciones, la PET de Chile ha ejercido anualmente una menor presión sobre el mercado de trabajo que la PET de México, por ejemplo, que en 1990 crecía 2.74% por año (Cuadro 2).

En una condición de crisis, dadas las características existentes ya descritas de desempleo crónico y dinámica demográfica, que ha tendido a aumentar la oferta, por lo menos potencial, de mano de obra, era lógico suponer que la situación del empleo fuera deteriorándose. En teoría, por lo menos, esa situación habría podido superarse, al menos parcialmente, al haberse producido la recuperación económica apoyada en políticas neoliberales, que según sus proponentes, al corregirse los males que han aquejado a las economías latinoamericanas, las hubieran puesto en una senda de crecimiento que habría beneficiado a todos los grupos sociales. Las cifras estadísticas que se citan más adelante han revelado claramente que tales expectativas no se cumplieron y que la dinámica que acompañó al mercado de trabajo analizado en la siguiente sección, agravó más la ya regresiva distribución del ingreso y el nivel de pobreza.

EVOLUCIÓN DEL MERCADO DE TRABAJO

El desempleo urbano

Los cuadros incluidos en la fuente bibliográfica de la CEPAL citada en la sección 2 anterior indican que en 1983 (año que siguió al del quiebre económico) cinco países (Bolivia, Colombia, Chile, México⁶ y Uruguay) de los 10, de los cuales se había dispuesto información, registraron niveles de desempleo urbano de más de 11%, acercándose Chile con 20%. Una situación similar continuó durante los años 1984-1986 en que se obtuvieron datos para un mayor número de países, lo que permitió agregar a Ecuador, Guatemala, Honduras, Panamá y Venezuela entre los países con elevado desempleo urbano. Con oscilaciones de diverso signo, el desempleo urbano continuó siendo elemento importante en la configuración del mercado de trabajo, aunque como se aprecia en el Cuadro 4 afecta de manera muy desigual a distintos grupos sociales. También ha habido acuerdo en el sentido de que el desempleo representa sólo una parte —quizás no la más importante— de la subutilización de la mano de obra en la región. Los importantes contingentes con empleo en el sector informal de la economía, que además devengan bajos salarios, con frecuencia el mínimo, constituyen una evidencia adicional de la incapacidad que mantiene la economía de proveer empleos a la creciente P.E.T.

El Cuadro 4 contiene datos sobre tasas de desempleo urbano, por decir en ocho países latinoamericanos, para los años 1989 y

⁶ Conviene advertir que en sucesivas publicaciones, en CEPAL se revisó la cifra de desempleo urbano atribuida a México, la que pasó a ser considerablemente más baja, inferior siempre a menos de 7%, citado con frecuencia en la literatura económica de hace algunos años como el nivel de “fricción” relativamente aceptable en una situación de desarrollo estable.

1990 (cuando todavía la región no lograba salir de la crisis) y en 12 países para 1992-1994 (años en que se dió un desempeño económico más dinámico). El sector más afectado en ambos países por el desempleo fue precisamente el que, por percibir sólo 10% del total de los ingresos, requirió con mayor urgencia encontrar ocupación remunerada. Este claro rasgo de desigualdad social, con seguros vasos comunicantes con la pobreza, aumentó entre 1989-1990 y 1992-1994 en Argentina, Brasil, México y Uruguay, países que, precisamente, desde hacía varios años habían venido implantando políticas económicas de corte neoliberal.

Así, 20% del estrato con mayores ingresos registró en ambos periodos niveles muy bajos de desempleo, lo que sin duda había contribuido a reforzar aun más su ventajosa situación social.

El empleo

Ante el carácter del desempleo urbano ya comentado, se había pensado que de alguna manera la creación de nuevos empleos podría contribuir, por un lado, a disminuir la subutilización de la mano de obra y por otro, a mejorar el acceso de grupos socialmente postergados, con ingresos más elevados. El Cuadro 5 permite apreciar cómo se distribuyeron en nueve países latinoamericanos, para el periodo 1990-1996, los nuevos empleos según segmentos del mercado laboral urbano así como el ritmo con el cual crecieron anualmente. Al examinar este cuadro surgen varias observaciones: a) en seis de los países incluidos, más de la mitad de los nuevos empleos fueron generados en el sector informal, siendo el caso extremo el de Brasil, donde la proporción se elevó a 81%, seguido de Venezuela con 77% y Perú, con 69%; b) salvo en Chile y Colombia, los otros siete países tuvieron una tasa anual de crecimiento de empleos en el sector informal mayor que en la del sector moderno, y en estos

últimos, la diferencia entre las tasas de crecimiento en ambos sectores ha sido en algunos casos considerable (Brasil, México, Perú y Venezuela); c) en el sector informal el segmento con el mayor crecimiento ha sido el de las microempresas que, como se sabe, se ha convertido en muchos casos en un modo de supervivencia para familias cuyos proveedores de ingresos han quedado marginados del mercado formal de trabajo (en general, las ocupaciones en el sector informal de la economía son de reducida productividad y generan bajos ingresos); d) Chile es el único país donde el sector moderno de la economía generó en el periodo 1990-1996 casi tres cuartos (71%) de los empleos nuevos. Colombia y Panamá también registraron porcentajes altos (63 y 62%, respectivamente) de creación de nuevos empleos en el sector moderno, principalmente en el privado. Estas evoluciones en la segmentación del mercado de trabajo debieron tener, sin duda, relación con medidas de ajuste estructural adoptadas por esos países. Sin embargo, como se verá más adelante, estos tres países tienen porcentajes no insignificantes de empleados en el sector privado moderno con remuneraciones inferiores al salario mínimo, lo que una vez más conspira contra el logro de la equidad en el mercado laboral.

Los datos examinados antes se refirieron a cambios en los aspectos dinámicos del empleo en los años estudiados. El Cuadro 6, en cambio, ha permitido examinar la estructura del empleo no agrícola en América Latina y en cuatro países de la región según segmentos informal y formal. Los datos presentados sólo son para los cuatro países que anteriormente se consideraron como paradigmáticos de los tipos de etapas de la transición demográfica. Esta presentación tuvo por objeto señalar que en general no se apreciaron diferencias significativas en la distribución del empleo por segmento del mercado de trabajo, en cualquier etapa que el país estuvo atravesando. Se ha concluido que, si bien, la

dinámica demográfica planteó presiones al mercado de trabajo por la cambiante estructura de edad, ésta pareció tener poca influencia en cómo se distribuyó el empleo en los dos segmentos del mercado de trabajo.

Los salarios, el ingreso y la pobreza

A lo largo de este trabajo se ha señalado la relación que existe entre el modo de inserción en el mercado de trabajo y los salarios. Desafortunadamente, uno de los claros efectos de la crisis, el descenso ocurrido en el nivel de las remuneraciones medias reales parece persistir aún en la etapa de recuperación económica. Datos de la CEPAL mostraron que a partir de 1983, en muchos países de los que se tienen datos, el índice de estas remuneraciones con base en 1980=100 permaneció durante un buen número de años en niveles considerablemente más bajos, manteniéndose así por lo menos en cuatro países hasta 1993, cuando se cambió la base del índice, lo que complicó la comparación en los años siguientes.

En el Cuadro 7 se aprecia que la restricción en las remuneraciones no sólo afectó, como era lógico suponer, a los ocupados en el segmento informal, sino que tampoco se escaparon de ella los que trabajaban en el sector privado moderno. Los porcentajes de trabajadores de ese sector cuyas remuneraciones fueron inferiores al salario mínimo no sólo apuntó nuevamente a la persistente ausencia de equidad, sino, lo grave realmente fueron las francas violaciones de la ley laboral. El abuso que en este aspecto se ha cometido contra las mujeres y los jóvenes deja al descubierto los extremos del afán de lucro de nuestras sociedades.

La combinación de los factores que se han venido analizando es la que condujo en el pasado y ha mantenido en nuestras sociedades la condición que anteriormente se identificó como

crónica, de una muy desigual distribución del ingreso, que las políticas neoliberales de ajuste han agravado aún más en algunas ellas. El Cuadro 8 es muy claro y, prácticamente, no amerita mayores comentarios: el 40% más pobre del área urbana, salvo en Uruguay, no llegaba a percibir siquiera 20% del ingreso total. Por otro lado, entre 1990-1994, años de vigencia del “ajuste”, 10% de la participación del más rico aumentó en siete de los 12 países incluidos en el cuadro.

Ante condiciones como éstas, no era de sorprender que la magnitud de la pobreza en la región, que en 1990 era más elevada que en 1980, no hubiese podido recuperar en 1994 el nivel que, tanto en el área urbana como en la rural, tenía en la década anterior. Ese comportamiento combinado con una población en expansión es lo que explica que en 1994 tuviéramos en la región más de 209 millones de pobres, un aumento de más de 73 millones con respecto a 1980, es decir 54% más y 98 millones de indigentes, igual a un aumento de 57% (Cuadros 9 y 10).

PERSPECTIVAS DEMOGRÁFICAS Y DE EVOLUCIÓN SOCIAL

Para conocer cómo se espera que la población de América Latina evolucione en los próximos 25 o 50 años, es posible recurrir al Boletín Demográfico que el Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE) publica dos veces al año. En 1997 el CELADE publicó proyecciones de población que se extienden hasta el 2050. Además contuvo evaluaciones para los periodos 1950-1955 a 1990-1995. Según las proyecciones, todo parecía indicar que la transición demográfica, que en distintos grados ya se había instaurado en todos los países de la región, continuaría avanzando. De cumplirse los supuestos sobre los que se han apoyado las proyecciones en cuestión, la población de la región en el 2050 estaría todavía en proceso de expansión, con una TGF es-

timada de 2.10. En el trabajo presentado en la Conferencia sobre El Poblamiento de las Américas se calculó que la población de América Latina se acercaría a la estabilización alrededor del año 2150, cuando habría alcanzado un tamaño de 1 117 millones de habitantes (Miró, 1992: 227).

La transición demográfica ha venido modificando la estructura de edad de nuestras poblaciones. Los análisis contenidos en este documento ponen en evidencia que aún no hemos podido enfrentar satisfactoriamente el reto que implica el ritmo de crecimiento del grupo de población en edad de trabajar. Resta establecer si en la región se tomaron medidas adecuadas para enfrentar los cambios que se produjeron en el tamaño y ritmo de crecimiento de la población de menores de 15 años y los mayores de 65. Nuevamente asomaron aquí algunos de los posibles efectos de los programas de ajuste. Al producirse una disminución de los recursos disponibles para los sectores de educación y de salud y haberse propuesto esquemas de privatización, particularmente en los programas de pensiones, se plantearon problemas que una vez más afectarán de manera más negativa a los grupos menos favorecidos de la sociedad. ¿Qué estamos haciendo para enfrentarlos?

Más que hablar sobre las perspectivas de naturaleza cuantitativa, en esta sección se consideró oportuno hacer algunas reflexiones acerca de las múltiples acechanzas que amenazan a la población de nuestros países, inmersos todavía en un significativo nivel de pobreza. Los latinoamericanos hemos sido capaces de disminuir el nivel promedio de la mortalidad general, de la mortalidad infantil y de la mortalidad materna, aunque con importantes desigualdades entre grupos sociales. ¿Podrán mantenerse estas tendencias ante la emergencia de enfermedades que se suponían prácticamente erradicadas, como el cólera, el dengue, la tuberculosis y el desarrollo de situaciones epidémicas como la

del Síndrome de Inmuno Deficiencia Adquirida (Sida)? Sobre todo frente a las políticas públicas que proponen recortar los fondos disponibles para programas de salud y además privatizar la prestación de los servicios, con lo que se limitaría aún más a los grupos de escasos recursos el acceso a estos servicios.

Igualmente hemos logrado hacer descender la fecundidad promedio, empero sujeto a desigualdades entre grupos sociales, particularmente entre los adolescentes. Los bajos ingresos, la poca educación y el acceso diferencial a los servicios prenatales y natales han guardado íntima relación con estas desigualdades que persisten, en parte, debido a las características del modelo económico que ha imperado.

Obviamente no podrá continuarse con el elevado y desordenado proceso de concentración urbana. A la par que se desarrollan urbanizaciones a todo lujo, sectores importantes de la población viven en barrios carentes de las más elementales condiciones de vivienda y saneamiento comunitario. Ya se ha analizado aquí cómo la irregular inserción en empleo productivo hace aún más complicada la situación de estos últimos sectores. ¿Se logrará en algún momento que los programas de ajuste abandonen la posición de que las mejorías vendrán como resultado del eventual “goteo” de los beneficios ya alcanzados por los grupos de más altos niveles de ingreso hacia los menos favorecidos?

Lo que algunos sectores de algunas áreas rurales, que el modelo económico tiende a ignorar, consideran como el agotamiento de sus posibilidades de vida en ellas, combinado con la falta de acceso a la tierra, ha hecho aumentar los desplazamientos de pobladores hacia fronteras agrícolas, con evidente deterioro ecológico. ¿Será posible encauzar estos movimientos para lograr un efectivo desarrollo agrícola y sobre todo mejores niveles de vida para los que se desplazan?

Se hizo aquí una enumeración de retos que se nos plantean a los latinoamericanos y que se asocian a nuestro pasado demográfico, a la continua evolución de nuestra dinámica demográfica, así como a los estilos de desarrollo económico en el transcurso del tiempo.

He querido terminar con la mención de dos retos de indudable importancia y como todos los citados, interrelacionados con ellos y entre sí. Me refiero a la destrucción de los recursos naturales y a la pobreza. Los pobres, agobiados por sus limitaciones, han sometido a una explotación excesiva algunos recursos naturales renovables: los árboles, el suelo y la pesca, entre otros. Los empresarios, por su parte, en busca de la rápida y máxima ganancia, han explotado los recursos sin incurrir en costos de reposición. La atención que apenas se ha venido brindando a temas relacionados con la eliminación de la contaminación ambiental y con la conservación de los recursos naturales, ¿logrará conscientizarnos y hacer que nos movilizemos en la procuración de soluciones en estos ámbitos?

Y finalmente ¿Cómo aliviar primero y erradicar después la pobreza? Las medidas deben tomarse en primer lugar en la esfera de lo económico, particularmente en lo que se refiere al empleo y los salarios. Ello deberá complementarse con medidas relativas a la educación y a la salud. Se hace indispensable ampliar la participación social de los grupos postergados y por encima de todo, debemos lograr una sociedad más solidaria y menos egoísta.

Las perspectivas se perfilan difíciles, pero con posibilidades de ser enrumadas positivamente hacia el Tercer Milenio.

CUADRO I
AMÉRICA LATINA: EVOLUCIÓN DE LA DINÁMICA DEMOGRÁFICA ENTRE 1975-1980 Y 1990-1995.
PAÍSES SEGÚN ETAPA DE LA TRANSICIÓN DEMOGRÁFICA

ETAPA Y PAÍS	1975-80			1980-85			1985-90			1990-95		
	T.G.F.	e ₀	r									
<i>América Latina</i>												
<i>Incipiente</i>												
Bolivia	5.80	50.05	24.99	5.30	53.70	24.80	5.00	56.34	25.09	4.80	59.33	25.50
Haití	5.35	50.65	20.89	5.17	52.73	22.14	4.99	54.71	23.08	4.79	56.60	23.44
<i>Moderada</i>												
El Salvador	5.70	57.42	30.41	4.40	57.15	22.45	4.00	63.39	23.50	3.50	67.84	23.63
Guatemala	6.40	56.16	32.12	6.25	58.16	32.21	5.80	59.69	30.67	5.40	62.59	30.53
Honduras	6.60	57.69	33.85	6.00	61.56	33.42	5.37	65.42	32.33	4.92	67.69	30.96
Nicaragua	6.40	57.59	34.56	6.00	59.46	34.09	5.00	62.17	30.54	4.41	66.05	29.43
Paraguay	5.15	66.48	28.00	5.25	67.05	30.96	4.90	67.59	29.88	4.55	68.51	28.07
<i>Plena</i>												
Brasil	4.31	61.84	23.50	3.63	63.36	21.16	2.96	64.92	18.03	2.44	66.44	14.52
Colombia	4.14	63.95	24.11	3.41	67.16	22.62	3.16	68.45	22.11	2.92	69.69	20.20
Costa Rica	3.89	71.04	26.85	3.50	73.79	26.11	3.36	75.34	25.16	3.14	76.27	22.60
Ecuador	5.40	61.41	28.36	4.70	64.51	26.67	4.00	67.05	24.07	3.52	68.84	22.02
México	5.30	65.30	29.44	4.24	67.72	25.54	3.61	69.79	23.67	3.12	71.45	21.86
Panamá	4.05	69.07	24.70	3.52	70.80	22.92	3.20	71.74	21.75	2.88	72.87	19.68
Perú	5.38	58.83	27.08	4.65	61.55	24.71	4.00	64.37	22.80	3.43	66.74	20.72
República Dominicana	4.70	62.07	26.48	3.88	65.61	24.72	3.50	68.20	24.14	3.09	69.61	21.45
Venezuela	4.47	67.68	28.31	3.96	68.77	26.53	3.65	70.53	25.29	3.29	71.77	22.66
<i>Avanzada</i>												
Argentina	3.44	68.76	16.74	3.15	70.21	14.60	3.00	71.03	13.38	2.83	72.08	12.60
Chile	2.95	67.19	16.58	2.66	70.70	16.56	2.65	72.68	17.38	2.54	74.43	16.27
Cuba	2.13	73.09	11.19	1.83	73.93	9.80	1.83	74.58	10.70	1.60	75.33	8.10
Uruguay	2.89	69.70	10.20	2.57	70.94	8.36	2.43	72.00	7.55	2.33	72.41	6.79

T.G.F. Tasa global de fecundidad

e₀ Esperanza de vida al nacimiento (en años)

r Tasa anual de crecimiento natural (por mil)

Fuente: T.G.F. y e₀ CELADE Boletín Demográfico núm. 60, julio de 1997; r Boletín núm. 57, enero de 1997, Santiago de Chile.

CUADRO 2
TASAS ANUALES DE CRECIMIENTO DE LA POBLACIÓN,
POR GRANDES GRUPOS DE EDAD, BOLIVIA, PARAGUAY, MÉXICO Y CHILE.
PERIODOS 1970-75, 1980-85 Y 1990-95

<i>Grupos de edad</i>	<i>Tasas de crecimiento b/</i>		
	1970-75	1980-85	1990-95
<i>Bolivia</i>			
Total a/	2.44	1.92	2.41
<15 años	2.48	1.76	2.09
15—64 años	2.40	2.04	2.57
65 y más años	2.58	2.08	3.53
<i>Paraguay</i>			
Total a/	2.62	3.26	2.77
<15 años	1.69	2.78	2.56
15—64 años	3.42	3.60	2.89
65 y más años	3.08	3.64	3.38
<i>México</i>			
Total a/	3.10	2.21	1.82
<15 años	3.10	0.92	0.17
15—64 años	3.21	3.31	2.74
65 y más años	1.81	1.76	3.37
<i>Chile</i>			
Total a/	1.70	1.55	1.63
<15 años	0.44	0.10	1.22
15—64 años	2.44	2.22	1.66
65 y más años	2.70	2.48	3.19

a/ Tasa de crecimiento total igual a tasas de crecimiento natural más tasas de migración internacional.

b/ Calculados con base en datos tomados de CELADE. Boletín Demográfico, Año XXVII, núm. 54, Santiago de Chile, junio de 1994.

Fuente: CELADE (1994).

CUADRO 3
POBLACIÓN POR GRANDES GRUPOS DE EDAD. BOLIVIA, PARAGUAY,
MÉXICO Y CHILE. AÑOS 1970 Y 1990

<i>Grupos de edad</i>	<i>1970</i>		<i>1990</i>	
	<i>Número</i>	<i>Porcentaje</i>	<i>Número</i>	<i>Porcentaje</i>
<i>Bolivia</i>				
Total	4,211,624	100.0	6,572,771	100.0
<15 años	1,809,169	43.0	2,708,962	41.2
15—64 años	2,258,509	53.6	3,626,495	55.2
65 y más años	143,946	3.4	237,314	3.6
<i>Paraguay</i>				
Total	2,351,486	100.0	4,316,518	100.0
<15 años	1,091,800	46.4	1,757,958	40.7
15—64 años	1,179,791	50.2	2,401,420	55.7
65 y más años	79,895	3.4	157,140	3.6
<i>México</i>				
Total	50,596,205	100.0	83,226,036	100.0
<15 años	23,520,453	46.5	32,088,724	38.5
15—64 años	24,920,551	49.2	47,843,399	57.5
65 y más años	2,155,201	4.3	3,293,913	4.0
<i>Chile</i>				
Total	9,496,011	100.0	13,099,511	100.0
<15 años	3,724,963	39.2	3,938,498	30.1
15—64 años	5,288,606	55.7	8,360,280	63.8
65 y más años	482,442	5.1	800,733	6.1

Fuente: CELADE (1994)

CUADRO 4
TASA DE DESEMPLEO URBANO POR ESTRATOS DE INGRESO a/

<i>País</i>	<i>Año</i>	<i>Total</i>	<i>Primer decil</i>	<i>Primer quintil</i>	<i>Segundo quintil</i>	<i>Quinto quintil</i>
Argentina /b	1990	5.9	30.2	19.9	7.8	1.3
	1994	13.0	48.0	37.5	18.8	2.4
Bolivia	1989	9.4	51.7	28.9	10.1	3.3
	1994	3.2	11.9	8.1	4.0	1.4
Brasil	1990	4.5	17.1	11.9	5.0	1.4
	1993	7.4	20.7	15.5	8.5	2.9
Chile c/	1990	8.7	30.8	22.5	11.6	2.2
	1994	6.8	23.5	17.4	7.9	1.9
Colombia d/	1990	10.3	22.5	19.7	14.1	3.6
	1994	8.0	20.4	16.5	10.6	2.5
Costa Rica	1992	4.2	22.4	15.5	5.2	0.6
	1994	4.2	16.1	11.9	4.6	1.0
Honduras	1992	5.1	12.6	11.3	7.2	1.4
	1994	4.1	11.7	8.9	4.4	1.2
México e/	1992	4.3	6.4	7.1	5.2	2.8
	1994	4.5	9.7	8.5	4.5	2.4
Panamá	1989	19.0	37.5	33.3	24.4	5.7
	1994	15.7	37.5	30.6	20.1	4.7
Paraguay f/	1992	5.0	22.0	13.5	7.4	1.8
	1994	4.4	18.6	12.8	4.9	1.2
Uruguay	1990	8.9	20.8	17.4	10.6	3.4
	1994	9.7	22.7	19.4	10.8	3.3
Venezuela	1990	10.2	44.3	33.9	13.0	2.1
	1994	8.9	25.9	22.4	13.3	2.3

(a) Se refiere a percentiles de la distribución de ingreso familiar per cápita

(b) Área Metropolitana del Gran Buenos Aires. Las cifras corresponden al mes de octubre de cada año

(c) Tabulaciones especiales de las encuestas de caracterización económica nacional de 1990, 1992 y 1994

(d) A partir de 1993 se amplió la cobertura geográfica de la encuesta hasta abarcar prácticamente la totalidad de la población urbana del país. Hasta 1992 la encuesta cubría alrededor de la mitad de la población urbana

(e) Tabulaciones especiales de las encuestas de ingresos y gastos

(f) Área Metropolitana de Asunción

Fuente: CEPAL. Panorama Social de América Latina 1996. Santiago de Chile, 1997: 68. Con base en tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los países.

CUADRO 5
DISTRIBUCIÓN DE LOS NUEVOS EMPLEOS SEGÚN SEGMENTOS DEL MERCADO
LABORAL URBANO. PAÍSES SELECCIONADOS 1990-1996 a/

PAÍSES	PERIODO	TOTAL	SECTOR INFORMAL b/				SECTOR MODERNO c/		
			Total	Cuenta propia	Micro empresas	Servicio doméstico	Total	Público	Privado
Argentina	(1990-96)								
	d/	100	53	-2	55	-	47	-10	57
Brasil	(1992-95)								
	e/	0.5	0.8	-1.2	3.4	-0.2	0.3	-3.6	1.5
Chile	(1990-96)								
	d/	100	81	37	26	18	19	2	17
Colombia	(1992-96)								
	e/	3.5	5.1	4.6	5.6	5.6	1.5	0.8	1.7
Costa Rica	(1990-95)								
	d/	100	29	8	16	5	71	11	60
México	(1990-95)								
	e/	3.6	2.8	1.4	4.8	3.2	4.1	5.3	4.0
Panamá	(1989-95)								
	d/	100	37	45	8	-16	63	-3	66
Perú	(1991-95)								
	e/	1.8	1.2	1.5	0.4	-6.2	2.3	-0.5	2.8
Venezuela	(1990-96)								
	d/	100	51	12	39	-	49	-3	52
	(1990-96)								
	e/	4.4	5.4	4.2	7.8	-	3.7	-0.5	6.3
	(1990-95)								
	d/	100	58	18	34	6	42	6	36
	(1989-95)								
	e/	6.2	8.5	7.2	9.5	7.4	4.5	2.2	14.0
	(1991-95)								
	d/	100	38	17	15	6	62	8	54
	(1990-96)								
	e/	6.5	6.5	7.5	6.9	5.2	6.4	1.8	11.6
	(1990-96)								
	d/	100	68.7	34.8	29.6	4.3	31.3	-3.3	34.6
	(1990-96)								
	e/	5.1	6.5	5.0	11.2	4.5	3.4	-1.6	4.9
	(1990-96)								
	d/	100	77	53	35	-11	23	6	17
	(1990-96)								
	e/	2.6	5.0	6.0	6.8	-10.9	0.9	0.4	1.4

a/ Los datos se refieren a los ocupados urbanos excluidos los sectores agrícola y minero.

b/ En el sector informal se incluye a los trabajadores por cuenta propia (excepto profesionales, administrativos y técnicos) y a familiares no remunerados, a los trabajadores en empresas de hasta 5 ocupados y al servicio doméstico.

c/ El sector moderno considera a trabajadores en el sector público, en empresas privadas con más de 5 ocupados y a los cuenta propia profesionales, administrativos y técnicos.

d/ Distribución porcentual de los nuevos empleos según segmento del mercado de trabajo y categoría ocupacional, durante el periodo considerado en cada país.

e/ Tasa de crecimiento anual del desempleo según segmento y categoría ocupacional en el periodo de referencia considerado en cada país.

Fuente: OIT INFORMA América Latina y el Caribe. Panorama Laboral '97. OIT, diciembre de 1997, Cuadro 4, p. 24.

CUADRO 6
ESTRUCTURA DEL EMPLEO NO AGRÍCOLA EN AMÉRICA LATINA Y EN CUATRO
PAÍSES EN DISTINTAS ETAPAS DE LA TRANSICIÓN DEMOGRÁFICA.
1990-1996 (EN PORCENTAJES)

<i>Países</i>	<i>Sector Informal</i>				<i>Sector Formal</i>		
	<i>Total</i>	<i>Trab. indep. (a)</i>	<i>Serv. dom.</i>	<i>Emp. peq.(b)</i>	<i>Total</i>	<i>Sector púb.</i>	<i>Grandes empresas privadas</i>
<u>América Latina</u>							
1990	51.6	24.7	6.7	20.2	48.4	15.3	33.0
1996	57.4	27.2	7.1	23.1	42.6	13.0	29.6
Etapa Incipiente							
<u>Bolivia</u>							
1990	56.9	37.7	6.4	12.8	43.1	16.5	26.6
1996	63.1	37.7	5.5	19.9	36.9	11.1	25.9
Etapa Moderada							
<u>Paraguay</u>							
1990	61.4	21.2	10.7	29.4	38.6	12.2	26.4
1996	67.9	26.9	10.0	31.0	31.1	13.1	19.0
Etapa Plena							
<u>México</u>							
1990	55.5	30.4	5.6	19.5	44.6	25.0	19.6
1996	60.2	32.5	5.4	22.3	39.8	22.0	17.8
Etapa Avanzada							
<u>Chile</u>							
1990	49.9	23.6	8.1	18.3	50.1	7.0	43.0
1996	50.9	22.7	6.8	21.4	49.1	7.6	41.5

(a) Incluye trabajadores por cuenta propia (excepto los administrativos, profesionales y técnicos) y trabajadores familiares.

(b) Ocupados correspondientes a establecimientos que cuentan con menos de 5 o 10 trabajadores, dependiendo de la información disponible.

(c) Corresponde a Lima Metropolitana.

Fuente: OIT INFORMAL. América Latina y El Caribe. Panorama Labora '97. OIT. Cuadro 1B, p. 48.

CUADRO 7
AMÉRICA LATINA, PAÍSES SELECCIONADOS. ASALARIADOS DEL SECTOR
PRIVADO MODERNO CON REMUNERACIÓN MENOR QUE EL SALARIO MÍNIMO.
TOTALES SEGÚN SEXO Y EDAD, 1995 a/ (PORCENTAJES)

<i>Países b/</i>	<i>Sexo</i>			<i>Edad</i>	
	<i>Total</i>	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>	<i>Jóvenes c/</i>	<i>Adultos c/</i>
Salario Mínimo Alto d/					
Chile	14.8	12.4	18.4	26.0	12.0
Colombia	11.0	10.0	12.6	14.3	9.0
Costa Rica	31.9	27.6	41.6	48.4	23.7
Panamá	14.5	13.5	16.5	28.0	11.1
Paraguay	39.6	40.4	36.5	41.3	32.3
Promedio e/	22.4	20.8	25.1	31.6	17.6
Salario Mínimo Bajo d/					
Bolivia	6.3	4.5	10.1	12.7	2.5
Brasil	3.7	3.5	4.1	6.2	2.4
Ecuador	33.7	33.0	35.5	48.9	27.3
El Salvador	20.2	18.5	23.0	34.6	16.1
Honduras	8.8	10.1	6.2	14.3	5.5
México	5.2	4.1	6.3	9.1	2.8
Nicaragua	9.1	7.6	12.3	16.1	6.9
Perú	8.4	6.4	14.4	14.3	6.4
Venezuela	10.0	10.7	8.2	11.8	7.8
Promedio e/	11.7	10.9	13.3	18.7	8.6

a/ Asalariados privados no agrícolas con jornada completa de trabajo. Excluye servicio doméstico.

b/ La mayoría de los datos corresponde a 1995, con la excepción de Bolivia (1993), Colombia (1994), Chile (1996) y Nicaragua (1993).

c/ Como proporción de cada categoría: jóvenes (14 a 24 años), adultos (25 y más años).

d/ La distribución entre países de salario mínimo alto y bajo se efectuó considerando el nivel del poder adquisitivo en comparación con el de 1990, su evolución durante esta década y la capacidad de compra del salario mínimo en términos de líneas de pobreza per cápita.

e/ Promedio simple.

Fuente: OIT INFORMA. América Latina y El Caribe. Panorama Laboral '97. OIT. Diciembre, 1997. Cuadro 4-A. p. 43.

CUADRO 8
AMÉRICA LATINA (12 PAÍSES): DISTRIBUCIÓN DEL INGRESO URBANO a/

<i>País</i>	<i>Año</i>	<i>20% anterior</i>			
		<i>40% más pobre</i>	<i>30% siguiente</i>	<i>al 10% más rico</i>	<i>10% más rico</i>
Argentina /b	1990	18.0	25.6	26.6	29.8
	1994 c/	14.4	22.9	28.1	34.6
Bolivia	1989	12.1	21.9	27.8	38.2
	1994	15.1	22.3	27.2	35.4
Brasil	1987	9.7	18.1	27.9	44.3
	1993	11.8	19.1	26.6	42.5
Chile d/	1990	13.4	21.2	26.2	39.2
	1994	13.3	20.5	25.9	40.3
Colombia	1990	13.7	22.5	28.9	34.9
	1994 e/	11.6	20.4	26.1	41.9
Costa Rica	1990	17.8	28.7	28.9	24.6
	1994	17.4	26.8	28.3	27.5
Honduras	1990	12.2	20.8	28.1	38.9
	1994	13.3	23.0	26.5	37.2
México f/	1989	16.2	22.0	24.8	36.9
	1994	16.8	22.8	26.1	34.3
Panamá	1989	13.2	22.7	27.9	36.2
	1994	13.8	23.3	25.5	37.4
Paraguay	1990g/	18.6	25.7	26.8	28.9
	1994h/	16.1	22.6	26.1	35.2
Uruguay	1990	20.1	24.6	24.1	31.2
	1994	21.6	26.3	26.7	25.4
Venezuela	1990	16.8	26.1	28.7	28.4
	1994	16.7	24.9	27.0	31.4

(a) Corresponde a la participación en la distribución del ingreso de los hogares urbanos, ordenados según su ingreso per cápita.

(b) Área Metropolitana del Gran Buenos Aires.

(c) Total Urbano.

(d) Tabulaciones especiales de las encuestas de caracterización socioeconómica nacional (CASEN) de 1990, 1992 y 1994.

(e) A partir de 1993 se amplió la cobertura geográfica de la encuesta hasta abarcar prácticamente la totalidad de la población urbana del país. Hasta entonces, la encuesta cubría alrededor de la mitad de la población urbana.

(f) Tabulaciones especiales de las encuestas nacionales de ingresos y gastos de los hogares (ENIG).

(g) Área Metropolitana Asunción.

(h) Total urbano.

Fuente: CEPAL. Panorama Social de América Latina 1996. Santiago de Chile, 1997. p. 45. Sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los países.

CUADRO 9
AMÉRICA LATINA: MAGNITUD DE LA POBREZA E INDIGENCIA a/
(PORCENTAJES). 1980-1994

<i>Año</i>	<i>Pobres /b</i>			<i>Indigentes c/</i>		
	<i>Total</i>	<i>Urbana</i>	<i>Rural</i>	<i>Total</i>	<i>Urbana</i>	<i>Rural</i>
1980	35	25	54	15	9	28
1990	41	36	56	18	13	33
1994	39	34	55	17	12	33

a/ Estimación correspondiente a 19 países de la región.

b/ Porcentaje de hogares con ingresos inferiores a la línea de pobreza. Incluye a los hogares que se encuentran en situación de indigencia.

c/ Porcentaje de hogares con ingresos inferiores a la línea de indigencia.

Fuente: CEPAL. Panorama Social de América Latina 1996. Santiago de Chile, 1997.

CUADRO 10
AMÉRICA LATINA: POBLACIÓN POBRE E INDIGENTE a/ (MILES). 1980-1994

<i>Año</i>	<i>Pobres /b</i>			<i>Indigentes c/</i>		
	<i>Total</i>	<i>Urbana</i>	<i>Rural</i>	<i>Total</i>	<i>Urbana</i>	<i>Rural</i>
1980	135 900	62 900	73 00	62 400	22 500	39 900
1990	197 200	120 800	76 400	91 900	45 400	46 500
1994	209 300	135 400	73 900	98 300	51 900	46 400

a/ Estimación correspondiente a 19 países de la región.

b/ Personas en hogares en situación de pobreza. Incluye a la población en situación de indigencia.

c/ Personas en hogares en situación de indigencia.

Fuente: CEPAL. Panorama Social de América Latina 1996. Santiago de Chile, 1997.

OBRAS CONSULTADAS

- Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía. *Boletines Demográficos*, núm. 54, junio de 1994; núm. 59, enero de 1997, y núm. 60, julio de 1997. Santiago de Chile, CELADE.
- Comisión Económica para América Latina (1983). *Balance Preliminar de la Economía Latinoamericana en 1983*. Santiago de Chile, diciembre.
- _____ (1997). *Revista de la CEPAL*, núm. 62. Santiago de Chile, agosto.
- _____ (1997). *Panorama Social de América Latina 1996*. Santiago de Chile, CEPAL.
- Chakiel, J; Martínez, J. (1993). *Transición demográfica en América Latina y el Caribe desde 1950*. IV Conferencia Latinoamericana de Población México.
- Ramos, Joseph (1997). “Un balance de las reformas estructurales neoliberales en América Latina”. *Revista de la CEPAL*, núm. 62, agosto. pp. 18-38.
- Miró G., Carmen A. (1992). “América hacia el Tercer Milenio: su población y los retos que enfrenta”. En: *Actas de la Conferencia El Poblamiento de la Américas*, vol. 4. Veracruz, México.
- Organización Internacional del Trabajo (1997). *OIT INFORMA. Panorama Laboral'97*. OIT, diciembre.
- Ramos, Joseph (1997). “Un balance de las reformas estructurales neoliberales en América Latina”. *Revista de la CEPAL*, núm. 62, agosto. pp. 18-38.

REFLEXIONES SOBRE POBLACIÓN, CRISIS Y PERSPECTIVAS DEMOGRÁFICAS EN MÉXICO

†*Gustavo Cabrera Acevedo**

El tema de población, crisis y perspectivas demográficas en México es relevante frente a las condiciones económicas y sociales en que ha prevalecido este país durante los pasados 15 años. Dichas condiciones se originaron, entre otras causas, tanto por los diversos cambios en la política y estrategias del desarrollo del país, como por las relaciones económicas y políticas mundiales que, en conjunto, han estado incidiendo en el bienestar de la mayor parte de la sociedad nacional. Así, el fin que se pretende aquí es analizar el comportamiento de las variables fundamentales del crecimiento demográfico y de otros fenómenos asociados, en el contexto de la crisis que surge en los primeros años de la década de los ochenta. Como se ha comentado en diferentes trabajos de esta obra, se trata de una tarea compleja: establecer relaciones analíticas entre las continuas crisis y renovados ajustes, sus efectos en las condiciones de vida y las consecuencias de la dinámica poblacional en sus múltiples determinantes y manifestaciones.

En México, nuestra sociedad, ha estado pasando por diversas transiciones, término que se utiliza cada vez con mayor frecuencia y libertad para denominar al proceso dinámico de

* Investigador de El Colegio de México.

transformación, de tránsito, o de cambio de un estadio, régimen o tendencia de determinado fenómeno o condición a otro diferente y previsto, tiempo después. El tránsito a la nueva situación ha sido promovido, en casos, por el mismo Estado; en otros, por partidos políticos, o bien, por la influencia y presión de grupos sociales nacionales e internacionales con intereses comunes y, en casos, a iniciativa y voluntad de gran parte de la sociedad nacional organizada de alguna forma.

De este modo, México se ha encontrado en transición en sus estructuras políticas y jurídicas, en las económicas y financieras, en las sociales y culturales, en las demográficas y familiares y, más aún, hacia un desarrollo sustentable. Todas ellas de naturaleza particular y en diferentes estadios y tiempos de evolución. En conjunto, lo que tienen o deberían tener en común es aumento del bienestar y calidad de vida de todos los mexicanos. Sin embargo, sea porque varias de ellas se encuentran en etapas incipientes y otras más en intermedias e, inclusive, sin una percepción clara de sus alcances, o sea porque no se han planteado bajo situaciones y tiempos apropiados, la realidad nos ha mostrado cierta falta de congruencia; la influencia de algunas de ellas han tenido el efecto suficiente para desatar condiciones económicas y sociales no previstas o no deseadas en el bienestar de la población y las familias.

Por acontecimientos anteriores, en los últimos decenios del siglo XX, la cuestión de la democracia y el funcionamiento de la economía han sido dos de los grandes ordenadores del resto de las necesidades de México (Cordera Campos, 1968). La democracia, con la reforma política como uno de sus componentes, apenas en tránsito inicial, no hay duda de que es necesaria, pero no suficiente para crear, en todo tiempo y espacio, una economía que produzca la disminución de la desigualdad y, como consecuencia, el mejoramiento efectivo de la vida colectiva. Asimismo,

los atributos de una economía internacionalizada y de mercado no producen estabilidad económica por sí mismos (*Ibid.*).

Lo que se ha conocido como globalización es un fenómeno básicamente económico que enlaza múltiples determinaciones sociales, políticas, culturales y ecológicas, que configuran una nueva lógica de interdependencia internacional que rebasa los marcos nacionales (Dabat, 1994). De acuerdo con Víctor L. Urquidi (1997), México inició su ingreso a la globalización en los años setenta, cuando participa, como nunca antes, en el mercado petrolero Mundial y, al mismo tiempo, queda cercado por la banca comercial internacional. La economía mexicana se sumó así a la globalización, sin proponérselo y sin idea de las consecuencias. En 1983, por la crisis de la deuda de un año antes, se comienza un periodo de estancamiento económico que apenas ha podido superarse parcialmente, con una evolución tardía hacia el mercado mundial más allá del petróleo y hacia la interdependencia industrial.

La insistencia de la economía mexicana en la globalización de los años noventa fue traumática, con indudables avances y aspectos positivos de modernización tecnológica y de penetración en mercados externos; pero a la vez, con trastornos de tipo negativo que se reflejaron en cada vez un mayor desempleo y en la posibilidad de acometer los grandes problemas estructurales visibles desde los años setenta. La globalización económica se vio en gran parte, como una participación en la economía de América del Norte, fundamentalmente la de Estados Unidos. Sin embargo, reafirma su ingreso en la globalización con poco impulso autónomo del comercio exterior y con enorme carga de endeudamiento externo.

La gravedad de la crisis de 1994, vislumbrada unos años antes por algunos analistas académicos, señala Urquidi, evidenció que se carecía de una estrategia adecuada de participación en la

globalización y que se actuó improvisadamente como en tantas ocasiones anteriores, con visión oportuna de corto plazo y, en este caso, constreñida obsesivamente a insistir en que los indicadores de mercado bastaban para conducir al país a un futuro económico y social más sólido para la población.

En años que median la época del comienzo de la globalización y el cambio del sistema económico, México inicia un nuevo tiempo político con el objetivo de atender los problemas demográficos de la sociedad nacional, que por largo tiempo pasado tuvieron como finalidad aumentar el poblamiento del país y que, una vez logrado, correspondía ahora el cambio a su sentido histórico al considerar objetivos, estrategias y acciones que favorecieran las actitudes de la población para moderar su alto crecimiento. En realidad, se trataba de continuar con una etapa más de la transición demográfica: propiciar la disminución de los altos niveles de fecundidad de la población. De esta forma, la nueva política de población, la siguiente etapa de la transición demográfica con visión de largo plazo, se inserta en el concierto interactuante de otras transiciones de naturaleza diversa, ya iniciadas o por iniciarse, coadyuvando a incrementar el bienestar y la calidad de vida de todos los mexicanos.

Así comienza, en 1974, la nueva política de población en México. El tiempo demográfico empezaba a correr con un futuro promisorio y a la vez complejo, frente a un intenso crecimiento poblacional y un cierto desorden del poblamiento en el territorio, en una sociedad culturalmente heterogénea y de desigualdades sociales con variados procesos sociodemográficos, que corresponden a sociedades modernas como tradicionales, y a una sociedad en tránsito entre unas y otras. Si bien la economía ya presentaba debilidades, se tenía una base y esperanza en que, con el “boom” petrolero, la preocupación era “aprender a administrar

la riqueza” para hacer más efectivo el desarrollo y atender las necesidades sociales pasadas, presentes y futuras de la población.

Pocos años después, en 1977, la política de población incorpora nuevos criterios fundamentales para su conducción: a) que el fenómeno demográfico puede ser objeto de planeación indicativa, con estrategias y programas a largo plazo que conduzcan a lograr metas cuantitativas de crecimiento demográfico, más acordes con las posibilidades de la economía y los recursos naturales del país, sin faltar al derecho de las personas de decidir libremente el número de hijos y el espaciamiento entre ellos, tal como lo establece el artículo 4° de nuestra Constitución Política; y b) que si bien era necesario que se definiera el curso de la dinámica poblacional con un proyecto demográfico nacional, se requería, para su logro, la federativa, con sus propios escenarios demográficos que toman en cuenta las diferentes condiciones económicas, sociales y culturales.

El primer criterio dio lugar, por parte del Consejo Nacional de Población, a la creación de escenarios demográficos nacionales por periodos sexenales, a partir de 1977 y hasta el año 2000. Las metas de crecimiento natural del país, tomando en cuenta el comportamiento programado de la mortalidad y la fecundidad, dieron como resultado la tendencia de dicho crecimiento: como punto de partida, en 1977 se calculó el crecimiento natural en 3.2%, la meta a 1982 dio como resultado 2.5%; a 1988 en 1.9%, a 1994 en 1.3%, y finalmente llegar al año 2000 con una tasa de crecimiento natural de 1%. Esto significaba escenarios intermedios correspondientes a las cuatro administraciones sexenales del gobierno federal que conforman el periodo total, de tal forma que se lograra la continuidad en los objetivos de largo plazo; una política y planeación que incluyera renovar los programas cada vez con mayor y mejor organización y alcance por los consecutivos gobiernos. Se esperaba, entonces, que en 24 años, al final del

siglo, la población de México fuese alrededor de 100 millones de habitantes, en lugar de 132 millones que se estimaba en caso de mantenerse el ritmo de crecimiento observado en el inicio.

El segundo criterio condujo a que cada gobierno estatal estableciera su propio Consejo de Población en la estructura del ejecutivo, con la finalidad de diseñar la política de población con las particularidades de su sociedad, pero en todo caso congruente con los lineamientos de la política nacional.

Ha transcurrido cerca de un cuarto de siglo en que el gobierno de México establecía la política de población demográfica a largo plazo. El tiempo determinado en la planeación demográfica, 1977-2000, estaba a punto de agotarse. En él han ocurrido tres periodos completos de planeación sexenal, 1977-1994, y se encontraba a mediados del último del siglo, 1998. Así, se pudo observar lo que demográficamente aconteció así como lo que se había planeado.

En el primer término, la secuencia en la disminución de las tasas de crecimiento natural de la población corregida son notoriamente menores que las de la programática, con excepción del último sexenio del siglo, en que se sopesaba lo que podía suceder demográficamente (Cuadros 1 y 1-A). Se observa en el periodo 1982-1988 una disminución en el crecimiento natural de la población de México de sólo 0.23 puntos porcentuales, mientras que la del periodo anterior fue de 0.41 puntos porcentuales (de 2.97% en 1977 a 2.56% en 1982) y en el posterior, de 1988 a 1994, de 0.28 (de 2.33 a 2.05).

Este ritmo de disminución irregular tuvo una clara relación con la secuencia en los cambios de la tasa general de fecundidad y el porcentaje de mujeres usuarias de métodos anticonceptivos. En efecto, mientras que la tasa general de fecundidad descendió en 1.10 hijos en promedio de 1977 a 1982, en el siguiente periodo, de 1982 a 1988, sólo lo hizo en 0.65, incrementándose lige-

ramente de 1988 a 1994, en 0.75 hijos en promedio. Lo mismo sucede con las usuarias de anticoncepción, en que nuevamente, de un aumento de 14.8 puntos porcentuales de 1977 a 1982, disminuye el incremento de las usuarias a sólo 7.1 en el sexenio siguiente, con un repunte a 10.4 de 1988 a 1994. El comportamiento de cambios descritos indica que se dio una contracción importante durante 1982 a 1988 en la cobertura de mujeres en planificación familiar, y como consecuencia en la tasa de fecundidad general y en la del crecimiento natural.

La irregularidad en los cambios demográficos y de la cobertura de los programas de planificación familiar, si bien son estimaciones, reflejan con algún grado de certeza lo acontecido en la realidad y tienen cierta explicación de diverso orden: en primer término, se puede suponer que el incremento durante 1977-1982 se debió a la acumulación de demandas de mujeres en el pasado a los servicios de planificación familiar, combinado con el hecho de que dichas demandas fueron atendidas principalmente en las ciudades donde el sistema de salud tenía la mejor organización de los servicios. De esta forma, la baja de la fecundidad en el país se debió, en gran parte, al efecto de la anticoncepción en el medio urbano-metropolitano, además de que las mujeres o parejas tenían mejores condiciones de bienestar y una actitud y conocimiento que favorecían la práctica anticonceptiva en ese medio.

Una segunda razón es que, a partir de principios de la década de los ochenta y con mayor intensidad en los años posteriores, la economía nacional entró en una profunda crisis. Es muy posible que la falta de recursos financieros del gobierno y de las condiciones materiales de la población hayan limitado la ampliación de los servicios de planificación familiar. Aunado a esta situación, la continuación en la reducción de la fecundidad debería haberse iniciado en ciudades de menor tamaño y en el medio rural. Esta

estrategia, prevista en la planeación demográfica, se enfrentaba con mayor dificultad por las condiciones financieras y de organización que incluía la necesaria ampliación de los programas e información a esos sectores de población.

Sin embargo, la pérdida del impulso en la planificación en ese sexenio (1977-1988)¿? había sido una situación que no era común y no iba de acuerdo con la experiencia de otros países similares a México. ¿Entonces, se explica por la falta de recursos financieros en un programa prioritario para el país?; ¿se puede atribuir cierta eficiencia en la organización y otorgamiento de los servicios?; ¿es posible que la población no confiara todavía en los beneficios de la anticoncepción?; ¿hubo especiales dificultades en el acceso a los servicios para ciertos sectores de la sociedad? Todas estas interrogantes y aún otras, deben ponderarse en sus efectos.

En lo que se refiere a la evolución de las tasas de crecimiento natural entre lo ocurrido y lo programado, se observa que se alejaron cada vez más a partir de 1982, año en que coinciden los dos niveles de crecimiento en 2.5% y la programada de 1.33%; se calculó que para el año 2000 se llegaría a una tasa de 1.75%, y la programada, como se había establecido en 1977, de 1%.

En una apreciación gruesa, para llegar a obtener la disminución de las tasas de crecimiento natural programadas, de 2.54% en 1982 a 1.33% en 1994, se habría requerido que los programas de planificación familiar promovieran un aumento adicional en su cobertura para lograr disminuir el número de nacimientos de 27.9 millones que se había valorado ocurrieron en los doce años, a 26 millones de nacimientos necesarios para dicha disminución programada, es decir, 1.9 millones de nacimientos menos (6.8%).

Es importante insistir que la política de población, con sus programas de planificación familiar, salud materno-infantil, educación sexual, la educación en población y de comunicación

e información son medidas directas que se llevaron a cabo en el pasado y aún continúan. Para que los efectos de estas medidas se extiendan y promuevan un cambio sostenido (la transición), deben ser reforzadas por las acciones derivadas de las distintas políticas y programas sociales que benefician las condiciones de bienestar de la población. Sin estas mutuas interacciones y apoyos no solamente se aísla la política de población, sino que se enfrenta a condiciones adversas al cumplimiento de sus objetivos y programas.

En gran parte, las limitaciones que tuvo la política de población en los decenios pasados se debieron a las reiteradas crisis económicas, con sus consecuencias sociales. Aun con los logros de la disminución del crecimiento de la población y de la fecundidad (cerca de 50%), nuevamente la dinámica demográfica sobrepasa los relativos avances del desarrollo socioeconómico, acentuando no sólo las desigualdades sociales y la pobreza, sino hacer más manifiestas las insuficiencias del desarrollo mexicano.

La combinación de ambas situaciones conforma las causas estructurales del desempleo: una de origen demográfico y la otra del económico. La tendencia crónica de desempleo y subempleo se acentúa. Por un lado, la inversión y la demanda en general no absorbían ya los excedentes laborales; por otro, la privatización, la desregulación y el adelgazamiento de trabajadores del sector político colaboró a un mayor desempleo. La industria privada redujo el personal y, un número significativo de empresas medianas y pequeñas cerraron sus actividades, produciéndose mayor desempleo.

En el recorte de personal se tiende a recaer sobre los trabajadores en edades intermedias —para propósitos de ajustes la última categoría comienza hacia los 40 años— que se incorporan a los desempleados. Son demasiado jóvenes para un nivel alto o demasiado viejos para encontrar otro empleo. Las generaciones

de antes solían pedir y exigir aumentos de salarios, pero las generaciones de ahora que sólo tienen que pedir trabajo o cuando mucho, y si bien les va, conservar el que tienen. Los salarios se han deprimido de manera que no existe un acuerdo al afirmar que el problema fundamental consiste en aumentar el ahorro interno, cuando la gran mayoría de la población no cuenta con ingresos para efectuar ningún ahorro real. Tal parece que la lucha por el trabajo y el salario de los trabajadores, de los obreros y de los campesinos durante parte de este siglo se ha terminado.

Si a lo anterior se suma que la población en edades activas (15 a 65 años) tenía y sigue teniendo un alto crecimiento demográfico, más de 3% anual, se puede deducir que México experimenta condiciones económicas y demográficas adversas que limitan el empleo y el bienestar.

Hasta 1977, la población de México se calculaba en 36.8 millones; se esperaba que en el año 2000 el país tuviera 99.8 millones de habitantes (en 1979 se proponía con la planeación demográfica llegar a alrededor de 100 millones, sin la migración internacional, y 112.5 millones en el año 2010). Esto significaba un incremento absoluto de casi 16 millones de nuevos habitantes en sólo 12 años, considerando el efecto de la migración internacional. El desarrollo debió hacerle frente de inmediato a los rezagos y a las demandas sociales de este notable monto de nuevos mexicanos. En el futuro más lejano, el incremento absoluto decrecerá hasta perder población de una población máxima de 132.8 millones en el año 2040 a 132 en 2050. La población de México entrará a otro régimen demográfico con tasas de crecimiento negativas y una población envejecida, con un monto de habitantes de más de 65 años de 32 millones que representarán 25% de la población total.

Así, en el siglo XXI, México seguirá creciendo y posteriormente decreciendo demográficamente. Su población llegará

a cero de crecimiento y aún será negativo poco antes de que medie el próximo siglo. México ha incorporado a su objetivo el desarrollo sustentable, lo que significa compromisos nacionales e internacionales que reorientan y reafirman una etapa futura de desarrollo social y económico sostenido. La demografía puede facilitar el proceso; sin embargo, el bienestar de la sociedad dependerá cada vez menos de la dinámica demográfica.

CUADRO I
MÉXICO. TASAS DE CRECIMIENTO NATURAL, TASAS GLOBALES
DE FECUNDIDAD Y USUARIAS DE MÉTODOS ANTICONCEPTIVOS
EN LOS AÑOS DE LA PLANEACIÓN DEMOGRÁFICA 1977-2000

Años	Tasa de crecimiento natural		Tasas globales de fecundidad ^B		% usuarias de anticoncepción ⁴
	Población censal corregida ¹	Metas población programática ²	Estimación población corregida	Metas población programática	Estimación
1977	2,97	3,19	5,40	5,40	32,9
1982	2,56	2,54	4,30	4,40	47,7
1988	2,33	1,82	3,65	3,20	54,8
1994	2,05	1,33	2,90	2,45	65,2
2000	1,75	1,00	2,40	2,15	70,2

¹ G. Cabrera, estimaciones basadas en el estudio de CONAPO, 1994.

² CONAPO, Política demográfica nacional: objetivos y metas. México, 1977. Tasas estimadas a dos decimales.

³ Número promedio de hijos por mujer en edad fértil, estimados del estudio de CONAPO, 1994 y metas programadas por CONAPO en 1977.

⁴ Porcentaje de mujeres casadas o unidas en edad fértil que practican algún método anticonceptivo, calculado con base en diversas encuestas. Véase CONAPO, 1997b.

CUADRO IA
MÉXICO. CAMBIOS EN LA TASA DE CRECIMIENTO NATURAL,
EN LA TASA GLOBAL DE FECUNDIDAD Y EN LAS USUARIAS DE ANTICONCEPCIÓN
POR PERIODOS DE LA PLANEACIÓN DEMOGRÁFICA, 1977-2000

Periodos	Disminución tasa crecimiento natural ¹		Disminución tasa global de fecundidad ²		Aumento usuarias anticoncepción ³
	Población corregida	Población programática	Estimación	Población programática	Estimación
1977-1982	0,41	0,65	1,10	1,00	14,8
1982-1988	0,23	0,72	0,65	1,20	7,1
1988-1994	0,28	0,49	0,75	0,75	10,4
1994-2000	0,30	0,33	0,50	0,30	5,0

Fuente: Cuadro 1

¹ Disminución en puntos porcentuales.

² Disminución en promedio de hijos.

³ Aumento en puntos porcentuales.

OBRAS CONSULTADAS

- Consejo Nacional de Población (1977a). *Política demográfica nacional: objetivos y metas*. México, CONAPO.
- Consejo Nacional de Población (1997b). *La situación demográfica de México*. México, CONAPO.
- Cordera Campos, Rafael (1968). “Introducción”. *Transición mexicana*. México, UNAM.
- Dabat, Alejandro, coord. (1994). *México y la Globalización*. México, UNAM/CRIM .
- Urquidi, Víctor L. (1997). “México en la globalización, avances y retrocesos”. Madrid, Occidente.

MIGRACIÓN Y CRISIS ECONÓMICA EN LA REGIÓN METROPOLITANA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

*Virgilio Partida Bush**

INTRODUCCIÓN

Los cambios en la dinámica demográfica, igual que en las esferas social, económica, política y cultural, responden más a modificaciones estructurales de largo plazo que a hechos coyunturales. No obstante, muchas veces los desajustes temporales en los diferentes ámbitos aceleran los cambios estructurales. Cabe preguntarse entonces si las crisis económicas, que han sido frecuentes en México en los últimos cuatro lustros, han alterado la intensidad y la orientación de los flujos migratorios internos, o bien, si los cambios en la movilidad territorial de la población han sido pausados como respuesta a las graduales modificaciones de la estructura social, económica, política y cultural del país.

Nuestra hipótesis es que los cambios en la migración interestatal se han vinculado más a las modificaciones estructurales de largo plazo, pero las crisis económicas han acelerado esos cambios. Hemos podido corroborar, por ejemplo, que la baja en las tasas de inmigración y el alza en las de emigración de la zona metropolitana de la ciudad de México, no son nuevas sino, por el contrario, datan de hace casi medio siglo; y la crisis económica

* Investigador del Consejo Nacional de la Población (CONAPO).

de los años ochenta adelantó, mas no originó, la eventual pérdida neta por migración en la metropolitana (Gómez de León y Partida, 1996). La contracción del mercado laboral en la ciudad de México derivada de la crisis, no sólo ha desalentado la inmigración hacia la región, sino al mismo tiempo ha fomentado la emigración hacia las ciudades de la frontera norte, Tabasco y Quintana Roo, donde han proliferado las industrias maquiladoras, petrolera y turística, respectivamente, y los empleos mejor remunerados. Si bien los sismos de 1985 pudieron haber promovido la salida de la ciudad, creemos que su impacto en la emigración es menos significativo que el de la crisis económica, ya que la ciudad de México fue quizás la región del país más golpeada por la recesión.

En este trabajo describimos la evolución de la migración, ocurrida de 1950 a 1995, de la región metropolitana de la ciudad de México, concebida ésta como la suma del Distrito Federal y del Estado de México. Hemos elegido esta zona porque, sin duda, es la que ilustra mejor el impacto que tanto los cambios estructurales de largo plazo como los hechos coyunturales tienen en la movilidad territorial.

La selección de la región sobre la propia zona metropolitana de la ciudad de México (ZMCM)¹ obedece a que la principal fuente de datos para nuestro análisis son los censos de población, y ellos sólo captan la procedencia de los migrantes por entidad federativa y no por municipio. No obstante, el comportamiento poblacional de la región ha estado determinado principalmente por el devenir demográfico de la ZMCM. Desde 1970, en la metrópoli viven más de 80% del total de habitantes de la región; 64% en 1950 y 74% en 1960. Asimismo, las tasas de crecimen-

¹ El conjunto de las delegaciones del Distrito Federal y los municipios conurbados del Estado de México dentro de los que se circunscribe el área urbana.

to demográfico —total, natural y social— han convergido de tal forma, que en la actualidad son prácticamente iguales para la metrópoli y la región. También, más de 90% de los migrantes procedentes de las restantes entidades federativas que han llegado a la región desde 1965 se han asentado en la ZMCM; y, de acuerdo con las encuestas demográficas de los últimos años (1990-1995) ¿? casi 90% de los emigrantes de la región han salido de la ciudad. De esta manera, la migración de la región es representativa de los movimientos territoriales de la ZMCM.

Al buscar mayor precisión geográfica de la movilidad territorial hacia y desde la región, agrupamos a las restantes 30 entidades federativas en cuatro grandes regiones que sintetizan adecuadamente los cambios más significativos de la migración en la capital del país. Las estimaciones provienen de los datos sobre migración recogidos en los censos de población de 1960 a 1990 y en la encuesta por muestreo del conteo de población de 1995.

FLUJOS MIGRATORIOS DE LA REGIÓN METROPOLITANA, 1950-1995

En el Cuadro 1, se reconocen algunas tendencias claras en las series cronológicas de los migrantes entre la región metropolitana y las cuatro regiones en que hemos dividido al resto del país, cuya delimitación geográfica se presenta en el Mapa 1.²

² A la *Frontera* corresponden los estados de Baja California, Coahuila, Chihuahua, Nuevo León, Sonora y Tamaulipas; a la *Centro norte*, Aguascalientes, Baja California Sur, Colima, Durango, Guanajuato, Jalisco, Michoacán, Nayarit, Querétaro, San Luis Potosí, Sinaloa y Zacatecas; a la *Centro sur*, Chiapas, Guerrero, Hidalgo, Morelos, Oaxaca, Puebla, Tlaxcala y Veracruz; y a la *Península*, Campeche, Quintana Roo, Tabasco y Yucatán.

En primer término sobresale el patrón de rápido ascenso, casi continuo, de los desplazamientos que tienen lugar en el interior de la región metropolitana, donde el monto alcanzado en los últimos dos quinquenios considerados es siete y nueve veces mayor, respectivamente, al registrado en el primer lustro de la segunda mitad del siglo XX. La mayor parte de ese intercambio consiste en los cambios de residencia entre las delegaciones y municipios de la zona metropolitana de la ciudad de México, con lo cual, se puede argumentar que no son propiamente migraciones, en el sentido que en el traslado de la residencia no hay un desplazamiento de una comunidad (la ZMCM) hacia otra (el resto del país).³

La pérdida de atracción de la región para los habitantes del resto de la nación es evidente. Después de un aumento sostenido durante los primeros cinco quinquenios considerados, el monto de inmigrantes ha experimentado un franco descenso, con un leve repunte en la primera mitad de este decenio, pero su cuantía (502 948) implica una reducción de 40% del máximo histórico (840 937) alcanzado en el periodo 1970-1975. La emigración, por su parte, después de un ascenso relativamente pausado en los primeros quince años de la segunda mitad del presente siglo, experimentó un rápido crecimiento en los siguientes cinco lustros, al grado que el máximo histórico alcanzado en 1985-1990 era más de siete veces el volumen registrado veinticinco años antes (99,186).

Las tendencias opuestas en las magnitudes de las entradas y las salidas a la región dan lugar a una pauta secular de la migra-

³ De acuerdo con la *Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica* (ENADID) de 1992, 91% de los movimientos intrarregionales del periodo 1987-1992 tuvieron lugar dentro de la ZMCM; y de acuerdo a la *Encuesta* del conteo de población de 1995, la proporción ascendió a 88% en el quinquenio 1990-1995.

ción neta que ha sido característica del crecimiento demográfico de las grandes metrópolis del mundo: un rápido ascenso de la ganancia neta hasta un punto donde comienza a saturarse la urbe y, con ello, inicia el descenso del crecimiento social hasta convertirse eventualmente en pérdida neta. Si bien el descenso comienza quince años antes de la crisis económica de los años ochenta, con base en la tendencia del saldo neto migratorio, uno esperaría, para el quinquenio 1985-1990, una cifra intermedia entre los montos de los lustros vecinos y no la pérdida máxima.

Los patrones de la migración total se reproducen en mayor o menor medida al desagregar los flujos en las cuatro regiones externas de origen o de destino. Mientras el máximo de los arribos procedentes de la Frontera, Centro sur y Península se pospone un quinquenio respecto del monto global, el de las llegadas originadas en Centro norte se adelanta un lustro. En el caso de la emigración, la pauta general se reproduce casi exactamente en las cuatro regiones, salvo el descenso en los traslados a la Frontera del segundo al tercer periodos y el leve ascenso de los desplazamientos hacia Península en el quinquenio más reciente. En cuanto a la migración neta, los patrones regionales se apartan de la pauta general. Mientras en Frontera y Península el déficit se anticipa diez años, el saldo positivo con respecto a Centro sur se mantiene a lo largo de los cinco lustros.

Una alternativa para ver los cambios en la intensidad de los desplazamientos territoriales es mediante las tasas de migración que se presentan en la Gráfica 1. Se advierte que las tendencias de las regiones Centro norte y Centro sur son las que determinan primordialmente el comportamiento de las tasas totales de la región Metropolitana. Y si bien la tasa de crecimiento social respecto de la Centro sur se mantiene aún positiva, es probable que, con base en la tendencia, se torne negativa en el mediano plazo, igual que para las tres regiones restantes. Destaca el marca-

do descenso de las tasas de emigración en el último quinquenio, salvo el que existe hacia la Península, que a su vez repercute en el leve ascenso de la tasa —aún negativa— de migración neta. Esto puede ser indicio de que la recuperación económica en la capital del país en la primera mitad de los años noventa, más que volver a atraer población del resto de la nación, permitió, al menos, contener el eventual éxodo de sus habitantes.

IMPORTANCIA DE LA MIGRACIÓN DE LA REGIÓN
METROPOLITANA EN LA MOVILIDAD TERRITORIAL
DE LAS OTRAS REGIONES, 1950-1995

La gradual transición del valle de México de una región de atracción a una de rechazo se muestra en la Gráfica 2, donde aparece la proporción que representa la migración de la región metropolitana en el total de movimientos que salen o llegan de los estados de las cuatro regiones restantes. Hasta mediados de la década de los setenta, casi una tercera parte de los movimientos originados en las treinta entidades federativas restantes (realmente el total de los desplazamientos interestatales del país si se descuentan los traslados entre el Distrito Federal y el Estado de México, que en su mayoría tienen lugar dentro de la ZMCM) encontraban acomodo en la región metropolitana; en los noventa esa proporción se ha reducido a la mitad, señalando un franco descenso. El porcentaje que los emigrantes del Valle de México representan del total de llegadas a las otras treinta entidades federativas, por el contrario, muestra una clara tendencia ascendente y representa casi la quinta parte también desde mediados de los años setenta. La agudización del descenso en el porcentaje de inmigrantes y del ascenso en la fracción de emigrantes, durante la segunda mitad de los años ochenta, indica que la crisis económica de esa

década aceleró la disminución de la inmigración a la región Metropolitana y el aumento de su emigración.

Un rasgo interesante es la marcada similitud en las tendencias de los porcentajes cuando se descompone la migración en las cuatro regiones ajenas al Valle de México. Los patrones de las regiones Frontera y Península se vinculan, como ya se dijo, a la proliferación de industrias maquiladoras en la primera y al auge petrolero (Tabasco) y turístico (Quintana Roo) en la segunda.

En la Centro norte, por su parte, se ligan al desarrollo industrial, sobre todo en el Bajío: los emigrantes de la región Metropolitana que se asentaron durante el periodo 1985-1990 en Querétaro y Guanajuato, representaron más de la mitad del total de inmigrantes a ambos estados; los que llegaron a Michoacán y Aguascalientes, más de 40%; y, del total de quienes trasladaron su residencia de la región Metropolitana a la Centro norte, 60% (167,533) se instalaron en cualquiera de esas cuatro entidades federativas.

La reversión de las tendencias respecto de la Centro sur es algo más compleja de explicar, ya que la mayor parte de los estados que forman la región se encuentran entre las entidades de mayor rezago socioeconómico. Al respecto podemos anotar que, para el quinquenio 1985-1990, casi 30% de los migrantes a la región procedentes de la Metropolitana habían nacido en el estado de Centro sur, donde establecieron su nueva residencia, frente a 23% en Centro norte, 14% en Frontera y 13% en Península. Las mismas proporciones ascienden en 1990-1995 a 41, 29, 18 y 13%, respectivamente. Si se agregan los hijos procedentes de la Metropolitana que, habiendo nacido en una entidad diferente a la de sus padres, se establecieron en el estado natal paterno, las proporciones para la segunda mitad de los ochenta aumentan a 43, 36, 21 y 18%, respectivamente, y para la primera de los noventa a 49, 38, 23 y 17%, respectivamente. De manera global,

24% de antiguos migrantes al Valle de México regresaron a su estado natal en el quinquenio previo a 1990, 43% en el siguiente y 36 y 41% respectivamente, si se agrega su descendencia.

Este patrón parece ser característico sólo de los últimos diez años considerados, ya que entre 1965 y 1970, las proporciones corresponden sólo para los migrantes de retorno a la entidad natal, es decir, al excluir a la progenie no originaria, ascienden a 6% en Frontera, 9% en Centro norte y Centro sur y 20% en Península.⁴ Así, podemos concluir que la recesión económica de los años ochenta ha propiciado que una buena parte de antiguos migrantes a la ciudad de México acuda a las redes familiares en los lugares de origen para garantizarse la supervivencia.

CONCLUSIONES

La evolución de la migración de la zona metropolitana de la ciudad de México ilustra claramente que la crisis económica de los años ochenta aceleró, más no propició, el viraje de una región de atracción de población en una de rechazo. Durante la primera mitad del decenio actual, si bien el éxodo del Valle de México hacia el resto de la nación denota una marcada disminución, presumiblemente atribuible a la recuperación económica, la inmigración procedente de las treinta entidades federativas externas a la región Metropolitana ha continuado descendiendo.

Junto con la recesión económica, otros factores como la presión por la vida agitada, la contaminación ambiental y la inseguridad

⁴ Estas proporciones fueron obtenidas de las muestras de 1% de los censos de 1970 y 1990 y de la encuesta por muestreo del conteo de población de 1995. Desafortunadamente no contamos con muestra del censo de 1980 y para la de 1% de 1960 se tiene la limitación que la pregunta sobre residencia previa sólo se debió hacer a los no nativos de la entidad donde se aplicó el censo, de tal modo que no es posible deducir los migrantes de retorno.

ridad pública han sido citados por los habitantes de la metrópoli como razones de peso para su eventual emigración hacia otras regiones del país (Partida, 1994).

Las tendencias de los flujos migratorios hacia y desde la ZMCM muestran que la movilidad territorial, igual que la fecundidad, la mortalidad y otras variables sociales, económicas y políticas, se modifican pausadamente como respuesta a los cambios estructurales de largo plazo; y las crisis económicas sólo agudizan o aceleran las transformaciones de los factores demográficos, pero no las determinan. La aparición de problemas atribuibles a un acelerado crecimiento urbano y el agotamiento del modelo económico de sustitución de importaciones han trasladado gradualmente las ventajas comparativas de la capital hacia la provincia y, por ende, han modificado la orientación de la migración en el Valle de México. Un rasgo distintivo del recrudescimiento de la emigración de la ZMCM durante los años ochenta, ha sido la proliferación de antiguos migrantes que presumiblemente la crisis económica orilló a regresar a sus lugares de nacimiento para asegurarse la supervivencia, seguramente para aprovechar las redes familiares en las entidades federativas de origen. Del lado de los determinantes estructurales, podemos agregar que este patrón de migraciones de retorno se mantuvo durante la primera mitad de la década de los noventa.

La veracidad de la hipótesis central de este trabajo, de que la crisis económica de los años ochenta acentuó sólo temporalmente la emigración de la región Metropolitana, se verá apuntalada o rechazada con los datos que se hayan recabado en el censo de población de 2000, ya que ellos permitirán conocer el impacto de la fuerte recesión económica registrada durante el último lustro del milenio actual.

CUADRO I
MIGRACIÓN DE LA REGIÓN METROPOLITANA
DE LA CIUDAD DE MÉXICO, 1950-1995

Región	<i>Periodo</i>								
	1950	1955	1960	1965	1970	1975	1980	1985	1990
	1955	1960	1965	1970	1975	1980	1985	1990	1995
<i>Migración entre el Distrito Federal y el Estado de México</i>									
Total	94.536	148.584	186.363	416.582	386.970	597.018	582.215	716.483	967.433
<i>Inmigrantes</i>									
Total	434.610	516.088	657.345	824.693	840.937	813.362	692.102	490.617	502.948
Frontera	30.109	38.003	43.928	49.659	59.427	66.812	51.419	29.753	29.295
Centro norte	202.823	240.757	294.997	356.313	318.525	251.160	200.707	117.801	108.966
Centro sur	189.738	223.230	302.875	401.877	444.045	475.252	421.846	330.819	351.964
Península	11.940	14.098	15.545	16.844	18.940	20.138	18.130	12.244	12.723
<i>Emigrantes</i>									
Total	54.982	98.291	99.186	187.798	293.895	621.548	602.019	720.353	664.967
Frontera	13.007	24.497	19.402	30.971	41.952	83.653	82.040	100.498	87.103
Centro norte	16.232	30.374	33.994	72.288	110.809	233.460	230.251	279.073	243.489
Centro sur	24.449	40.907	42.882	78.124	129.428	277.959	261.284	303.748	296.955
Península	1.294	2.513	2.908	6.415	11.706	26.476	28.444	37.034	37.420
<i>Migración neta</i>									
Total	379.628	417.797	558.159	636.895	547.042	191.814	90.083	-229.736	-162.019
Frontera	17.102	13.506	24.526	18.688	17.475	-16.841	-30.621	-70.745	-57.808
Centro norte	186.591	210.383	261.003	284.025	207.716	17.700	-29.544	-161.272	-134.523
Centro sur	165.289	182.323	259.993	323.753	314.617	197.293	160.562	27.071	55.009
Península	10.646	11.585	12.637	10.429	7.234	-6.338	-10.314	-24.790	-24.697

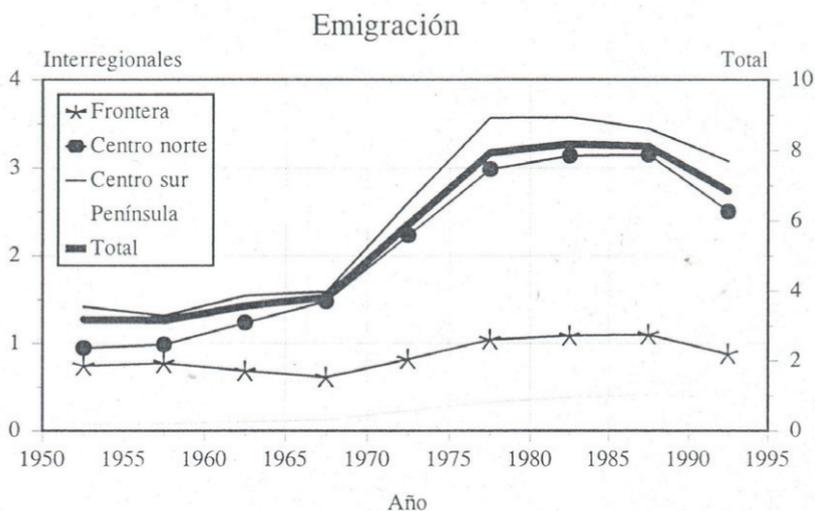
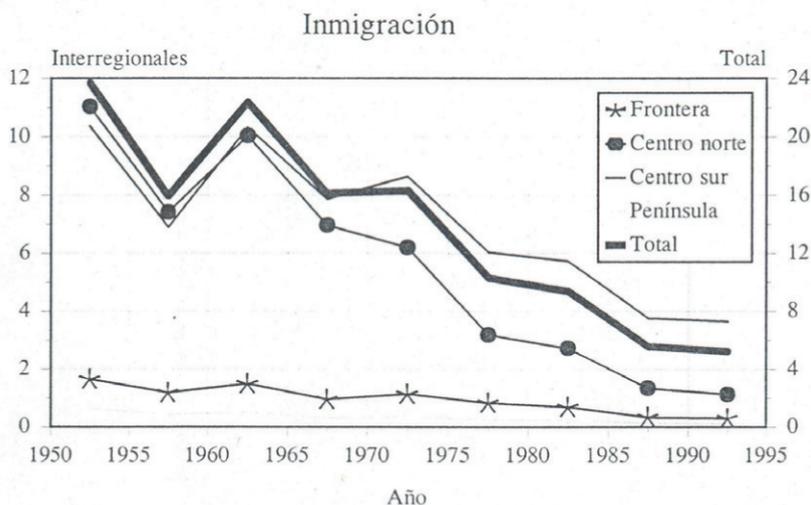
Fuente: estimaciones propias con base en datos sobre residencia anterior de los Censos de Población de 1960, 1970, 1980 y 1990 y del Censo de 1995.

MAPA I
REGIONES DE LAS ENTIDADES FEDERATIVAS EN 1990

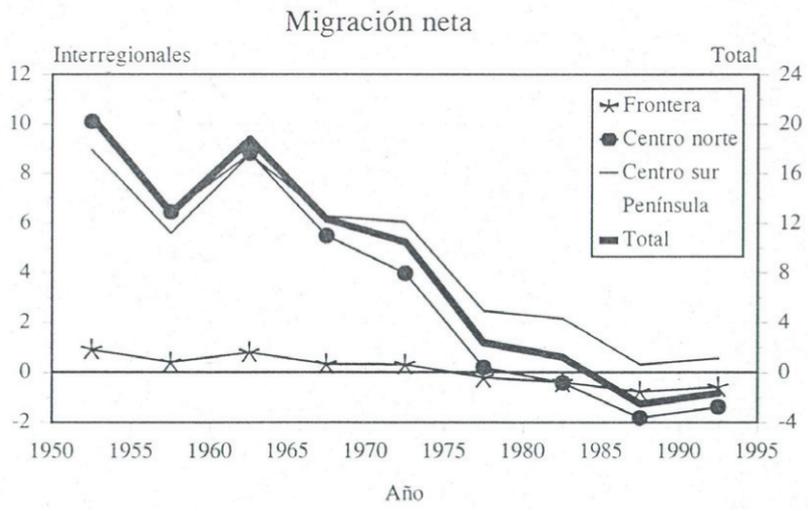


Fuente: XI Censo General de Población y Vivienda 1990.

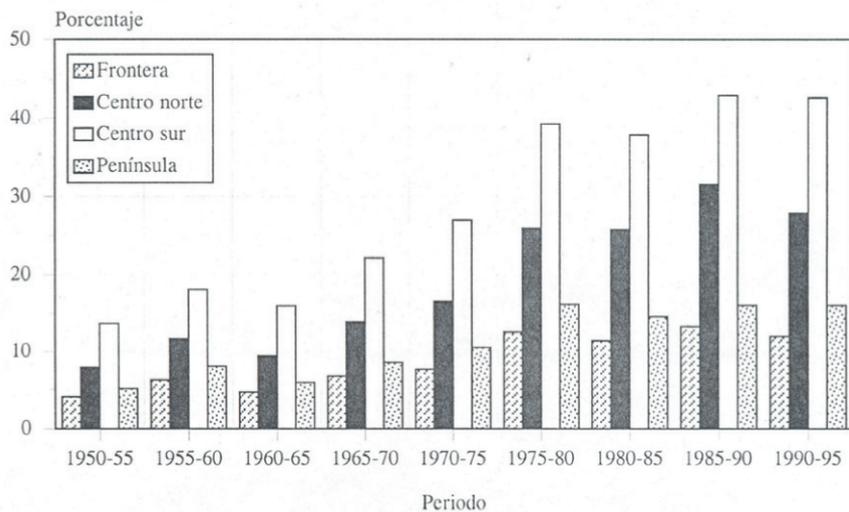
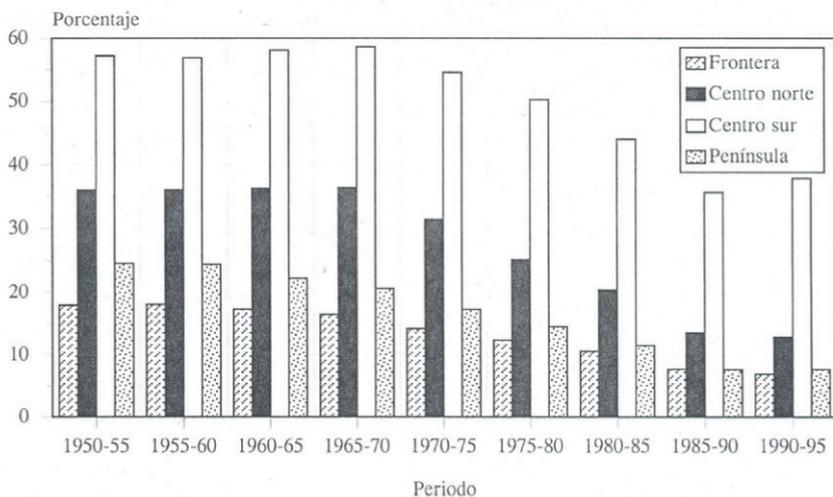
GRÁFICA I
 TASAS DE INMIGRACIÓN Y EMIGRACIÓN DE LA REGIÓN METROPOLITANA,
 1950-1995 (POR CADA MIL RESIDENTES)



GRÁFICA I (CONTINUACIÓN)
 TASAS DE INMIGRACIÓN Y EMIGRACIÓN DE LA REGIÓN METROPOLITANA,
 1950-1995 (POR CADA MIL RESIDENTES)



GRÁFICA 2
PORCENTAJE QUE LOS INMIGRANTES A LA REGIÓN METROPOLITANA
REPRESENTAN DEL TOTAL DE EMIGRANTES DE LOS ESTADOS
DE LAS OTRAS REGIONES, 1950-1995



OBRAS CONSULTADAS

- Gómez de León, J. y V. Partida (1996). "La ciudad de México: tendencia demográfica y escenarios para el siglo XXI". *Federalismo y Desarrollo* 56. pp.12-17.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (1992). *Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica, 1992*. México, INEGI.
- _____ (1995). *Encuesta del Conteo de Población de 1995*. México, INEGI.
- _____ (1970). *IX Censo General de Población y Vivienda 1970*. México, INEGI.
- _____ (1990). *XI Censo General de Población y Vivienda 1990*. México, INEGI.
- Partida Virgilio (1994). "La Ciudad de México". *Demos*, núm.7. pp.13-14.

CAMBIOS MIGRATORIOS DE LA REGIÓN CENTRO DE MÉXICO EN EL CONTEXTO DE LA CRISIS

*Ana María Chávez** y *Julio Guadarrama***

INTRODUCCIÓN

La finalidad de este trabajo fue explorar algunas relaciones entre los cambios migratorios de la región Centro de México y su reestructuración económica que tuvieron lugar durante la crisis de largo plazo de los años ochenta y noventa. Partimos de la premisa de que los nexos entre las transformaciones que ocurren en la estructura de una economía regional y los movimientos de población que entran y salen no son lineales, inmediatos ni ubicuos, y planteamos que una forma de examinarlos era analizar, por una parte, los impactos diferenciales de la crisis y el ajuste en la estructura económica de las distintas entidades federativas que componen la región Centro, y por otra, el cambiante mapa de las zonas de expulsión y atracción de migrantes. Estas relaciones estuvieron influenciadas por la reestructuración global del capitalismo en las últimas décadas del siglo; se adoptaron escenarios complejos desde el punto de vista territorial, sectorial y temporal; y pudieron ayudar a diferenciar las regiones y secto-

*, ** Investigadores del Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, CRIM-UNAM.

res económicos que han ganado y perdido durante la crisis y el ajuste de la economía mexicana.

Al considerar que la crisis y la reestructuración económica de México no son procesos aislados de lo que acontece en la economía mundial, en la primera parte del trabajo se expone una reflexión sobre estos fenómenos desde una perspectiva global; en la segunda, se muestra que la crisis de la economía mexicana no constituyó un fenómeno coyuntural sino de largo plazo, y se analizaron los efectos que han producido en este contexto los programas de ajuste en el ámbito nacional y en la región Centro, diferenciando los sectores económicos y las entidades federativas que han ganado y perdido en relación con los años setenta. En la tercera parte se explora la complejidad territorial de la emigración y la inmigración en el Centro del país, particularmente en sus cambios de magnitud, crecimiento y distribución estatal. Finalmente, se establecen algunas relaciones generales entre las transformaciones productivas y migratorias de la región.

EL CONTEXTO GLOBAL DE LA CRISIS Y LA REESTRUCTURACIÓN ECONÓMICA

Antes de entrar al examen de las transformaciones económicas que han tenido lugar en la región Centro durante las dos décadas, es importante contextualizar históricamente los principales procesos globales que han generado esos cambios: la crisis del fordismo y la consolidación de los programas neoliberales de ajuste como “salida” hegemónica a la crisis.

El colapso del pacto social fordista

Entre 1945 y 1970 el movimiento cíclico de la economía capitalista mundial fue lento, con crisis parciales que estuvieron

localizadas sólo en algunos países, sin llegar a constituirse en crisis del mercado mundial. A partir de los años setenta los movimientos cíclicos del capitalismo se han acortado y las crisis se han profundizado y generalizado, particularmente en los periodos 1974-1975, 1980-1982 y 1991-1993 (Caputo y Estay, 1987, pp. 185-189; Estay, 1995, pp. 1-8). Esta situación se ha traducido en la desaceleración del crecimiento del producto mundial, pues su tasa media anual de crecimiento pasó de 5.2% en el periodo 1961-1970, a 3.6% en 1970-1980 y a 2.9% en 1980-1993 (Naciones Unidas, 1990; Banco Mundial, 1995). Las crisis de Asia, Rusia y América Latina, entre 1995 y 1998, seguramente contribuyeron a mantener el bajo ritmo de crecimiento de la economía mundial en los años noventa.

Sin embargo, la desaceleración del crecimiento de la economía mundial muestra la crisis de larga duración en su forma más superficial, pues detrás de este fenómeno hay procesos de cambio de gran complejidad que indican la crisis del régimen de acumulación sobre el cual se fincó el periodo de notable expansión económica que va de 1945 a 1970: el fordismo, basado en la estrecha interacción entre la masificación del modo de vida y la mecanización sistemática de la producción de bienes de consumo, prácticamente en todos los países altamente industrializados, así como en un número reducido de países periféricos, entre ellos México. Este régimen de acumulación tuvo variaciones entre los propios países desarrollados y esas diferencias fueron aún más acentuadas en los países periféricos, donde su difusión fue más restringida (Aglietta, 1983; Dussel, 1997: 81-87).

Durante la fase de expansión del fordismo (1945-1970) la distribución territorial de la producción, el empleo y la población estuvieron determinados por un contrato social entre el capital, el trabajo y el Estado que se caracterizó por la creciente intervención y regulación de este último en la producción y cir-

culación de mercancías; por la competencia entre capitales en el ámbito del mercado interno de cada estado-nación, que siguen esquemas de protección comercial; por la creciente regulación del proceso de trabajo que derivó en importantes beneficios para una clase media que se consolidó a expensas del Estado Benefactor y por la preponderancia de un paradigma tecnológico basado en el uso intensivo de los hidrocarburos.

A finales de los años sesenta estos pactos sociales que soportaron la organización de las sociedades occidentales confrontaron diversas contradicciones que condujeron a una crisis de larga duración. Sin pretender agotar la explicación de los procesos que detonaron la crisis del fordismo, tarea que rebasa los objetivos de este trabajo y que ha sido tratada en profundidad por diversos autores (Aglietta 1983; Palloix 1980; De la Garza 1993; Cazadero, 1995), sólo interesa aquí referir sus principales contradicciones.

En primer término, la expansión del mercado mundial en dirección de Europa y Japón después de la Segunda Guerra Mundial, impulsada por la reconstrucción de esas regiones bajo la conducción de Estados Unidos, fue a la larga incompatible con la hegemonía internacional de este país. Así, la creciente competencia entre los capitales de estas regiones, agudizada por el descenso de la productividad en la industria norteamericana y por el ascenso de la productividad en la industria alemana y japonesa, contribuyeron a socavar la hegemonía de Estados Unidos en la escala internacional y a crear las condiciones para la configuración de un sistema económico basado en la tripolaridad (Norteamérica, Europa Occidental y Este de Asia).

En segundo lugar, los avances que el movimiento obrero obtuvo del estado benefactor en materia de salarios directos e indirectos para asegurar una demanda solvente y masiva de bienes de consumo (situación que fue más ostensible en Estados Unidos y en Europa Occidental), en el contexto de una com-

petencia internacional más intensa se consideró un “límite” estructural que presionó de manera creciente la distribución social del excedente y que exacerbó las contradicciones de la relación capital-trabajo. En este mismo ámbito de relaciones, la discusión se desplazó posteriormente a las restricciones tecnológicas y sociales que impuso a la productividad el modo de organización del proceso de trabajo que se basó en el taylorismo y el fordismo. Así, al argumentar un conjunto de rigideces propias de esa base organizacional, se propusieron nuevos esquemas sustentados en la flexibilidad del trabajo.

De la crisis a la reestructuración: el ascenso de los programas neoliberales de ajuste

A lo largo de la recesión que va de 1970 a 1998 han surgido diversas respuestas para revertir y superar las contradicciones estructurales que colapsaron el pacto social fordista y, en consecuencia, la crisis global del capitalismo. Ese conjunto de estrategias de respuesta a la crisis pueden englobarse en el concepto de reestructuración.

La reestructuración de la economía mundial es un proceso de amplio espectro que comprende “cambios de largo plazo en la composición de la demanda, en la producción y en los patrones ocupacionales; nuevas tecnologías; una división internacional del trabajo diferente; cambios en los precios relativos; y cambios en los patrones de localización de la industria y de la migración” (Glickman, 1987: 81). En otras palabras, la reestructuración del capitalismo constituye un conjunto de respuestas contracíclicas para abatir las presiones derivadas de la competencia entre capitales y de las relaciones laborales, implicando cambios en la base tecnológica, en la organización industrial, en las relaciones capi-

tal-trabajo, en las geografías de la producción y en la distribución y movilidad de la población.

Si se consideran las principales características del régimen de acumulación fordista y los procesos más importantes que produjeron su decadencia, es entendible la naturaleza y simplicidad de las “soluciones” a la crisis, que empezaron a implantarse a través de un núcleo de políticas de corte neoliberal que, inicialmente, aparecieron como fenómenos dispersos en Chile y el Reino Unido (Foxley, 1988; Standing, 1989), pero que al cabo del tiempo se han constituido en un verdadero proyecto geoeconómico y geopolítico para configurar un nuevo “orden” mundial, caracterizado por la operación global de los capitales financiero, mercantil y productivo, y por la regionalización del mercado mundial en bloques comerciales multinacionales. En este contexto, cobran sentido el surgimiento, auge y profusión de los programas de ajuste estructural que han redefinido el pacto social, establecido entre el Estado, el capital y el trabajo después de la Segunda Guerra Mundial.

Los programas neoliberales de ajuste son la respuesta hegemónica a la crisis y se basan en un modelo político y económico más o menos articulado que establece una nueva correlación de fuerzas: el Estado disminuye drásticamente sus funciones de intervención y regulación del sistema productivo; la competencia entre capitales se redefine sustancialmente a través de la fórmula de privatizar empresas públicas y de promover el libre comercio, dando lugar a nuevos procesos de centralización y concentración del capital, así como a la reasignación sectorial y territorial de la inversión privada en una búsqueda incesante de “ventajas” comparativas; y el proceso de trabajo experimenta una ostensible desregulación por medio de la administración y organización flexibles, y de las relaciones laborales informales. Sin embargo, el neoliberalismo no es la única respuesta reestructuradora, también

hay otras: por ejemplo, las innovaciones tecnológicas producidas en el marco de la denominada “Tercera Revolución Industrial”, que han privilegiado el uso intensivo de la información más que de los hidrocarburos (Castells, 1989).

En suma, la crisis del contrato social fordista en los años setenta condujo a la redefinición de las estrategias geoeconómicas y geopolíticas que sustentaron el orden internacional posterior a la Segunda Guerra Mundial. El cambio de esas estrategias imprimió transformaciones notables en el mapa mundial y en los distintos mapas nacionales y subnacionales, pues la correlación de fuerzas que se estableció entre los principales agentes económicos y políticos cambió substancialmente con respecto a la etapa anterior. En la escala global emergió una nueva regionalización del mercado mundial y se registró una nueva onda expansiva del capitalismo en dirección del exbloque de países socialistas. En diversos contextos nacionales, las regiones manufactureras que fueron la piedra angular del fordismo experimentaron un severo declive en términos de producción, empleo o incluso población: algunas de ellas lograron reestructurarse y redefinir su inserción en la división internacional del trabajo, otras no. El nuevo orden internacional, derivado de la reestructuración de la economía mundial, se basó en la integración de algunas regiones, pero también en la desarticulación de otras. De este modo, la correlación de fuerzas definida por el pacto social neoliberal y por los cambios tecnológicos ha configurado nuevos grupos de ganadores y perdedores, debido a que sus impactos en los sistemas productivos, en los mercados laborales, en las regiones y en las clases sociales han sido diferenciales.

Los cambios productivos y migratorios de México y de su región Centro no se han mantenido inmutables ante este conjunto de transformaciones globales derivadas de la crisis y los programas de ajuste. Así, al reducirse el dinamismo de las acti-

vidades que constituyeron el motor del crecimiento económico durante la fase de industrialización sustitutiva de importaciones (ISI), los mercados laborales de las regiones y ciudades del país en que tradicionalmente se habían desarrollado esas actividades, perdieron la capacidad de absorber los flujos crecientes de inmigrantes que arribaban a ellas en busca de fuentes de empleo. De este modo, la región Centro de México no sólo perdió su dinamismo económico, sino también su capacidad de atraer población inmigrante y de retener a la población nativa, situación que trastocó los patrones de distribución y movilidad de la población a escala intraregional e interregional. Este escenario, no obstante, parece haberse revertido o por lo menos “relajado” en la primera mitad de los años noventa, ya que el Centro del país se reactivó en términos económicos y atrajo mayores flujos de población inmigrante. El objetivo de las siguientes secciones consistió en examinar los cambios en la estructura económica de esta región durante la crisis y los programas de ajuste, para explorar, posteriormente, algunas relaciones generales con sus transformaciones migratorias.

Crisis y reestructuración económica de México y la región Centro

Para entender la dimensión de las transformaciones económicas del país y la región Centro en las últimas décadas, es importante contextualizar lo que ha sucedido con la economía mexicana en un horizonte de largo plazo. Desde tal perspectiva es pertinente partir de la siguiente interrogante: ¿en qué fase se encuentra el país respecto a su trayectoria económica de los últimos cien años? La respuesta a esta pregunta es crucial para contextualizar y explicar una diversidad de aspectos relacionados no sólo con la migración y la economía, sino con un amplio conjunto de

problemáticas sociales, políticas, ambientales, regionales y urbanas vinculadas con el movimiento cíclico de largo plazo del capitalismo mexicano.

Aunque en forma desfasada, el ciclo de largo plazo de la economía mexicana sigue al de la economía mundial y comprende una fase de alto crecimiento económico que abarcó desde los años treinta hasta los años setenta, así como una fase recesiva que se inició en los años ochenta (una década después que en los países industrializados) y que se prolonga hasta el primer lustro de los años noventa, periodo en el cual la tasa de crecimiento del producto cayó al nivel de la etapa revolucionaria 1910-1921 (Cuadro 1 y Gráfica 1). Algo similar ocurrió con el ingreso per cápita durante el quinquenio 1990-1995, pues su tasa de crecimiento descendió al mismo nivel que en el periodo 1921-1930.

Por otra parte, es evidente que a partir de los años treinta el movimiento cíclico de largo plazo de la economía mexicana tendió a alinearse cada vez más con el ciclo de la industria, y que la desaceleración de la producción manufacturera inició desde los años setenta, aunque fue opacada y postergada por el auge petrolero en el segundo lustro de esa década.

La Gráfica 1 muestra que la crisis no es un fenómeno que se expresa sólo de forma coyuntural (v.g. la baja en el precio internacional del petróleo, el “crash” de la bolsa de valores, el error de diciembre de 1994), sino también como una tendencia de larga duración. Además, este gráfico nos permite acotar el periodo en el cual se pretenden encontrar algunas relaciones generales entre las transformaciones económicas y migratorias de la región Centro: los años ochenta y noventa.

Cambios en la estructura de la economía mexicana

Una forma de identificar las transformaciones en la estructura económica del país y en la región Centro consiste en comparar su desempeño durante el período de crisis con el de la fase de auge previa, ya que las transformaciones estructurales resultan ininteligibles si se abordan desde una perspectiva de corto plazo, o en el marco temporal de la propia crisis. El indicador que se ha elegido para mostrar las variaciones en el desempeño económico del país, de la región Centro y de los principales sectores de actividad, compara el incremento neto del PIB en términos reales entre 1970-1980 y 1980-1993.¹ En términos generales, estos periodos no sólo permiten establecer una comparación entre la fase de auge del ciclo económico —o un periodo representativo de ella— y la fase depresiva, sino también permiten confrontar el crecimiento económico del país bajo el modelo económico anterior y el modelo actual.

¹ La elección de estos periodos se explica por las fechas de levantamiento de los Censos Económicos que son el insumo básico para el cálculo del PIB por entidad federativa que realiza el INEGI a través del Sistema de Cuentas Nacionales. Aunque estos periodos no cubren exactamente las fases de auge y crisis del ciclo de largo plazo de la economía mexicana, para los propósitos de este trabajo pueden considerarse representativos de ellas si apelamos a lo que expresa la Gráfica 1. Por otra parte, cabe aclarar que la comparación de los incrementos reales del PIB en dos periodos de tiempo permite medir la capacidad de acrecentar la magnitud de la riqueza socialmente producida en el país, en una región o en una actividad económica. Este indicador no considera la distribución del excedente generado por la sociedad entre los diferentes agentes que contribuyen a ello, ni tampoco da cuenta de los niveles de vida de la población, por lo que los planteamientos de este apartado, particularmente los relacionados con las actividades económicas y las entidades federativas que “ganan” y “pierden”, deben acotarse al comportamiento de esta variable que principalmente da cuenta del crecimiento económico.

El primer aspecto que salta a la vista es la aguda contracción de la economía mexicana entre 1980 y 1993, pues el Producto Interno Bruto (PIB) nacional solo se incrementó en términos reales 1 180 millones de nuevos pesos, en comparación con el incremento registrado entre 1970 y 1980 que fue de 2,129 millones. Si se asigna el valor de 100 al incremento del PIB durante 1970-1980, lo anterior significa que el país disminuyó a 55% su capacidad de incrementar la riqueza nacional durante la fase recesiva² (Cuadro 2).

De la comparación del incremento del PIB en los dos periodos referidos, se observa una significativa reducción de la riqueza generada por casi todos los sectores productores de bienes entre 1980 y 1993, con excepción del sector eléctrico. Así, el incremento real en el PIB del sector agropecuario entre 1980 y 1993 representó 44% del que generó entre 1970-1980, prolongándose de este modo por casi tres décadas su crisis estructural que inició a mediados de los años sesenta. En el caso de la industria manufacturera sucedió algo análogo ya que la desaceleración que experimentó el crecimiento del PIB en los años setenta se acentuó aún más entre 1980 y 1993, de tal manera que el incremento real en este último periodo representó 63% del registrado entre 1970 y 1980. Para el sector minero el incremento del PIB se redujo a 61% en el periodo 1980-1993 si se le compara con el incremento de la década anterior, época en la cual el auge

² La periodización que permite la serie de PIB estatal (1970-1980 y 1980-1993) impide captar los impactos de la crisis de 1995 en la economía mexicana y en los diferentes sectores de actividad. Sin embargo, con base en la serie de PIB nacional es posible medir esos efectos considerando una periodización que expresa de forma más precisa las fases de auge y recesión, es decir, 1970-1982 y 1982-1995. Con esta periodización se aprecia una caída más drástica de la economía nacional, pues el incremento del PIB a lo largo del periodo de crisis representó 25% del registrado entre 1970 y 1982.

petrolero contribuyó de manera significativa a generar un abundante excedente a través de las exportaciones de petróleo crudo, particularmente en la segunda mitad. Para la construcción, la cifra se contrajo notablemente a 12%, y quizás ello expresa en términos gruesos la recesión que experimentó este sector en las grandes metrópolis del país durante los años ochenta. Por otro lado, y contrario a lo que sucedió con el resto de las actividades industriales, el sector eléctrico incrementó su PIB 165% durante el periodo 1980-1993 en relación con el decenio anterior. Por último, si consideramos al sector industrial en conjunto, entre 1970 y 1980 su producto se incrementó 700 millones de pesos, en tanto que entre 1980-1993 sólo 392 millones; esto significa que la industria redujo su capacidad de generar riqueza a 56% en el último periodo si se toma como patrón de comparación la riqueza generada por ese sector entre 1970 y 1980.

En la esfera de la economía terciaria el panorama es igualmente recesivo, con excepción del sector financiero que destaca como el ganador absoluto no sólo del terciario, sino de la economía nacional. En tal sentido, el incremento real del PIB registrado por los servicios financieros entre 1980 y 1993, representó 171% del generado entre 1970 y 1980. Para el sector transportes y comunicaciones la cifra fue 72%; para los servicios comunales, sociales y personales 62%; y el sector comercio fue el que experimentó mayores estragos con 29%. Para el sector terciario en conjunto, la cifra fue 56% (Gráficas 2 y 3).

En suma, al comparar el incremento real del PIB de cada sector entre 1970-1980 y 1980-1993, tres tendencias dominaron a lo largo de este último periodo: *a*) la crisis de largo aliento de la economía mexicana; *b*) la involución de los sectores en los que se sustenta la producción material, con la salvedad del sector eléctrico; y *c*) el estancamiento del sector terciario con un contrastante auge de los servicios financieros que se consolidaron

como el sector más beneficiado del país durante la crisis. A continuación veremos cómo se expresan estas tendencias nacionales en la región Centro.

Crisis y ajuste estructural en la región Centro de México

La crisis de las penúltimas décadas no sólo tiene una expresión sectorial sino también, y muy notablemente, territorial. Así, desde los años ochenta, se aprecia una mayor heterogeneidad económica de las regiones del país derivada principalmente de los cambios impuestos por la crisis y los programas de ajuste a la zona económica, política y urbana más importante de México: la región Centro. En este sentido, el dinamismo económico y demográfico de las denominadas “ciudades medias”, el resurgimiento de movimientos sociales y los cambios político-electorales regionales que han tenido lugar desde los años ochenta, son fenómenos que directa o indirectamente están vinculados con la fuerte recesión económica de esta región a lo largo de esa década. En efecto, la región Centro fue la zona del país que mostró mayor vulnerabilidad a la crisis del paradigma industrial por sustitución de importaciones; sin embargo, al finalizar los años ochenta y a lo largo de la primera mitad de los noventa, dio signos de reactivación económica y demográfica.

Durante el periodo 1980-1993 la región Centro experimentó una severa contracción económica, pues su PIB sólo se incrementó 334 millones de nuevos pesos, en comparación con el incremento registrado entre 1970 y 1980 que fue de 990 millones. Esto significa que el Centro del país redujo casi a un tercio (34%) el incremento de su PIB durante la crisis de largo plazo de la economía mexicana, y que su recesión fue en términos proporcionales más aguda que la de la economía nacional (55%) (Cuadro 3). Por otra parte, si aplicamos el mismo criterio para

comparar su crecimiento económico con el de otras regiones del país, la situación no es más afortunada ya que ocupó el último lugar de las nueve regiones definidas por el Programa Nacional de Desarrollo Urbano 1990-1994: la región Golfo redujo a 40% el incremento de su PIB entre 1980-93 en relación con la década del setenta; la Occidente a 43%; la Noreste a 49%; la Pacífico Sur a 64%; la Norte a 70%; la Noroeste a 86%; y las únicas regiones que lograron incrementar en términos reales su PIB respecto a los años setenta fueron la Centro Norte con 110% y la Península de Yucatán con 339%.

La contracción de la producción en la región Centro estuvo determinada básicamente por los efectos devastadores que la crisis ocasionó en el Distrito Federal y el Estado de México, ya que el incremento de su PIB total entre 1980 y 1993 representó, respectivamente, 14% y 34% en relación con el de los años setenta. El retroceso económico de estos dos estados evidencia en buena medida la situación por la que atravesó la Zona Metropolitana de la Ciudad de México (ZMCM), principalmente entre 1980 y 1988. Además, al retroceso económico de los estados de mayor primacía metropolitana se sumó la recesión de los estados de Puebla e Hidalgo, pues si igualamos a 100 el incremento de su PIB del periodo 1970-1980, durante el periodo de crisis lo redujeron a 48 y 67%, respectivamente.

Por el contrario, las entidades que ganaron en la zona Centro del país entre 1980 y 1993 son Morelos y Querétaro, ya que registraron un incremento real en su PIB mayor al de los años setenta: 167% y 158%, respectivamente. La única entidad que prácticamente mantuvo invariable el incremento de su PIB en los dos periodos referidos fue Tlaxcala (Gráficas 4 y 5).

La crisis y el ajuste de los años ochenta y noventa tuvieron efectos diferenciales en las entidades federativas que integran la región Centro, de tal manera que a lo largo de este periodo se

ha acentuado la heterogeneidad productiva de los estados, se han desarrollado nuevas especializaciones en la producción de bienes y servicios, y se ha configurado una nueva división regional del trabajo.

Contracción de la producción de bienes

Hay que recordar que la crisis del régimen de acumulación fordista es, en principio, una crisis de su modelo de industrialización y de la geografía de la producción asociada a él. En otras palabras, cuando el fordismo entró en crisis las regiones que sustentaron y concentraron sus industrias también se colapsaron. Así, en la década de los ochenta y principios de los años noventa, los sectores que soportaban la producción material de la región Centro disminuyeron drásticamente sus niveles de producto con respecto a los años setenta: la minería a -7%, la construcción a 29%, la industria manufacturera a 39% y el sector eléctrico, que a escala nacional fue el único ganador, en esta región redujo el incremento de su PIB a 44%. Además, a la crisis industrial de la zona Centro se sumó la del sector agropecuario.

El mapa de los sectores productores de bienes que ganaron en términos reales es el siguiente: Morelos destacó como el único ganador de los años ochenta en la producción agropecuaria de la región Centro; Puebla y Tlaxcala tuvieron incrementos reales en su producción minera; la generación de electricidad mostró avances en Querétaro y Tlaxcala; y la industria manufacturera incrementó de forma significativa su PIB en Morelos, Tlaxcala y Querétaro (Cuadro 3).

Respecto a la producción manufacturera, es importante detenerse brevemente en los cambios que se configuraron durante la crisis, pues los estados que ocuparon los tres últimos lugares por su contribución al incremento del PIB manufacturero de

la región Centro en el decenio 1970-1980, para el periodo 1980-1993, lograron avances importantes: Querétaro pasó de la posición 5 a la 3, Morelos de la 6 a la 4 y Tlaxcala de la 7 a la 6. En los años setenta estos tres estados aportaron 7.1% del incremento real del PIB manufacturero, en tanto que en el periodo 1980-1993 contribuyeron con 31.4%. Estos cambios se explican principalmente por la drástica contracción de la industria manufacturera en el Distrito Federal, Estado de México, Puebla e Hidalgo, aunque también son consecuencia de un mayor impulso al proceso de industrialización en Morelos, Querétaro y Tlaxcala.³

El ascenso de estos estados como nodos de desarrollo industrial en los años ochenta y principios de los noventa está asociado a una nueva división espacial del trabajo en el Centro del país, que se caracteriza principalmente por la desconcentración de industrias específicas hacia un reducido número de áreas urbanas periféricas a la gran metrópoli, por una mayor articulación territorial de los sistemas productivos de estas urbes, y por la concentración en la Ciudad de México de lo que la literatura anglosajona denomina FIRE (siglas en inglés de finanzas, seguros y bienes raíces) o servicios avanzados. De este modo, la gran metrópoli de la región Centro, al ser el núcleo de difusión del proceso de desindustrialización que se registra durante los años

³ Estos razonamientos se basan en la contribución de los estados al incremento neto del PIB entre 1970-1980 y 1980-1993, y no en la distribución del PIB en un año específico. Siguiendo este último criterio, los escenarios y las jerarquías cambian, pues por ejemplo, si utilizamos el PIB manufacturero de 1993, entonces el Distrito Federal y el Estado de México mantienen indudablemente su hegemonía industrial, seguidos por Puebla, Querétaro, Hidalgo, Morelos y Tlaxcala. Sin embargo, la distribución del PIB en un año específico no nos dice nada sobre los cambios en el dinamismo económico de los estados a lo largo de la fase de crisis y ajuste, que es lo que en este trabajo se pretende ilustrar.

ochenta —por lo menos en lo que a producción se refiere—, también es el punto de irradiación del proceso opuesto: la terciarización financiera.

Terciarización financiera

La misma literatura que ha explicado la decadencia de las viejas regiones y metrópolis manufactureras como producto de la crisis del fordismo en el mundo desarrollado ha reconocido el creciente peso de ciertas actividades terciarias en la base económica de algunas de esas metrópolis, particularmente los servicios financieros y otros tipos de servicios a la producción. En torno a este “complejo productivo”, como lo muestra Sassen (1991), se están reestructurando no sólo las grandes ciudades globales, sino la economía mundial en su conjunto. Sin embargo, esta autora plantea que los servicios vinculados a la producción han tenido un comportamiento diferente a los relacionados con el consumo, pues estos últimos se han mantenido relativamente estancados. Así, el auge de los servicios a la producción ha respondido principalmente al avance de la inversión privada y al consiguiente incremento de la demanda de las empresas, mientras que el estancamiento de los servicios al consumo, particularmente los de carácter público, se explica por el retroceso de la intervención y regulación del Estado de la esfera económica en las últimas décadas.

Estas tendencias parecen operar con cierta claridad en la región Centro, pues los servicios financieros e inmobiliarios, al igual que en el ámbito de la economía mexicana, resultaron ser el sector de mayor dinamismo: el incremento real de su PIB durante el periodo 1980-1993 representó 140% del registrado en el decenio 1970-1980. Además, este sector fue el único en el cual ganaron los estados más afectados por la crisis (el Distrito Fede-

ral y el Estado de México), así como las entidades federativas que se beneficiaron con ella (Cuadro 3).

Por otro lado, los servicios comunales, sociales y personales, donde la intervención pública aún mantiene una importancia sustancial aunque con tendencias a la baja, especialmente en los rubros de salud y educación, pierden en la región Centro al igual que a escala nacional, ya que el incremento de su PIB en el periodo 1980-93 representó en términos reales 46% con relación al de la década anterior. Las entidades que ganaron en este tipo de servicios fueron Querétaro, Morelos e Hidalgo.

El resto de actividades terciarias de la región Centro experimentó una reducción significativa en sus niveles de actividad durante los años ochenta y principios de los noventa. El incremento del PIB del sector comunicaciones y transportes en el periodo 1980-1993 representó 56% en comparación al decenio 1970-1980, figurando únicamente como ganadores los estados de Querétaro y Morelos. En el sector comercio la contracción fue más drástica, pues representó 5% respecto al incremento del producto de los años setenta. De nuevo, los estados beneficiados fueron Hidalgo, Querétaro y Morelos.

El periodo 1988-1993: ¿reversión de tendencias?

Los años ochenta y el primer lustro de los noventa pueden considerarse una fase recesiva de largo plazo respecto a las décadas anteriores, tanto para el país como para la región Centro. No obstante, al examinar más detenidamente el periodo 1988-1993, es evidente que hubo una efímera reactivación económica que conviene explorar brevemente por sus implicaciones en la dinámica migratoria de la región, como se verá en la tercera parte de la exposición.

La reactivación de la región Centro en el periodo 1988-1993 se basó en la recuperación económica de las tres entidades federativas de mayor industrialización y urbanización: el Distrito Federal, Estado de México y Puebla. Estos estados atravesaron por un franco estancamiento entre 1980 y 1988, registrando tasas de crecimiento del PIB de -1.7% , 0.6% y 0.5% , respectivamente; sin embargo, entre 1988 y 1993, mostraron una reactivación al crecer con tasas del orden de 4.0% , 2.8% y 3.6% . Este relativo y efímero “auge” económico, que se registró durante el salinismo,⁴ le permitió al Distrito Federal revertir no sólo el descenso de su participación en la producción nacional que tuvo lugar principalmente entre 1980 y 1988, sino redefinir su importancia a escala regional y nacional, y abrir una nueva etapa de reconcentración y recentralización en torno a la zona metropolitana de la Ciudad de México (Cuadro 4).

Con relación a los tres estados que mostraron el mayor dinamismo económico entre 1980 y 1993, es interesante señalar que durante el periodo que nos ocupa (1988-1993), Morelos y Querétaro aceleraron aún más su crecimiento económico respecto a 1980-1988, en tanto que Tlaxcala lo disminuyó ligeramente. Por otra parte, Hidalgo fue la única entidad que empeoró su situación económica entre 1988-1993, en relación con 1980-1988.

La reactivación del Distrito Federal, Estado de México y Puebla, así como el mayor dinamismo económico de Morelos y Querétaro, se conjugaron para que la región Centro recuperara

⁴ El crecimiento de la economía mexicana durante el sexenio 1988-1994 fue de 3.1% promedio anual, y aún en los años del “auge” salinista el país no logró superar la tasa de crecimiento del periodo 1934-1982 que fue de 6.0% promedio anual. Además, el “auge” salinista comprendió solamente el periodo 1988-1990, y a partir de 1991 la economía nacional experimentó una desaceleración que fue interrumpida en 1994 por las elecciones presidenciales, pero profundizada dramáticamente con la crisis de 1995.

parcialmente en 1993 la participación cedida a otras regiones del país: su participación en el PIB nacional fue de 43.5% en 1980, disminuyó a 39.9 en 1988 y subió a 41.5% en 1993.

Por otra parte, hay evidencias de que la reactivación económica de la región Centro se sustentó de manera significativa en el sector industrial del Distrito Federal, Estado de México y Puebla, situación que torna inconsistentes los escenarios en los que se preveía una desindustrialización permanente de las principales áreas industriales del país, particularmente de la gran metrópoli nacional. En lugar de ello, las principales áreas urbano-industriales del Centro, y quizás también de las regiones Noreste y Occidente, experimentaron un proceso de reestructuración que les permitió redefinir su posición y funcionamiento en las redes de producción mundial de manufacturas. Sin embargo, la reestructuración productiva de la región Centro dista mucho de ser un proceso exclusivamente de signo positivo, pues al tiempo que ha implicado franquear algunas restricciones derivadas del modelo industrial previo, también ha contribuido a crear nuevos desequilibrios y a profundizar las inequidades existentes. Así, entre 1988 y 1993, la industria del Distrito Federal, del Estado de México y de Puebla mostró una menor capacidad de difundir su recuperación y dinamismo al sector terciario, situación que indirectamente puede apreciarse al comparar las tasas de crecimiento de ambos sectores en la década del setenta, con las registradas entre 1988-1993 (Cuadro 4).

La menguada capacidad de “arrastre” de la industria de la región Centro respecto al resto de actividades económicas, es una expresión territorial de la polarización que está creando el tipo de reestructuración en la que se basó el régimen de acumulación cuya estrategia central es la apertura y la liberalización comercial, tal como lo han documentado diversos autores. Para

De la Garza (1993, pp. 201-202), la reestructuración productiva en México

...es un hecho, pero reducido a un número pequeño de empresas, sobre todo a los grandes consorcios [...] Esta reconversión aumenta la brecha entre la nueva industria moderna y la mayoría de las empresas que continúan en crisis, dirigidas al mercado interno y sin posibilidades ciertas de modernizarse. Se trata, por tanto, de una reestructuración que polariza a la economía, la segmenta sin existir instrumentos suficientes para lograr los encadenamientos productivos entre los estratos industriales.

En la misma línea de argumentación, Dussel (1997, p. 291) plantea que

...el cambio estructural del sector manufacturero desde la estrategia de la liberalización refleja una creciente desarticulación con el resto de la economía [...] El sector manufacturero mexicano no se ha caracterizado por adoptar y posteriormente crear tecnología y procesos de trabajo y productivos, sino por una industrialización orientada hacia las importaciones.

Aunque con su propia lógica, los servicios financieros de la región Centro pueden tener una situación similar a la descrita para el reducido segmento de empresas industriales que se han reestructurado, ya que su modo de funcionamiento está regido cada vez más por los mercados internacionales.

Finalmente, conviene mencionar que la reactivación económica de la región Centro y de sus principales estados industriales en la etapa referida, probablemente fue revertida por los “errores de diciembre” de 1994, que abrieron una nueva y profunda recesión en todo el país. Si se considera lo sucedido entre

1980 y 1988, puede plantearse la hipótesis de que esta nueva crisis activó una vez más la desconcentración productiva y demográfica, sujetando el destino de la metrópoli a una evolución cada vez más cíclica. Sin embargo, también puede argumentarse que ante esta nueva crisis, los diversos agentes económicos y sociales podrían tener una respuesta diferente a la del periodo 1980-1988, debido a la reestructuración productiva por la que ha transitado la región Centro desde hace más de una década. Desafortunadamente las estadísticas más recientes del PIB estatal son de 1993, lo que impide documentar la orientación de las tendencias descritas a partir de la crisis de 1995.

CAMBIOS ECONÓMICOS Y MIGRATORIOS DE LA REGIÓN CENTRO: UN EXAMEN DE SUS NEXOS

Los cambios migratorios de la región Centro durante los años ochenta guardan una correspondencia significativa con el conjunto de transformaciones productivas, descritas en la sección anterior. Así, puede observarse que los estados que tuvieron una drástica depresión en su sector industrial, también registraron las corrientes de emigración más cuantiosas. En sentido inverso, aquellos cuya industria manufacturera tuvo crecimientos reales respecto a los años setenta, registraron tasas migratorias positivas, al captar importantes flujos de inmigración. Por último, algunas de las entidades federativas que lograron recuperarse de su severa crisis económica entre 1988 y 1993, en el primer lustro de los años noventa tuvieron nuevamente incrementos de la población inmigrante.

Tendencias de largo plazo del crecimiento económico y de la migración interna en México.

Antes de abordar el análisis de los cambios migratorios de la región Centro es interesante mencionar brevemente que a escala nacional se observa cierta correlación inversa entre el crecimiento del producto interno bruto y de la migración interna acumulada.⁵ Esta correlación, es importante subrayarlo, se aprecia en el largo plazo y no con base en acontecimientos económicos de corta duración. Así, al tiempo que la industria manufacturera mostró los primeros signos de desaceleración en los años setenta y la economía mexicana entró en una larga recesión durante los años ochenta, la migración interna registró una tendencia al alza en su ritmo de crecimiento. Posteriormente, en la primera mitad de la década de los noventa, justo cuando la economía nacional registró su tasa de crecimiento más baja desde la etapa 1921-1930, la migración acumulada creció a una tasa aún mayor (Gráfica 6).

Una evidencia más de que la migración interna se ha incrementado significativamente en las décadas recientes, es que entre 1940 y 1970 la población inmigrante acumulada se incrementó en 4.9 millones de personas, mientras que entre 1970 y 1995 se registraron 10.7 millones más de inmigrantes, de los cuales sólo 3.7 millones se sumaron entre 1990 y 1995.

⁵ Se considera *migración interna* a los cambios de residencia definitivos de la población que implican el cruce de fronteras político-administrativas estatales. La *migración acumulada* se refiere a la población que nació en una entidad federativa distinta a la de su residencia en los años censales.

Territorios en crisis y flujos de emigración

En los años ochenta y noventa se observa una mayor complejidad territorial de la migración interna en México, debido principalmente al gran volumen de población que salió del núcleo de la gran metrópoli nacional. Así, por ejemplo, se registraron cuantiosos movimientos intrametropolitanos, del Distrito Federal hacia el Estado de México; movimientos entre zonas metropolitanas, de la Ciudad de México hacia las zonas metropolitanas de las ciudades de Toluca, Cuernavaca, Cuautla, Querétaro, Puebla y Pachuca; migraciones interregionales, del Distrito Federal hacia las entidades y ciudades fronterizas; y migraciones internacionales, del Distrito Federal hacia Estados Unidos. Esta complejidad territorial de la migración, por lo tanto, está relacionada básicamente con la emigración masiva de población de la zona metropolitana de la Ciudad de México (ZMCM), y fue producto de su profunda crisis industrial, de la consecuente degradación socioeconómica de sus clases medias y del incremento de la pobreza metropolitana.

Los procesos antes referidos confirman el argumento de que la crisis del fordismo no ocurrió en el vacío, o sólo en el nivel de la estructura industrial, sino también a escala territorial. La experiencia de diversos países muestra que la decadencia del paradigma industrial fordista generó una miríada de territorios en crisis, particularmente las regiones industriales (Gordon, 1984; Emers, Goddard y Matzenata, 1984).⁶ Por lo tanto, el cambio

⁶ Este fue el caso durante los años setenta y principios de los ochenta de las principales regiones industriales de varios países desarrollados: West Midlands y Noroeste en el Reino Unido; Île de France, Nord y Lorraine en Francia; Noroeste de Italia; Centro y Norte de Alemania; Nordeste y Medio Oeste de Estados Unidos. El hecho de que todas estas regiones tuvieran un gran 'stock' de capital físico en estado de obsolescencia, heredado de la industrialización del siglo pasado, permite suponer que las tendencias desconcentradoras en estos países se

del patrón migratorio de la región Centro en los años ochenta es expresión y consecuencia de la crisis del paradigma industrial que dominó desde los años cincuenta en el país, y de los programas de ajuste que no han podido dar salidas a esa crisis.

De esta forma, en el contexto de la década de pérdida, el Centro de México se transformó de una región predominantemente receptora de población en una zona expulsora, pues registró un saldo neto migratorio de 153 931 emigrantes. Esta situación contrasta con la de veinte años antes, pues la migración del periodo 1965-1970 indica que el Centro registró en este último año un saldo neto de 579 300 inmigrantes (Cuadro 5). Asimismo, cabe destacar que de la emigración total que se registró en esta región entre 1965-1970, el 79.9% tuvo lugar a nivel intrarregional y sólo 20.1% se dirigió hacia otras regiones de México. Para el periodo 1985-1990 la situación cambió en favor de la emigración interregional, ya que 63.6% de los emi-

fraguaron en sus viejas regiones y metrópolis industriales, debido primero a la crisis del fordismo, y segundo por la transición de este régimen de acumulación a uno donde los procesos de valorización y de trabajo tienden a reproducirse con esquemas de acumulación flexibles. Ambos procesos propiciaron que las industrias tradicionales de las viejas metrópolis manufactureras se desplazaran hacia otros destinos geográficos de sus propios territorios, o hacia otros países de la periferia mundial, cediendo su lugar a las funciones corporativas que impuso la nueva fase, principalmente los servicios financieros .

⁷ Estas cifras se refieren a la migración del periodo mencionado, que se obtienen confrontando la entidad de residencia en los años censales con la entidad de residencia anterior, misma que al combinarse con el tiempo de residencia posibilita el conocimiento de la migración en diferentes tiempos: por ejemplo, en los últimos cinco años, o bien, considerando una fecha fija. Al respecto, cabe mencionar que las diferentes maneras de captar censalmente la migración dificultan su comparación; así, la información de los periodos 1965-70 y 1985-90 no es estrictamente comparable, ya que el primero considera los cambios de residencia de toda la población que ocurrieron en el periodo, mientras que el segundo mide los cambios de residencia considerando una fecha fija (1985) y la población de 5 y más años.

grantes permaneció en el Centro y 36.4% se desplazó hacia otras regiones (Cuadro 6).⁷

El saldo migratorio negativo de la región Centro durante los años ochenta fue reflejo de una alteración significativa en el patrón migratorio que imperó durante el presente siglo en México: el cambio del Distrito Federal de entidad de fuerte atracción a entidad de fuerte expulsión de población, ya que para el periodo 1985-1990 registró un saldo migratorio de 737 523 emigrantes.

Al comparar la migración de los periodos 1965-1970 y 1985-1990, es evidente que desde 1970 el Distrito Federal ya mostraba un saldo negativo con la región Centro en conjunto (154 802 emigrantes); sin embargo, fue más que compensado por el mayor arribo de inmigrantes procedentes de otras regiones del país. Para 1990, el déficit con el Centro se incrementó más de tres veces (535 553 emigrantes) y se extendió al resto del país (201 970 emigrantes), como producto del descenso de su inmigración y del aumento exorbitante de su emigración. Así, entre 1965-1970 y 1985-1990, la emigración total del Distrito Federal se multiplicó 2.2 veces; su emigración hacia la región Centro 1.7 veces y su emigración hacia otras regiones del país 4.3 veces.

Es importante aclarar que el incremento de la emigración del Distrito Federal hacia otras regiones del país tuvo como contrapartida el descenso de la emigración hacia el Estado de México, aunque esta entidad sigue siendo el destino principal de los defechos. Así, entre 1970 y 1990 decrecieron en términos relativos los emigrantes del Distrito Federal que cambiaron su residencia a ese estado: de 77.1% en el primer año a 53% en el segundo. El resto de los estados del Centro, por el contrario, incrementaron su importancia como receptores de la emigración procedente del Distrito Federal, tanto en números absolutos como relativos: en 1970, Puebla, Morelos, Querétaro, Hidalgo y Tlaxcala captaron 28 457 emigrantes del Distrito Federal, equivalentes a

6% de la emigración total de esa entidad; y para 1990 recibieron 139 377 emigrantes, es decir, 13.5%.

El caso del Estado de México es especial, pues la relación entre recesión industrial y expulsión de la población, aparentemente parece no aplicar en esta entidad ya que la significativa contracción que experimentó en el producto total e industrial entre 1980-1993 no fue congruente con el hecho de que registrara el mayor volumen de inmigrantes de todos los estados de la región Centro entre 1985-1990. Sin embargo, es importante considerar tres aspectos que pueden ayudar a tomar con reservas esta excepción.

En primer lugar, la notable expansión de la ZMCM hacia el Estado de México ha generado una fuerte integración territorial entre el Distrito Federal y esta entidad que, con frecuencia, se olvida cuando la problemática económica y migratoria de ambos estados se aborda en la escala estatal. ¿Qué sucedería si estos dos estados se consideraran como uno sólo? ¿Cuál sería su situación económica y migratoria? Los resultados de un ejercicio de este tipo arrojarían, inequívocamente, una situación mucho menos favorable para el Estado de México, ya que, básicamente su estatus de entidad de fuerte atracción está determinada por la inmigración que procede del Distrito Federal. Así, los saldos migratorios del Estado de México con Puebla e Hidalgo han disminuido y son negativos con Morelos, Querétaro y Tlaxcala. Con el resto del país, su saldo migratorio es positivo, pero se ha reducido notablemente si se compara la migración registrada entre 1965-1970 y 1985-1990.

En segundo, el descenso relativo de la emigración del Distrito Federal hacia el Estado de México, y la mayor preferencia de los defechos por otros estados de la región Centro o de otras regiones, parece evidenciar que la recesión del Estado de México

sí repercutió negativamente en su poder de atraer población inmigrante en los años ochenta.

En tercero, y como prueba de que la crisis de los principales estados industriales activó de manera significativa las corrientes de emigración, puede destacarse que entre 1970 y 1990 la población inmigrante total del Estado de México se incrementó 20.6% (134 434 personas) y la emigrante 90.5% (128 947), de tal manera que sólo después del Distrito Federal, el Estado de México es el de mayor importancia por el volumen de su emigración en la región Centro. Así, entre 1985 y 1990, la emigración de ese estado (271 421 personas) superó la emigración conjunta de Puebla e Hidalgo (225 041), los dos estados que históricamente han registrado los mayores volúmenes de población emigrante en la región.

Los casos de Hidalgo y Puebla también confirman las relaciones entre depresión económica y emigración, pues la contracción absoluta de su producción total e industrial en los años ochenta tiene como correlato un saldo migratorio negativo durante el periodo 1985-1990. Sin embargo, los saldos migratorios negativos de ambos estados disminuyeron entre 1970 y 1990, debido al descenso de su emigración y al arribo de un mayor número de inmigrantes procedentes del Distrito Federal.

Es importante subrayar que la desindustrialización de la principal metrópoli del país y los cuantiosos flujos de emigración asociados con los efectos directos e indirectos de ese proceso, constituyen en sí un fenómeno inédito en la historia económica de la región Centro y del país a lo largo del presente siglo, pues no había ocurrido algo análogo: crisis y estancamiento de su industria manufacturera; emigración y despoblamiento del núcleo central; y un crecimiento urbano disperso que refuerza la concentración a escala ampliada.

Los espacios del crecimiento económico y de la inmigración

A diferencia de la emigración causada por la desindustrialización, la inmigración ocasionada por la industrialización no denota nada nuevo, pues ambos fenómenos han ido de la mano en diversas etapas históricas y en diferentes regiones del orbe: por ejemplo, desde la segunda mitad del siglo XIX, fueron evidentes las corrientes de inmigración que engrosaron la población de las regiones y ciudades industriales de las actuales economías avanzadas; y más tardíamente, a lo largo de la segunda mitad del siglo actual, tales fenómenos también tuvieron lugar con el proceso de industrialización y urbanización de los países “subdesarrollados”.

Sin embargo, lo que constituye un fenómeno relativamente novedoso en la historia económica de la región Centro y del país durante el siglo XX, es la emergencia de la industrialización y de la inmigración con mayor intensidad en lugares diferentes a las grandes urbes donde se concentraron preponderantemente en la fase previa, es decir, la Ciudad de México, Monterrey y Guadalajara. Tal fenómeno supone una división regional del trabajo diferente, en la cual Morelos, Querétaro y Tlaxcala se han consolidado como nuevos polos de crecimiento económico y de atracción de población migrante.

En estas tres entidades federativas converge el incremento real del PIB total entre 1980 y 1993, y sus saldos migratorios positivos en el periodo 1985-1990. Además, entre 1965-1970 y 1985-1990, Morelos, Querétaro y Tlaxcala incrementaron notablemente sus saldos migratorios positivos con la región Centro y, con excepción de Morelos, también con el resto del país. La mayor fuente de inmigración de estos estados, como ya se había mencionado con anterioridad, es el Distrito Federal y en menor grado el Estado de México (Cuadros 5 y 6).

Esta situación indica que la inmigración procedente del Distrito Federal se ha constituido en un importante eje de expansión metropolitana y de articulación intrarregional, pues en todas las entidades federativas de la región Centro, la población que proviene del Distrito Federal representa entre 30% y 70%. Prueba de ello es que para el periodo 1985-1990, todas las entidades de la zona Centro recibieron más población procedente del Distrito Federal que la que enviaron a esta entidad, incluso los estados que tradicionalmente habían mantenido saldos migratorios negativos con el núcleo de la gran metrópoli como es el caso de Puebla, Hidalgo y Tlaxcala.

El proceso anterior se hace más evidente para la región Centro en conjunto, pues los flujos de inmigración tendieron a incrementar los vínculos intrarregionales en esta zona del país, a diferencia de la emigración que tendió a favorecer el incremento de las relaciones interregionales. Lo anterior se aprecia, una vez más, al comparar la migración de los periodos 1965-70 y 1985-90, pues en la primera etapa 49.8% de la inmigración total tuvo como procedencia alguna entidad de la zona Centro y 50.2% procedía de otras regiones. Para el segundo periodo se carga la balanza por completo hacia los movimientos intraregionales (70.2%) y la inmigración procedente de otras zonas del país se reduce en términos relativos (29.8%) y también en números absolutos.

¿Hacia una nueva reversión del patrón migratorio de la región Centro en los noventa?

Como se mostró en la parte final de la sección anterior, la reactivación económica de la región Centro entre 1988 y 1993 revirtió la tendencia de desconcentración productiva que predominó en esta zona del país durante la mayor parte de los años ochenta.

Este proceso no se encuentra desvinculado de los cambios en la dinámica migratoria de la región Centro en el primer lustro de los años noventa, como puede apreciarse al comparar la información sobre migración que presenta el Censo de Población de 1990 y los Tabulados Complementarios de la Encuesta del Censo de Población y Vivienda 1995.⁸

El primer cambio que vale la pena destacar en los años noventa es el incremento de la inmigración en el Distrito Federal y el Estado de México, al considerarlos como una sola unidad territorial debido a su creciente integración metropolitana. Lo anterior se deriva del arribo de 498 mil inmigrantes al Distrito Federal y de 1 millón 33 mil personas al Estado de México entre 1990-1995, superando así las cifras del quinquenio 1985-1990 (298 mil y 786 mil inmigrantes, respectivamente). Por otro lado, la emigración del Distrito Federal entre 1990-1995 fue de 1 millón 66 mil personas, manteniéndose en un nivel muy similar al del periodo 1985-1990; en cambio, en el Estado de México se incrementó de 271 mil en este último periodo a 473 mil en el primero. El saldo migratorio para el Distrito Federal fue de 568 mil emigrantes y para el Estado de México de 559.8 mil inmigrantes, lo que significa que al considerarlos de forma conjunta registraron un saldo neto de 8.2 mil emigrantes, muy inferior a los 222.6 mil emigrantes del periodo 1985-1990 (Cuadro 7).

Los cambios migratorios de los estados de mayor nivel de urbanización e industrialización de la región Centro en el periodo 1990-1995, en términos relativos parecen ser congruentes con los de su crecimiento económico del periodo 1988-1993: por un lado, la reactivación económica del núcleo de la gran

⁸ La información de migración para los periodos 1985-90 y 1990-95 es comparable debido a que en ambos casos se miden los cambios de residencia realizados por la población de 5 y más años de edad, con base en una fecha fija 1985 y 1990, respectivamente.

metrópoli (el Distrito Federal) contribuyó a la atracción de nuevos inmigrantes al incrementarse 67.1% el volumen de éstos entre 1990 y 1995, y al mantenerse casi invariable el volumen de emigrantes respecto a 1990; por otro, el menor dinamismo económico del Estado de México redujo en términos relativos su ventaja de atraer población respecto al Distrito Federal, pues entre 1990-1995 la inmigración se incrementó 31.4% y la emigración 74.4%.

La situación migratoria de estos dos estados expresa de forma muy aproximada lo que sucedió con la Ciudad de México en la primera mitad de los años noventa, revela un cambio muy probable de la gran metrópoli de zona de expulsión a zona de equilibrio, y muestra que la expulsión de población y actividades productivas de esta urbe durante los años ochenta, fueron procesos que estuvieron asociados tanto a la crisis del paradigma industrial que prevaleció desde los años cuarenta, como a los intentos por redefinir su posición en la división internacional del trabajo que se configuró a finales del milenio.

Un segundo cambio está relacionado con el estado de Hidalgo, clasificado como zona de fuerte expulsión durante por lo menos cuatro décadas, ya que para 1995 registró un saldo migratorio de 2.6 mil inmigrantes. Este cambio fue producto del notable incremento de la inmigración, pues la magnitud de la emigración se mantuvo en un nivel similar al de 1990. En tal sentido, cabe destacar que la inmigración que captó el estado de Hidalgo entre 1990 y 1995 (93 mil personas), fue superior a la que captaron los estados de Morelos (88.8 mil) y Querétaro (67.4 mil), lo que contrasta con lo sucedido entre 1985 y 1990.

La transformación de Hidalgo de entidad de expulsión a entidad de equilibrio ocurrió no obstante su tendencial desaceleración económica entre 1980-1993. Esta paradoja probablemente se debió a los propios cambios territoriales del proceso

de industrialización en el estado: el crecimiento industrial que ha experimentado Tepeji del Rfo en los últimos años, podría estar atrayendo población inmigrante, sin embargo, el impulso industrial de esta ciudad no ha sido suficiente para contrarrestar la recesión de las antiguas áreas industriales, como Ciudad Sahagún, que son las que configuran la tendencia estatal. Otros procesos que también pudieran dar luz de este fenómeno aparentemente contradictorio —en los que por cierto la inmigración procedente del Distrito Federal tiene un papel relevante— son, por un lado, el avance del proceso de integración de las urbes de este estado a la megalópolis de la región Centro, y por otro, los movimientos de retorno al lugar de origen de la población que en décadas anteriores migró a la ZMCM, y que preponderantemente se dirigen a las zonas rurales (Chávez, 1999).

Un tercer cambio que apunta en el mismo sentido que el anterior, aunque más avanzado, es el de Tlaxcala. Sin embargo, a diferencia del estado de Hidalgo, el saldo migratorio positivo de Tlaxcala se debe a la reducción de la emigración, ya que el volumen de inmigrantes fue prácticamente igual entre 1985-1990 y 1990-1995. Esta transformación pudiera ser producto de la consolidación industrial de algunas de las ciudades de esta entidad (como Apizaco), de la creciente articulación de las zonas metropolitanas de las ciudades de Tlaxcala y Puebla, y del crecimiento económico que mostró esa entidad entre 1980 y 1993.

En cuarto lugar, los dos estados periféricos que incrementaron sustancialmente la captación de inmigrantes entre 1985-1990 mantuvieron prácticamente igual sus saldos migratorios en números absolutos entre 1990-1995: en Morelos pasó de 51.6 mil inmigrantes a 50.8 mil; y en Querétaro de 38.6 mil a 40.3 mil. Sin embargo, en términos relativos, estos estados disminuyeron el porcentaje de inmigrantes que captaron de la región

Centro en 1995, debido al incremento de la inmigración en el Distrito Federal y el Estado de México.

En general, la condición migratoria de Morelos y Querétaro es consecuente con su desempeño productivo entre 1980-1993, pues se mantuvieron como zonas de atracción de población entre 1990-1995. En términos más específicos, no obstante, se observa que el mayor dinamismo económico de Morelos entre 1988 y 1993 no mejoró su situación como zona de atracción, pues su saldo migratorio disminuyó ligeramente entre 1990 y 1995, a diferencia de lo que ocurrió en Querétaro, donde la aceleración del crecimiento económico entre 1988-1993 sí parece haber repercutido en su capacidad de atraer más población, pues su saldo migratorio se incrementó exiguamente entre 1990 y 1995.

Por último, el estado de Puebla se mantuvo como zona expulsora de población en el primer lustro de los años noventa, al haberse incrementado más, en términos proporcionales, el número de emigrantes que el de inmigrantes. Este hecho no es congruente con la reactivación económica que registró entre 1988 y 1993, y abre la interrogante sobre la posibilidad de que la reactivación haya tenido más efectos en el comportamiento migratorio de Tlaxcala que de Puebla, si se considera la creciente integración metropolitana de sus ciudades capitales. Lo anterior nos hace recordar lo planteado al inicio del trabajo en el sentido de que las relaciones entre los cambios económicos y migratorios no son lineales, inmediatos ni ubicuos.

En suma, las transformaciones migratorias acontecidas en diferentes estados de la región Centro en el primer lustro de los años noventa, se sintetizaron en el aumento del volumen de inmigrantes y en la invariabilidad del volumen de emigrantes que concentró esta zona: en 1990 captó a 42.4% de los inmigrantes de todo el país y para 1995 a 48.7%; en esos mismos años dio cuenta, respectivamente, de 46.9% y 46.5% de la emigración

nacional. Lo anterior se tradujo en el cambio del saldo migratorio de la región Centro de 153.9 mil emigrantes en 1990, a 89.9 mil inmigrantes en 1995, situación que, en términos generales, resulta consecuente con la reactivación económica que experimentó entre 1988 y 1993.

CONCLUSIONES

Más que plantear relaciones “universales” entre los cambios económicos y migratorios, en este trabajo se han explorado esas relaciones desde una perspectiva contextual, es decir, durante la crisis y el ajuste de la economía mexicana y en el marco de la región Centro.

La perspectiva contextual, sin embargo, no se interpuso con la necesidad metodológica de considerar dos fenómenos generales de gran relevancia que han regido el desenvolvimiento de la economía mundial y nacional en los últimos decenios del milenio: su crisis de larga duración y su reestructuración. La referencia a esos dos fenómenos fue obligada para entender las transformaciones migratorias de la región Centro como uno de los diversos ejes de cambio que experimentó esta zona del país al confrontar, primero, la crisis del modelo económico basado en la industrialización sustitutiva de importaciones, y después, las “salidas” a la crisis que han emanado de los diferentes programas neoliberales de ajuste.

Sin afán de agotar la complejidad de los cambios económicos y migratorios de la Región Centro, podemos identificar cuatro ejes generales de su crisis y reestructuración productiva, en los cuales la migración adoptó diferentes expresiones:

1. La severa crisis de las entidades federativas de mayor primacía industrial y metropolitana de la Región Centro, caracterizada principalmente por la recesión de los sectores productores

de bienes, pero también por la de diversas actividades terciarias exceptuando los servicios financieros. Este proceso operó principalmente entre 1980 y 1988, aunque no de manera uniforme ni en todas sus dimensiones, en el Distrito Federal, el Estado de México y Puebla, y por sus efectos presumiblemente adversos en los niveles de inversión y empleo, contribuyó de manera significativa al crecimiento acelerado de la emigración y a la reducción de la inmigración, particularmente en el Distrito Federal. La involución productiva de estos estados refuerza el planteamiento de que el declive de las regiones de industrialización más añeja fue condición y resultado de la crisis del fordismo.

2. El auge de algunas entidades con un desarrollo económico menor al de los antiguos centros industriales, como es el caso de Morelos, Querétaro y Tlaxcala, basado principalmente en el crecimiento de la industria manufacturera, pero también del comercio, los transportes, las comunicaciones y los diferentes tipos de servicios, constituye la otra cara de la moneda de la crisis de los estados industriales entre 1980 y 1988, tanto en términos económicos como migratorios.

Desde el punto de vista económico, estas entidades salieron beneficiadas de la crisis de los estados industriales gracias a que lograron consolidar una planta industrial relativamente diversificada así como un sector terciario sin la hegemonía de los servicios financieros. Esto significa que los cambios estructurales impuestos por la crisis y los programas de ajuste a las grandes metrópolis industriales —es decir, su desindustrialización y terciarización financiera—, condicionaron y determinaron la ocurrencia de procesos cualitativamente diferentes en otros estados de la región y del país. Por ejemplo, el avance productivo de Morelos mostró diferencias con las tendencias que dominaron el panorama económico nacional entre 1980 y 1993, ya que en esta entidad el sector agropecuario y la industria manufacturera tuvieron un

importante dinamismo, y el auge de los servicios financieros no obstaculizó el crecimiento de otras actividades terciarias que nacionalmente se mantuvieron deprimidas, como el comercio y los servicios comunales, sociales y personales.

En términos migratorios, Morelos y Querétaro se conformaron como nuevos polos de atracción para la población inmigrante procedente de los estados en crisis de la región Centro y de otras regiones, y Tlaxcala logró retener a su población nativa a través de la consolidación industrial de algunas de sus principales ciudades. Estas tendencias se dieron en los ochenta y continuaron en el primer lustro de los años noventa, pero el ascenso de la inmigración en el Distrito Federal y el Estado de México en este último periodo les restó importancia relativa a Morelos y Querétaro, en tanto que la creciente integración de las zonas metropolitanas de Puebla y Tlaxcala favoreció que en esta última entidad disminuyera aún más la expulsión de población.

3. La crisis de los estados industriales no sólo benefició a ciertos estados periféricos de la región Centro, sino que también perjudicó a otros que tradicionalmente han mostrado altos niveles de pobreza. Tal es el caso de Hidalgo, que entre 1980 y 1993 experimentó una desaceleración tendencial en su tasa de crecimiento económico. De este modo, la crisis de las zonas industriales más desarrolladas del país, por un lado, favoreció la reducción de las desigualdades económicas entre éstas y un puñado de regiones periféricas, aunque por otro, amplió las diferencias entre las propias regiones periféricas, y entre éstas y las grandes metrópolis.

Los impactos negativos de la crisis en Hidalgo produjeron un incremento proporcionalmente mayor de la inmigración que de la emigración, convirtiéndose en zona de equilibrio en los años noventa. Esta paradoja abre varias interrogantes en relación con los retos que implica para esta entidad confrontar un crecimien-

to social al alza con una economía tendencialmente en recesión, pero también con relación a los factores que determinaron que tuviera un saldo migratorio positivo entre 1990 y 1995.

4. La reactivación económica del Distrito Federal, Puebla y Estado de México, así como el mayor dinamismo económico de Morelos y Querétaro entre 1988 y 1993, condujo a la reversión de la desconcentración económica que prevaleció entre 1980 y 1988 en la región Centro, y al cambio de su saldo migratorio entre 1990 y 1995.

En el centro de esta transformación productiva y migratoria tuvieron un papel de primer orden el Distrito Federal, el Estado de México y, por lo tanto, la ZMCM. La reactivación económica del núcleo de la gran metrópoli nacional en el periodo referido constata así lo acontecido en otras latitudes desde finales de los años ochenta: la reconversión económica de las grandes metrópolis hacia los servicios avanzados y su competencia por captar inversión extranjera y por ganar una posición en la jerarquía de la reducida red de ciudades globales en torno a las cuales se sostiene el nuevo orden económico mundial basado principalmente en la operación de los servicios financieros.

Pero la reactivación económica y migratoria del Distrito Federal y del Estado de México revela además otro aspecto interesante: la revitalización de la gran metrópoli y sus consecuentes presiones de concentración como condición para reinsertar el país al sistema económico mundial. Este fenómeno pone en entredicho el carácter “irreversible” de las tendencias de desconcentración de la gran urbe, al tiempo que sugiere un posible desplazamiento de la inversión extranjera de la Frontera Norte hacia el Centro entre 1988 y 1993, pues ante los beneficios derivados de la apertura y la liberalización comercial, la ZMCM y algunas ciudades circundantes a ella pudieron resultar más atractivas por la mayor concentración de servicios a la producción que ofrecen.

En este sentido, es importante mencionar que hay indicios de que el auge de ciertos estados periféricos de la región Centro en el periodo referido, particularmente Morelos y Querétaro, estuvo influenciado por la inversión extranjera directa y por sus estrategias globales de operación (Ramírez, 1995).⁹

La región Centro no ha perdido importancia, pues sus transformaciones productivas y migratorias, y los costos y beneficios que se derivan de ellas, afectan al país en su totalidad. Esto nos lleva a la cuenta de que las tendencias nacionales se constituyen aún de manera significativa en la región Centro. Sin embargo, el proceso que quizá debiera estar cada vez más en el centro de las investigaciones regionales y en el propio debate nacional, en torno al resurgimiento de los regionalismos a propósito del conflicto en Chiapas, es cómo las transformaciones productivas impuestas por el orden mundial, desde la década pasada, han implicado el abatimiento del poder de los estados nacionales sobre las regiones y, principalmente, sobre las grandes metrópolis. Siguiendo a Taylor (1995), la globalización ha socavado la mutualidad que durante largo tiempo mantuvieron los estados nacionales y sus ciudades principales, de tal manera que el fenómeno que pareciera estar operando en la región Centro del país es su creciente desconexión del funcionamiento del sistema productivo nacional, al quedar sujeta cada vez más a la hegemonía de un reducido conjunto de actividades industriales y financieras, cuyos intereses y modos de operación son de base mundial. Este proceso es característico de las principales ciudades globales, como lo muestra el trabajo de Sassen (1991), pero parece tener resonancia en la megalópolis de la región Centro de México.

⁹ Los subsectores manufactureros de mayor dinamismo internacional —maquinaria y equipo (38) y productos químicos y derivados del petróleo (35)— son de gran relevancia en la producción industrial de Morelos y Querétaro, lo que indica que ambos estados son puntos estratégicos para la operación de ciertas ramas que son motrices para el sistema industrial mundial.

Resta explorar en investigaciones futuras los impactos de la crisis de 1994-1996 en los sistemas productivos de los diferentes estados que constituyen la región Centro del país, así como sus implicaciones en el patrón migratorio que se configuró en la primera mitad de la década actual. Pero además, queda pendiente el análisis de otros procesos que presumiblemente median la relación entre economía y migración, por ejemplo: la diversificación de las estructuras productivas; la distribución regional y sectorial de la inversión productiva, destacando la de origen extranjero; el ritmo de crecimiento del empleo y la calidad de las ocupaciones; el auge de los mercados laborales no regulados, es decir, el ascenso de las relaciones laborales flexibles y del trabajo no remunerado y, finalmente, el diferencial de remuneraciones por actividades económicas entre zonas de expulsión y zonas de atracción de migrantes. A través del estudio específico de cada una de estas vertientes de investigación, puede profundizarse el análisis de las relaciones entre la reestructuración productiva de las diferentes regiones del país y sus transformaciones migratorias. Este trabajo sólo ha dado un paso en ese camino.

CUADRO I
MÉXICO. EVOLUCIÓN Y CRECIMIENTO DEL PIB TOTAL, MANUFACTURERO
Y PER CÁPITA, Y DE LA POBLACIÓN MIGRANTE, 1895-1995

Año	Crecimiento económico		Crecimiento del Ingreso Personal		Crecimiento industrial		Crecimiento social	
	PIB Total (millones N\$ a precios 1980)	Tcma (%)	PIB per cápita (N\$ de 1980)	Tcma (%)	PIB Manuf. (millones N\$ a precios 1980)	Tcma (%)	Inmigración acumulada (millones)	Tcma (%)
1895	171,3	--	13,6	--	14,3	--	--	--
1900	191,2	2,2	14,0	0,7	21,9	8,9	--	--
1910	261,4	3,2	17,2	2,1	29,5	3,0	--	--
1921	281,4	0,7	19,6	1,2	26,9	-0,9	--	--
1930	285,9	0,2	17,3	-1,5	38,9	4,2	--	--
1940	388,5	3,1	19,8	1,4	63,4	5,0	2,1	--
1950	693,1	6,0	26,9	3,0	125,5	7,1	3,3	4,6
1960	1.252,3	6,1	35,9	2,9	254,8	7,3	5,2	4,6
1970	2.340,8	6,5	48,5	3,2	539,1	7,8	7,0	3,1
1980	4.470,1	6,7	66,9	3,1	988,9	6,3	11,6	5,0
1990	5.271,5	1,7	64,9	-0,3	1.203,9	2,0	14,0	1,9
1995	5.451,5	0,7	59,8	-1,4	1.232,5	0,5	17,7	4,3
	Tcma* 1970-90	4,1	Tcma* 1970-90	1,5	Tcma* 1970-90	4,1	Tcma* 1970-90	3,5

Fuente: cálculos propios con datos de: INEGI (1990), *Anuario Estadístico de los Estados Unidos Mexicanos, 1988-1989*, México; Secretaría de Industria y Comercio/ Dirección General de Estadística, *Censos de Población y Vivienda 1940, 1950, 1960 y 1970*, México; INEGI (1986 y 1992), *X y XI Censos de Población y Vivienda 1980 y 1990*, México; INEGI (1996a), *Conteo de Población y Vivienda 1995*, México; Banco de México (1989), *Indicadores Económicos, Acervo Histórico*, México; INEGI (1994), *Sistema de Cuentas Nacionales de México, Oferta y Demanda Global y PIB Anual a precios constantes de 1980, serie 1960-1993*, México; INEGI (1996c), *Cuaderno de Información Oportuna*, núm. 278, mayo.

*Tcma: tasa de crecimiento medio anual.

CUADRO 2
MÉXICO. INCREMENTO REAL, DISTRIBUCIÓN Y CRECIMIENTO DEL PRODUCTO INTERNO BRUTO
POR SECTORES ECONÓMICOS, 1970-1993

<i>Sectores</i>	<i>Millones de N\$ a precios de 1980</i>				<i>Incremento neto real</i>			<i>Cociente 80-93/ 70-80</i>
	<i>1970</i>	<i>1980</i>	<i>1988</i>	<i>1993</i>	<i>70-80</i>	<i>80-93</i>	<i>70-80</i>	
Nacional	2.340,8	4.470,1	4.883,7	5.649,7	2.129,3	1.179,6	0,55	
Agropecuario, Silvicultura y Pesca	262,5	368,0	394,9	414,4	105,5	46,4	0,44	
Minería	61,6	144,0	184,1	194,6	82,4	50,6	0,61	
Industria Manufacturera	539,1	988,9	1.059,0	1.271,0	449,8	282,1	0,63	
Construcción	145,6	287,2	245,2	304,0	141,6	16,8	0,12	
Electricidad, Gas y Agua	18,5	44,3	71,0	86,7	25,7	42,5	1,65	
Comercio, Restaurantes y Hoteles	566,4	1.249,6	1.254,8	1.444,7	683,1	195,1	0,29	
Transportes y Comunicaciones	115,5	285,6	312,1	408,0	170,1	122,4	0,72	
Servicios Financieros y Seguros	233,4	383,8	532,0	641,0	150,5	257,2	1,71	
Ser. Comunales, Sociales y Personales	421,7	766,8	898,1	979,8	345,1	213,0	0,62	
Servicios Bancarios Imputados	-23,7	-48,2	-67,6	-94,5	-24,5	-46,3	1,89	
Industria	764,9	1.464,4	1.559,3	1.856,3	699,5	391,9	0,56	

<i>Sectores</i>	<i>Distribución Sectorial</i>				<i>Tasas de Crecimiento</i>			
	<i>1970</i>	<i>1980</i>	<i>1988</i>	<i>1993</i>	<i>70-80</i>	<i>80-88</i>	<i>88-93</i>	<i>80-93</i>
Nacional	100,0	100,0	100,0	100,0	6,7	1,1	3,0	1,8
Agropecuario, Silvicultura y Pesca	11,2	8,2	8,1	7,3	3,4	0,9	1,0	0,9
Minería	2,6	3,2	3,8	3,4	8,9	3,1	1,1	2,3
Industria Manufacturera	23,0	22,1	21,7	22,5	6,3	0,9	3,7	1,9
Construcción	6,2	6,4	5,0	5,4	7,0	-2,0	4,4	0,4
Electricidad, Gas y Agua	0,8	1,0	1,5	1,5	9,1	6,1	4,1	5,3
Comercio, Restaurantes y Hoteles	24,2	28,0	25,7	25,6	8,2	0,1	2,9	1,1
Transportes y Comunicaciones	4,9	6,4	6,4	7,2	9,5	1,1	5,5	2,8
Servicios Financieros y Seguros	10,0	8,6	10,9	11,3	5,1	4,2	3,8	4,0
Ser. Comunales, Sociales y Personales	18,0	17,2	18,4	17,3	6,2	2,0	1,8	1,9
Servicios Bancarios Imputados	-1,0	-1,1	-1,4	-1,7	7,4	4,3	6,9	5,3
Industria	32,7	32,8	31,9	32,9	6,7	0,8	3,5	1,8
Servicios	56,1	59,0	60,0	59,8	7,2	1,3	2,9	1,9

Fuente: elaboración propia con datos de : INEGI (1994), *Sistema de Cuentas Nacionales de México, Oferta y Demanda Global y PIB Anual a Precios Constantes de 1980, Serie 1960-1993*, México; INEGI (1996c), *Cuaderno de Información Oportuna*, núm. 278, mayo, México.

CUADRO 3
CENTRO. COMPARACIÓN DEL INCREMENTO REAL DEL PIB POR ENTIDADES FEDERATIVAS
Y SECTORES ECONÓMICOS, 1970-80 Y 1980-93 (millones de nuevos pesos a precios de 1980)

<i>Sectores</i>	<i>D.F.</i>		<i>México</i>			<i>Puebla</i>			<i>Hidalgo</i>			
	\wedge PIB		\wedge PIB*		\wedge PIB*		\wedge PIB*		\wedge PIB*		\wedge PIB*	
	70-80	80-93	70-80	70-80	80-93	70-80	70-80	80-93	70-80	70-80	80-93	70-80
Total	498,9	71,5	0,14	315,3	107,9	0,34	75,5	36,3	0,48	38,0	25,4	0,67
Agropecuario, Silvicultura y Pesca	1,1	-0,8	-0,73	11,5	-5,8	-0,50	7,4	0,4	0,05	4,2	0,3	0,07
Minería	1,9	-1,4	-0,73	1,2	0,4	0,34	0,2	1,1	4,98	1,5	-0,3	-0,22
Industria Manufacturera	117,3	14,7	0,13	92,3	46,1	0,50	20,8	8,2	0,40	14,3	2,0	0,14
Construcción	25,5	22,8	0,90	25,1	-7,3	-0,29	4,7	-0,1	-0,02	1,8	1,3	0,72
Electricidad, Gas y Agua	3,2	1,9	0,60	3,7	0,8	0,21	0,5	0,4	0,86	3,0	1,1	0,37
Comercio, Restaurantes y Hoteles	158,0	-33,3	-0,21	109,2	3,8	0,03	21,6	8,8	0,41	4,7	11,0	2,32
Transportes y Comunicaciones	49,6	22,5	0,45	17,7	13,6	0,77	6,2	2,3	0,37	3,1	0,0	0,00
Servicios Financieros y Seguros	41,1	55,8	1,36	19,6	27,4	1,40	4,9	7,0	1,42	1,7	3,2	1,88
Servicios Comun., Soc. y Pers.	110,9	15,6	0,14	36,5	29,3	0,80	10,0	9,6	0,96	3,9	7,0	1,80
Servicios Bancarios Imputados	-9,8	-26,4	-	-1,6	-0,5	-	-0,7	-1,4	-	-0,1	-0,2	-

CUADRO 3

CENTRO. COMPARACIÓN DEL INCREMENTO REAL DEL PIB POR ENTIDADES FEDERATIVAS Y SECTORES ECONÓMICOS, 1970-80 Y 1980-93 (millones de nuevos pesos a precios de 1980)

Sectores	Tlaxcala			Querétaro			Morelos		
	^ PIB		^ PIB*	^ PIB		^ PIB*	^ PIB		^ PIB*
	70-80	80-93	80-93/70-80	70-80	80-93	70-80	80-93	80-93/70-80	
Total	12,0	11,9	0,99	25,1	39,7	1,58	24,8	41,3	1,67
Agropecuario, Silvicultura y Pesca	2,1	-0,2	-0,12	1,8	0,0	-0,02	0,5	5,1	9,67
Minería	0,0	0,0	1,15	0,3	-0,3	-1,04	0,1	0,1	0,53
Industria Manufacturera	2,9	5,6	1,95	9,5	13,9	1,47	6,2	13,0	2,10
Construcción	0,9	0,6	0,70	1,8	1,2	0,67	3,4	-0,3	-0,10
Electricidad, Gas y Agua	0,1	0,1	1,21	0,3	0,4	1,47	0,2	0,1	0,56
Comercio, Restaurantes y Hoteles	2,5	2,3	0,91	5,2	11,8	2,25	6,8	9,7	1,41
Transportes y Comunicaciones	1,0	0,9	0,96	1,8	3,5	1,97	1,8	2,4	1,33
Servicios Financieros y Seguros	0,9	1,2	1,32	1,8	3,0	1,68	1,9	2,9	1,54
Servicios Comun., Soc. y Pers.	1,7	1,4	0,79	3,0	6,5	2,13	4,0	8,6	2,16
Servicios Bancarios Imputados	0,0	-0,1	-	-0,3	-0,2	-	-0,2	-0,3	-

Sectores	Región Centro			Nacional		
	^ PIB		^ PIB*	^ PIB		^ PIB*
	70-80	80-93	80-93/70-80	70-80	80-93	80-93/70-80
Total	989,7	334,0	0,34	2.129,3	1.179,6	0,55
Agropecuario, Silvicultura y Pesca	28,6	-1,1	-0,04	105,5	46,4	0,44
Minería	5,3	-0,4	-0,07	82,4	50,6	0,61
Industria Manufacturera	263,2	103,8	0,39	449,8	282,1	0,63
Construcción	63,2	18,2	0,29	141,6	16,8	0,12
Electricidad, Gas y Agua	10,9	4,9	0,44	25,7	42,5	1,65
Comercio, Restaurantes y Hoteles	308,1	14,1	0,05	683,1	195,1	0,29
Transportes y Comunicaciones	81,1	45,2	0,56	170,1	122,4	0,72
Servicios Financieros y Seguros	72,0	100,6	1,40	150,5	257,2	1,71
Servicios Comun., Soc. y Pers.	170,0	77,9	0,46	345,1	213,0	0,62
Servicios Bancarios Imputados	-12,7	-29,1	-	-24,5	-46,3	-

Fuente: cálculos propios con datos de INEGI (1996b), Sistema de Cuentas Nacionales de México, Producto Interno Bruto por Entidad Federativa 1993, México; INEGI (1994), Sistema de Cuentas Nacionales de México, Oferta y Demanda Global y PIB Anual a Precios Constantes de 1980, Serie 1960-1993, México.

(+) Estos cocientes fueron calculados a precios de 1980, considerando el incremento real del PIB del periodo 1980-93 como dividiendo y el del decenio 1970-80 como divisor. Las cifras mayores a la unidad indican que una entidad federativa "ganó" en ese sector respecto a la década de los años setenta; las cifras inferiores a la unidad, positivas o negativas, denotan que un estado "perdió" en esa actividad.

CUADRO 4
CENTRO. DISTRIBUCIÓN Y CRECIMIENTO DEL PIB POR ENTIDAD FEDERATIVA
Y GRANDES SECTORES ECONÓMICOS, 1970-1993

<i>Estados</i>	<i>Millones de N\$ a precios de 1980</i>				<i>Distribución</i>				<i>Tasa de crecimiento medio anual</i>			
	<i>1970</i>	<i>1980</i>	<i>1988</i>	<i>1993</i>	<i>1970</i>	<i>1980</i>	<i>1988</i>	<i>1993</i>	<i>1970-80</i>	<i>1980-88</i>	<i>1988-93</i>	<i>1980-93</i>
Nacional	2.340,8	4.470,1	4.883,7	5.649,7	100,0	100,0	100,0	100,0	6,7	1,1	3,0	1,8
Centro	1.019,2	2.008,9	1.947,6	2.343,0	43,5	44,9	39,9	41,5	7,0	-0,4	3,8	1,2
D.F. y México	859,4	1.673,7	1.551,6	1.853,1	36,7	37,4	31,8	32,8	6,9	-0,9	3,6	0,8
D.F.	660,3	1.159,2	1.010,0	1.230,7	28,2	25,9	20,7	21,8	5,8	-1,7	4,0	0,5
México	199,1	514,5	541,6	622,4	8,5	11,5	11,1	11,0	10,0	0,6	2,8	1,5
Puebla	75,3	150,9	156,6	187,2	3,2	3,4	3,2	3,3	7,2	0,5	3,6	1,7
Hidalgo	31,2	69,2	87,3	94,7	1,3	1,5	1,8	1,7	8,3	2,9	1,6	2,4
Tlaxcala	9,3	21,3	28,4	33,2	0,4	0,5	0,6	0,6	8,7	3,7	3,1	3,5
Querétaro	18,5	43,7	61,8	83,4	0,8	1,0	1,3	1,5	8,9	4,4	6,2	5,1
Morelos	25,4	50,1	61,9	91,4	1,1	1,1	1,3	1,6	7,1	2,7	8,1	4,7
<i>Actividades Primarias¹</i>												
Nacional	262,5	368,0	394,9	414,4	100,0	100,0	100,0	100,0	3,4	0,9	1,0	0,9
Centro	36,8	65,4	51,4	64,3	14,0	17,8	13,0	15,5	5,9	-3,0	4,6	-0,1
D.F. y México	13,0	25,7	19,1	19,1	5,0	7,0	4,8	4,6	7,0	-3,7	0,0	-2,3
D.F.	1,6	2,7	1,2	1,9	0,6	0,7	0,3	0,5	5,5	-10,0	10,3	-2,7
México	11,4	23,0	17,9	17,2	4,4	6,2	4,5	4,2	7,2	-3,1	-0,8	-2,2
Puebla	10,2	17,6	16,2	18,0	3,9	4,8	4,1	4,3	5,6	-1,0	2,1	0,2
Hidalgo	4,6	8,8	7,5	9,1	1,8	2,4	1,9	2,2	6,6	-1,9	3,8	0,2
Tlaxcala	1,0	3,1	2,0	2,8	0,4	0,8	0,5	0,7	11,9	-5,1	7,0	-0,6
Querétaro	3,1	4,9	2,7	4,8	1,2	1,3	0,7	1,2	4,7	-7,2	12,5	-0,1
Morelos	4,8	5,3	3,9	10,4	1,8	1,4	1,0	2,5	1,1	-3,8	21,8	5,3

Fuente: cálculos propios con las mismas fuentes del Cuadro 3.

¹ Incluye agricultura, ganadería, silvicultura, caza y pesca.

CUADRO 4 (continuación)
CENTRO. DISTRIBUCIÓN Y CRECIMIENTO DEL PIB POR ENTIDAD FEDERATIVA
Y GRANDES SECTORES ECONÓMICOS, 1970-1993

<i>Actividades Industriales²</i>												
Nacional	764,9	1.464,4	1.559,3	1.856,3	100,0	100,0	100,0	100,0	6,7	0,8	3,5	1,8
Centro	377,7	720,4	673,3	846,8	49,4	49,2	43,2	45,6	6,7	-0,8	4,7	1,3
D.F. y México	325,6	595,8	534,9	674,0	42,6	40,7	34,3	36,3	6,2	-1,3	4,7	1,0
D.F.	214,8	362,6	302,7	400,8	28,1	24,8	19,4	21,6	5,4	-2,2	5,8	0,8
México	110,9	233,2	232,2	273,3	14,5	15,9	14,9	14,7	7,7	-0,1	3,3	1,2
Puebla	23,3	49,5	44,1	59,2	3,0	3,4	2,8	3,2	7,8	-1,5	6,1	1,4
Hidalgo	12,0	32,6	33,4	36,7	1,6	2,2	2,1	2,0	10,5	0,3	1,9	0,9
Tlaxcala	2,9	6,8	10,3	13,2	0,4	0,5	0,7	0,7	8,9	5,4	5,1	5,3
Querétaro	6,9	18,7	29,2	33,9	0,9	1,3	1,9	1,8	10,4	5,7	3,1	4,7
Morelos	7,0	16,9	21,5	29,8	0,9	1,2	1,4	1,6	9,3	3,0	6,7	4,4
<i>Actividades Terciarias³</i>												
Nacional	1.313,4	2.637,6	2.929,4	3.379,0	100,0	100,0	100,0	100,0	7,2	1,3	2,9	1,9
Centro	604,7	1.223,1	1.222,9	1.431,8	46,0	46,4	41,7	42,4	7,3	0,0	3,2	1,2
D.F. y México	520,8	1.052,1	997,6	1.159,9	39,7	39,9	34,1	34,3	7,3	-0,7	3,1	0,8
D.F.	444,0	793,9	706,1	828,0	33,8	30,1	24,1	24,5	6,0	-1,5	3,2	0,3
México	76,8	258,3	291,5	331,9	5,8	9,8	9,9	9,8	12,9	1,5	2,6	1,9
Puebla	41,8	83,7	96,3	110,0	3,2	3,2	3,3	3,3	7,2	1,8	2,7	2,1
Hidalgo	14,6	27,8	46,4	48,8	1,1	1,1	1,6	1,4	6,7	6,6	1,0	4,4
Tlaxcala	5,4	11,5	16,1	17,2	0,4	0,4	0,6	0,5	7,8	4,4	1,3	3,2
Querétaro	8,5	20,1	29,9	44,6	0,6	0,8	1,0	1,3	8,9	5,1	8,3	6,3
Morelos	13,6	27,9	36,5	51,2	1,0	1,1	1,2	1,5	7,4	3,4	7,0	4,8

Fuente: cálculos propios con las mismas fuentes del Cuadro 3.

² Incluye minería; industria manufacturera; construcción; y electricidad, gas y agua.

³ Incluye comercio, restaurantes y hoteles; transportes y comunicaciones; servicios financieros y seguros, servicios comunales, sociales y personales, y servicios bancarios imputados.

CUADRO 5
CENTRO. POBLACIÓN INMIGRANTE, EMIGRANTE Y SALDOS NETOS MIGRATORIOS
POR ENTIDAD FEDERATIVA, 1965-1970 Y 1985-1990*

<i>Entidades de procedencia o destino</i>	<i>D.F.</i>		<i>México</i>		<i>Puebla</i>		<i>Morelos</i>	
	<i>1965-70</i>	<i>1985-90</i>	<i>1965-70</i>	<i>1985-90</i>	<i>1965-70</i>	<i>1985-90</i>	<i>1965-70</i>	<i>1985-90</i>
<u>Inmigración Total</u>	<u>709.047</u>	<u>298.235</u>	<u>651.933</u>	<u>786.367</u>	<u>62.058</u>	<u>125.686</u>	<u>61.369</u>	<u>91.227</u>
I. Del Centro	239.606	152.798	443.814	631.958	28.203	70.169	23.488	54.704
Distrito Federal	0	0	365.951	548.974	10.992	38.213	7.111	32.463
México	79.662	80.905	0	0	6.195	17.505	8.405	14.648
Puebla	67.520	31.200	29.594	34.199	0	0	6.635	5.680
Morelos	13.799	7.802	5.857	8.413	1.857	3.043	0	0
Querétaro	12.723	4.568	9.322	5.345	337	533	267	434
Hidalgo	49.615	22.947	25.474	29.191	3.128	4.331	852	1.057
Tlaxcala	16.287	5.376	7.616	5.836	5.694	6.544	218	422
II. De Otras Regiones	469.441	145.437	208.119	154.409	33.855	55.517	37.881	36.523
<u>Emigración Total</u>	<u>474.766</u>	<u>1.035.758</u>	<u>142.474</u>	<u>271.421</u>	<u>145.890</u>	<u>139.132</u>	<u>31.724</u>	<u>39.613</u>
I. Al Centro	394.408	688.351	101.973	145.287	110.721	85.355	22.219	20.720
Distrito Federal	0	0	79.662	80.905	67.520	31.200	13.799	7.802
México	365.951	548.974	0	0	29.594	34.199	5.857	8.413
Puebla	10.992	38.213	6.195	17.505	0	0	1.857	3.043
Morelos	7.111	32.463	8.405	14.648	6.635	5.680	0	0
Querétaro	3.477	27.553	2.247	9.733	441	1.030	146	610
Hidalgo	5.214	28.686	3.723	16.336	2.259	4.125	323	556
Tlaxcala	1.663	12.462	1.741	6.160	4.272	9.121	237	296
II. A Otras Regiones	80.358	347.407	40.501	126.134	35.169	53.777	9.505	18.893
<u>Saldo Neto Migratorio</u>	<u>234.281</u>	<u>-737.523</u>	<u>509.459</u>	<u>514.946</u>	<u>-83.832</u>	<u>-13.446</u>	<u>29.645</u>	<u>51.614</u>
I. Región Centro	-154.802	-535.553	341.841	486.671	-82.518	-15.186	1.269	33.984
Distrito Federal	0	0	286.289	468.069	-56.528	7.013	-6.688	24.661
México	-286.289	-468.069	0	0	-23.399	-16.694	2.548	6.235
Puebla	56.528	-7.013	23.399	16.694	0	0	4.778	2.637
Morelos	6.688	-24.661	-2.548	-6.235	-4.778	-2.637	0	0
Querétaro	9.246	-22.985	7.075	-4.388	-104	-497	121	-176
Hidalgo	44.401	-5.739	21.751	12.855	869	206	529	501
Tlaxcala	14.624	-7.086	5.875	-324	1.422	-2.577	-19	126
II. Otras Regiones	389.083	-201.970	167.618	28.275	-1.314	1.740	28.376	17.630

CUADRO 5 (continuación)
CENTRO. POBLACIÓN INMIGRANTE, EMIGRANTE Y SALDOS NETOS MIGRATORIOS
POR ENTIDAD FEDERATIVA, 1965-1970 Y 1985-1990*

<i>Entidades de procedencia o destino</i>	<i>Querétaro</i>		<i>Hidalgo</i>		<i>Tlaxcala</i>		<i>Centro</i>	
	<i>1965-70</i>	<i>1985-90</i>	<i>1965-70</i>	<i>1985-90</i>	<i>1965-70</i>	<i>1985-90</i>	<i>1965-70</i>	<i>1985-90</i>
<u>Inmigración Total</u>	<u>19.319</u>	<u>67.857</u>	<u>20.658</u>	<u>66.964</u>	<u>11.213</u>	<u>35.858</u>	<u>1.535.597</u>	<u>1.472.194</u>
I. Del Centro	7.463	42.298	13.057	51.772	8.782	30.015	764.413	1.033.714
Distrito Federal	3.477	27.553	5.214	28.686	1.663	12.462	394.408	688.351
México	2.247	9.733	3.723	16.336	1.741	6.160	101.973	145.287
Puebla	441	1.030	2.259	4.125	4.272	9.121	110.721	85.355
Morelos	146	610	323	556	237	296	22.219	20.720
Querétaro	0	0	666	1.006	56	191	23.371	12.077
Hidalgo	1.088	3.151	0	0	813	1.785	80.970	62.462
Tlaxcala	64	221	872	1.063	0	0	30.751	19.462
II. De otras regiones	11.856	25.559	7.601	15.192	2.431	5.843	771.184	438.480
<u>Emigración Total</u>	<u>32.630</u>	<u>29.264</u>	<u>95.418</u>	<u>85.909</u>	<u>33.395</u>	<u>25.028</u>	<u>956.297</u>	<u>1.626.125</u>
I. Al Centro	23.371	12.077	80.970	62.462	30.751	19.462	764.413	1.033.714
Distrito Federal	12.723	4.568	49.615	22.947	16.287	5.376	239.606	152.798
México	9.322	5.345	25.474	29.191	7.616	5.836	443.814	631.958
Puebla	337	533	3.128	4.331	5.694	6.544	28.203	70.169
Morelos	267	434	852	1.057	218	422	23.488	54.704
Querétaro	0	0	1.088	3.151	64	221	7.463	42.298
Hidalgo	666	1.006	0	0	872	1.063	13.057	51.772
Tlaxcala	56	191	813	1.785	0	0	8.782	30.015
II. A otras regiones	9.259	17.187	14.448	23.447	2.644	5.566	191.884	592.411
<u>Saldo Neto Migratorio</u>	<u>-13.311</u>	<u>38.593</u>	<u>-74.760</u>	<u>-18.945</u>	<u>-22.182</u>	<u>10.830</u>	<u>579.300</u>	<u>-153.931</u>
I. Región Centro	-15.908	30.221	-67.913	-10.690	-21.969	10.553	0	0
Distrito Federal	-9.246	22.985	-44.401	5.739	-14.624	7.086	154.802	535.553
México	-7.075	4.388	-21.751	-12.855	-5.875	324	-341.841	-486.671
Puebla	104	497	-869	-206	-1.422	2.577	82.518	15.186
Morelos	-121	176	-529	-501	19	-126	-1.269	-33.984
Querétaro	0	0	-422	-2.145	-8	-30	15.908	-30.221
Hidalgo	422	2.145	0	0	-59	722	67.913	10.690
Tlaxcala	8	30	59	-722	0	0	21.969	-10.553
II. Otras regiones	2.597	8.372	-6.847	-8.255	-213	277	579.300	-153.931

Fuente: elaboración propia con datos de: SIC/DGE e INEGI, IX y XI Censos de Población y Vivienda 1970 y 1990, México.

(*) Las estimaciones no son estrictamente comparables por la forma de captar la migración en el Censo de 1970 y en el de 1990. En el primer caso, la migración incluye todos los movimientos registrados durante el periodo 1965-1970; en cambio, en 1990 sólo se captan los movimientos que ocurrieron en 1985 para la población de 5 años y más de edad. A pesar de esto, los datos permiten generar una visión aproximada de los cambios acontecidos en la dinámica migratoria de la región Centro durante las últimas décadas.

CUADRO 6
CENTRO. DISTRIBUCIÓN DE LOS FLUJOS DE INMIGRACIÓN Y EMIGRACIÓN
POR ESTADOS, 1965-1970 Y 1985-1990

<i>Estados</i>	<i>D.F.</i>	<i>Méx.</i>	<i>Pue.</i>	<i>Mor.</i>	<i>Qro.</i>	<i>Hgo.</i>	<i>Tlax.</i>	<i>Centro</i>	<i>Otras regiones Nacional</i>	
<i>Inmigración 1965-1970</i>										
D.F.	0,0	56,1	17,7	11,6	18,0	25,2	14,8	25,7	6,7	17,4
Méx.	11,2	0,0	10,0	13,7	11,6	18,0	15,5	6,6	3,4	5,2
Pue.	9,5	4,5	0,0	10,8	2,3	10,9	38,1	7,2	3,0	5,4
Mor.	1,9	0,9	3,0	0,0	0,8	1,6	2,1	1,4	0,8	1,2
Qro.	1,8	1,4	0,5	0,4	0,0	3,2	0,5	1,5	0,8	1,2
Hgo.	7,0	3,9	5,0	1,4	5,6	0,0	7,3	5,3	1,2	3,5
Tlax.	2,3	1,2	9,2	0,4	0,3	4,2	0,0	2,0	0,2	1,2
Centro	33,8	68,1	45,4	38,3	38,6	63,2	78,3	49,8	16,1	35,1
Otras regiones	66,2	31,9	54,6	61,7	61,4	36,8	21,7	50,2	83,9	64,9
Nacional	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
<i>Inmigración 1985-1990</i>										
D.F.	0,0	69,8	30,4	35,6	40,6	42,8	34,8	46,8	17,4	29,9
Méx.	27,1	0,0	13,9	16,1	14,3	24,4	17,2	9,9	6,3	7,8
Pue.	10,5	4,3	0,0	6,2	1,5	6,2	25,4	5,8	2,7	4,0
Mor.	2,6	1,1	2,4	0,0	0,9	0,8	0,8	1,4	0,9	1,1
Qro.	1,5	0,7	0,4	0,5	0,0	1,5	0,5	0,8	0,9	0,8
Hgo.	7,7	3,7	3,4	1,2	4,6	0,0	5,0	4,2	1,2	2,5
Tlax.	1,8	0,7	5,2	0,5	0,3	1,6	0,0	1,3	0,3	0,7
Centro	51,2	80,4	55,8	60,0	62,3	77,3	83,7	70,2	29,7	46,9
Otras regiones	48,8	19,6	44,2	40,0	37,7	22,7	16,3	29,8	70,3	53,1
Nacional	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

Fuente: las mismas del Cuadro 5.

CUADRO 6
CENTRO. DISTRIBUCIÓN DE LOS FLUJOS DE INMIGRACIÓN Y EMIGRACIÓN
POR ESTADOS, 1965-1970 Y 1985-1990 (CONTINUACIÓN)

<i>Estados</i>	<i>D.F.</i>	<i>Méx.</i>	<i>Pue.</i>	<i>Mor.</i>	<i>Qro.</i>	<i>Hgo.</i>	<i>Tlax.</i>	<i>Otras</i>		
								<i>Centro</i>	<i>regiones</i>	<i>Nacional</i>
<i>Emigración 1965-1970</i>										
<i>D.F.</i>	0,0	77,1	2,3	1,5	0,7	1,1	0,4	83,1	16,9	100,0
<i>Méx.</i>	55,9	0,0	4,3	5,9	1,6	2,6	1,2	71,6	28,4	100,0
<i>Pue.</i>	46,3	20,3	0,0	4,5	0,3	1,5	2,9	75,9	24,1	100,0
<i>Mor.</i>	43,5	18,5	5,9	0,0	0,5	1,0	0,7	70,0	30,0	100,0
<i>Qro.</i>	39,0	28,6	1,0	0,8	0,0	2,0	0,2	71,6	28,4	100,0
<i>Hgo.</i>	52,0	26,7	3,3	0,9	1,1	0,0	0,9	84,9	15,1	100,0
<i>Tlax.</i>	48,8	22,8	17,1	0,7	0,2	2,6	0,0	92,1	7,9	100,0
<i>Centro</i>	25,1	46,4	2,9	2,5	0,8	1,4	0,9	79,9	20,1	100,0
<i>Otras regiones</i>	26,5	11,8	1,9	2,1	0,7	0,4	0,1	43,6	56,4	100,0
<i>Nacional</i>	26,0	23,9	2,3	2,3	0,7	0,8	0,4	56,3	43,7	100,0
<i>Emigración 1985-1990</i>										
<i>D.F.</i>	0,0	53,0	3,7	3,1	2,7	2,8	1,2	66,5	33,5	100,0
<i>Méx.</i>	29,8	0,0	6,4	5,4	3,6	6,0	2,3	53,5	46,5	100,0
<i>Pue.</i>	22,4	24,6	0,0	4,1	0,7	3,0	6,6	61,3	38,7	100,0
<i>Mor.</i>	19,7	21,2	7,7	0,0	1,5	1,4	0,7	52,3	47,7	100,0
<i>Qro.</i>	15,6	18,3	1,8	1,5	0,0	3,4	0,7	41,3	58,7	100,0
<i>Hgo.</i>	26,7	34,0	5,0	1,2	3,7	0,0	2,1	72,7	27,3	100,0
<i>Tlax.</i>	21,5	23,3	26,1	1,7	0,9	4,2	0,0	77,8	22,2	100,0
<i>Centro</i>	9,4	38,9	4,3	3,4	2,6	3,2	1,8	63,6	36,4	100,0
<i>Otras regiones</i>	7,9	8,4	3,0	2,0	1,4	0,8	0,3	23,8	76,2	100,0
<i>Nacional</i>	8,6	22,7	3,6	2,6	2,0	1,9	1,0	42,4	57,6	100,0

Fuente: las mismas del Cuadro 5.

CUADRO 7
CENTRO. POBLACIÓN INMIGRANTE, EMIGRANTE Y SALDOS NETOS MIGRATORIOS
POR ENTIDAD FEDERATIVA, 1985-1990 Y 1990-1995*

<i>Estados</i>	<i>Población de 5 años y más</i>		<i>Inmigración</i>		<i>Emigración</i>	
	<i>1990</i>	<i>1995</i>	<i>1985-90</i>	<i>1990-95</i>	<i>1985-90</i>	<i>1990-95</i>
Nacional	70.562.202	79.895.083	3.468.508	4.026.712	3.468.508	4.026.712
Centro	23.739.933	26.947.159	1.472.194	1.961.399	1.626.125	1.871.503
D.F. y Estado de México	15.936.777	17.944.237	1.084.602	1.531.391	1.307.179	1.539.617
Estados Ganadores ¹	2.608.690	3.125.234	194.942	191.155	93.905	73.469
Estados Perdedores ²	21.131.243	23.821.925	1.277.252	1.770.244	1.532.220	1.798.034
D.F.	7.373.239	7.654.688	298.235	498.320	1.035.758	1.066.298
México	8.563.538	10.289.549	786.367	1.033.071	271.421	473.319
Puebla	3.565.924	4.027.995	125.686	145.813	139.132	167.967
Morelos	1.048.065	1.266.865	91.227	88.807	39.613	38.006
Querétaro	898.199	1.083.952	67.857	67.422	29.264	27.099
Hidalgo	1.628.542	1.849.693	66.964	93.040	85.909	90.450
Tlaxcala	662.426	774.417	35.858	34.926	25.028	8.364
	<i>Saldo Neto Migratorio</i>		<i>Distribución Estatal</i>			
	<i>1985-90</i>	<i>1990-95</i>	<i>Inmigración</i>		<i>Emigración</i>	
<i>Estados</i>			<i>1985-90</i>	<i>1990-95</i>	<i>1985-90</i>	<i>1990-95</i>
Nacional	0	0	100,0	100,0	100,0	100,0
Centro	-153.931	89.896	42,4	48,7	46,9	46,5
D.F. y Estado de México	-222.577	-8.226	31,3	38,0	37,7	38,2
Estados Ganadores ¹	101.037	117.686	5,6	4,7	2,7	1,8
Estados Perdedores ²	-254.968	-27.790	36,8	44,0	44,2	44,7
D.F.	-737.523	-567.978	8,6	12,4	29,9	26,5
México	514.946	559.752	22,7	25,7	7,8	11,8
Puebla	-13.446	-22.154	3,6	3,6	4,0	4,2
Morelos	51.614	50.801	2,6	2,2	1,1	0,9
Querétaro	38.593	40.323	2,0	1,7	0,8	0,7
Hidalgo	-18.945	2.590	1,9	2,3	2,5	2,2
Tlaxcala	10.830	26.562	1,0	0,9	0,7	0,2

Fuente: cálculos propios con datos de INEGI (1992) *XI Censo de Población y Vivienda 1990*, México; INEGI (1997), *Conteo de Población y Vivienda 1995, Base de Datos de la Encuesta y Tabulados Complementarios*, México.

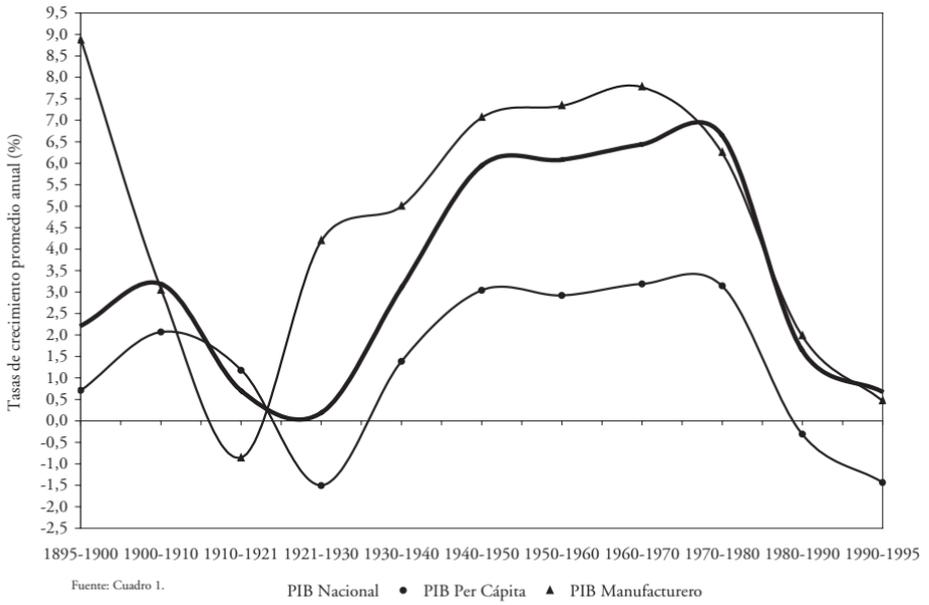
* La información de migración de los periodos 1985-1990 y 1990-1995 es comparable debido a que en ambos casos se miden los cambios de residencia realizados por la población de 5 y más años de edad que en 1985 y 1990 residía en una entidad federativa distinta a la de los años censales 1990 y 1995. En los dos periodos se excluye la población que residía en otro país o que no especificó su lugar de residencia.

¹ Incluye a los estados que en 1990 tuvieron saldos migratorios positivos: Morelos, Querétaro y Tlaxcala.

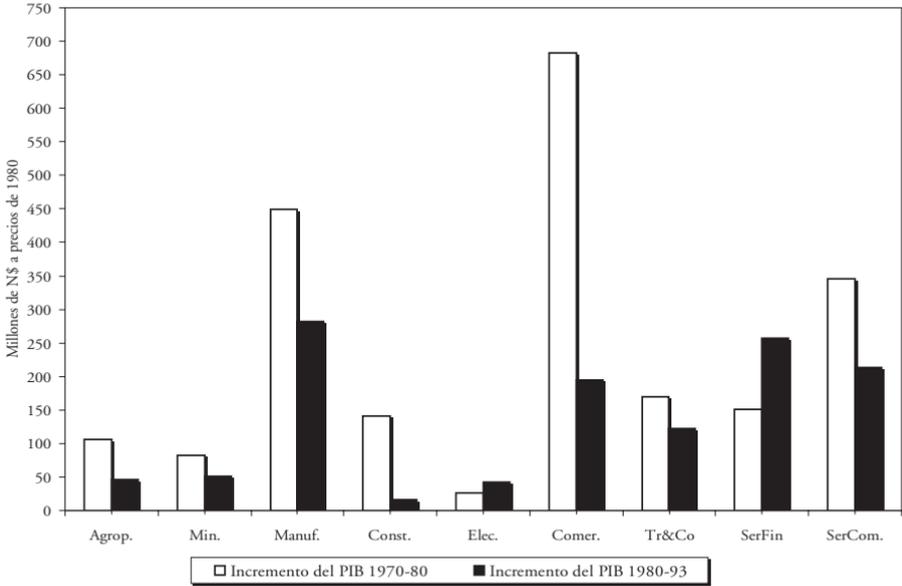
² Incluye a los estados que en 1990 tuvieron saldos migratorios negativos: Distrito Federal, Estado de México, Puebla e Hidalgo.

Esta clasificación considera al Distrito Federal y al Estado de México como una sola unidad territorial.

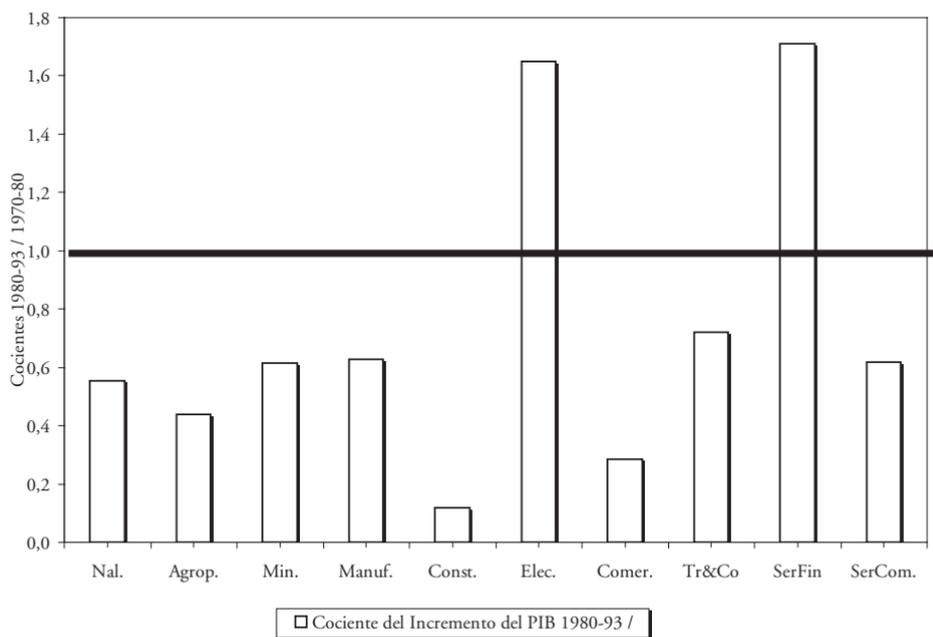
GRÁFICA I
 MÉXICO. TENDENCIAS DE LARGO PLAZO DEL CRECIMIENTO ECONÓMICO,
 INDUSTRIAL Y DEL INGRESO PER CÁPITA, 1895-1995



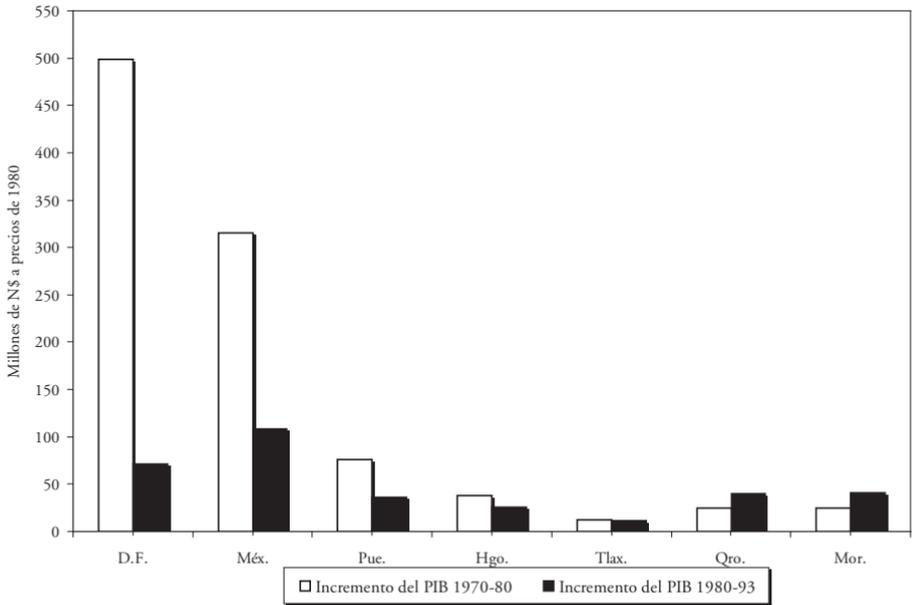
GRÁFICA 2
MÉXICO. COMPARACIÓN DEL INCREMENTO REAL DEL PIB POR SECTOR DE
ACTIVIDAD, 1970-1980 Y 1980-1993



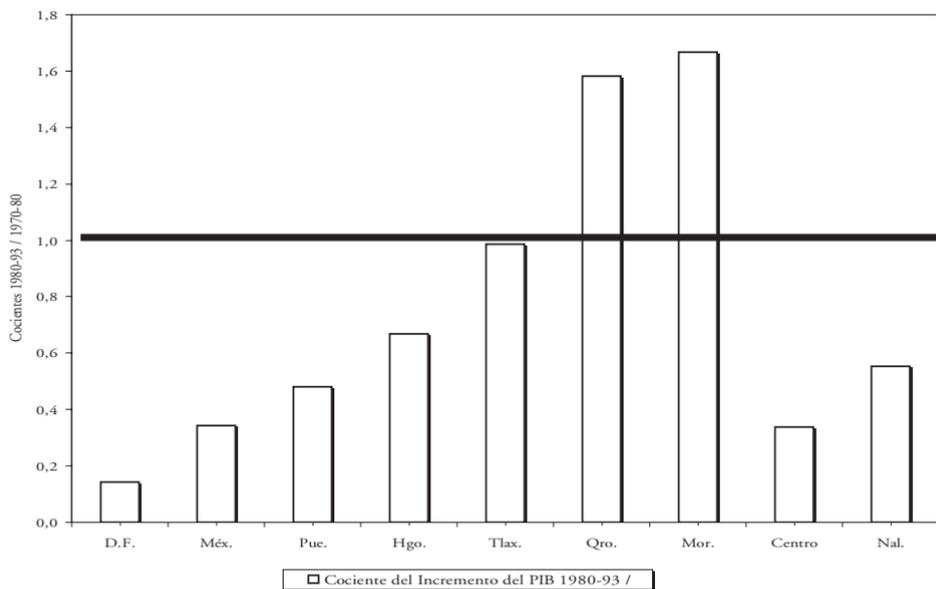
GRÁFICA 3
MÉXICO. SECTORES GANADORES Y PERDEDORES DURANTE LA CRISIS
Y EL AJUSTE, 1980-1993



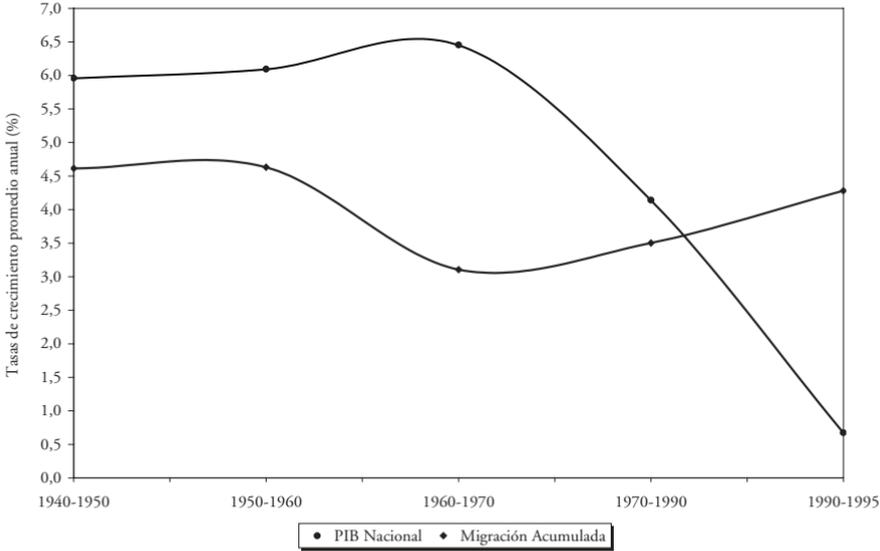
GRÁFICA 4
 REGIÓN CENTRO. COMPARACIÓN DEL INCREMENTO REAL DEL PIB
 POR ENTIDAD FEDERATIVA, 1970-1980 Y 1980-1993



GRÁFICA 5
REGIÓN CENTRO. ESTADOS GANADORES Y PERDEDORES DURANTE
LA CRISIS Y EL AJUSTE, 1980-1993



GRÁFICA 6
MÉXICO. TENDENCIAS DE LARGO PLAZO EN EL CRECIMIENTO ECONÓMICO
Y DE LA MIGRACIÓN ACUMULADA, 1940-1995



OBRAS CONSULTADAS

- Aglietta, M. (1983). "Crisis y transformaciones sociales". *Investigación Económica*, núm. 163. pp. 11-25.
- Banco de México (1989). *Indicadores Económicos, Acervo Histórico*. México.
- Banco Mundial (1995). *Informe sobre el desarrollo mundial 1995*. Washington, D.C.
- Caputo, O. y J. Estay (1987). "La economía mundial capitalista y América Latina". *Economía de América Latina*, núm. 16. pp. 185-214.
- Castells, M. (1989). *The Informational City*. Gran Bretaña, Blackwell.
- Cazadero, M. (1995). *Las revoluciones industriales*. México, FCE.
- Chávez, A.M. (1999). *La nueva dinámica de la migración interna en México de 1970 a 1990*. Cuernavaca, UNAM/Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias.
- De la Garza, E. (1993). *Reestructuración productiva y respuesta sindical en México*. México, UNAM/IIEc y UAM-I.
- Dussel, E. (1997). *La economía de la polarización. Teoría y evolución del cambio estructural de las manufacturas mexicanas (1988-1996)*. México, Editorial Jus y UNAM.
- Estay, J. (1995). "El entorno internacional y las relaciones externas de la economía mexicana". *XI Seminario de Economía Mexicana: La transición hacia el siglo XXI. Problemas, perspectivas y alternativas*. México, UNAM/Instituto de Investigaciones Económicas, 29 al 31 de mayo. Documento mimeografiado.
- Ewers, H., J.B. Goddard y H. Matzerath, ed. (1984). *The Future of the Metropolis*. Berlín, Walter de Gruyter.
- Foxley, A. (1988). *Experimentos neoliberales en América Latina*, México, FCE.

- Glickman, N. (1987). "Cities and the International Division of Labor". En: Smith, M.P. y J.R. Feagin, ed. *The Capitalist City. Global Restructuring and Community Politics*. Gran Bretaña, Basil Blackwell. pp.66-86.
- Gordon, D. (1984). "Capitalist Development and the History of American Cities". En: Tabb, W. y L. Sawers, ed. *Marxism and the Metropolis. New Perspectives in Urban Political Economy*. Nueva York, Oxford University Press. pp.25-63.
- Instituto Nacional de Geografía, Estadística e Informática (1986). *X Censo General de Población y Vivienda 1980, Resumen General*. México, INEGI.
- _____ (1990). *Anuario Estadístico de los Estados Unidos Mexicanos 1988-1989*. México, INEGI.
- _____ (1992). *XI Censo General de Población y Vivienda 1990, Resumen General*. México, INEGI.
- _____ (1994). *Sistema de Cuentas Nacionales de México, Oferta y Demanda Global y PIB Anual a precios constantes de 1980, serie 1960-1993*. México, INEGI.
- _____ (1996a). *Estados Unidos Mexicanos, Censo de Población y Vivienda 1995, Resultados Definitivos, Tabulados Básicos*. México, INEGI.
- _____ (1996b). *Sistema de Cuentas Nacionales de México. Producto Interno Bruto por Entidad Federativa 1993*. México, INEGI.
- _____ (1996c). *Cuaderno de Información Oportuna*, núm. 278, mayo. México, INEGI.
- Instituto Nacional de Geografía, Estadística e Informática (1997). *Conteo de Población y Vivienda 1995, Base de Datos de la Encuesta y Tabulados Complementarios*. México, INEGI.
- Naciones Unidas (1990). *Perspectivas socioeconómicas generales de la economía mundial hasta el año 2000*. Nueva York, Departamento de Asuntos Económicos y Sociales Internacionales.

- Palloix, C. (1980). *Proceso de producción y crisis del capitalismo*, Madrid, Blume Ediciones.
- Ramírez, B. (1995). *La región en su diferencia: los valles centrales de Querétaro, 1940-1990*. México, UAM-Xochimilco, Universidad Autónoma de Querétaro y Red Nacional de Investigación Urbana.
- Sassen, S. (1991). *The Global City. New York, London and Tokyo*, Princeton, Princeton University Press.
- Secretaría de Industria y Comercio. *VI, VII, VIII y IX Censos Generales de Población y Vivienda 1940, 1950, 1960 y 1970*. México, Dirección General de Estadística.
- Standing, G. (1989). "The "British Experiment": Structural Adjustment or Accelerated Decline?". En: Portes, A., M. Castells y L. Benton, ed. *The Informal Economy*. Baltimore, The Johns Hopkins University Press. pp.279-297.
- Taylor, P. J. (1995). "World Cities and Territorial States: The Rise and Fall of their Mutuality". En: Knox, P.L. y P.J. Taylor, ed. *World Cities in a World System*. Cambridge, Cambridge University Press. pp.48-62.

DESCENSO DE LA FECUNDIDAD Y AJUSTE
ESTRUCTURAL EN MÉXICO,
¿MODERNIZACIÓN SIN DESARROLLO?

*Carlos Welti**

La investigación demográfica de la fecundidad ha puesto especial relevancia en establecer las relaciones causales entre los determinantes sociales de la historia reproductiva en un escenario en el cual el progreso económico está relacionado con la disminución en el número de hijos y donde, además, los procesos macroeconómicos se ven influenciados por los procesos demográficos observables individualmente, y que, en conjunto, producen una tasa de crecimiento poblacional que, si hubiera una relación aritmética, determinaría el crecimiento del producto per cápita.

De manera simple, las mutuas relaciones entre proceso económico y proceso demográfico identificadas por diversos autores, han tratado de hacer evidente que el elevado crecimiento de la población constituye un obstáculo en el crecimiento económico.

Desde la tesis original elaborada por Coale y Hoover (1965) y puesta a prueba empíricamente en la India y México, para mostrar que la caída de la mortalidad y el mantenimiento de elevadas tasas de natalidad produce una modificación en la relación de dependencia en el nivel de los hogares y las economías nacionales, al hacer que las demandas en servicios de educación y sa-

* Investigador del Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.

lud de la población joven tengan que ser satisfechas con recursos provenientes del ahorro interno —que de otra manera, podrían ser dedicados a actividades directamente productivas— hasta los estudios más recientes (Higgins y Williamson 1997) que analizan el efecto de esta relación de dependencia sobre el uso de recursos externos y sobre la balanza de pagos, el objetivo ha sido mostrar el efecto negativo de la elevada natalidad sobre el crecimiento económico.

Este tipo de argumentación es la piedra de toque de las políticas y programas de población que, a partir de los años setenta, se propusieron impulsar medidas para que la fecundidad disminuyera mediante el uso masivo de anticonceptivos modernos.

Por otro lado, es poco lo que se ha estudiado respecto al efecto contrario, es decir, el de los procesos económicos sobre la dinámica de la población, y la mayor parte de los trabajos están referidos a un pasado lejano.

Junto con la implantación de un modelo de funcionamiento económico que en los últimos años de los noventa adquiere carta de naturalización en una proporción importante de países, cambia el discurso que identifica las elevadas tasas de crecimiento de la población como origen del subdesarrollo y que promueve el descenso de la fecundidad como condición indispensable para despegar hacia el desarrollo.

La evidencia empírica ha obligado a este cambio en el discurso, ya que los datos más elementales muestran una caída del producto per cápita junto con el descenso en el crecimiento demográfico debido a la baja de la natalidad. Es decir, contrario a lo que la relación mecánica entre población y desarrollo planteada originalmente por Coale y Hoover permitía prever, las condiciones de vida de sectores cada vez más amplios de la población se deterioran, independientemente de la caída de la fecundidad.

Esta transformación en el discurso ha podido observarse por medio de manifestaciones concretas que justifican la intervención del Estado en el ámbito individual de la reproducción en dos niveles: a través de los mensajes en los medios de comunicación que promueven las ventajas de la anticoncepción, y en la producción intelectual sobre las implicaciones que tiene la elevada fecundidad para el bienestar individual.

Así por ejemplo, el eslogan de que “la familia pequeña vive mejor” que constituyó el eje de las campañas de difusión de la planificación en este país, desapareció súbitamente, siendo substituido por el de “menos para ser mejores” hasta llegar a “todos tenemos derecho a decidir”.

Por otra parte, la producción intelectual centrada en mostrar los efectos negativos del elevado número de hijos para las familias y las elevadas tasas de fecundidad y natalidad para las sociedades, cedió su lugar a los trabajos que señalaban la necesidad de que las mujeres tuvieran acceso a los métodos de control de la fecundidad como una acción relacionada con su salud. Se produjo un cambio radical en la perspectiva de análisis para justificar el uso de anticonceptivos que dio lugar a un nuevo concepto: la salud reproductiva.

El argumento para justificar la intervención pública en el ámbito de la reproducción lo constituye la referencia a los derechos reproductivos, así como a la igualdad genérica.

Puede decirse que la necesidad de legitimar las acciones encaminadas a controlar la fecundidad y a incidir sobre el crecimiento demográfico en un periodo de desigualdad social creciente, ha hecho que el discurso sobre los efectos positivos de limitar el número de hijos mediante el uso de anticonceptivos, incorporen nuevos argumentos.

Pero además, debe subrayarse que existe cada vez un mayor acuerdo en que las relaciones entre lo económico y la fecundi-

dad son más complejas de lo que pueden parecer si se trata de explicar el nivel de fecundidad, al considerar el valor económico de los hijos, y que la visión de que “el mejor anticonceptivo es el desarrollo”, resulta tan limitada como atribuir el origen del subdesarrollo y la pobreza a las elevadas tasas de crecimiento demográfico y al elevado número de hijos.

Parecía evidente que, ante la dificultad de seguir manteniendo la idea de que la baja de la fecundidad se justificaba por sus efectos sobre las condiciones de vida familiar, los argumentos se transformaban y los efectos esperados de una menor fecundidad fueron cada vez de más largo plazo (en el mejor de los casos).

Esta nueva perspectiva reforzada, como ya se mencionó por los argumentos que involucran los derechos reproductivos, permitió incorporar, a las políticas de población, las demandas de equidad genérica y, por tanto, las propuestas de movimientos sociales más amplios.

En este periodo de transformaciones socioeconómicas aceleradas, que en una proporción importante ha tenido impactos negativos sobre el nivel de vida de la mayoría de la población, y que, especialmente han afectado la vida de las mujeres, ha sido relevante conocer el modo en que la estructura social y los procesos demográficos se influyen mutuamente.

Más allá de analizar una situación coyuntural de crisis económica y sus efectos sobre la historia reproductiva, el texto que sigue tiene la intención de observar la evolución de la fecundidad a partir de los procesos de ajuste estructural de la economía, en un periodo de casi veinte años, a partir de los años ochenta, con la intención de llamar la atención de los especialistas para analizar la manera en que los cambios en el número y espaciamiento de los hijos transforman el escenario social.

Sin pretender una descripción detallada de las políticas de ajuste estructural es posible suponer que algunas acciones de po-

lítica económica han tenido un efecto sobre las variables de la estructura social que afectan a la fecundidad, específicamente las que tienen impacto sobre el empleo y las que modifican la estructura del gasto público en renglones como educación y salud y, más específicamente, aquellas que influyen el estatus social de la mujer.

Resulta por tanto interesante seguir la evolución de la fecundidad y las variables que la afectan, y al mismo tiempo, observar los aspectos más relevantes del proceso que se concreta en la baja de la fecundidad.

LA FECUNDIDAD Y LOS CAMBIOS ECONÓMICOS

Hay mucha literatura que relaciona los cambios económicos con los demográficos; tales estudios muestran los efectos positivos del crecimiento económico y la distribución del ingreso en la fecundidad y la mortalidad mediante el análisis de los cambios en el ambiente social, identificados con la modernización de la sociedad; asimismo, presentan las ventajas que tiene una menor fecundidad para el crecimiento de la economía.

La situación contraria, es decir, el efecto negativo de la recesión, la crisis, y el ajuste estructural sobre la fecundidad, como ya se mencionó, ha sido estudiado en menor proporción y no fue sino hasta los noventa cuando se observó un interés creciente por analizar este tema (National Research Council, 1993).

Los efectos demográficos de las fluctuaciones económicas han sido estudiados a través de la historia, poniendo especial atención al impacto de disminuciones abruptas en la producción agrícola y a los incrementos de los precios de los artículos básicos, que traen como consecuencia modificaciones en el nivel de vida, reflejándose finalmente en la mortalidad y la fecundidad.

Estas situaciones de crisis de la economía originadas en fenómenos naturales como los cambios climáticos, sequías o inundaciones, pueden ser consideradas situaciones coyunturales que no tienen su origen en el funcionamiento del sistema y que de manera directa, al limitar el acceso a los bienes más elementales para la supervivencia afectan la salud de los individuos, incrementan la susceptibilidad a las enfermedades y los riesgos de muerte, especialmente entre los niños y los ancianos.

Este tipo de fluctuaciones puede dar lugar también a un aplazamiento de las uniones conyugales y a postergar la procreación de los hijos, fenómenos observables sólo de manera diferida en el tiempo, ya que no es posible esperar que el comportamiento demográfico tenga una respuesta inmediata a las crisis económicas.

En este caso, puede hablarse de un efecto directo de las fluctuaciones económicas sobre lo demográfico.

Al analizar el efecto de los cambios de corto plazo como parte del funcionamiento del sistema económico, ya sea que se interprete desde la perspectiva de la teoría de los ciclos y se ponga especial interés en el ámbito de la distribución, o bien, se consideren los aspectos estructurales de la actividad económica que dan lugar a las recesiones, sus efectos sobre lo demográfico han sido estudiados, tratando de identificar los modos a través de los cuales la caída de la actividad económica, con manifestaciones en los niveles de empleo y la distribución del ingreso, tienen un efecto adverso sobre la nupcialidad, fecundidad, mortalidad, tanto general como infantil, y los movimientos migratorios.

Tiempo después, el análisis de las transformaciones económicas y su efecto sobre lo demográfico identificó una situación denominada “desarticulación”, la cual supone que la dependencia económica que tienen los países en desarrollo respecto a los centros hegemónicos, distorsiona sus patrones de crecimiento de

manera que impide la reducción de la fecundidad (Gallagher, Stokes y Anderson, 1996).

Así, se habla de desarticulación cuando, entre los sectores de la economía, se dan niveles diferenciales de desarrollo, producto de la orientación de la producción, sea hacia el mercado externo o el interno. Es claro que los sectores más dinámicos están dedicados a la exportación y alcanzan los mayores niveles de productividad no sólo por un elevado contenido de tecnología de punta, aplicada en los procesos de producción, sino por una explotación intensiva del trabajo. En el extremo opuesto se encuentran los sectores dedicados a la producción doméstica que, además de baja productividad, en una proporción significativa, están basados en unidades de producción familiar o en relaciones de producción que caracterizan a la economía informal, y que por tanto, incorporan trabajo infantil y femenino sin ninguna estabilidad en el empleo.

En este escenario, la desarticulación limita las oportunidades para que las mujeres puedan mejorar su estatus, limitando su papel social a la maternidad, y ejerciendo entonces, una influencia positiva sobre la fecundidad entre determinados sectores sociales.

Con estas perspectivas de análisis se han relacionado índices agregados de la actividad económica como el producto interno bruto, o el producto per cápita y su crecimiento anual, con los niveles y tendencias de las variables demográficas

También se ha estudiado el efecto de las fluctuaciones económicas sobre la fecundidad a través de variaciones en el ingreso, ya sea individual o familiar o bien, el ingreso per cápita, que en este caso resulta ser un promedio aritmético que elimina cualquier posibilidad analítica de observar la diferenciación en una sociedad.

La utilización de uno u otro indicador permite centrar la atención en diferentes unidades de análisis: la familia o la sociedad.

Para observar los efectos del ingreso sobre la fecundidad la teoría económica está básicamente concentrada en establecer en el nivel de la familia, es decir, microeconómicamente, las condiciones que llevan a los individuos a tener determinado número de hijos.

En una simplificación de la situación, en la medida en que la teoría considera a los hijos como bienes económicos, supone que una modificación en el ingreso afecta el nivel de fecundidad, al transformar las preferencias y valores sobre estos bienes. Esto significa que un incremento en el ingreso familiar puede provocar un aumento o una disminución en la fecundidad.

Así, cuando el ingreso se incrementa, la gente consume mayor número de bienes. Al considerar a los hijos como cualquier otro bien, las parejas deciden no necesariamente un incremento en la cantidad sino en la calidad, de aquí que el número de hijos sea el resultado de usar los recursos disponibles para tener los hijos que responden a las expectativas de calidad que los padres se proponen lograr, entre otras cosas, respecto a su nivel de escolaridad.

De esta manera, es posible suponer que un incremento en el ingreso, transforma las perspectivas de los individuos y, por lo tanto, una fecundidad elevada se convierte en un obstáculo para las aspiraciones de movilidad social de los padres.

A pesar de que este esquema ha sido criticado extensivamente, sus proponentes originales lo han modificado para tratar de hacerlo compatible con las condiciones de los países en desarrollo e incluso, adaptarlo a situaciones cada vez más complejas, no visualizadas con anterioridad, hasta llegar a considerar a los hijos no sólo como un bien de consumo durable, sino como un capital social para la familia.

En otro orden de ideas, Caldwell (1977) al explicar la persistencia de elevados niveles de fecundidad en las sociedades en

desarrollo, sostiene que, un nivel elevado es perfectamente compatible con un cálculo económico que incorpora no sólo las condiciones de ingreso familiar del momento, sino, también representa un horizonte de largo plazo en el cual el flujo de riqueza entre las generaciones determina la necesidad de dejar atrás un régimen de fecundidad donde muchos hijos son ventajosos.

Esta interpretación destaca el papel económico de los hijos como fuente de ingresos en el hogar y como seguro en la vejez, por lo que en las sociedades donde el ingreso del padre es insuficiente y en los que se carece de sistemas de seguridad social, la familia extensa es una forma racional de garantizar su supervivencia.

A partir de esquemas de interpretación como los mencionados, la investigación empírica se ha encargado de identificar las condiciones en las cuales un cambio en el ingreso produce un cambio en los beneficios económicos de los hijos

Cualquiera que sea la perspectiva de análisis que se adopte, la pregunta central a la que hay que dar respuesta al analizar la evolución económica de una sociedad y su nivel de fecundidad, es si existe una relación entre ambos factores que sea posible identificar a través de las variables asociadas con el comportamiento reproductivo.

Al iniciarse la baja continua de la fecundidad en México se coincide con un periodo de crecimiento económico que permitiría confirmar una relación conforme a lo esperado, es decir, la mejora en la economía y por ende en las condiciones de las familias que impulsan una baja en el número de hijos, sin embargo, ¿cómo explicar que a pesar de la situación de crisis, se mantuviera la caída de la fecundidad?, y ¿qué es posible esperar de su evolución en el corto y mediano plazo?

LA EVOLUCIÓN DE LA FECUNDIDAD

El periodo que interesa analizar abarca desde la segunda mitad de la década de los años setenta, destacando la década siguiente, en la que se ubica el inicio de los programas de ajuste estructural, hasta el corte transversal que permite la información más reciente disponible para redactar este trabajo en 1995.

Una significativa baja en la fecundidad se había producido ya en la segunda mitad de la década 1970-1980. Las encuestas especializadas muestran una caída que parece haber coincidido con la puesta en marcha de las acciones del Estado en materia de población y que vienen a concretarse con la implantación del Programa Nacional de Planificación Familiar.

Conforme transcurren los años setenta, la baja de la fecundidad originada en la limitación de los nacimientos por medio del uso de la píldora anticonceptiva y en menor medida del dispositivo intrauterino, se observa ya en grupos sociales en los que hasta ese momento se podía hablar de un régimen de fecundidad natural, de acuerdo con la terminología de Henry (1953) y que no controlaban su fecundidad.

Para explicar la caída de la fecundidad marital mediante el control de los nacimientos, resulta importante establecer la existencia de tres condiciones a través de las cuales el comportamiento reproductivo en una sociedad incorpora el uso de anticonceptivos: *a)* que estén físicamente disponibles, *b)* que el costo social que implica su uso pueda ser afrontado por la población y *c)* que tener pocos hijos resulte conveniente para las parejas conyugales.

Es claro que la intervención del Estado en asuntos ligados directamente con la población ha permitido que las dos primeras condiciones se cumplan, al distribuir anticonceptivos por medio

de las instituciones de salud y al legitimar socialmente su uso a pesar de la oposición de las iglesias.

Respecto a la conveniencia de tener pocos hijos, si en las primeras encuestas de fecundidad se detectó una actitud denominada ambivalente respecto al número ideal de hijos, en la que se hacían evidentes ventajas y desventajas al tener muchos hijos, en 1976 la población femenina entrevistada en la Encuesta Mexicana de Fecundidad expresa el deseo de tener pocos hijos y más de la mitad de las mujeres unidas, con al menos tres hijos, no desean tener más hijos.

En cada nueva investigación sociodemográfica en la cual se investiga la fecundidad deseada, es mayor la proporción de mujeres que desean tener menos hijos, o que una vez que los tienen ya no desean tener más, aunque el número ideal de hijos es superior a la tasa global de fecundidad estimada en cada corte transversal de observación.

La principal característica de la baja en la fecundidad ha sido la reducción de los nacimientos de elevado orden, mediante el uso de anticonceptivos entre las parejas conyugales. Es decir, la modificación de la fecundidad general se ha producido en una proporción importante en su componente marital.

La edad al matrimonio ha mostrado una elevación poco significativa, cuyo posible efecto sobre la fecundidad ha sido eliminado por una reducción en el intervalo protogenésico. Al respecto, sucesivas encuestas muestran una reducción en este intervalo entre el inicio de la unión conyugal y el nacimiento del primer hijo.

Ahora bien, el análisis de los intervalos genésicos es sumamente interesante porque se hace evidente un incremento de las concepciones prenupciales entre las generaciones de mujeres más jóvenes. Esto, sin embargo, no quiere decir que el embarazo previo al matrimonio sea un comportamiento característico de

los adolescentes ya que, al controlar por edad a la primera unión, una tercera parte de los primeros nacimientos de mujeres unidas de más de 25 años, se conciben antes del inicio de la unión conyugal y representan por tanto, la mayor proporción de embarazos prenupciales.

Junto con la baja en el nivel de fecundidad se produce una disminución en la edad media de la fecundidad que, de alrededor de 30 años, hace dos décadas, llega en 1995 a 27.4 años. Este rejuvenecimiento de la fecundidad se observa claramente en el hecho de que casi 66% de la fecundidad lo aportan las mujeres menores de 30 años.

Ya que se hizo una referencia a la edad a la primera unión, debe decirse que a pesar de mostrar estabilidad, esto no significa que los patrones de nupcialidad hayan permanecido sin cambio. Sin que sea mi intención analizar la nupcialidad, es necesario hacer mención de ésta, porque en los años noventa y cuando la proporción de mujeres unidas que usan anticonceptivos ha llegado a niveles elevados, sin cambios importantes en el uso de anticonceptivos que expliquen el descenso de la fecundidad general observado en estos años, es posible suponer que la nupcialidad se está modificando.

El celibato permanente no muestra cambios significativos, pero se ha producido una mayor ruptura de uniones y la proporción de la población que pospone el inicio de la unión hasta edades cada vez mayores, es un hecho reflejado en la información de censos y encuestas.

Si la crisis y el ajuste están relacionados con la posposición de las uniones y la inestabilidad conyugal, este puede ser un efecto directo sobre la fecundidad, al incidir sobre la disminución del periodo de exposición al embarazo.

En el Cuadro 1 se muestra la evolución de la tasa global y las tasas específicas de fecundidad. El aspecto más importante

es la desaceleración en el descenso que se produce entre 1980 y 1985. La modificación de la tendencia hace difícil sostener que esté relacionada con la naturaleza estrictamente demográfica del descenso; es decir, la disminución mediante la limitación de la fecundidad marital por medio de la anticoncepción en plazos cortos se desaceleraría, ya que se supone que una vez que se logra una baja importante en el número de hijos, resulta cada vez más difícil lograr una disminución adicional hasta eliminar la fecundidad no deseada. Cuando menos este no parece que sea el caso de México, porque hacia 1990 la fecundidad vuelve a descender con el ritmo observado en años anteriores y, precisamente, los especialistas consideran que entre 1987 y 1997, el “incremento observado en la demanda efectiva (de anticonceptivos)... se debió fundamentalmente a la considerable disminución de la demanda insatisfecha” (Tuirán, 1997: 3).

CUADRO I
MÉXICO, TASAS ESPECÍFICAS DE FECUNDIDAD POR EDAD, 1975-1995

<i>Edad</i>	<i>1975</i>	<i>1980</i>	<i>1985</i>	<i>1990</i>	<i>1995</i>
15-19	105	106	84	81	72
20-24	276	203	201	178	155
25-29	269	211	203	169	153
30-34	231	172	142	120	108
35-39	173	122	106	75	61
40-44	74	43	35	21	23
TGF	5.6	4.3	3.9	3.2	2.9

Nota: las tasas han sido calculadas para periodos bianuales definidos por el año t y $t+1$, excepto para 1995.

Fuentes: para 1975, Encuesta Mexicana de Fecundidad; para 1980, Encuesta Nacional Demográfica; para 1985 Encuesta Nacional de Fecundidad y Salud; para 1990, Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica, y para 1995, Encuesta Nacional.

¿Qué sucedió con la fecundidad en la primera mitad de los ochenta? Es posible suponer que si la baja en la fecundidad se

debe al uso de anticonceptivos, la oferta de éstos, originada fundamentalmente en el sector público, disminuye debido los ajustes presupuestales. La situación económica deja sentir su efectos sobre la desaceleración del descenso de la fecundidad observable en el corto plazo a través de un corte transversal como el que se presenta en el cuadro respectivo.

Entre 1982 y 1987 el incremento en el porcentaje de usuarias de anticonceptivos modernos es menor que el estimado entre todos los periodos observados en el Cuadro 1.

Comparto el punto de vista de Martínez Manatou (1997a, 1997b) en relación con el impacto de la crisis sobre la fecundidad a través de la disminución de una oferta de anticonceptivos que anteriormente había logrado limitar los nacimientos de manera significativa.

Un análisis con esta perspectiva debe seguir la evolución en el uso de anticonceptivos y debe poner especial atención en el conjunto total de mujeres en unión conyugal y, dentro de este grupo, calcular la composición por fuente de obtención del método usado, y no sólo restringirse a las usuarias, ya que así puede evaluarse el efecto de la oferta institucional sobre la fecundidad.

Según los datos de las encuestas, la participación del sector privado ha venido disminuyendo de manera más o menos constante, mientras que la oferta del sector público que creció en forma importante antes de 1982, después de este año y hasta 1987, reduce sensiblemente su crecimiento (conforme los datos de la Encuesta de Fecundidad y Salud).

El proceso de esos años ha mostrado que la disminución de la fecundidad se observó incluso entre la población que vive en condiciones desventajosas, como puede ser tanto la población analfabeta como la residente en las localidades rurales, que puede considerarse al margen de los beneficios del desarrollo

Sin embargo, una característica relevante es que las tendencias entre grupos sociales muestran la formación de dos grupos dentro de los cuales se percibe cada vez una mayor homogeneidad. Así por ejemplo, se observa, en el caso del nivel de escolaridad de la mujer, la diferenciación que se produce al concluir la educación primaria y según el tamaño de la localidad de residencia al pasar de localidades de menos de 2 500 habitantes a localidades mayores (Cuadros 2 y 3).

Lo mismo puede decirse de la fecundidad asociada al espacio geográfico, ya que, junto con entidades federativas, cuyas tasas de fecundidad se acercan al nivel de reemplazo, coexisten aquellas con una fecundidad similar a la que se observaba en el país en su conjunto hace más de quince años.

CUADRO 2

RELACIÓN ENTRE LAS TASAS GLOBALES DE FECUNDIDAD SEGÚN NIVEL DE ESCOLARIDAD DE LA MUJER EN CUATRO AÑOS: 1976, 1986, 1992 Y 1996. MÉXICO
(GRUPO DE REFERENCIA= 100.0)

<i>Nivel de escolaridad</i>	1976	1986	1992	1996
No asistió a la escuela	206.7	244.3	212.5	170.8
Primaria incompleta	188.2	225.4	191.7	158.3
Primaria completa	109.7	143.4	129.2	129.2
Secundaria o más.	100.0	100.0	100.0	100.0
	(3.9)	(2.4)	(2.4)	(2.4)

Fuente: Paz, Leonor. Demos 8, 1995 y ENPF-1995, cálculos basados en la historia de embarazos.

CUADRO 3

RELACIÓN ENTRE LAS TASAS GLOBALES DE FECUNDIDAD SEGÚN TAMAÑO DE LA LOCALIDAD DE RESIDENCIA EN 1976, 1986, 1992. MÉXICO
(GRUPO DE REFERENCIA= 100.0)

<i>Tamaño de localidad</i>	1976	1986	1992
menos de 2,500 habs.	167.4	190.0	170.4
2,500 a 9,999	108.7	30.0	133.3
20,000 o más	100.0	100.0	100.0
	(4.6)	(3.0)	(2.7)

Fuente: Paz, *op.cit.*

Esta referencia cronológica no significa que introduzca la idea del “rezago” —tan de moda en las interpretaciones oficiales de los problemas del desarrollo— la cual supone que con el tiempo la marginación irá disminuyendo y la población recibirá los beneficios de la riqueza social. Llama la atención la persistencia de la diferenciación significativa en el nivel de fecundidad, que en términos relativos es muy similar a la que se observaba a principios del periodo analizado; su objetivo es mostrar que la desigualdad creciente, asociada a un modelo económico basado en el libre mercado y el adelgazamiento del Estado, se manifiesta también en la esfera de los fenómenos demográficos.

En los Cuadros 2 y 3 se muestran las tasas globales de fecundidad de las mujeres, según su nivel de escolaridad y tamaño de la localidad de residencia. Para hacer comparaciones se han indexado las tasas en relación con el grupo de menor fecundidad.

Entre los años 1976 y 1986, cuando se produce la más drástica fluctuación económica, la información disponible muestra una ampliación en el diferencial de fecundidad con respecto a 1976, que disminuye en años posteriores entre los grupos extremos. Esta ampliación se debe a la caída en el número medio de hijos entre las mujeres más escolarizadas en los años iniciales del descenso.

Puede verse, por cierto, que después de disminuir su fecundidad de casi 4 hijos a 2.4, este número ha permanecido prácticamente sin cambio en casi diez años; ¿será éste el número ideal de hijos de estas mujeres? La información más reciente parece confirmarlo.

La estabilidad que muestra la fecundidad de estas mujeres con educación secundaria ha hecho que el diferencial entre los cuatro grupos analizados disminuya en los años recientes (Cuadro 3).

Según tamaño de la localidad de residencia se observa la misma situación en cada corte transversal. Lamentablemente, la información de la encuesta más reciente no permite desagregar por tamaño de la localidad para hacer comparaciones.

El análisis detallado de la historia genésica permite ver que la edad de inicio de la maternidad ha variado poco. Al ordenarse a las mujeres por generación y edad al nacimiento del primer hijo, las proporciones de las que se han iniciado en la maternidad antes de los 15, 20, 25, 30 o 35 años (Cuadro 4) prácticamente no se han modificado.

La información presentada proviene de la Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica (ENADID-92), consistente con la información de encuestas anteriores. Estos resultados son importantes porque sugieren lo que ya ha sido comentado en otros textos, es decir, que si bien la fecundidad ha disminuido, esto de ninguna manera ha estado relacionado con una posposición del inicio de la maternidad.

CUADRO 4
PROPORCIONES ACUMULADAS DE MUJERES QUE TUVIERON
A SU PRIMER HIJO NACIDO VIVO ANTES DE ALCANZAR LA EDAD X
DEL TOTAL DE MUJERES SEGÚN GENERACIÓN

<i>Edad X</i>	<i>Generación</i>					
	40-46	47-51	52-56	57-61	62-66	67-71
15	.024	.022	.021	.020	.021	.015
20	.286	.298	.339	.345	.339	.293
25	.598	.611	.648	.643	.615	.593
30	.716	.746	.756	.765	.765	.765
35	.763	.785	.792	.792	.792	.792
40	.774	.797	.797	.797	.797	.797

Fuente: historia de embarazos, Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica - 92 (ENADID)

Convertirse en madre desde muy joven continúa desempeñando el papel más importante para las mujeres mexicanas.

A pesar de las limitaciones que han producido las políticas económicas implantadas, las mujeres no renuncian a la maternidad. La mujer, al salir de su hogar al mercado de trabajo, más que su realización como individuo tiene que ver con la supervivencia de su familia.

Los datos muestran que a pesar de los cambios en la fecundidad su condición de subordinación ha cambiado poco.

Los resultados de cada una de las investigaciones demográficas que analizan la fecundidad señalan que independientemente de que se produzcan fluctuaciones económicas en este país, la fecundidad continúa en descenso.

¿Existen barreras estructurales al descenso de la fecundidad? la evidencia empírica parece mostrar que no. El periodo en que se inicia el descenso responde a factores que tienen que ver con la posibilidad de concretar el deseo de tener menos hijos, lo importante es identificar los elementos que producen esta modificación en las actitudes hacia la fecundidad.

Una hipótesis plausible para explicar este cambio en las motivaciones para tener un determinado número de hijos, parece ser el cambio en el nivel de la mortalidad infantil que hace innecesario que se tengan muchos hijos para garantizar la supervivencia de unos cuantos. Así, los cambios producidos en la mortalidad infantil parecen confirmar la hipótesis de que una disminución de esta variable es una precondition para la disminución de la fecundidad.

Sin embargo, garantizar la supervivencia de los hijos tiene motivaciones económicas. En la primera encuesta nacional de fecundidad hecha en este país (Encuesta de Fecundidad Rural de 1969-1970) se indagó sobre las ventajas y desventajas de tener un elevado número de hijos. La razón principal para tener

muchos hijos, la constituía asegurar que algunos sobrevivieran y la mayor ventaja era la posibilidad de que alguno(s) de ellos se encargara(n) de cuidar a sus padres cuando viejos.

Los cambios de los años setenta, cuando el auge petrolero hacía prever un escenario optimista, podían impulsar un cambio de actitudes hacia el futuro en relación con la fecundidad y el papel económico de los hijos, o para ponerlo en la terminología propuesta por Caldwell (*op.cit.*) implicaban un escenario favorable para suponer un cambio en el flujo de riqueza entre las generaciones.

En las encuestas posteriores se ha indagado menos sobre las motivaciones para tener determinado número de hijos, pero la información disponible muestra que las motivaciones principales para usar anticonceptivos son: a) dar mayor atención a los hijos, ya que más de la mitad de las mujeres en todos los grupos de edad así lo consideran y b) mejorar la situación económica.

Vale la pena mencionar que dar mayor libertad a la mujer constituye una de las razones menos importantes.

El incremento en el uso de anticonceptivos ha sido suficientemente documentado, pero lo que ha sido poco analizado, son las motivaciones entre los grupos sociales que permitan establecer lo que podrían denominarse los patrones culturales de la reproducción, en los cuales la limitación de los nacimientos es fundamental.

Junto con las motivaciones para limitar la fecundidad en el nivel social, el incremento en el uso de anticonceptivos parece estar relacionado con la cantidad de recursos dedicados al programa de planificación familiar

Debe mencionarse que el número de hijos deseados ha disminuido junto con el incremento en el uso de anticonceptivos. Sin embargo, el cambio en el número de hijos ha sido de tal magnitud que, para que no se incremente la denominada demanda

insatisfecha de anticonceptivos, será necesario que la oferta se incremente, pero las condiciones económicas no permiten suponer que la población tenga acceso a ellos por medio del mercado.

¿Cuál es la explicación del cambio en la conducta reproductiva? ¿En qué medida los cambios en el nivel económico son suficientes para explicarlo? El incremento en los niveles de escolaridad entre 1970 y 1995, así como el incremento en la participación de la mujer en la actividad económica pueden ser elementos de la estructura social que expliquen la disminución en el número de hijos.

Sin embargo, el estatus social de la mujer en el espacio doméstico a pesar de que se ha modificado, todavía la ubica en una situación de subordinación que se hace evidente en los datos de la Encuesta de Planificación Familiar-95 (Cuadro 5).

La teoría ha planteado que la posibilidad de controlar la fecundidad permitiría a la mujer modificar las relaciones de poder en la familia; esta situación dista mucho de ser la que se observa en México.

La subordinación que expresan las mujeres unidas, en relación con sus esposos, se muestra en el Cuadro 6. Los comentarios parecen innecesarios.

En estas condiciones ¿de qué ha servido que las mujeres controlen su fecundidad?, ¿en qué medida su participación en el mercado de trabajo ha mejorado su condición?

Estas son preguntas fundamentales que hay que responder, porque en el proceso de ajuste estructural las políticas económicas han afectado de manera sustantiva a la población femenina y especialmente a las madres de familia. Sin embargo, este es un tema que supera las intenciones de este texto.

Para terminar, he querido reiterar un argumento expresado con anterioridad, en el sentido de que la disminución de la mortalidad infantil, y por tanto, el incremento en la supervivencia de

los hijos, es un hecho previo al descenso de la fecundidad que lo explica en una proporción importante.

El problema en términos de políticas sería determinar a través de qué intervenciones es posible lograr una disminución de las tasas de mortalidad infantil, y si en las actuales condiciones esto puede lograrse.

La literatura demográfica es suficientemente ilustrativa al respecto. En el nivel del hogar, modificaciones en el nivel de escolaridad de la madre, o simplemente el paso a la condición de alfabeta se encuentran asociadas con menores niveles de mortalidad infantil. Mejorar las condiciones de vida de la población y especialmente incrementar la supervivencia de los niños constituye una prioridad de política social y un elemento para justificar la intervención pública en el ámbito de las políticas de población más allá de la ampliación de la oferta de anticonceptivos por medio de los programas de salud materno infantil.

CUADRO 5
PARTICIPACIÓN PORCENTUAL EN LA TOMA DE DECISIONES EN LA PAREJA

	<i>Cuántos hijos tener</i>		<i>Gastos cotidianos</i>		<i>Relaciones sexuales</i>	
	<i>Él</i>	<i>Ambos</i>	<i>Él</i>	<i>Ambos</i>	<i>Él</i>	<i>Ambos</i>
15-24	12.2	83.0	16.0	71.3	16.3	81.8
25-34	10.5	83.9	8.4	79.0	13.2	84.8
35-44	10.1	79.8	9.6	72.2	16.6	79.4

Fuente: *Encuesta Nacional de Planificación Familiar -95 (ENPF)*

CUADRO 6
PORCENTAJE DE MUJERES QUE PIDEN PERMISO A SU MARIDO PARA

<i>Grupos de edad</i>	<i>Salir sola</i>	<i>Hacer gastos cotidianos</i>	<i>Visitar amigos</i>	<i>Visitar familiares</i>	<i>Trabajar</i>	<i>Usar anticonceptivos</i>
15-24	75.3	58.1	64.1	64.7	47.2	57.6
25-34	62.6	46.5	48.8	52.5	37.4	45.6
35-44	65.8	52.9	48.9	57.9	36.7	47.6

Fuente: Historia de embarazos, *Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica-92 (ENADID)*

OBRAS CONSULTADAS

- Basu, Alaka Malwade (1997). "The 'Politicization' of Fertility to Achieve Non-Demographic Objectives". *Population Studies*, vol. 51, núm.1. pp.5-18.
- Caldwell. John C., ed. (1977). *The Persistence of High Fertility*. Canberra, The Australian National University/Department of Demography.
- Coale, Anslev y Edgar Hoover (1965). *Crecimiento de la población v desarrollo económico*. México, Limusa-Wiley.
- Gallagher, Sally, Randall G. Stokes y Andy B. Anderson (1996). "Economic Disarticulation and Fertility in Less Developed Nations". *The Sociological Quarterly*, vol. 37, núm.2. pp.227-244.
- Higgins, Matthew y Jeffrey G. Williamson (1997). "Age Structure Dynamics in Asia and Dependence on Foreign Capital". *Population and Development Review*. vol. 23, núm.2. pp.261-293.
- Henry, Louis (1953). *Fécondité des mariages. Nouvelle méthode de mesure*. INED. París, Presses Universities de France. Travaux et Documents. Cahier núm.16.
- Lee, Ronald (1990). "La reacción demográfica ante las crisis económicas en poblaciones históricas y contemporáneas". *Boletín de Población de las Naciones Unidas*, núm.29. pp.1-19.
- Martínez Manautou, Jorge (1997a). "Algo Anda Mal en Planificación Familiar". Carta sobre Población. Año 4, núm.22, agosto.
- _____ (1997b). "La Planificación Familiar". *Demos*. núm.10. pp.37-38.
- National Research Council (1993). *Demographic Effects of Economic Reversals in Sub-Saharan Africa*. Washington, National Academy Press.
- Palloni, Alberto, Kenneth Hill y Guido Pinto Aguirre (1996). "Economic Swings and Demographic Changes in the History of Latin America". *Population Studies*, vol. 50, núm.1, marzo. pp.105-132.

- Paz, Leonor (1995). "Fecundidad". *Demos*, núm.8. pp.6-8.
- Potter, Joseph E. (1996). "Social and Economic Consequences of Rapid Fertility Decline in a Period of Economic Crisis". *Texas Population Research Center Papers*. Paper núm. 96-97-03. The University of Texas.
- Simon, Julian L. (1974). *The Effects Of Income On Fertility*. University of North Carolina at Chapel Hill/Carolina Population Center.
- Tuirán R. (1997). ¿Algo anda mal en planificación familiar? *Este País*, núm.81, diciembre. pp.46-53.
- Welti, Carlos (1997). "Cambios en la fecundidad". *Demos*, núm.10. pp. 16-18.

MORTALIDAD Y CRISIS EN MÉXICO

*Carlos J. Echarri**

INTRODUCCIÓN

En la segunda mitad del siglo XX, México experimentó un notable proceso de cambio socioeconómico que trajo consigo una mejora significativa en los estándares de vida de la población. Estos cambios han sido considerados como causas muy importantes de las transiciones demográfica y epidemiológica que la sociedad mexicana ha estado experimentando.

De los años cuarenta a los setenta, México se transformó muy rápidamente de un país predominantemente rural y agrario en uno urbano e industrial. En estas décadas y hasta el inicio de la crisis económica, al principio de los ochenta, la economía mexicana conoció altas tasas de crecimiento acompañado de una decreciente desigualdad del ingreso y de pobreza. Las siguientes son algunas de las transformaciones más importantes: el porcentaje de la fuerza de trabajo en la agricultura disminuyó marcadamente, la población urbana casi se triplicó, el alfabetismo y la instrucción básica se generalizaron y se mejoraron las condiciones de las viviendas, medidas a través de indicadores como la disponibilidad de agua entubada y drenaje, número de ocupantes

* Profesor-investigador del Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, El Colegio de México.

por cuarto y calidad de los materiales. Sin embargo, los niveles desiguales del ingreso y pobreza en el punto de inicio eran tan grandes, que los niveles de los ochenta eran aún muy altos. Además, el desarrollo mexicano ha sido un proceso muy heterogéneo. La industrialización y la urbanización coexisten con la dispersión rural y la producción agrícola orientada a la subsistencia persiste en partes del país.

La crisis de 1982 (y las recurrentes de 1986 y 1994-95), así como las políticas puestas en marcha para confrontarlas, han revertido las tendencias decrecientes en pobreza y desigualdad. La incidencia de la pobreza es mayor ahora; el ingreso y la riqueza se concentran de manera aún más desigual así como el subempleo y el desempleo han aumentado.

Las relaciones entre la crisis económica y las respuestas demográficas en México se han estudiado principalmente desde el punto de vista antropológico, pero se han desarrollado pocos intentos para establecer las repercusiones de la crisis en los niveles de mortalidad, objetivo del presente artículo.

Es necesario advertir que para el mejor entendimiento de este trabajo debe tomarse en cuenta la cuestión de cómo la evolución macroeconómica explica el crecimiento de la pobreza desde 1983; pero, al mismo tiempo, cómo otras áreas de las condiciones de vida continuaron mejorando, aunque a una tasa menor. Esto nos permite postular la hipótesis de que dos fuerzas de direcciones opuestas operaban en la determinación de los niveles de mortalidad en este periodo. Por un lado, la pobreza significa que en algunas áreas, las condiciones de vida de la población se deterioraron, particularmente el consumo de alimentos y acceso al cuidado de la salud para aquellos sin seguro social. Este deterioro aumenta la mortalidad. Por el otro lado, aquellas condiciones de vida que dependen del gasto público (educación, atención a la salud, agua potable, drenaje y electricidad) o

que tienen un carácter de *stock*, como la vivienda, continuaron mejorando durante el periodo en estudio. Estas mejoras redujeron los niveles de mortalidad. Como consecuencia, las tasas de mortalidad fueron sujetas a fuerzas hacia arriba y hacia abajo; la hipótesis debería concluir que el resultado esperado sería una disminución sustancial de la tendencia decreciente de los niveles de mortalidad en México.¹

Esta hipótesis se contrasta con la evidencia disponible. Si bien no se construye un modelo formal para probar la hipótesis, lo cual requeriría tiempo adicional, la evidencia encontrada es suficientemente fuerte para concluir que, con las reservas requeridas, dada la falta de pruebas formales, las repetidas crisis económicas y las políticas sociales puestas en marcha desde 1983 dieron como resultado una mezcla de consecuencias para las condiciones de vida de la población mexicana, deteriorando algunos aspectos, pero a la vez, permitiendo una continuación más lenta de la mejora de otras, lo cual, a su vez, resultó en la modificación de la tendencia descendiente de tasas de mortalidad en grupos de edad y causas cruciales, al generarse un estancamiento durante un periodo de cinco años o más en los ochenta. La hipótesis propone también que el impacto en la mortalidad por un descenso en las condiciones de vida, las cuales dependen del ingreso corriente, es del tipo desfasado. Existen dos razones: el consumo no cae tan rápido como el ingreso, debido al ahorro, préstamos y ayuda mutua, y, una ingesta deteriorada o un acceso difícil a los sistemas de cuidado a la salud puede tomar años antes de que se exprese en las estadísticas de mortalidad. Además,

¹ Podría postularse que si la mayoría o todas las condiciones de vida se deterioraran, la mortalidad aumentaría. En México los científicos sociales se sorprendieron cuando las tasas de mortalidad para 1983 y 1984 continuaron bajando. Pero en ese entonces no sabíamos que algunas condiciones de vida estaban mejorando.

puede haber factores independientes en acción, que podrían contribuir a menores tasas de mortalidad con las mismas condiciones de vida (por ejemplo, el avance médico).

En la tercera sección se analizaron los cambios en las características de la mortalidad por causas en el nivel individual, tratando de ligarlas a los efectos hipotéticos de la crisis. Es importante mencionar que, a nuestro conocimiento, es la primera vez que se realiza un análisis de la relación entre crisis económica y mortalidad a escala desagregada, con la información más reciente de las estadísticas vitales. Finalmente, en la cuarta sección, se discuten los resultados.

EVOLUCIÓN DE LAS TASAS DE MORTALIDAD POR GRUPOS DE EDAD. LAS LIGAS CON LA CRISIS

Evolución de las tasas de mortalidad

En el Cuadro 1 se muestran las tasas de mortalidad por grupos de edad y causas principales para el periodo 1979-1995. Este apartado se centra en la evolución de las causas de mortalidad para todas las causas. El objetivo es desarrollar las hipótesis presentadas en la introducción sobre el impacto de la crisis en la mortalidad.

Una nota de precaución sobre la calidad de los datos: si bien ha habido un importante avance en la certificación por la causa de muerte (mostrada por la reducción de la proporción de causas no especificadas de 7% en el inicio del periodo a 1.7%, y en el aumento en la certificación médica: de 86% a 95%) aún hay problemas con la cobertura de los hechos vitales que afectan particularmente la mortalidad infantil. Para este grupo de edad, el subregistro se ha calculado aproximadamente en 40%.

La tasa de mortalidad infantil (TMI) se muestra en el Cuadro 2. Aunque en este caso se generan problemas de subregistro, los cuales subestiman los niveles de la mortalidad, la tendencia en el tiempo puede considerarse más confiable. Al mirar todas las causas, el periodo de la TMI se puede dividir en tres secciones. La primera puede etiquetarse como de “muy rápido descenso” y va de 1979 a 1985, un periodo de seis años donde esta tasa bajó 31%, de 4 265.9 a 2 944.9 fallecimientos por cada 100 000. El segundo, de 1985 a 1990, y se puede llamar “estancamiento” al presentarse una caída de menos de 2%. Finalmente, el tercero que puede ser calificado de “rápida disminución”, al bajar las tasas de la TMI de 2 890.7 a 2 145, una reducción de 25.8%. Cabe señalar que la disminución durante el periodo de estancamiento sólo representa 2.6% del descenso total, mientras que en las primeras etapas se logra 62.3% del total.

La tasa de mortalidad preescolar (TMP, 1-4 años de edad) que tiene menores problemas de subregistro, muestra un patrón de comportamiento ligeramente diferente (Cuadro 3). También en este caso se pueden identificar tres periodos: el primero, “disminución muy rápida” comprende sólo tres años, y el nivel baja de 365.5 a 251.8 por 100 000, una disminución de 31%. El segundo, “estancamiento en la TMP”, va de 1982 a 1990 y significa una disminución muy pequeña, de solamente 25.3 puntos, que representan 10% en un periodo de ocho años. El tercero, de 1990 a 1995, “caída rápida en la TMP” implica una reducción de 46.9%, un promedio anual de 9.38%.

La mortalidad en edad escolar, (TME, 5-14 años) muestra tres etapas distintas: la primera, “caída muy rápida en la TME” va de 1979 a 1983, cuando la tasa pasa de 87.4 por 100 000 a 62.9, una caída de 28% en 4 años. En la segunda etapa, “estancamiento en la TME” que va de 1983 a 1990, de manera similar a los dos grupos anteriores, la tasa disminuye de manera muy lenta, de

62.9 a 55.7, una caída de 11.4% en 7 años. Finalmente, otra vez una “caída rápida en la TME” —de 33.6%— ocurre en el periodo 1990 a 1995.

En la evolución de la mortalidad en edades productivas (TMPR, 15-64 años) pueden distinguirse dos etapas: primero un periodo de “descenso constante de la TMPR”, de 1979 a 1990 en el cual la tasa disminuyó de 443.5 por 100 000 a 315.4 en 1990, 28.9% en 11 años. El otro es de “estancamiento en la TMPR” y muestra un descenso muy lento en la tasa, de 5.9% en cinco años.

Finalmente, en las edades posproductivas (TMPP, 65 y más años) no encontramos ninguna tendencia significativa. El estancamiento es el rasgo característico encontrado a lo largo del periodo analizado. Sin embargo, hemos encontrado dos subperiodos. En el primero, de 1979 a 1989, la tasa de mortalidad pasa de 5 687.7 a 5 590.6, una reducción de menos de 2% en 10 años. Esto implica una tasa casi constante. De 1989 a 1995 se presenta una reducción significativa, para finalizar en 5 183.1, una reducción promedio anual de 7.3%, a la que aún llamamos estancamiento, puesto que implica una reducción anual de sólo 1.22% en promedio.

Como un promedio ponderado de las tasas de mortalidad por edad, donde los pesos están siendo transformados suavemente por la transición demográfica, la mortalidad general —que no ha sido estandarizada— presenta una tendencia decreciente, interrumpida en la segunda mitad de los ochenta. De 1979 a 1986, que llamamos “periodo de descenso rápido I”, la tasa disminuye 21% en un lapso de siete años. De 1986 a 1990, el “periodo de estancamiento”, la tasa baja solamente 2.8% en cuatro años. En los últimos años del periodo, la tendencia decreciente se recupera pero sin la suficiente fuerza, descendiendo de 506.4 en 1990 a 469.7 en 1995, 7.2% en cinco años, un promedio de 1.45% anual.

El siguiente cuadro resume la periodización hallada para cada grupo de edad:

ETAPAS HALLADAS EN LA EVOLUCIÓN DE LAS TASAS DE MORTALIDAD POR EDAD

<i>Grupos</i>	<i>Periodos</i>		
Infantil	prom: 5.2% muy rápido 79-85	prom: 0.33% estancamiento: 85-90	prom: 5.2% muy rápido: 90-95
Preescolar	prom: 10.3% extrem. rápido : 79-82	prom: 1.25% estancamiento: 82-90	prom: 9.4% extrem. rápido: 90-95
Escolar	prom: 7.0% muy rápido 79-83	prom: 1.62% estancamiento: 83-90	prom: 6.7% muy rápido 90-95
Productiva	prom: 2.63% constante : 79-90		prom: 1.18% Estancamiento: 90-95
Posproductiva	prom: 0.17% estancamiento: 79-89		prom: 1.22% estancamiento : 89-95
General	prom: 3.0% rápido: 79-86	prom: 0.7% estancamiento: 86-90	prom: 1.45% estancamiento: 90-95

Fuente: elaboración propia.

Hipótesis general del impacto de las condiciones de vida en la mortalidad

Como se vio en la primera sección, la evolución de las tres variables macroeconómicas clave (la tasa de dependencia, el producto promedio por trabajador y la participación de los trabajadores en el producto) explica el crecimiento de la pobreza en México desde 1983. Al mismo tiempo se mostró cómo otras áreas de las condiciones de vida de la población mexicana continuaban mejorando a lo largo de los ochenta, a pesar de la recesión, pero más lentamente.

En la subsección precedente se describió la evolución de la mortalidad por edad. Ahora se trata de resumir las conclusiones que se derivan de tales descripciones. Una vez que se separa la mortalidad en edad posproductiva, tales descripciones no tienen

una clara tendencia a la baja en el periodo estudiado, puede decirse que todas las demás tasas tienen una tendencia decreciente y, al mismo tiempo, un subperiodo de estancamiento. Pero, mientras que las tasas infantil preescolar y escolar tienen un comportamiento común, consistente en un descenso rápido, estancamiento y una recuperación de la tendencia decreciente, la reducción en mortalidad en edades productivas se detiene después (al principio de los noventa) y hasta ahora no ha mostrado signos de recuperación. Como consecuencia, la mortalidad general refleja el comportamiento de los tres primeros grupos con la diferencia de que la fase de recuperación tiene un ritmo mucho más lento.

Aquí se presenta un doble reto: explicar la interrupción de la tendencia decreciente en las tasas (para un periodo de 5 años en la TMI, de 8 en la TMP y 7 en la TME; todas ellas finalizan en 1990) y luego, explicar el reinicio de la tendencia. También se tendría que explicar por qué la mortalidad en edades productivas se estanca más tarde, cuando los grupos más jóvenes están recuperando su tendencia anterior.

Periodo de estancamiento. Con base en la evidencia anterior, postulamos la hipótesis de que dos fuerzas de direcciones opuestas actuaban en la determinación de las tasas de mortalidad en los ochenta. Por un lado, el aumento de la pobreza expresa el deterioro en algunas áreas de las condiciones de vida, particularmente el consumo de alimentos y acceso al cuidado de la salud para aquellos sin seguro social. Este deterioro aumenta la mortalidad. Por el otro, aquellas condiciones de vida que dependen del gasto público (educación, atención a la salud, agua potable, drenaje y electricidad) o que tienen un carácter de *stock*, como la vivienda, continuaron prosperando durante el periodo en estudio. Estos avances redujeron los niveles de mortalidad. Como consecuencia, las tasas de mortalidad fueron sujetas a fuerzas ha-

cia arriba y hacia abajo; la hipótesis debería concluir que el resultado esperado sería una disminución sustancial de la tendencia decreciente de los niveles de mortalidad en México.

El periodo 1990-1995 es sobresaliente a causa de la recuperación simultánea de las tendencias descendientes en las tasas de mortalidad de los tres grupos más jóvenes de población. En cuanto a las condiciones de vida, hemos visto en las secciones previas que: aunque la pobreza por ingreso aumentaba todavía de 1989 a 1994, lo hacía a una tasa muy baja, especialmente si uno lo compara con el ritmo de 81-84-89; y que una de las explicaciones de este aumento era un aumento en la concentración del ingreso, que estaba asociada en este periodo con un crecimiento económico lento pero positivo (que significó que incluso si la pobreza aumentaba, los grupos no pobres, o por lo menos algunos de ellos, estaban mejorando sus condiciones de vida) (Boltvinik, 1994).²

Por otro lado, la muy impresionante evolución de algunas condiciones de vida específicas (no directamente asociadas con ingresos corrientes) en el periodo 1990-1995. Miremos algunos de ellos. Por ejemplo, tomemos los servicios de la vivienda (drenaje, agua entubada y electricidad). El porcentaje de viviendas que tienen los tres servicios en el ámbito normativo (agua entubada dentro de la casa, drenaje conectado a la red pública o a fosa séptica y electricidad) pasó de 31.1% en 1970 a 39.7% en 1980, a 45.5% en 1990, y a 51.5% en 1995. Si uno divide cada porcentaje entre el anterior, las razones obtenidas son: 1.28, 1.15 y 1.13, habiendo sido alcanzada esta última en sólo cinco años, reflejando así una tasa de cambio mucho más rápida que la al-

² En Boltvinik, capítulo 12, puede verse que aunque uno pasa de clase media a alta, hay un aumento en la esperanza de vida de la población, de tal manera que una mejora en las condiciones de vida de las clases medias o aun altas superiores puede tener un impacto en la reducción de tasas específicas de mortalidad.

canzada en los ochenta, y semejante a la observada en los setenta. En el otro extremo, la evolución de los porcentajes de viviendas que carecen de los tres servicios en el nivel requerido es: 1970: 35.8 %, 1980: 19.1 %, 1990: 10.7 %, 1995: 5.8 %. Otra vez, al dividir entre la cifra anterior, obtenemos 0.53, 0.56 y 0.54, mostrando que la reducción en el nivel extremo de privación de servicios en los últimos cinco años es tan grande como en las décadas anteriores, o de doble de rápido por unidad de tiempo.

En el aspecto educativo, la evolución de la proporción de adultos (de 15 años de edad de adultos y más) que no completó la escuela primaria era la siguiente: 1970: 70.5 %, 1980: 48.3%, 1990: 37.0 %, y 1995: 31.6 %. Nuevamente, al dividir entre el porcentaje anterior, pero también restando de uno, se obtiene lo siguiente: 0.31, 0.23, y 0.15, demostrando otra vez, cómo en los últimos cinco años se recupera la tasa de cambio de los setenta.

Así, en el periodo 1990-1995, las condiciones específicas de vida mejoraron muy rápidamente (un paso de cambio lento a rápido) y el empeoramiento de ingresos casi se detuvo (un paso de empeoramiento rápido a lento y al estancamiento en el periodo 1992-1994). Estos cambios fueron seguidos inmediatamente por una aceleración en las tendencias de la mortalidad.

La evidencia analizada en la sección previa es suficientemente fuerte para sostener, por lo menos en lo que concierne a los tres grupos más jóvenes de población, y con las reservas apropiadas, hasta que se realicen pruebas formales, que: las crisis económicas recursivas y las políticas económicas y sociales aplicadas desde 1983 tuvieron como resultado un desempeño mixto en las condiciones de vida de la población mexicana, empeorando algunos aspectos y permitiendo una mejora continuada pero más lenta de algunos otros; tal desempeño tuvo en cambio, como resultado, la modificación de la tendencia descendiente en tasas cruciales de mortalidad por edad y causa, las cuales se estancaron durante

un periodo de cinco o más años en los ochenta. En cuanto la economía comenzó a crecer, y la mejora en las condiciones de vida específicas recuperó la velocidad alcanzada en los setenta, la disminución en las tasas de mortalidad recuperó el ritmo de los setenta, a pesar de un crecimiento leve en la pobreza.

La hipótesis establece también que el impacto en la mortalidad de un descenso de esas condiciones de vida, dependientes de los ingresos corrientes, es un impacto retrasado. Existen dos razones: *a*) el consumo no cae tan rápidamente como los ingresos, debido al ahorro, la posibilidad de préstamos y ayuda mutua; y *b*) una dieta empeorada o un peor acceso a sistemas de cuidado de la salud, quizá lleven algunos años antes de que se expresen en las estadísticas de mortalidad. Además, quizás haya fuerzas independientes actuando, las cuales provocan reducciones en las tasas de mortalidad en el mismo nivel de condiciones de vida (e. g. avances médicos o expansión del cuidado de la salud).

Una prueba estadística formal de la hipótesis está más allá de nuestro alcance presente porque:

1) Los datos para calcular las condiciones de vida en el nivel de hogar en México no están disponibles anualmente, sino cada 4 o 5 años, y en muchos casos, cada 10 años. Esto hace muy difíciles las asociaciones empíricas con tasas de mortalidad.

2) El método adecuado para asociar ambos conjuntos de variables sería construir un modelo recursivo donde las tasas de mortalidad sean una función de las condiciones de vida y las condiciones de vida sean una función de condiciones específicas de vida (los ingresos, la educación, vivienda, servicios de la vivienda, etc.). La posibilidad de tener estos cálculos con una base anual son todavía remotas. Técnicamente no es imposible (por lo menos para la mayor parte de la población urbana) ya que es posible usar la Encuesta Nacional de Empleo Urbano para este

propósito (que nadie ha hecho todavía). Naturalmente, otras variables tendrían que introducirse en el modelo, pero las áreas rurales permanecerían fuera del modelo, a menos que alguna solución se encuentre.

3) La desagregación por causas de muerte, presentada en la siguiente sección, resulta por evidencias contradictorias, algunas de ellas, sustentando las hipótesis, pero otras las rechazan. Esto hace necesario un análisis adicional.

EVOLUCIÓN DE LAS TASAS DE MORTALIDAD POR CAUSA

En esta sección se analiza la evolución de tasas específicas de mortalidad por causa, para los grupos de edad infantil (0-1), juvenil (1-4), escolar (5-14), productivo (15-64) y postproductivo (65 +) para el periodo 1979-1995, como complemento al análisis general por grupo de edad realizado en la sección previa. Se destaca la cambiante estructura relativa de causas de muerte dentro de cada grupo de la edad. La falta de disponibilidad de los datos nos impidieron desagregar las tasas por sexo o región.

Al desagregar las causas de muerte dentro de cada grupo de edad, se trata de profundizar en la comprensión de los mecanismos que conducen a la muerte. Esta investigación se puede considerar como una búsqueda abierta o bien como una búsqueda específica para contestar las dos siguientes preguntas, dada la aceptación de la hipótesis presentada en la sección previa (las condiciones de vida son la fuerza principal detrás de los cambios en las tasas de mortalidad); la primera es: ¿a través de qué canales, un cambio en las condiciones de vida producen un estancamiento o empeoramiento de las tasas de mortalidad? y la segunda, ¿están todas las causas de muerte asociadas con las condiciones de vida, aun las enfermedades del corazón, el cáncer

y los accidentes, o solamente lo están las enfermedades transmisibles o las llamadas “enfermedades de la pobreza”?

La evolución de la tasa bruta de mortalidad se ha analizado previamente. Se debe tener en mente que el envejecimiento de la población está interactuando con la transición epidemiológica, de tal manera que se espera que esta tasa aumente en el futuro. En el Cuadro 1 puede apreciarse que desde 1988 hasta 1995, las enfermedades circulatorias eran la principal causa de muerte para todas las edades; del cuarto grado que ocuparon en 1980, fueron creciendo en importancia. La segunda causa era neoplasmas, los cuales han adquirido más relevancia en el pasado reciente, puesto que era la sexta causa en 1979. En cambio, las lesiones han reducido su importancia relativa: en la primera mitad de los ochenta representaban la principal causa de muerte. La neumonía e influenza han reducido también su participación, de 9% en 1979 a 4.6% en 1995, ocupando en este año el octavo lugar. El factor que representa más claramente la transición epidemiológica es la evolución de las diarreas como causa de la muerte: pasaron del primer sitio en 1979 al treceavo en 1995. Los homicidios han permanecido en el décimo puesto hasta 1991 y ahora están en el noveno. Finalmente, las deficiencias de micronutrientes tienen un crecimiento pronunciado como causa relativa de muerte, pasando de 1% de todas las muertes en 1979 a 3.3% en 1988 y 2.4% en 1995, representando la décima causa en importancia.

Si consideramos la distribución de causas de muerte en el periodo infantil (Cuadro 2), se puede ver que en los últimos 17 años, las condiciones perinatales han sido la principal causa de muerte. Desde 1993 las anomalías congénitas están en el segundo lugar, mientras que anteriormente las diarreas y la neumonía e influenza tenían mayor importancia. A pesar del hecho de que las muertes infantiles que ocurren entre los grupos menos privilegiados, especialmente en las áreas rurales, son precisamente las

que tienen mayor probabilidad de ser subregistradas, y la tendencia del subregistro es descendente, la subestimación de estas causas de muerte puede estar cayendo dramáticamente. No obstante, se debe mantener mucha cautela al analizar estas cifras.

En lo concerniente a la mortalidad preescolar (Cuadro 3), las enfermedades contagiosas desde 1992 fueron de nuevo desplazadas del primer lugar como causa de muerte; en 1995, la primera causa en el grupo de edad 1-4 eran los accidentes, seguidos por la neumonía e influenza y diarreas. Estos últimos dos grupos de causas descendieron dramáticamente en el total de muertes preescolares, mientras que los accidentes han triplicado su participación desde 1979.

También los accidentes son la principal causa de muerte en el grupo 5-14, seguido por neoplasmas, anomalías congénitas, neumonía e influenza, homicidios y diarreas. Si bien las enfermedades transmisibles han presentado una marcada reducción en el periodo, los homicidios alcanzaron un pico en 1991, y las tasas para 1995 son semejantes a las de 1983-1984 (Cuadro 4).

Un grupo de la edad en que estamos particularmente interesados, dado su diferente patrón de comportamiento, es el grupo de edades productivas (15-64). Otra vez, en este grupo, los accidentes representan la primera causa de la muerte en 1995, y han estado en esta posición durante todo el periodo en estudio (Cuadro 5). De hecho, el orden de las causas de muerte ha permanecido bastante constante, con neoplasmas en el segundo lugar y enfermedades circulatorias en el tercero, seguido por cirrosis, diabetes y homicidio. Éstas han sido las seis causas principales desde 1979, con una tendencia inicial creciente para accidentes, alcanzando un máximo en 1981, y descendiendo después; los neoplasmas crecieron hasta 1988, y presentaron ligeras reducciones hasta 1995. Mientras que la cirrosis y los homicidios mostraron reducciones de cerca de un séptimo en las

tasas correspondientes, las de diabetes obtuvieron un incremento constante e importante.

Finalmente el último grupo de edad —postproductiva, 65 años y más— presenta una preeminencia de enfermedades no transmisibles como causas de muerte (Cuadro 6), siendo las más importantes las enfermedades circulatorias, neoplasmas y diabetes, seguidas por la neumonía e influenza, bronquitis, cirrosis y los accidentes.

Otra relación hipotética, ligando las condiciones de vida y las tasas de la mortalidad, además de la que se destacó en la sección anterior, podría operar mediante el estrés social inducido por el desempleo y subempleo, teniendo como resultado un aumento en tasas de mortalidad asociadas con el alcoholismo, como cirrosis, accidentes, homicidios y suicidios. La cirrosis muestra un incremento durante la primera crisis, una reducción durante la segunda y una leve tendencia al alza (0.4%) en la crisis de 1995 (Cuadro 7). En contraste, los accidentes muestran reducciones anuales importantes en los tres periodos de crisis. Las causas relacionadas con el alcohol y otras drogas también podrían tener consecuencias por un efecto de demora (*lag effect*, en inglés), pero la mortalidad por accidentes muestra una tendencia decreciente estable.

La evolución de la diabetes como causa de muerte apoya la hipótesis de que la crisis económica podría afectar la mortalidad mediante un empeoramiento del cuidado de la salud, relacionado no a enfermedades transmisibles, sino a otras que requieren cuidados constantes y necesidades dietéticas especiales, que no pueden ser logrados correctamente en periodos de crisis.

La hipótesis relacionada con la nutrición, en cambio, parece ser más plausible: las tasas de mortalidad por deficiencias nutricionales presentan incrementos muy importantes durante periodos de crisis junto con reducciones en años de bonanza. La

mortalidad causada por anemias muestra incrementos leves en las crisis de 1985-1988 y 1995, pero también durante el periodo de recuperación de 1983-1985. Esto podría ser causado por efectos de demora.

Se verá ahora qué pasa en los diferentes grupos de edad. Para el primero, aun considerando los problemas de calidad de los datos, la tasa de mortalidad infantil duplicó de hecho la tasa anual de reducción en 1995, pero también es verdad que la tendencia hacia abajo era mucho más lenta durante la crisis de 1985-1988 (-2%), comparada con el periodo de bonanza precedente, - 5.1% (Cuadro 8). En este grupo de edad, la relación entre crisis y enfermedades transmisibles no es muy clara: durante años de crisis ocurrieron reducciones muy importantes en neumonía e influenza, bronquitis, infecciones respiratorias agudas (IRA) y diarreas, donde el efecto de demora es dudoso.

En contraste, la relación con la “hipótesis de carencia” parece sustentarse: la proporción de muertes causadas por deficiencias nutricionales aumentó 7.8% en 1995, comparado con una reducción de -0.8% en el periodo previo. Un caso semejante es el de anemias, que después de una reducción anual de más de 10% durante los años de bonanza de 1988-1992, aumentó 3.5% anualmente en 1993-1994 y 5.2% en 1995. La mortalidad por accidentes también muestra un aumento importante (7.2 %) en 1995 después de una reducción leve en los años previos.

En el periodo preescolar, de nuevo las enfermedades transmisibles no parecen tener una relación directa con la crisis económica: diarreas, neumonía e influenza y bronquitis muestran una tendencia decreciente en años de crisis (Cuadro 9). La excepción son las IRA, que en 1995 invirtieron la tendencia en una manera muy brusca, pero esta causa creció también más de 9% anualmente durante la recuperación de 1983-1985. Las deficiencias nutricionales y la anemia presentan las tendencias esperadas:

incrementos impresionantes de cerca de 20% anuales ocurrieron en 1995, mientras que se observan reducciones de cerca de 11% durante años de bonanza. Los accidentes y el homicidio no muestra el patrón esperado: reducciones en años de crisis e incrementos en periodos de bonanza.

En el grupo de edad 5-14 (Cuadro 10), las enfermedades transmisibles presentan un comportamiento heterogéneo: mientras que las tasas de mortalidad por bronquitis se reducen en casi un quinto en 1995, la neumonía e influenza han aumentado 9.8% anualmente y las diarreas 0.5 %; las tres causas disminuyeron durante periodos de bonanza. Las deficiencias nutricionales y anemias aumentaron en 1995, pero la primera causa presentó un impresionante 43% de crecimiento anual durante la crisis precedente. En contraste, los accidentes y los homicidios redujeron sus tasas en 1995, aunque los accidentes fueran las principales causas de muerte.

En edades productivas, cuando las enfermedades transmisibles son mucho menos importantes, encontramos que la tendencia de la mortalidad por neumonía e influenza era la esperada en 1995, pero no en 1985-1988, cuando se redujeron 5% anualmente, mientras que la tuberculosis y las anemias muestran reducciones constantes (Cuadro 11). Los accidentes, cirrosis y homicidios presentan una tendencia hacia abajo, que de hecho llegó a ser más importante en 1995. En contraste, el suicidio muestra una conducta interesante: creció muy rápidamente en el periodo de recuperación de 1983-1985, el crecimiento era mínimo en la crisis de 1985-1988 y en 1995 el incremento anual excedió 10%. Las deficiencias nutricionales tienen también una tendencia particular: de 1979 a 1988, tienen un incremento constante en la tasa anual del crecimiento, que parece independiente de las condiciones económicas, y desde 1988 se han estado reduciendo, en 3.5% en 1995, de manera similar a las

anemias. Esto significaría que o bien existen efectos complejos de demora o la “hipótesis de carencia” no se sustenta para este grupo de la edad.

En cuanto a otras enfermedades, el SIDA era en el periodo estudiado demasiado reciente aún para determinar una tendencia relacionada con la situación económica, mientras la diabetes muestra un incremento importante en 1995 (7.3 %) y un cambio en la tendencia entre el periodo de la crisis de 1985-1988 y los años siguientes de bonanza.

Finalmente, para el grupo de mayor edad (Cuadro 12), encontramos que las tendencias de la mortalidad por enfermedades respiratorias muestran incrementos en años de crisis y decrementos en los de bonanza, mientras que las diarreas presentan descensos desde 1985, independientemente de periodos de crisis económica o bonanza. Después de un cambio en 1985, los accidentes y los homicidios presentan una tendencia hacia abajo, especialmente importante para la primera causa.

Los resultados en el nivel agregado muestran que los impactos económicos de la crisis en la mortalidad, dependen grandemente de una variedad de factores, y no pueden ser expresados de una manera unívoca. Hasta ahora, se ha visto que los efectos más importantes pueden estar relacionados con la atención a la salud y la nutrición, pero no a factores de comportamiento, como el alcoholismo o la violencia. Estos hallazgos sugieren que un análisis más desagregado podría ser ilustrativo. De esto tratará la última sección.

EL IMPACTO DE LA CRISIS EN INDIVIDUOS EN EDAD PRODUCTIVA

Con la intención de profundizar el análisis, se consideraron varias características individuales, obtenidas de los certificados de de-

función, además de la causa de muerte: el tamaño de la localidad de residencia, el nivel de instrucción, la afiliación a la seguridad social y el sexo. La alta proporción de ocupación no especificada nos impidió usar esta variable y enfocar el análisis en el grupo de edad productiva para tres años, 1988, 1993 y 1995, representantes de la crisis, la bonanza y la crisis respectivamente. Cabe hacer notar también que sólo consideramos las muertes que ocurrieron y se registraron en el mismo año, para reducir los problemas relacionados con la calidad de la certificación de la causa de muerte.

El objetivo es tratar de ilustrar cómo en la crisis macroeconómica, afectan los patrones de mortalidad en el nivel individual y en los que tienen edades productivas. Al no tener a la población de base, desagregada por las categorías ya mencionadas, es imposible calcular las tasas, así que se discutirán los cambios en la distribución de muertes por causa, según diferentes variables.

El tamaño de la localidad de residencia es una variable que ha demostrado un poder discriminatorio muy importante al momento de medir las desigualdades sociales, especialmente en el acceso a servicios. Esto se puede ver en el Cuadro 13, donde 37.5% de las muertes causadas por enfermedades infecciosas y parasitarias en 1988, se concentraron en localidades rurales, 29% en 1993 y 31.7% en 1995. Entre estas enfermedades, las diarreas mostraron una mayor concentración en estas zonas rurales: 58% en 1988, 47% en 1993 y 48% en 1995. Pero como la distribución de población por el tamaño de la localidad ha cambiado, necesitamos analizar la distribución de causas de muerte en cada tamaño de la localidad. Aunque haya habido una reducción en la proporción de muertes causadas por enfermedades infecciosas y parasitarias en el total de localidades, la reducción ha sido mayor en las rurales. Esto resulta especialmente cierto para diarreas, mientras que para la bronquitis no hay cambios y para la

neumonía e influenza, incluso encontramos un leve incremento, independientemente del tamaño de la localidad, con la crisis de 1995 (Cuadro 14).

Las complicaciones del embarazo son otra causa de muerte relacionada con la provisión de servicios, y puede verse cómo la crisis afecta la mortalidad relacionada con ellas: mientras que entre 1988 y 1993 hubo una reducción en la proporción de muertes por estas causas, con la crisis de 1995 se dio un incremento, y este incremento fue más importante en localidades más pequeñas. Pero debemos tratar este hallazgo con gran precaución, sabiendo que la mortalidad materna tiene un gran subregistro; además, la mortalidad atribuida a causas mal definidas presentó una reducción en 1995, precisamente en las zonas rurales, mostrando quizás una mayor intervención de la institución médica en el proceso de muerte y registro de las defunciones.

Las lesiones y envenenamientos parecen estar relacionados con los ciclos económicos. El tamaño de la localidad parece afectar la relación también, dado que el crecimiento relativo de estas causas de muertes en 1995 fue más marcado en zonas rurales, pero es interesante notar también el incremento que ocurrió en áreas metropolitanas, especialmente en homicidio (Cuadro 14). En cuanto a accidentes y suicidios hay una reducción en todos los tamaños de localidad. Esto también es el caso para la diabetes. El crecimiento en los neoplasmas fue menor en áreas metropolitanas.

El nivel de instrucción es una característica altamente relacionada con el acceso a la satisfacción de necesidades esenciales, y puede servir como un "proxy" para el status socioeconómico. En México ha habido un avance muy importante en los últimos años, pero en 1995 todavía 31% de la población de 15 años o más, no había terminado la escuela primaria. En el Cuadro 15 se muestra cómo las personas con diferente nivel de instrucción

tienen diferentes patrones de mortalidad por causa. Al considerar sólo las categorías con escolaridad, existe una relación inversa entre el nivel de instrucción y la proporción de muertes por enfermedades del aparato circulatorio y ciertas enfermedades degenerativas, la enfermedad pulmonar obstructiva crónica y causas mal definidas, pero también una relación directa con lesiones y envenenamientos. En estas causas de muerte, se observó un incremento relativo durante la crisis de 1995, pero sólo para el grupo sin instrucción. Si se consideran las causas específicas, en el Cuadro 16 se puede ver que los accidentes y los suicidios se incrementaron en el total de muertes en la crisis de 1995, pero, de hecho, se dio una reducción en la proporción de muertes relacionadas con homicidio.

La cirrosis, una enfermedad relacionada con el comportamiento personal que puede incrementarse en situaciones sociales de stress durante la crisis económica, mostró un descenso en 1995, independiente del nivel de instrucción o del tamaño de localidad. De manera similar, la proporción de muertes causadas por deficiencias nutricionales y anemias se redujo durante la última y más profunda crisis, en todas las categorías del tamaño de la localidad e instrucción. Para la diabetes, encontramos que es muy importante como causa de la muerte entre los grupos con primaria incompleta, y es precisamente entre ellos donde los incrementos relativos fueron más altos.

Esto significaría que, durante la crisis, una posición socioeconómica baja no favorece más muertes causadas por el acceso a necesidades básicas como alimento, vivienda o la atención primaria a la salud, pero que para algunos grupos, no necesariamente los menos privilegiados, la satisfacción de necesidades puede verse amenazada. Esto podría ser explicado por la persistencia, aun durante la crisis, de una política social dirigida a satisfacer las necesidades básicas de los derechohabientes, pero no

a ofrecer cuidado médico comprensivo a toda la sociedad. Esto puede verse si comparamos en los Cuadros 17 y 18 los patrones de mortalidad por causas de aquellos cubiertos por una institución de la seguridad social, contra los que no están, a saber, campesinos, vendedores ambulantes y quienes no tienen una relación de trabajo contractual y formal, llamados generalmente “población abierta”. La comparación sólo puede hacerse para los años 1993 y 1995, porque no está disponible para 1988.

Para ambos años, la proporción de muertes causadas por enfermedades infecciosas y parasitarias eran más altas entre la población abierta. Esto es aún más marcado para las complicaciones del embarazo y causas externas (lesiones y envenenamientos), y es al revés para enfermedades no transmisibles, especialmente neoplasmas. Esto significa que las instituciones de salud de la seguridad social están siendo exitosas en la prevención de muertes por diarreas, bronquitis, tuberculosis, etc., pero no para las de diabetes, deficiencias nutricionales, anemias, y tampoco ofrece los servicios de salud mental comprensivos, que pueden reducir los suicidios o tratar adecuadamente las enfermedades crónicas y a largo plazo como son diabetes o cirrosis.

Para discernir los efectos de la crisis en la evolución de la mortalidad por causa, se ha tratado de ajustar varios modelos multivariados para ver cuál ha sido el impacto de una crisis económica en la ocurrencia de muertes. La base de datos incluyó todas las muertes entre 15 y 64 años de edad, ocurridas y registradas entre 1985 y 1995. Desgraciadamente, varias características presentaban con frecuencia valores poco especificados. Esta condición nos impidió usar variables como la posición en el trabajo o la afiliación a la seguridad social, que podrían usarse como un “proxy” para la posición socioeconómica. Así, se usaron como variables en el nivel individual: la edad, el sexo y la condición marital; de año de ocurrencia se incluyeron el tamaño de la localidad y la

regionalización de marginalidad, para tener en cuenta el contexto, en función de la heterogeneidad geográfica y social y de la evolución de las condiciones económicas así como el proceso de la transición epidemiológica. Aunque tratamos de ajustar varios modelos para diferentes causas de muerte, sólo presentaremos los resultados de la regresión logística para los momios de que una muerte sea violenta, porque la pequeña proporción de muertes debidas a causas más específicas, como la desnutrición o diarreas, no produjo ajustes adecuados de los modelos.

En el modelo de mejor ajuste (Cuadro 19), la edad y el sexo entraron como una interacción (EDAD por SEXO), lo mismo que el tamaño de la localidad y la regionalización (TAMLOCA por REGION); la condición marital (EDCIVIL: soltero, en unión, anteriormente en unión) como categórica y una variable ficticia (CRISIS) con un valor de uno si la muerte ocurrió en un año de crisis económica y cero en otro caso. El modelo predijo correctamente 83.6% de los casos. La variable más significativa resultó la interacción entre la edad y el sexo, con un valor R de $-.1788$ y con un coeficiente negativo, que significa que las muertes violentas ocurren principalmente entre hombres y mujeres jóvenes. El coeficiente B del año de ocurrencia (ANIO_OCU) es 1.0240, y significa que al tomar en cuenta todos los otros factores considerados en el modelo, ha habido una tendencia ligeramente creciente estable en la proporción de muertes violentas en el periodo 1985-1995, asociado con las características que ha adoptado en México la transición epidemiológica.

La interacción entre el tamaño de la localidad y la regionalización de la marginalidad muestra que los momios cuando una muerte es causada por lesiones, disminuyen con el número de habitantes de la localidad, pero la relación, aunque sea estadísticamente significativa, es débil, como indica el valor R de $.0296$. La especificación del modelo trató de probar dos hipótesis con

respecto a la incidencia de muertes relacionadas con la violencia: la de la crisis económica, pero también que son causadas por el estrés en el nivel individual, que puede tener su origen en el comportamiento personal. Como “proxy”, incluimos la condición marital para ver si los individuos solos, o aquellos anteriormente en unión, tienen una propensión diferente para morir de muertes violentas, comparados con las personas unidas. Los resultados de la regresión muestran que la condición marital es un factor significativo al valorar las probabilidades de morir violentamente, sobre todo cuando se comparan los individuos solteros contra aquellos en unión: los momios en el fallecimiento por causas violentas de personas solas son 1.82 veces más altos que los que viven en pareja; sin embargo, en el caso de las personas anteriormente unidas, parece que el estrés relacionado con el comportamiento individual actúa en la dirección opuesta, ya que sus momios de fallecimiento por causas violentas son solamente 0.52 veces los de las personas unidas.

Finalmente, la hipótesis económica de la crisis parece sustentarse, aunque la relación estadística sea muy débil, indicada por un valor R de $-.0629$; pero la dirección de la relación es la esperada: los momios de fallecer de causas externas de aquellos que no mueren en un año de crisis son 0.71 veces los de quienes murieron en un año de crisis económica.

La hipótesis de la persistencia de una política social, aun en una crisis económica profunda, es sostenida por los datos presentados en el Cuadro 20, donde se presenta la composición del sistema nacional de la salud (excluyendo el sector privado) y su evolución durante la crisis de 1995. Sorprendentemente, la infraestructura aumentó con una tasa dos veces mayor que la de la población, como lo hizo el número de médicos y especialmente, el número de servicios proporcionados. También es importante notar que, según el Censo de población de 1995, 20.2% de

todos los hogares reciben subsidios directos y, tres cuartas partes de ellos, en la forma de leche o tortillas. Todas estas medidas de política social, junto con la solidaridad familiar y remesas de los emigrantes a los Estados Unidos, sirven como un amortiguador para reducir los efectos de la crisis en el individuo, de tal modo que los efectos principales tal vez estén en la vida de la población, y no en su muerte.

CUADRO I
MÉXICO, TASAS DE MORTALIDAD POR CAUSA,
TODAS LAS EDADES (DEFUNCIONES / 100 000 HABITANTES)

<i>Causa</i>	<i>Clave</i>	1979	1980	1981	1982	1983
	<i>C.I.E.</i> <i>91/4 rev.</i>					
Total de todas las causas	01-E56	660.4	652.6	621.3	589.0	576.3
Enfermedades del corazón	25-28	52.6	53.9	53.2	51.2	57.1
Tumores malignos	08-14	40.3	39.7	41.1	42.1	42.7
Accidentes	E47-E53	46.3	72.2	80.5	75.5	64.0
Diabetes mellitus	181	20.8	22.0	22.6	24.0	26.3
Enfermedad cerebrovascular	29	22.9	22.9	22.9	22.7	nd
Cirrosis y otras enfermedades crónicas del hígado	347	22.2	22.4	21.8	22.9	23.2
Ciertas afecciones originadas en el periodo perinatal	45	41.6	39.7	38.5	36.4	33.3
Neumonía e influenza	321,322	61.0	57.6	49.8	40.5	38.0
Homicidio y lesiones infligidas intencionalmente por otra personal	E55	18.3	18.4	18.4	19.0	18.0
Deficiencias de la nutrición	19	6.1	5.7	5.5	6.3	7.2
Nefritis, síndrome nefrótico y nefrosis	350	10.6	10.6	10.5	10.0	10.3
Anomalías congénitas	44	9.2	9.5	9.5	9.7	10.0
Enfermedades infecciosas intestinales	01	65.8	62.1	53.0	50.4	53.4
Bronquitis crónica y la no especificada, Enfisema y asma	323	17.5	17.7	17.0	15.4	15.9
Anemias	200	6.4	5.7	5.3	5.2	5.2
Sida	184	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0
Tuberculosis pulmonar	0.20	10.2	9.3	7.7	7.2	8.1
Úlcera gástrica y duodenal	341	4.3	4.2	4.1	2.9	4.1
Suicidio y lesiones autoinfligidas	E54	1.7	1.5	1.8	1.7	1.5
Septicemia	038	4.9	5.1	4.9	4.7	4.7
Otras enfermedades pulmonares obstructivas crónicas	325	0.7	1.2	1.6	2.1	2.6
Disritmia cardiaca	281	22.7	24.1	22.8	20.3	nd
Signos, síntomas y estados morbosos mal definidos	46	45.7	43.8	39.5	30.4	27.6
Las demás causas		128.7	103.5	89.3	88.6	123.2

Fuente: elaboración propia a partir de Estadísticas Vitales 1979-1995.

* Incluye disritmia cardiaca.

CUADRO I (continuación)
MÉXICO, TASAS DE MORTALIDAD POR CAUSA,
TODAS LAS EDADES (DEFUNCIONES / 100 000 HABITANTES)

1984	1985	1986	1987	1988	1989	1990	1991	1992	1993	1994	1995
559.0	551.0	520.8	517.3	515.1	517.2	506.4	482.9	472.3	471.0	465.6	469.7
52.7	55.0	52.9	54.0	59.8	62.3	63.5	63.6	64.1	66.1	67.5	69.4
43.4	46.5	46.9	47.6	49.1	49.6	49.3	49.3	50.4	50.9	51.6	52.6
63.0	60.6	57.0	54.4	51.9	49.1	47.2	45.8	44.1	41.9	41.4	38.8
26.4	27.8	30.3	30.7	31.3	31.4	30.9	31.9	32.6	33.5	33.7	36.4
23.4	24.2	23.2	23.3	24.4	24.8	23.7	24.4	24.7	24.4	25.2	25.5
22.5	23.0	21.0	20.8	21.2	20.9	21.4	21.9	22.0	23.2	23.1	23.2
31.9	28.0	25.1	26.1	27.5	28.8	27.6	26.3	25.1	23.7	22.9	22.4
37.2	34.9	28.0	26.9	24.2	27.5	26.6	22.8	21.5	21.1	21.3	21.5
17.0	19.9	20.7	20.0	19.0	18.8	17.4	17.8	19.1	18.2	17.6	17.0
7.7	8.9	8.8	11.8	16.9	15.8	14.1	12.9	11.8	11.3	10.6	11.1
10.3	10.4	10.0	9.4	9.3	9.5	9.9	10.3	10.6	10.9	10.7	11.0
10.0	9.1	9.3	9.8	10.6	10.9	10.7	10.2	10.1	9.8	10.3	10.6
45.7	41.0	38.5	38.0	32.0	29.1	26.6	22.0	16.4	14.9	11.2	10.5
15.8	14.5	12.9	11.9	12.2	12.3	11.5	10.3	9.6	9.8	9.2	9.3
5.5	5.7	6.0	6.8	6.1	5.8	5.4	4.9	4.7	4.8	4.7	4.8
0.0	0.0	0.0	0.0	0.7	1.3	1.8	2.4	2.9	3.6	3.9	4.4
8.3	7.8	7.6	7.8	7.5	6.8	6.5	5.5	5.2	4.8	4.6	4.4
4.0	4.1	4.0	3.7	3.9	3.7	3.6	3.6	3.5	3.6	3.5	3.7
1.3	0.0	2.3	2.2	2.1	2.3	2.3	2.5	2.6	2.7	0.0	3.2
4.3	3.8	3.0	3.2	3.7	3.2	3.4	3.1	2.8	3.0	3.1	3.1
3.1	3.4	3.9	4.4	5.4	6.0	6.6	6.9	7.0	7.7	7.6	0.0
17.2	14.4	13.6	12.6	9.9	8.7	8.1	7.5	7.0	7.0	6.6	6.4
24.5	21.9	19.2	17.7	14.5	12.8	11.6	10.4	9.7	8.8	7.7	7.9
84.0	86.0	76.8	74.3	71.9	75.8	76.7	66.6	65.0	65.4	67.7	72.5

CUADRO 2
MÉXICO: TASAS DE MORTALIDAD INFANTIL POR CAUSA
(DEFUNCIONES < 1 AÑO / 100,000 HAB.)

<i>Causa</i>	<i>Clave C.I.E. 91/4 rev.</i>	1979	1980	1981	1982
Total de todas las causas	01-E56	4265,9	4214,6	3893,0	3512,1
Ciertas afecciones originadas en el periodo perinatal	45	1092,0	1060,4	1043,4	986,8
Anomalías congénitas	44	218,0	232,0	234,7	240,6
Neumonía e influenza	321,322	888,5	843,3	758,5	614,6
Enfermedades infecciosas intestinales	01	990,4	988,6	862,2	823,9
Deficiencias de la nutrición	19	43,0	43,5	41,4	51,4
Accidentes	E47-E53	36,0	51,8	55,5	51,6
Infecciones respiratorias agudas	310-312,320	73,5	68,8	68,5	98,6
Septicemia	038	60,3	64,4	61,2	59,4
Bronquitis crónica y la no especificada, enfisema y asma	323	138,1	129,2	119,7	90,8
Enfermedades del corazón	25-28	22,9	25,5	22,4	18,3
Meningitis	220	27,5	27,2	27,7	27,3
Nefritis, síndrome nefrótico y nefrosis	350	12,2	13,7	11,9	11,5
Anemias	200	14,6	12,3	13,5	12,8
Homicidio y lesiones infligidas intencionalmente por otra persona	E55	4,1	4,1	2,9	4,3
Obstrucción intestinal, sin mención de hernia	344	14,6	15,8	12,7	10,8
Enfermedad cerebrovascular	29	7,0	6,4	6,7	6,4
Tumores malignos	08-14	5,6	5,2	4,8	4,9
Hernia de la cavidad intestinal	343	2,6	3,0	2,1	2,7
Neumoconiosis y otras enfermedades pulmonares debidas a agentes externos	326	6,3	8,9	11,1	11,8
Epilepsia	225	3,2	3,8	4,3	2,9
Otros trastornos degenerativos y hereditarios del sistema nervioso central	222	3,0	3,3	3,3	3,6
Disritmia cardiaca	281	55,1	56,7	53,5	42,4
Signos, síntomas y estados morbosos mal definidos	46	192,5	188,5	171,5	125,0
Las demás causas		355,0	358,2	299,5	209,8

Fuente: elaboración propia a partir de Estadísticas Vitales 1979-1995.

* Incluye disritmia cardiaca.

CUADRO 2 (continuación)
MÉXICO: TASAS DE MORTALIDAD INFANTIL POR CAUSA
(DEFUNCIONES < 1 AÑO / 100,000 HAB.)

1983	1984	1985	1986	1987	1988	1989	1990	1991	1992	1993	1994	1995
3481,3	3240,7	2944,9	2671,1	2831,9	2723,3	2967,8	2890,7	2523,3	2325,3	2204,0	2196,0	2145,8
972,2	875,4	810,6	748,6	901,6	972,9	1040,8	1017,9	988,1	963,7	930,5	916,8	916,1
255,5	244,1	226,9	230,4	249,4	276,6	310,3	314,5	304,4	308,4	301,2	324,0	329,9
569,8	576,3	511,6	399,6	402,6	318,5	412,9	384,8	325,2	309,1	271,2	294,6	267,0
858,7	738,8	642,6	600,1	594,2	480,4	458,1	436,3	339,3	228,2	209,9	174,8	156,4
55,3	55,2	57,8	55,4	80,3	136,7	98,6	115,9	96,7	76,0	70,3	64,8	65,4
48,3	47,7	50,9	49,2	52,6	54,1	54,5	56,9	54,1	54,9	49,3	52,7	56,5
64,6	69,4	62,7	52,1	54,0	53,2	71,2	62,0	54,6	50,8	39,4	47,8	43,8
62,9	51,6	36,9	29,7	31,2	36,0	34,0	33,5	28,5	25,1	28,5	33,5	31,7
80,4	82,3	64,6	53,0	53,0	44,1	49,9	43,9	32,6	32,6	32,0	29,5	26,9
55,8	19,6	20,2	18,0	17,8	14,7	14,0	16,1	14,1	15,2	15,9	17,0	16,1
30,6	27,9	28,4	22,2	23,6	19,7	21,8	19,3	14,9	12,7	13,4	11,9	12,1
12,1	11,8	11,0	10,1	9,7	9,8	10,3	10,2	9,4	11,8	12,6	10,9	11,1
13,8	14,6	16,4	15,6	18,7	16,7	15,3	14,6	12,0	7,8	9,5	9,2	9,7
3,5	3,7	0,0	3,1	3,0	5,2	5,9	6,3	6,3	5,4	5,0	5,1	6,3
10,3	11,2	11,5	9,6	9,9	8,6	7,2	7,1	6,7	5,2	5,2	5,1	5,0
	5,8	5,4	1,3	5,3	5,2	5,7	4,4	5,8	4,3	4,4	3,6	4,8
4,7	4,5	5,2	5,7	4,6	5,9	4,7	5,6	2,5	3,7	3,9	0,0	3,6
3,3	3,4	3,2	3,0	3,3	3,3	3,2	3,0	3,0	3,9	3,6	3,0	2,9
12,0	14,1	8,6	9,6	6,7	3,5	3,6	4,5	3,0	3,0	2,3	2,6	2,8
n.d.	3,9	3,1	3,2	3,7	3,0	2,7	3,7	3,3	2,9	2,6	2,9	2,6
4,2	3,8	3,5	4,1	4,5	3,2	4,1	3,2	2,8	4,0	3,5	4,2	0,0
0,0	35,5	29,0	30,0	29,4	19,2	15,7	12,7	11,7	10,4	9,8	10,8	10,2
111,2	105,5	85,8	104,5	82,5	72,3	75,3	73,4	64,8	62,8	58,9	53,1	53,7
252,1	234,5	249,0	213,2	190,1	160,7	248,1	240,9	139,5	123,3	121,2	117,9	111,2

CUADRO 3
MÉXICO: TASAS DE MORTALIDAD PREESCOLAR POR CAUSA,
1-4 AÑOS (DEFUNCIONES / 100 000 HAB.)

<i>Causa</i>	<i>Clave C.I.E. 91/4 rev.</i>	1979	1980	1981	1982
Total de todas las causas	01-E56	365,5	333,6	286,7	251,8
Accidentes	E47-E53	25,3	34,2	40,2	35,4
Neumonía e influenza	321,322	56,1	49,4	36,5	31,4
Enfermedades infecciosas intestinales	01	99,2	88,3	72,9	72,0
Anomalías congénitas	44	4,1	4,8	5,0	4,9
Deficiencias de la nutrición	19	6,7	5,0	4,7	4,5
Tumores malignos	08-14	4,6	4,4	4,4	4,3
Bronquitis crónica y la no especificada, enfisema y asma	323	12,4	11,0	9,8	8,3
Infecciones respiratorias agudas	310-312,320	5,1	4,2	4,4	3,5
Septicemia	038	5,1	5,2	4,7	4,4
Anemias	200	4,5	3,3	2,6	2,7
Homicidio y lesiones infligidas intencionalmente por otra persona	E55	1,4	1,3	1,3	1,4
Enfermedades del corazón	25-28	3,7	3,2	2,8	2,3
Hepatitis vírica	046	1,2	1,1	1,2	1,1
Parálisis cerebral, infantil y otros síndromes paralíticos	224	0,7	0,8	0,8	0,8
Meningitis	220	2,9	3,4	2,7	2,4
Nefritis, síndrome nefrótico y nefrosis	350	2,5	2,0	1,7	1,6
Epilepsia	225	1,5	1,3	1,2	1,2
Obstrucción intestinal, sin mención de hernia	344	1,2	1,3	1,0	1,1
Enfermedad cerebrovascular	29	0,8	1,0	0,8	0,8
Tuberculosis de las meninges y del sistema nervioso central	022	1,4	1,3	1,0	0,9
Otras helmintiasis	76	2,7	2,5	2,3	2,6
Otros trastornos degenerativos y hereditarios del sistema nervioso central	222	0,5	0,6	0,6	0,5
Disritmia cardíaca	281	9,5	6,5	5,8	4,8
Signos, síntomas y estados morbosos mal definidos	46	45,2	38,1	32,2	23,2
Las demás causas		67,1	59,5	46,0	35,7

Fuente: elaboración propia a partir de Estadísticas Vitales 1979-1995.

CUADRO 3 (continuación)
MÉXICO: TASAS DE MORTALIDAD PREESCOLAR POR CAUSA,
1-4 AÑOS (DEFUNCIONES / 100 000 HAB.)

1983	1984	1985	1986	1987	1988	1989	1990	1991	1992	1993	1994	1995
251,9	238,6	254,4	217,7	221,1	204,1	223,5	226,5	150,7	124,2	127,6	119,9	120,3
31,7	32,5	32,3	30,2	30,1	28,7	27,2	27,5	25,8	24,1	24,1	24,3	22,8
29,1	31,5	34,5	24,6	23,2	20,6	28,0	27,1	15,5	14,1	15,5	16,5	16,4
82,5	67,2	68,2	64,9	66,0	51,7	51,5	46,4	35,7	23,2	22,7	16,8	15,4
5,5	5,7	6,3	7,3	8,0	8,5	8,8	8,0	8,0	8,0	8,5	8,9	10,4
6,0	6,3	7,4	6,6	11,9	18,7	16,2	14,2	9,8	7,6	8,1	6,8	8,0
4,5	4,6	4,9	4,9	5,0	5,3	5,2	5,0	4,6	4,7	4,9	4,5	5,3
8,3	9,0	8,2	6,1	6,4	5,5	5,9	5,4	4,1	4,0	4,2	3,5	3,3
4,1	4,2	5,3	3,5	3,6	4,1	5,1	3,5	3,1	3,5	2,7	2,3	2,6
4,8	4,3	3,7	3,0	3,2	3,5	3,1	2,9	2,5	1,7	1,9	2,4	2,4
2,8	3,2	3,7	3,6	4,1	3,5	2,9	3,1	2,0	1,6	2,2	1,8	2,2
1,2	1,7	1,7	1,6	1,5	2,3	2,9	2,0	2,3	2,3	2,1	2,2	1,7
6,2	2,4	2,2	2,2	2,0	2,0	2,2	2,4	2,0	1,5	1,5	1,5	1,4
1,1	1,3	1,2	1,3	1,3	1,4	1,5	1,3	1,4	1,0	0,9	1,2	1,2
n.d.	0,9	0,9	0,7	1,0	0,9	1,1	0,8	1,0	0,9	1,1	1,1	1,2
2,4	2,4	2,4	1,7	2,1	2,0	2,0	2,0	1,6	1,3	1,4	1,1	1,1
2,0	1,8	1,7	1,5	1,6	1,6	1,5	1,5	1,0	1,1	1,1	1,2	1,1
n.d.	1,2	1,4	1,2	1,2	1,2	1,1	1,2	0,9	0,8	0,9	1,0	1,1
1,1	0,9	1,0	0,9	0,6	0,7	0,7	0,7	0,6	0,6	0,7	0,7	0,6
n.d.	0,8	0,8	0,6	0,7	0,7	0,7	0,5	0,5	0,6	0,6	0,0	0,4
0,8	0,6	0,7	0,8	0,6	0,5	0,6	0,5	0,4	0,4	0,2	0,0	0,2
2,9	3,1	2,5	2,7	3,0	2,2	2,1	1,5	1,3	1,0	1,3	1,3	0,0
0,7	0,8	0,6	0,6	0,8	0,8	0,8	0,7	0,5	0,6	0,8	0,5	0,0
n.d.	3,6	2,8	2,8	2,7	1,7	1,8	1,5	1,2	0,8	1,3	0,9	0,7
n.d.	17,2	16,4	14,2	13,8	11,0	9,9	8,7	6,8	4,9	5,1	3,8	4,0
54,3	31,4	43,4	30,1	26,8	24,9	40,6	58,2	18,2	14,0	13,9	15,9	16,7

CUADRO 4
MÉXICO: TASAS DE MORTALIDAD ESCOLAR POR CAUSA, 5-14 AÑOS
(DEFUNCIONES / 100 000 HAB.)

<i>Causa</i>	<i>Clave C.I.E. 91/4 rev.</i>	1979	1980	1981	1982
Total de todas las causas	01-E56	87,4	83,7	76,7	69,0
Accidentes	E47-E53	19,0	27,3	29,7	27,7
Tumores malignos	08-14	4,2	4,0	4,1	4,4
Anomalías congénitas	44	1,1	1,0	1,0	1,1
Neumonía e influenza	321,322	6,0	5,3	4,4	2,2
Homicidio y lesiones infligidas intencionalmente por otra persona	E55	1,6	1,8	1,9	1,8
Enfermedades infecciosas intestinales	01	10,0	8,6	6,9	6,2
Parálisis cerebral infantil y otros síndromes paralíticos	224	0,4	0,5	0,5	0,6
Enfermedades del corazón	25-28	1,8	1,7	1,7	1,3
Deficiencias de la nutrición	19	0,8	0,7	0,6	0,5
Nefritis, síndrome nefrótico y nefrosis	350	1,1	0,9	0,8	0,9
Anemias	200	1,6	1,3	1,1	1,0
Epilepsia	225	0,8	0,8	0,9	0,8
Septicemia	038	1,0	0,9	0,9	0,7
Enfermedad cerebrovascular	29	0,7	0,7	0,8	0,8
Suicidio y lesiones autoinfligidas	E54	0,2	0,2	0,1	0,2
Bronquitis crónica y la no especificada, enfisema y asma	323	0,9	0,9	0,8	0,6
Meningitis	220	0,8	0,7	0,5	0,6
Hepatitis vírica	046	0,2	0,3	0,2	0,2
Diabetes mellitus	181	0,2	0,2	0,3	0,2
Infecciones respiratorias agudas	310-312,320	0,5	0,5	0,4	0,4
Apendicitis	342	0,0	0,4	0,3	0,3
Disritmia cardíaca	281	1,6	1,5	1,7	1,2
Signos, síntomas y estados morbosos mal definidos	46	8,3	7,4	6,1	4,4
Las demás causas		24,3	16,1	11,1	10,9

Fuente: elaboración propia a partir de Estadísticas Vitales 1979-1995.

* Incluye disritmia cardíaca.

CUADRO 4 (continuación)
MÉXICO: TASAS DE MORTALIDAD ESCOLAR POR CAUSA, 5-14 AÑOS
(DEFUNCIONES / 100 000 HAB.)

1983	1984	1985	1986	1987	1988	1989	1990	1991	1992	1993	1994	1995
62,9	61,8	62,4	57,6	55,3	55,5	55,1	55,7	45,6	40,2	39,7	37,0	37,0
22,2	22,4	22,6	21,1	19,5	18,1	17,9	16,4	15,8	14,2	16,4	12,6	11,8
4,2	4,4	4,5	4,4	4,5	4,6	4,6	4,3	4,2	4,2	4,3	4,2	4,3
1,1	1,2	1,3	1,5	1,5	1,9	1,7	1,6	1,7	1,6	1,6	1,6	2,0
3,4	2,9	3,1	2,5	2,3	2,4	3,0	3,0	1,9	1,6	1,8	1,6	1,8
1,7	1,7	1,8	1,9	2,0	2,1	2,1	2,1	2,2	1,9	1,9	1,8	1,7
3,9	6,0	6,0	5,6	5,4	5,3	4,8	4,5	3,4	2,5	2,0	1,4	1,4
0,8	0,8	0,6	0,7	0,9	0,9	0,7	0,8	0,7	0,6	0,8	0,9	1,0
1,1	1,1	1,2	1,1	1,0	1,1	1,1	1,2	1,0	1,2	1,1	0,8	1,0
0,6	0,7	0,8	0,9	1,4	2,2	1,7	1,5	1,2	1,0	1,1	0,9	0,9
0,8	0,9	0,8	0,8	0,6	0,9	0,8	0,9	0,8	0,6	0,7	0,7	0,9
0,9	1,1	1,0	0,9	1,2	0,9	1,0	1,0	0,7	0,7	0,7	0,7	0,8
0,8	0,8	0,8	0,9	0,8	0,7	0,6	0,7	0,6	0,5	0,6	0,6	0,5
0,8	0,7	0,6	0,5	0,5	0,7	0,6	0,5	0,5	0,4	0,4	0,4	0,4
0,7	0,7	0,7	0,6	0,5	0,6	0,7	0,5	0,5	0,5	0,5	0,3	0,4
0,1	0,1	0,3	0,3	0,2	0,3	0,3	0,2	0,3	0,3	0,3	0,3	0,4
0,6	0,7	0,6	0,6	0,5	0,6	0,5	0,5	0,5	0,3	0,4	0,4	0,3
0,5	0,6	0,5	0,6	0,5	0,5	0,4	0,4	0,3	0,3	0,2	0,2	0,2
0,2	0,3	0,2	0,3	0,2	0,3	0,3	0,2	0,2	0,2	0,3	0,3	0,2
0,2	0,3	0,2	0,2	0,2	0,3	0,2	0,2	0,3	0,2	0,2	0,0	0,2
0,4	0,4	0,4	0,3	0,3	0,4	0,4	0,4	0,3	0,2	0,3	0,2	0,2
0,2	0,2	0,2	0,2	0,2	0,2	0,2	0,2	0,1	0,2	0,1	0,2	0,0
0,0	1,0	0,7	0,7	0,6	0,5	0,5	0,3	0,5	0,2	0,3	0,2	0,3
3,4	3,1	3,0	2,2	2,4	2,1	1,8	1,6	1,3	0,8	0,9	0,6	0,5
14,2	9,6	10,4	9,1	8,0	8,1	9,3	12,6	6,6	5,8	2,8	5,9	5,8

CUADRO 5
MÉXICO: TASAS DE MORTALIDAD EN EDADES PRODUCTIVAS POR CAUSA,
15-64 AÑOS (DEFUNCIONES / 100 000 HAB.)

<i>Causa</i>	<i>Clave C.I.E. 91/4 rev.</i>	1979	1980	1981	1982
Total de todas las causas	01-E56	443,5	441,2	432,0	408,9
Accidentes	E47-E53	58,7	95,0	105,4	102,0
Tumores malignos	08-14	36,3	35,4	36,5	37,1
Enfermedades del corazón	25-28	35,1	33,6	33,1	31,3
Cirrosis y otras enfermedades crónicas del hígado	347	31,3	32,0	30,8	32,5
Diabetes mellitus	181	17,6	18,3	18,8	19,7
Homicidio y lesiones infligidas intencionalmente por otras personas	E55	31,0	31,1	31,1	31,8
Enfermedad cerebrovascular	29	14,7	14,5	14,3	13,7
Nefritis, síndrome nefrótico y nefrosis	350	7,8	7,9	8,1	7,4
Sida	184	0,0	0,0	0,0	0,0
Neumonía e influenza	321,322	13,6	13,1	11,5	9,5
Suicidio y lesiones autoinfligidas	E54	3,0	2,5	3,0	2,8
Tuberculosis pulmonar	020	12,4	11,0	9,0	8,5
Síndrome de dependencia del alcohol	215	4,4	4,3	4,6	5,3
Enfermedades infecciosas intestinales	01	13,8	12,5	10,9	10,3
Deficiencias de la nutrición	19	1,6	1,4	1,4	1,4
Bronquitis crónica y la no especificada, enfisema y asma	323	4,5	4,6	4,6	4,3
Anemias	200	4,9	4,3	3,9	3,7
Epilepsia	225	2,7	2,7	2,7	2,9
Úlceras gástrica y duodenal	341	3,1	3,0	0,0	2,8
Septicemia	038	2,3	2,1	2,2	2,1
Disritmia cardíaca	281	13,8	14,4	13,4	11,2
Signos, síntomas y estados morbosos mal definidos	46	23,1	22,4	21,2	15,6
Las demás causas		107,6	75,0	65,5	53,0

Fuente: elaboración propia a partir de Estadísticas Vitales 1979-1995

* Incluye disritmia cardíaca

CUADRO 5 (continuación)
MÉXICO: TASAS DE MORTALIDAD EN EDADES PRODUCTIVAS POR CAUSA,
15-64 AÑOS (DEFUNCIONES / 100 000 HAB.)

1983	1984	1985	1986	1987	1988	1989	1990	1991	1992	1993	1994	1995
388,6	373,5	369,5	351,8	339,8	333,2	327,1	315,4	310,6	309,8	307,8	301,6	296,7
82,0	78,7	74,5	69,4	65,3	61,1	56,4	54,0	52,5	50,4	47,5	46,3	42,7
37,4	37,7	39,2	39,2	39,3	40,2	40,1	38,9	38,5	39,1	39,0	39,2	39,3
40,8	#¡REF!	30,5	28,6	28,8	29,9	31,1	31,3	32,8	32,5	33,6	31,5	31,4
32,3	30,8	31,3	27,8	27,1	27,4	27,1	27,2	27,4	27,4	28,5	28,2	27,2
21,1	21,0	22,1	23,5	22,8	23,3	23,5	22,2	22,7	23,1	24,0	23,8	25,5
29,5	27,7	32,4	33,9	32,3	29,8	29,0	26,4	26,8	29,2	27,3	26,2	25,1
n.d.	13,3	12,8	39,4	11,5	11,8	11,8	10,8	11,1	10,9	10,9	11,0	10,7
7,4	7,3	7,3	7,2	6,4	6,3	6,4	6,8	7,2	7,3	7,5	7,2	7,4
0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	1,2	2,2	3,0	4,0	4,9	5,8	6,3	7,0
8,4	7,7	7,6	6,3	5,8	6,1	6,1	6,0	5,5	5,5	5,7	5,5	5,9
2,4	2,1	3,3	3,6	3,5	3,4	3,5	3,5	3,8	3,9	3,9	4,2	4,6
9,1	9,2	9,0	8,5	8,5	7,7	7,2	6,8	5,6	5,2	4,9	4,6	4,3
5,1	4,7	4,9	4,4	4,5	4,8	4,5	4,1	4,0	4,0	4,0	0,0	3,3
10,4	9,9	8,6	8,3	8,4	7,8	6,8	5,8	5,8	5,1	4,7	3,2	3,1
1,5	1,7	2,1	2,1	2,8	4,0	3,7	3,3	3,3	3,0	3,0	2,7	2,6
4,4	4,2	3,8	3,5	3,2	3,1	3,1	2,9	2,7	2,4	2,5	0,0	2,3
n.d.	3,2	3,0	3,2	3,4	3,2	3,0	2,8	2,6	2,6	2,5	2,3	2,3
n.d.	2,9	2,4	2,5	2,5	2,6	2,4	2,4	2,1	2,1	1,9	0,0	2,1
n.d.	2,5	2,4	2,4	2,0	2,0	1,9	1,9	1,8	1,7	1,6	0,0	1,6
1,8	1,9	1,9	1,5	1,6	1,8	1,4	1,6	1,4	1,3	1,4	0,0	1,4
n.d.	8,3	6,3	5,7	4,9	3,5	3,0	0,5	1,4	2,3	2,3	2,0	1,7
13,2	11,5	9,8	8,2	7,6	5,7	4,8	4,2	3,6	3,2	2,8	2,4	2,3
81,7	n.d.	54,2	22,8	47,4	46,7	48,2	48,8	44,0	42,6	42,3	55,0	42,8

CUADRO 6
MÉXICO: TASAS DE MORTALIDAD EN EDADES POSPRODUCTIVAS POR CAUSA,
64 AÑOS Y MÁS (DEFUNCIONES / 100 000 HAB.)

<i>Causa</i>	<i>Clave C.I.E.</i> <i>91/4 rev.</i>	1979	1980	1981	1982
Total de todas las causas	01-E56	5687,7	5820,3	5654,4	5591,7
Enfermedades del corazón	25-28	960,3	977,8	968,0	948,0
Tumores malignos	08-14	551,4	548,8	566,5	590,7
Diabetes mellitus	181	327,0	348,8	356,8	381,8
Enfermedad cerebrovascular	29	413,5	416,1	420,8	423,0
Neumonía e influenza	321,322	385,0	394,0	340,1	295,2
Deficiencias de la nutrición	19	75,2	74,0	72,8	89,8
Bronquitis crónica y la no especificada, enfisema y asma	323	236,2	260,0	258,6	253,8
Cirrosis y otras enfermedades crónicas del hígado	347	160,7	154,9	154,4	152,5
Accidentes	E47-E53	145,0	221,6	242,5	240,0
Nefritis, síndrome nefrótico y nefrosis	350	154,4	157,3	153,5	148,1
Enfermedades infecciosas intestinales	01	232,0	229,3	206,8	207,3
Anemias	200	64,0	76,5	61,0	61,0
Úlceras gástrica y duodenal	341	73,5	73,6	0,0	75,5
Tuberculosis pulmonar	020	88,3	84,8	71,1	66,8
Arteriosclerosis	300	33,3	29,8	0,0	27,3
Septicemia	038	20,4	25,1	23,8	26,6
Homicidio y lesiones infligidas intencionalmente por otra persona	E55	25,8	25,6	26,3	26,3
Obstrucción intestinal, sin mención de hernia	344	27,2	24,1	25,9	27,7
Artritis reumatoide, excepto la de la columna vertebral	430	18,2	19,4	21,3	24,0
Síndrome de dependencia del alcohol	215	14,9	17,9	15,8	18,3
Otras enfermedades obstructivas crónicas	325	14,6	27,6	35,1	48,3
Colelitiasis y colecistitis	348	14,0	14,8	14,8	16,2
Disritmia cardiaca	281	343,8	375,4	357,9	338,9
Signos, síntomas y estados morbosos mal definidos	46	527,7	519,2	468,6	387,5
Las demás causas		781,1	723,9	792,2	717,1

Fuente: elaboración propia a partir de Estadísticas Vitales 1979-1995.

CUADRO 6 (continuación)
MÉXICO: TASAS DE MORTALIDAD EN EDADES POSPRODUCTIVAS POR CAUSA,
64 AÑOS Y MÁS (DEFUNCIONES / 100 000 HAB.)

1983	1984	1985	1986	1987	1988	1989	1990	1991	1992	1993	1994	1995
5799,0	5730,5	5822,6	5632,1	5629,4	5746,9	5590,6	5447,1	5359,1	5239,4	5209,6	5101,1	5183,1
974,2	984,7	1042,8	1002,9	1015,8	1140,5	1168,6	1171,6	1311,4	1287,5	1296,0	1169,3	1188,3
592,0	598,2	650,0	651,0	653,8	667,8	670,0	663,7	657,1	658,0	653,9	653,0	655,3
423,9	424,3	441,5	478,8	491,7	493,4	482,0	475,2	482,7	484,1	479,4	476,1	501,9
431,6	499,8	470,3	457,4	454,1	473,5	474,1	451,3	456,2	457,3	441,1	448,6	449,4
304,0	294,2	286,2	251,7	236,9	237,7	232,7	235,9	227,0	213,4	217,3	210,2	224,6
105,2	115,5	136,6	138,2	171,0	220,1	209,1	187,2	183,2	177,7	165,5	157,8	163,9
278,4	272,9	262,5	236,7	213,6	230,0	223,4	209,1	190,1	172,6	174,2	161,2	163,8
159,7	158,6	160,1	152,5	153,7	153,1	143,6	147,2	149,8	147,2	153,9	148,8	159,4
165,9	217,7	218,1	212,6	205,6	206,5	227,2	185,9	178,0	169,1	158,7	162,3	153,2
154,6	155,5	159,5	148,7	143,8	137,7	140,2	140,7	14,4	144,6	146,6	141,2	142,7
240,1	211,5	196,9	196,4	196,8	184,9	152,6	138,1	129,6	111,4	100,8	71,6	69,7
n.d.	72,3	81,0	86,5	97,3	87,0	82,4	72,3	68,7	67,1	66,2	66,3	65,8
n.d.	73,1	37,3	73,4	69,6	75,0	69,3	66,7	64,6	63,4	64,0	60,8	63,4
81,0	84,4	77,5	75,7	79,5	79,8	67,7	63,1	53,8	49,9	45,0	42,0	40,6
27,9	56,4	65,1	66,1	68,3	58,6	47,9	44,7	44,6	36,0	36,0	29,9	29,2
26,2	26,2	28,8	24,2	25,3	29,6	24,7	28,7	29,6	27,5	28,8	27,2	27,0
26,8	55,8	30,0	27,3	26,5	26,2	27,1	27,4	25,8	23,2	24,0	22,4	20,5
29,1	24,3	25,2	23,1	21,4	22,7	21,2	20,5	20,1	20,0	19,2	17,3	18,7
n.d.	27,3	26,5	25,1	26,8	23,7	18,7	18,3	17,7	18,4	16,0	0,0	15,7
21,7	21,2	20,6	19,4	19,4	22,1	18,7	17,4	16,1	16,8	15,5	0,0	15,4
59,3	70,1	77,9	88,6	100,3	123,1	133,9	144,9	150,3	149,6	162,8	159,1	0,0
17,2	16,7	14,3	16,2	16,5	17,4	17,8	17,0	17,2	15,1	15,9	16,4	0,0
331,0	305,3	269,3	251,0	233,5	191,3	166,2	157,6	144,0	131,9	129,3	122,0	118,8
384,5	336,4	307,2	255,9	240,9	198,6	167,0	151,3	141,7	134,8	119,1	106,0	109,8
964,8	628,3	737,6	672,7	667,2	646,6	604,4	611,3	585,3	462,9	480,2	631,5	786,1

CUADRO 7
MÉXICO: TENDENCIAS EN LAS TASAS DE MORTALIDAD POR CAUSA,
TODAS LAS EDADES

<i>Causa</i>	<i>Clave C.I.E. 91/4 rev.</i>	<i>79-81</i>	<i>81-83</i>	<i>83-85</i>	<i>85-88</i>	<i>88-92</i>	<i>92-94</i>	<i>94-95</i>
Total de todas las causas	01-E56	-1,97	-2,41	-1,47	-1,63	-1,66	-0,28	0,89
Enfermedades del corazón	25-28	0,37	2,46	-1,22	2,16	1,45	1,07	2,84
Tumores malignos	08-14	0,61	1,36	2,98	1,38	0,50	0,49	2,07
Accidentes	E47-E53	24,64	-6,84	-1,78	-3,57	-3,02	-1,23	-6,14
Diabetes mellitus	181	2,87	5,50	1,92	3,10	0,84	0,66	7,95
Enfermedad cerebrovascular	29	0,01	-	-	0,23	0,24	0,39	1,44
Cirrosis y otras enfermedades crónicas del hígado	347	-0,50	2,04	-0,25	-1,92	0,76	0,99	0,37
Ciertas afecciones originadas en el periodo perinatal	45	-2,43	-4,51	-5,34	-0,40	-1,79	-1,76	-2,13
Neumonía e influenza	321,322	-6,11	-7,92	-2,67	-7,69	-2,19	-0,20	0,94
Homicidio y lesiones infligidas intencionalmente por otra persona	E55	0,31	-0,79	3,52	-1,19	0,17	-1,60	-3,13
Deficiencias de la nutrición	19	-3,65	10,70	7,58	22,61	-6,04	-1,95	4,17
Nefritis, síndrome nefrótico y nefrosis	350	-0,40	-0,83	0,53	-2,67	2,69	0,19	3,10
Anomalías congénitas	44	1,11	1,67	-2,95	4,01	-0,90	0,38	2,81
Enfermedades infecciosas intestinales	01	-6,51	0,26	-7,74	-5,48	-9,77	-6,30	-6,58
Bronquitis crónica y la no especificada, enfisema y asma	323	-0,88	-2,18	-2,91	-3,96	-4,33	-0,77	1,17
Anemias	200	-5,65	-0,82	3,36	1,63	-4,54	-0,11	1,80
Sida	184	-	-	-	-	63,83	6,54	12,63
Tuberculosis pulmonar	0.20	-8,15	1,68	-1,06	-0,99	-6,24	-2,38	-3,56
Úlceras gástrica y duodenal	341	-0,89	-0,35	-0,31	-0,82	-2,06	-0,37	5,73
Suicidio y lesiones autoinfligidas	E54	0,48	-5,56	-33,33	-	4,11	-20,00	-
Septicemia	038	-0,14	-1,30	-6,49	-0,70	-4,89	2,43	-0,27
Otras enfermedades pulmonares obstructivas crónicas	325	44,69	22,48	9,80	14,66	5,96	1,78	-100,00
Disritmia cardiaca	281	0,19	-	-	-7,83	-5,97	-1,01	-2,85
Signos, síntomas y estados morbosos mal definidos	46	-4,52	-10,03	-6,92	-8,45	-6,67	-4,06	2,30
Las demás causas		-10,19	12,65	-10,06	-4,12	-1,91	-	7,11

Fuente: elaboración propia a partir de Estadísticas Vitales 1979-1995

CUADRO 8
MÉXICO: TENDENCIAS EN LAS TASAS DE MORTALIDAD INTANTIL POR CAUSA

<i>Causa</i>	<i>Clave C.I.E. 91/4 rev.</i>	<i>79-81</i>	<i>81-83</i>	<i>83-85</i>	<i>85-88</i>	<i>88-92</i>	<i>92-94</i>	<i>94-95</i>
Total de todas las causas	01-E56	-2,91	-3,53	-5,14	-1,88	-2,92	-1,11	-2,29
Ciertas afecciones originadas en el periodo perinatal	45	-1,48	-2,28	-5,54	5,01	-0,19	-0,97	-0,07
Anomalías congénitas	44	2,54	2,95	-3,73	5,48	2,30	1,01	1,82
Neumonía e influenza	321,322	-4,88	-8,30	-3,40	-9,44	-0,59	-0,94	-9,39
Enfermedades infecciosas intestinales	01	-4,31	-0,13	-8,39	-6,31	-10,50	-4,68	-10,54
Deficiencias de la nutrición	19	-1,20	11,15	1,50	34,14	-8,89	-2,95	0,94
Accidentes	E47-E53	18,00	-4,34	1,82	1,55	0,30	-0,78	7,18
Infecciones respiratorias agudas	310-312,320	-2,28	-1,86	-0,99	-3,80	-0,90	-1,17	-8,46
Septicemia	038	0,53	0,90	-13,80	-0,55	-6,07	6,68	-5,28
Bronquitis crónica y la no especificada, enfisema y asma	323	-4,44	-10,93	-6,56	-7,95	-5,18	-1,93	-8,62
Enfermedades del corazón	25-28	-0,78	49,81	-21,27	-6,78	0,64	2,40	-5,19
Meningitis	220	0,28	3,50	-2,41	-7,71	-7,06	-1,22	1,07
Nefritis, síndrome nefrótico y nefrosis	350	-0,75	0,56	-3,25	-2,58	3,98	-1,47	1,55
Anemias	200	-2,50	0,69	6,42	0,40	-10,61	3,52	5,17
Homicidio y lesiones inflingidas intencionalmente por otra persona	E55	-10,08	7,59	-33,33	-	0,96	-1,04	22,13
Obstrucción intestinal, sin mención de hernia	344	-4,24	-6,35	4,06	-6,38	-7,94	-0,23	-3,17
Enfermedad cerebrovascular	29	-1,32	-33,33	-	-1,09	-3,51	-3,03	33,76
Tumores malignos	08-14	-4,53	-1,10	3,70	3,34	-7,30	-20,00	-
Hernia de la cavidad intestinal	343	-5,96	18,47	-1,43	0,62	4,18	-4,63	-2,63
Neumoconiosis y otras enfermedades pulmonares debidas a agentes externos	326	25,48	2,75	-9,54	-14,72	-2,91	-2,55	5,42
Epilepsia	225	11,38	-	-	-0,43	-0,77	-0,19	-10,48
Otros transtornos degenerativos y hereditarios del sistema nervioso central	222	3,69	8,66	-5,35	-2,56	5,41	0,78	-100,00
Disritmia cardiaca	281	-0,96	-33,33	-	-8,47	-9,19	0,89	-5,46
Signos, síntomas y estados morbosos mal definidos	46	-3,64	-11,73	-7,60	-3,95	-2,61	-3,10	1,16
Las demás causas		-5,22	-5,27	-0,41	-8,87	-4,66	-0,87	-5,71

Fuente: elaboración propia a partir de Estadísticas Vitales 1979-1995.

CUADRO 9
MÉXICO: TENDENCIAS EN LAS TASAS DE MORTALIDAD PREESCOLAR POR CAUSA

<i>Causa</i>	<i>Clave C.I.E. 91/4 rev.</i>	79-81	81-83	83-85	85-88	88-92	92-94	94-95
Total de todas las causas	01-E56	-7,19	-4,05	0,33	-4,94	-7,83	-0,69	0,27
Accidentes	E47-E53	19,63	-7,06	0,67	-2,77	-3,25	0,15	-6,17
Neumonía e influenza	321,322	-11,64	-6,81	6,19	-10,04	-6,32	3,36	-0,19
Enfermedades infecciosas intestinales	01	-8,85	4,41	-5,77	-6,04	-11,04	-5,49	-8,63
Anomalías congénitas	44	7,38	2,68	5,08	8,76	-1,04	2,02	17,56
Deficiencias de la nutrición	19	-9,85	9,48	7,65	38,12	-11,87	-2,06	17,83
Tumores malignos	08-14	-0,88	0,62	3,00	1,77	-2,27	-0,76	16,63
Bronquitis crónica y la no especificada, enfisema y asma	323	-6,97	-5,36	-0,16	-8,24	-5,36	-2,78	-5,69
Infecciones respiratorias agudas	310-312,320	-4,56	-1,89	9,26	-5,72	-2,65	-7,00	14,88
Septicemia	038	-2,43	0,40	-7,29	-1,40	-10,54	8,93	1,08
Anemias	200	-14,47	3,00	10,96	-1,48	-10,86	2,69	21,92
Homicidio y lesiones inflingidas intencionalmente por otra persona	E55	-3,49	-1,30	12,92	8,78	-0,15	-1,17	-22,28
Enfermedades del corazón	25-28	-8,01	39,66	-21,53	-1,79	-4,93	0,01	-7,22
Hepatitis vírica	046	-0,23	-3,52	3,89	3,57	-5,04	2,16	2,09
Parálisis cerebral, infantil y otros síndromes paralíticos	224	2,69	n.d.	n.d.	-0,12	-1,27	4,43	9,74
Meningitis	220	-1,86	-4,28	-0,41	-3,57	-7,48	-3,35	7,61
Nefritis, síndrome nefrótico y nefrosis	350	-10,76	5,15	-4,46	-2,09	-6,37	1,91	-3,70
Epilepsia	225	-5,96	n.d.	n.d.	-2,77	-6,64	3,57	15,29
Obstrucción intestinal, sin mención de hernia	344	-4,76	3,33	-4,30	-6,19	-4,97	5,73	-15,75
Enfermedad cerebrovascular	29	-0,54	n.d.	n.d.	-3,78	-1,09	-20,00	n.d.
Tuberculosis de las meninges y del sistema nervioso central	022	-9,63	-6,54	-2,14	-9,54	-1,03	-20,00	n.d.
Otras helmintiasis	76	-4,01	8,35	-4,37	-3,21	-11,39	7,31	-100,00
Otros trastornos degenerativos y hereditarios del sistema nervioso central	222	3,28	7,13	-4,17	7,06	-4,82	-1,17	-100,00
Disritmia cardiaca	281	-12,97	n.d.	n.d.	-9,67	-10,55	1,65	-20,14
Signos, síntomas y estados morbosos mal definidos	46	-9,62	n.d.	n.d.	-8,24	-11,11	-4,31	3,67
Las demás causas		-10,49	6,00	-6,65	-10,69	-8,75	2,68	5,19

Fuente: elaboración propia de Estadísticas Vitales 1979-1995.

CUADRO 10
MÉXICO: TENDENCIAS EN LAS TASAS DE MORTALIDAD ESCOLAR POR CAUSA

<i>Causa</i>	<i>Clave</i>							
	<i>C.I.E. 91/4</i>	<i>79-81</i>	<i>81-83</i>	<i>83-85</i>	<i>85-88</i>	<i>88-92</i>	<i>92-94</i>	<i>94-95</i>
	<i>rev.</i>							
Total de todas las causas	01-E56	-4,06	-6,00	-0,25	-2,77	-5,52	-1,60	0,11
Accidentes	E47-E53	18,66	-8,44	0,65	-5,00	-4,30	-2,26	-6,26
Tumores malignos	08-14	-0,39	0,73	2,23	0,68	-1,75	-0,37	3,25
Anomalías congénitas	44	-3,51	3,90	5,86	11,84	-3,11	0,65	19,49
Neumonía e influenza	321,322	-8,94	-7,72	-2,74	-5,62	-7,12	0,96	9,71
Homicidio y lesiones inflingidas intencionalmente por otra persona	E55	6,34	-3,20	2,47	3,21	-1,29	-1,21	-5,28
Enfermedades infecciosas intestinales	01	-10,30	-14,68	18,44	-2,76	-10,52	-9,01	0,47
Parálisis cerebral infantil y otros síndromes paralíticos	224	11,52	19,99	-7,69	9,38	-4,94	8,91	9,20
Enfermedades del corazón	25-28	-1,29	-12,31	3,13	-1,48	1,51	-7,04	26,23
Deficiencias de la nutrición	19	-8,37	1,34	7,68	43,17	-10,34	-2,58	3,36
Nefritis, síndrome nefrótico y nefrosis	350	-9,30	-0,66	0,15	3,34	-5,96	3,11	20,66
Anemias	200	-9,08	-6,33	1,23	-1,80	-4,56	0,43	12,94
Epilepsia	225	0,53	-2,82	1,59	-2,40	-6,22	3,84	-18,20
Septicemia	038	-3,10	-2,24	-9,95	6,86	-8,65	1,03	-0,19
Enfermedad cerebrovascular	29	2,68	-5,27	0,34	-3,66	-3,44	-7,06	37,05
Suicidio y lesiones autoinflingidas	E54	-8,41	1,23	40,24	-3,19	-0,07	3,10	6,74
Bronquitis crónica y la no especificada, enfisema y asma	323	-4,93	-8,31	0,73	-1,64	-10,03	8,24	-18,34
Meningitis	220	-13,98	0,00	1,22	0,79	-9,17	-2,51	-2,15
Hepatitis vírica	046	-1,29	2,95	-4,48	7,22	-5,20	11,83	-34,50
Diabetes mellitus	181	8,62	-5,77	-2,95	5,39	-2,17	-20,00-	
Infecciones respiratorias agudas	310-312,320	-10,49	0,71	5,53	-2,29	-8,93	-1,76	-11,53
Apendicitis	342	431,25	-5,53	-2,17	-3,22	1,89	-0,10	-100,00
Disritmia cardíaca	281	0,49	-33,33	-	-7,86	-11,03	-1,35	28,65
Signos, síntomas y estados morbosos mal definidos	46	-8,90	-14,50	-4,22	-7,60	-12,39	-4,62	-10,70
Las demás causas		-18,18	9,44	-8,84	-5,63	-5,53	0,08	-0,58

Fuente: elaboración propia a partir de Estadísticas Vitales 1979-1995

CUADRO II
TENDENCIAS EN LAS TASAS DE MORTALIDAD EN EDADES PRODUCTIVAS POR CAUSA

<i>Causa</i>	<i>Clave C.I.E. 91/4 rev.</i>	<i>79-81</i>	<i>81-83</i>	<i>83-85</i>	<i>85-88</i>	<i>88-92</i>	<i>92-94</i>	<i>94-95</i>
Total de todas las causas	01-E56	-0,87	-3,35	-1,64	-2,46	-1,41	-0,53	-1,62
Accidentes	E47-E53	26,58	-7,40	-3,07	-4,49	-3,51	-1,63	-7,77
Tumores malignos	08-14	0,20	0,83	1,60	0,65	-0,58	0,07	0,26
Enfermedades del corazón	25-28	-1,90	7,78	-8,44	-0,48	1,77	-0,62	-0,57
Cirrosis y otras enfermedades crónicas del hígado	347	-0,53	1,64	-1,07	-3,13	0,03	0,59	-3,75
Diabetes mellitus	181	2,32	4,04	1,50	1,33	-0,12	0,55	7,27
Homicidio y lesiones inflingidas intencionalmente por otras personas	E55	0,09	-1,73	3,30	-2,01	-0,40	-2,08	-4,02
Enfermedad cerebrovascular	29	-0,98	-	-	-2,07	-1,43	0,14	-2,69
Nefritis, síndrome nefrótico y nefrosis	350	1,10	-2,87	-0,41	-3,38	3,21	-0,32	2,10
Sida	184	-	-	-	-	62,47	5,97	11,85
Neumonía e influenza	321,322	-5,21	-8,84	-3,15	-4,96	-1,93	0,07	6,50
Suicidio y lesiones autoinflingidas	E54	0,61	-6,37	12,28	0,08	3,03	1,82	10,23
Tuberculosis pulmonar	020	-9,15	0,16	-0,35	-3,65	-6,36	-2,40	-5,92
Síndrome de dependencia del alcohol	215	1,45	3,15	-1,19	-0,39	-3,42	-20,00	-
Enfermedades infecciosas intestinales	01	-7,10	-1,29	-5,78	-2,35	-6,96	-7,55	-1,45
Deficiencias de la nutrición	19	-4,98	4,50	11,16	23,24	-5,14	-1,51	-3,53
Bronquitis crónica y la no especificada, enfisema y asma	323	0,44	-1,63	-4,52	-4,71	-4,08	-20,00	-
Anemias	200	-7,19	-	-	1,47	-3,62	-2,09	-3,37
Epilepsia	225	0,74	-	-	1,65	-3,99	-20,00	-
Úlceras gástrica y duodenal	341	-33,33	-	-	-4,09	-2,95	-20,00	-
Septicemia	038	-0,73	-5,96	1,90	-2,21	-5,09	-20,00	-
Disritmia cardiaca	281	-1,09	-	-	-11,21	-6,89	-2,59	-12,49
Signos, síntomas y estados morbosos mal definidos	46	-2,79	-12,66	-8,42	-10,39	-8,70	-5,42	-4,52
Las demás causas		-13,06	8,28	-11,22	-3,46	-1,75	5,79	-22,18

Fuente: elaboración propia a partir de Estadísticas Vitales 1979-1995

CUADRO 12
MÉXICO: TENDENCIAS EN LA MORTALIDAD EN EDADES PRODUCTIVAS POR CAUSA

<i>Causa</i>	<i>Clave C.I.E. 91/4 rev.</i>	<i>79-81</i>	<i>81-83</i>	<i>83-85</i>	<i>85-88</i>	<i>88-92</i>	<i>92-94</i>	<i>94-95</i>
Total de todas las causas	01-E56	-0,20	0,85	0,14	-0,33	-1,77	-0,53	1,61
Enfermedades del corazón	25-28	0,27	0,21	2,35	2,34	2,58	-1,84	1,62
Tumores malignos	08-14	0,91	1,50	3,27	0,69	-0,29	-0,15	0,36
Diabetes mellitus	181	3,04	6,27	1,38	2,94	-0,38	-0,33	5,43
Enfermedad cerebrovascular	29	0,59	0,86	2,99	0,17	-0,69	-0,38	0,17
Neumonía e influenza	321,322	-3,89	-3,54	-1,95	-4,24	-2,04	-0,30	6,81
Deficiencias de la nutrición	19	-1,09	14,86	9,95	15,28	-3,85	-2,24	3,89
Bronquitis crónica y la no especificada, enfisema y asma	323	3,16	2,56	-1,91	-3,10	-4,99	-1,33	1,63
Cirrosis y otras enfermedades crónicas del hígado	347	-1,32	1,16	0,07	-1,09	-0,77	0,22	7,11
Accidentes	E47-E53	22,41	-10,53	10,49	-1,33	-3,62	-0,81	-5,60
Nefritis, síndrome nefrótico y nefrosis	350	-0,20	0,24	1,06	-3,42	1,00	-0,47	1,05
Enfermedades infecciosas intestinales	01	-3,62	5,37	-5,99	-1,52	-7,95	-7,15	-2,65
Anemias	200	-1,56	-	-	1,83	-4,58	-0,23	-0,74
Úlceras gástrica y duodenal	341	-33,33	-	-	25,29	-3,10	-0,80	4,32
Tuberculosis pulmonar	020	-6,50	4,65	-1,45	0,74	-7,50	-3,15	-3,36
Arteriosclerosis	300	-33,33	-	44,59	-2,52	-7,71	-3,37	-2,46
Septicemia	038	5,56	3,38	3,30	0,72	-1,46	-0,21	-0,58
Homicidio y lesiones infligidas intencionalmente por otra persona	E55	0,69	0,68	3,88	-3,10	-2,35	-0,67	-8,54
Obstrucción intestinal, sin mención de hernia	344	-1,62	4,06	-4,48	-2,45	-2,39	-2,67	7,78
Artritis reumatoide, excepto la de la columna vertebral	430	5,61	-	-	-2,61	-4,47	-20,00	-
Síndrome de dependencia del alcohol	215	1,91	12,46	-1,70	1,90	-4,81	-20,00	-
Otras enfermedades obstructivas crónicas	325	46,68	23,02	10,46	14,52	4,31	1,27	-100,00
Colelitiasis y colecistitis	348	1,92	5,24	-5,52	5,43	-2,70	1,71	-100,00
Disritmia cardiaca	281	1,36	-2,51	-6,22	-7,24	-6,20	-1,51	-2,62
Signos, síntomas y estados morbosos mal definidos	46	-3,73	-5,98	-6,70	-8,84	-6,43	-4,27	3,55
Las demás causas		0,47	7,26	-7,85	-3,08	-5,68	7,28	24,47

Fuente: elaboración propia a partir de Estadísticas Vitales 1979-1995.

CUADRO 13
DISTRIBUCIÓN PORCENTUAL DE LAS DEFUNCIONES SEGÚN TAMAÑO DE LA
LOCALIDAD DE RESIDENCIA POR GRUPOS DE CAUSAS, 1988, 1993 Y 1995

<i>Causa de la defunción</i>	<i>Habitantes en la localidad</i>					<i>Total</i>
	<i>Menos de 2,500</i>	<i>2,500 a 14,999</i>	<i>15,000 a 99,999</i>	<i>100,000 a 999,999</i>	<i>1'000,000 y más</i>	
1988						
Enfermedades Infecciosas y parasitarias	37,50%	17,20%	12,90%	25,30%	7,10%	100,00%
Neoplasmas	20,60%	16,50%	16,10%	36,70%	10,10%	100,00%
Sistema circulatorio y ciertas enf. degenerativas	22,80%	16,50%	14,40%	35,30%	10,90%	100,00%
Enfermedad pulmonar obstructiva crónica	27,90%	16,10%	15,10%	32,10%	8,90%	100,00%
Complicaciones del embarazo	47,60%	18,50%	11,40%	17,70%	4,80%	100,00%
Lesiones y envenenamiento	26,30%	18,10%	16,50%	31,50%	7,60%	100,00%
Causas mal definidas	68,70%	11,20%	5,60%	10,80%	3,60%	100,00%
Otras causas	30,30%	18,10%	14,00%	28,90%	8,60%	100,00%
Total	28,30%	17,10%	14,40%	31,20%	8,90%	100,00%
1993						
<i>Causa de la defunción</i>	<i>Menos de 2,500</i>	<i>2,500 a 14,999</i>	<i>15,000 a 99,999</i>	<i>100,000 a 999,999</i>	<i>1'000,000 y más</i>	<i>Total</i>
Enfermedades Infecciosas y parasitarias	29,00%	15,70%	14,10%	30,90%	10,40%	100,00%
Neoplasmas	18,40%	14,40%	15,60%	38,90%	12,70%	100,00%
Sistema circulatorio y ciertas enf. degenerativas	19,50%	15,30%	14,90%	37,10%	13,30%	100,00%
Enfermedad pulmonar obstructiva crónica	24,70%	15,50%	15,10%	32,70%	12,00%	100,00%
Complicaciones del embarazo	41,00%	17,30%	12,20%	19,90%	9,60%	100,00%
Lesiones y envenenamiento	22,60%	16,20%	16,20%	35,80%	9,20%	100,00%
Causas mal definidas	62,00%	11,40%	7,60%	15,90%	3,10%	100,00%
Otras causas	23,70%	15,30%	14,40%	34,10%	12,60%	100,00%
Total	22,70%	15,40%	14,90%	35,20%	11,90%	100,00%

CUADRO 13
DISTRIBUCIÓN PORCENTUAL DE LAS DEFUNCIONES SEGÚN TAMAÑO DE LA
LOCALIDAD DE RESIDENCIA POR GRUPOS DE CAUSAS, 1988, 1993 Y 1995

<i>1995</i>		<i>Habitantes en la localidad</i>					
<i>Causa de la defunción</i>	<i>Menos de 2,500</i>	<i>2,500 a 14,999</i>	<i>15,000 a 99,999</i>	<i>100,000 a 999,999</i>	<i>1'000,000 y más</i>	<i>Total</i>	
Enfermedades Infecciosas y parasitarias	31,70%	15,70%	12,60%	29,50%	10,50%	100,00%	
Neoplasmas	19,30%	14,90%	15,20%	38,30%	12,20%	100,00%	
Sistema circulatorio y ciertas enf. degenerativas	20,30%	15,10%	15,20%	36,40%	12,90%	100,00%	
Enfermedad pulmonar obstructiva crónica	25,90%	15,10%	15,20%	32,00%	11,80%	100,00%	
Complicaciones del embarazo	40,50%	18,50%	12,90%	19,30%	8,80%	100,00%	
Lesiones y envenenamiento	25,90%	15,30%	15,70%	33,10%	10,00%	100,00%	
Causas mal definidas	54,80%	12,90%	7,40%	20,00%	4,80%	100,00%	
Otras causas	23,10%	15,10%	13,70%	35,30%	12,80%	100,00%	
Total	23,20%	15,20%	14,90%	34,90%	11,80%	100,00%	

<i>Total</i>		<i>Habitantes en la localidad</i>					
<i>Causa de la defunción</i>	<i>Menos de 2,500</i>	<i>2,500 a 14,999</i>	<i>15,000 a 99,999</i>	<i>100,000 a 999,999</i>	<i>1'000,000 y más</i>	<i>Total</i>	
Enfermedades Infecciosas y parasitarias	33,30%	16,40%	13,30%	28,10%	8,90%	100,00%	
Neoplasmas	19,40%	15,20%	15,60%	38,00%	11,70%	100,00%	
Sistema circulatorio y ciertas enf. degenerativas	20,80%	15,60%	14,90%	36,30%	12,40%	100,00%	
Enfermedad pulmonar obstructiva crónica	26,10%	15,50%	15,10%	32,30%	11,00%	100,00%	
Complicaciones del embarazo	43,20%	18,10%	12,20%	18,90%	7,60%	100,00%	
Lesiones y envenenamiento	25,20%	16,30%	16,10%	33,30%	9,10%	100,00%	
Causas mal definidas	63,90%	11,60%	6,50%	14,20%	3,80%	100,00%	
Otras causas	25,50%	16,10%	14,00%	32,90%	11,50%	100,00%	
Total	24,70%	15,80%	14,70%	33,80%	10,90%	100,00%	

Fuente: elaboración propia a partir de Estadísticas Vitales 1979-1995

CUADRO 14 (continuación)
DISTRIBUCIÓN PORCENTUAL DE LAS DEFUNCIONES SEGÚN TAMAÑO DE LA LOCALIDAD
DE RESIDENCIA, POR CAUSA DE LA DEFUNCIÓN, 1988, 1993 Y 1995

<i>Causa de la defunción</i>	<i>Habitantes en la localidad</i>					<i>Total</i>
	<i>1995</i>	<i>Menos de 2,500</i>	<i>2,500 a 14,999</i>	<i>15,000 a 99,999</i>	<i>100,000 a 999,999</i>	
Enfermedades del corazón	9,00%	9,50%	10,50%	11,90%	11,90%	10,60%
Tumores malignos	11,10%	13,20%	13,70%	14,80%	14,00%	13,40%
Accidentes	14,50%	14,40%	15,60%	13,30%	11,40%	13,90%
Diabetes mellitus	5,70%	8,10%	9,80%	10,00%	10,90%	8,80%
Enfermedad cerebrovascular	3,40%	3,60%	4,00%	3,70%	3,60%	3,70%
Cirrosis y otras enf. del hígado	9,60%	11,10%	8,90%	8,40%	9,50%	9,30%
Neumonía e influenza	2,40%	1,80%	1,50%	1,80%	2,30%	2,00%
Homicidio y lesiones inflingidas intencionalmente por otras personas	10,90%	8,10%	8,00%	7,20%	7,30%	8,30%
Deficiencias de la nutrición	1,60%	1,00%	0,70%	0,60%	0,40%	0,90%
Nefritis, síndrome nefrótico y nefrosis	2,10%	2,40%	2,70%	2,70%	2,90%	2,50%
Anomalías congénitas	0,40%	0,50%	0,50%	0,50%	0,50%	0,50%
Enfermedades infecciosas intestinales	2,20%	1,20%	0,80%	0,50%	0,70%	1,10%
Bronquitis crónica y la no especificada, enfisema y asma	1,10%	0,80%	0,70%	0,60%	0,60%	0,80%
Anemias	1,30%	1,10%	0,70%	0,50%	0,30%	0,80%
Sida	0,70%	1,30%	1,70%	3,50%	4,80%	2,40%
Tuberculosis pulmonar	2,10%	1,60%	1,40%	1,30%	0,80%	1,50%
Úlceras gástrica y duodenal	0,80%	0,60%	0,50%	0,50%	0,40%	0,60%
Suicidio y lesiones autoinflingidas	1,40%	1,50%	1,70%	1,70%	1,40%	1,60%
Septicemia	0,50%	0,50%	0,40%	0,50%	0,50%	0,50%
Disritmia cardíaca	1,00%	0,70%	0,50%	0,30%	0,30%	0,60%
Signos, síntomas y estados morbosos mal definidos	1,60%	0,60%	0,30%	0,40%	0,30%	0,70%
Las demás causas	16,50%	16,40%	15,50%	15,20%	15,30%	15,70%
Total	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Fuente: elaboración propia a partir de Estadísticas Vitales 1979-1995.

CUADRO 15
DISTRIBUCIÓN PORCENTUAL DE LAS DEFUNCIONES SEGÚN NIVEL
DE INSTRUCCIÓN, POR GRUPOS DE CAUSAS, 1988, 1993 Y 1995

<i>Causa de la defunción</i>	<i>Nivel de instrucción</i>				<i>Total</i>
	<i>Sin instrucción</i>	<i>Primaria incompleta</i>	<i>Primaria completa</i>	<i>Secundaria y más</i>	
<i>1988</i>					
Enfermedades infecciosas y parasitarias	22,30%	18,69%	19,04%	20,78%	20,07%
Neoplasmas	11,14%	13,19%	12,95%	13,31%	12,71%
Sistema circulatorio y ciertas enf. degenerativas	32,89%	37,35%	34,98%	25,63%	33,15%
Enfermedad pulmonar obstructiva crónica	1,99%	1,66%	1,53%	0,96%	1,52%
Complicaciones del embarazo	1,18%	1,13%	1,18%	0,83%	1,04%
Lesiones y envenenamiento	9,15%	12,10%	14,46%	26,07%	15,48%
Causas mal definidas	3,74%	1,43%	1,99%	0,58%	1,67%
Otras causas	17,61%	14,43%	13,87%	11,84%	14,35%
Total	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
<i>1993</i>					
<i>Causa de la defunción</i>	<i>Nivel de instrucción</i>				<i>Total</i>
	<i>Sin instrucción</i>	<i>Primaria incompleta</i>	<i>Primaria completa</i>	<i>Secundaria y más</i>	
Enfermedades infecciosas y parasitarias	17,65%	15,81%	16,70%	18,91%	17,31%
Neoplasmas	11,84%	13,84%	13,95%	14,29%	13,49%
Sistema circulatorio y ciertas enf. degenerativas	39,76%	41,91%	40,73%	26,53%	36,89%
Enfermedad pulmonar obstructiva crónica	2,26%	1,80%	1,71%	0,99%	1,59%
Complicaciones del embarazo	0,87%	0,82%	0,84%	0,76%	0,81%
Lesiones y envenenamiento	7,24%	9,77%	10,85%	22,19%	13,24%
Causas mal definidas	1,90%	0,72%	0,58%	0,47%	0,87%
Otras causas	18,46%	15,32%	14,64%	15,86%	15,79%
Total	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%
<i>1995</i>					
<i>Causa de la defunción</i>	<i>Nivel de instrucción</i>				<i>Total</i>
	<i>Sin instrucción</i>	<i>Primaria incompleta</i>	<i>Primaria completa</i>	<i>Secundaria y más</i>	
Enfermedades infecciosas y parasitarias	9,19%	6,36%	5,87%	4,06%	6,08%
Neoplasmas	12,73%	14,75%	14,80%	15,03%	14,35%
Sistema circulatorio y ciertas enf. degenerativas	39,87%	43,05%	42,09%	26,69%	37,14%
Enfermedad pulmonar obstructiva crónica	2,38%	1,71%	1,57%	0,85%	1,51%
Complicaciones del embarazo	0,88%	0,94%	0,97%	0,91%	0,91%
Lesiones y envenenamiento	15,72%	18,17%	20,23%	35,84%	24,02%
Causas mal definidas	1,33%	0,55%	0,47%	0,46%	0,65%
Otras causas	17,90%	14,47%	13,99%	16,15%	15,34%
Total	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Fuente: elaboración propia a partir de Estadísticas Vitales 1979-1995.

CUADRO 16
DISTRIBUCIÓN PORCENTUAL DE LAS DEFUNCIONES SEGÚN NIVEL
DE INSTRUCCIÓN, POR CAUSA DE LA DEFUNCIÓN, 1988, 1993 Y 1995

<i>Causa de la defunción</i>	<i>Nivel de instrucción</i>				<i>Total</i>
	<i>Sin instrucción</i>	<i>Primaria incompleta</i>	<i>Primaria completa</i>	<i>Secundaria y más</i>	
Enfermedades del corazón	8,27%	9,46%	9,57%	9,36%	9,18%
Tumores malignos	11,04%	13,08%	13,03%	13,15%	12,59%
Accidentes	8,70%	11,60%	17,57%	24,85%	14,73%
Diabetes mellitus	6,19%	8,67%	8,24%	5,19%	7,33%
Enfermedad cerebrovascular	3,83%	4,08%	3,43%	3,05%	3,68%
Cirrosis y otras enf. del hígado	9,65%	10,37%	8,00%	4,52%	8,56%
Neumonía e influenza	2,94%	1,83%	1,39%	1,19%	1,88%
Homicidio y lesiones inflingidas intencionalmente por otras personas	5,86%	7,02%	9,53%	10,88%	8,03%
Deficiencias de la nutrición	2,57%	1,21%	0,64%	0,30%	1,24%
Nefritis, síndrome nefrótico y nefrosis	1,77%	2,20%	2,02%	1,92%	2,00%
Anomalias congénitas	0,44%	0,24%	0,38%	0,54%	0,38%
Enfermedades infecciosas intestinales	5,66%	2,64%	1,38%	1,29%	2,83%
Bronquitis crónica y la no especificada, enfsema y asma	1,45%	0,98%	0,71%	0,64%	0,97%
Anemias	1,65%	0,96%	0,68%	0,58%	0,99%
Sida	0,06%	0,19%	0,39%	1,13%	0,38%
Tuberculosis pulmonar	3,63%	2,70%	1,75%	0,91%	2,38%
Úlceras gástrica y duodenal	0,85%	0,73%	0,51%	0,31%	0,63%
Suicidio y lesiones autoinflingidas	0,47%	0,79%	1,08%	1,85%	0,98%
Septicemia	0,65%	0,58%	0,45%	0,51%	0,55%
Disritmia cardiaca	1,59%	1,10%	0,83%	0,61%	1,07%
Signos, síntomas y estados morbosos mal definidos	3,74%	1,43%	0,71%	0,58%	1,67%
Las demás causas	18,98%	18,15%	17,72%	16,66%	17,97%
Total	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

CUADRO 16 (continuación)
DISTRIBUCIÓN PORCENTUAL DE LAS DEFUNCIONES SEGÚN NIVEL
DE INSTRUCCIÓN, POR CAUSA DE LA DEFUNCIÓN, 1988, 1993 Y 1995

<i>Causa de la defunción</i>	<i>Nivel de instrucción</i>				<i>Total</i>
	<i>Sin instrucción</i>	<i>Primaria incompleta</i>	<i>Primaria completa</i>	<i>Secundaria y más</i>	
Enfermedades del corazón	9,95%	10,88%	11,32%	9,47%	10,47%
Tumores malignos	11,75%	13,66%	13,48%	14,05%	13,31%
Accidentes	6,75%	8,99%	13,57%	20,79%	12,28%
Diabetes mellitus	8,28%	9,96%	8,81%	5,29%	8,28%
Enfermedad cerebrovascular	4,12%	4,09%	3,56%	2,92%	3,71%
Cirrosis y otras enf. del hígado	11,82%	12,02%	9,04%	5,14%	9,71%
Neumonía e influenza	2,96%	1,77%	1,49%	1,39%	1,87%
Homicidio y lesiones inflingidas intencionalmente por otras personas	4,71%	6,46%	9,00%	10,47%	7,60%
Deficiencias de la nutrición	2,11%	1,07%	0,59%	0,34%	1,01%
Nefritis, síndrome nefrótico y nefrosis	2,61%	2,74%	2,76%	2,21%	2,60%
Anomalías congénitas	0,55%	0,27%	0,43%	0,54%	0,43%
Enfermedades infecciosas intestinales	4,05%	1,85%	1,19%	0,85%	1,93%
Bronquitis crónica y la no especificada, enfisema y asma	1,37%	0,85%	0,69%	0,59%	0,86%
Anemias	1,48%	0,95%	0,57%	0,55%	0,88%
Sida	0,41%	0,87%	1,94%	5,03%	1,97%
Tuberculosis pulmonar	2,52%	1,92%	1,27%	0,72%	1,62%
Úlceras gástrica y duodenal	0,79%	0,62%	0,51%	0,30%	0,56%
Suicidio y lesiones autoinflingidas	0,54%	0,96%	1,40%	2,12%	1,24%
Septicemia	0,55%	0,49%	0,48%	0,42%	0,48%
Disritmia cardiaca	1,28%	0,73%	0,61%	0,41%	0,75%
Signos, síntomas y estados morbosos mal definidos	1,90%	0,72%	0,56%	0,49%	0,88%
Las demás causas	19,50%	18,12%	16,74%	15,90%	17,58%
Total	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

CUADRO 16 (continuación)
DISTRIBUCIÓN PORCENTUAL DE LAS DEFUNCIONES SEGÚN NIVEL
DE INSTRUCCIÓN, POR CAUSA DE LA DEFUNCIÓN, 1988, 1993 Y 1995

<i>Causa de la defunción</i>	<i>Nivel de instrucción</i>				<i>Total</i>
	<i>Sin instrucción</i>	<i>Primaria incompleta</i>	<i>Primaria completa</i>	<i>Secundaria y más</i>	
Enfermedades del corazón	10,26%	11,20%	11,48%	9,54%	10,68%
Tumores malignos	12,21%	14,22%	13,91%	14,48%	13,80%
Accidentes	8,48%	9,98%	14,71%	20,77%	13,45%
Diabetes mellitus	8,71%	11,12%	9,55%	5,53%	8,90%
Enfermedad cerebrovascular	4,12%	4,22%	3,47%	2,86%	3,69%
Cirrosis y otras enf. del hígado	11,72%	11,66%	8,73%	5,21%	9,39%
Neumonía e influenza	3,11%	1,92%	1,60%	1,47%	1,97%
Homicidio y lesiones inflingidas intencionalmente por otras personas	5,73%	6,25%	9,06%	10,71%	7,91%
Deficiencias de la nutrición	2,00%	0,98%	0,51%	0,29%	0,90%
Nefritis, síndrome nefrótico y nefrosis	2,65%	2,75%	2,71%	2,16%	2,58%
Anomalías congénitas	0,77%	0,33%	0,38%	0,63%	0,50%
Enfermedades infecciosas intestinales	2,28%	1,06%	0,72%	0,46%	1,07%
Bronquitis crónica y la no especificada, enfisema y asma	1,36%	0,89%	0,60%	0,43%	0,80%
Anemias	1,45%	0,81%	0,55%	0,46%	0,79%
Sida	0,54%	1,20%	2,09%	5,99%	2,45%
Tuberculosis pulmonar	2,15%	1,87%	1,27%	0,59%	1,47%
Úlceras gástrica y duodenal	0,77%	0,63%	0,50%	0,36%	0,56%
Suicidio y lesiones autoinflingidas	0,81%	1,08%	1,67%	2,69%	1,56%
Septicemia	0,59%	0,45%	0,48%	0,43%	0,48%
Disritmia cardiaca	0,97%	0,64%	0,39%	0,33%	0,57%
Signos, síntomas y estados morbosos mal definidos	1,33%	0,55%	0,41%	0,46%	0,65%
Las demás causas	18,00%	16,21%	15,23%	14,17%	15,83%
Total	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%	100,00%

Fuente: elaboración propia a partir de Estadísticas Vitales 1979-1995.

CUADRO 17

DISTRIBUCIÓN PORCENTUAL DE LAS DEFUNCIONES SEGÚN LA CONDICIÓN DE DERECHOS HABIENTE A LA SEGURIDAD SOCIAL, POR GRUPOS DE CAUSAS, 1993 Y 1995

1993		<i>Derechohabiente</i>		
<i>Causa de la defunción</i>	<i>Sí</i>	<i>No</i>	<i>Total</i>	
Enfermedades Infecciosas y parasitarias	12,31%	20,90%	16,95%	
Neoplasmas	18,97%	9,72%	13,97%	
Sistema circulatorio y ciertas enf. degenerativas	40,66%	35,56%	37,90%	
Enfermedad pulmonar obstructiva crónica	1,74%	1,53%	1,63%	
Complicaciones del embarazo	0,45%	1,13%	0,81%	
Lesiones y envenenamiento	10,80%	13,38%	12,20%	
Causas mal definidas	0,27%	0,75%	0,53%	
Otras causas	14,79%	17,05%	16,01%	
Total	100,00%	100,00%	100,00%	

1995		<i>Derechohabiente</i>		
<i>Causa de la defunción</i>	<i>Sí</i>	<i>No</i>	<i>Total</i>	
Enfermedades Infecciosas y parasitarias	4,81%	7,50%	6,25%	
Neoplasmas	20,37%	10,18%	14,90%	
Sistema circulatorio y ciertas enf. degenerativas	41,88%	35,67%	38,54%	
Enfermedad pulmonar obstructiva crónica	1,64%	1,48%	1,55%	
Complicaciones del embarazo	0,47%	1,35%	0,94%	
Lesiones y envenenamiento	15,99%	26,51%	21,64%	
Causas mal definidas	0,24%	0,71%	0,49%	
Otras causas	14,59%	16,60%	15,67%	
Total	100,00%	100,00%	100,00%	

Fuente: elaboración propia a partir de Estadísticas Vitales 1979-1995.

CUADRO 18
DISTRIBUCIÓN PORCENTUAL DE LAS DEFUNCIONES SEGÚN LA CONDICIÓN
DE DERECHOHABIENTIA A LA SEGURIDAD SOCIAL, POR CAUSA DE
LA DEFUNCIÓN, 1993 Y 1995

<i>Causa de la defunción</i>	<i>Derechohabientia</i>		
	<i>Sí</i>	<i>No</i>	<i>Tótal</i>
Enfermedades del corazón	12,49%	9,08%	10,65%
Tumores malignos	18,76%	9,61%	13,82%
Accidentes	10,05%	12,04%	11,12%
Diabetes mellitus	11,40%	6,38%	8,68%
Enfermedad cerebrovascular	4,41%	3,37%	3,85%
Cirrosis y otras enf. del hígado	7,09%	12,57%	10,05%
Neumonía e influenza	1,52%	2,25%	1,91%
Homicidio y lesiones inflingidas intencionalmente por otras personas	4,61%	9,52%	7,26%
Deficiencias de la nutrición	0,37%	1,55%	1,00%
Nefritis, síndrome nefrótico y nefrosis	3,61%	1,98%	2,73%
Anomalías congénitas	0,50%	0,41%	0,45%
Enfermedades infecciosas intestinales	1,04%	2,50%	1,83%
Bronquitis crónica y la no especificada, enfisema y asma	0,71%	0,97%	0,85%
Anemias	0,50%	1,11%	0,83%
SIDA	2,79%	1,49%	2,09%
Tuberculosis pulmonar	1,14%	2,09%	1,65%
Úlceras gástrica y duodenal	0,41%	0,69%	0,56%
Suicidio y lesiones autoinflingidas	0,86%	1,51%	1,21%
Septicemia	0,57%	0,44%	0,50%
Disritmia cardiaca	0,38%	0,82%	0,62%
Signos, síntomas y estados morbosos mal definidos	0,27%	0,75%	0,53%
Las demás causas	16,53%	18,90%	17,81%
Total	100,00%	100,00%	100,00%

CUADRO 18 (continuación)
DISTRIBUCIÓN PORCENTUAL DE LAS DEFUNCIONES SEGÚN LA CONDICIÓN
DE DERECHOHABIENCIA A LA SEGURIDAD SOCIAL, POR CAUSA DE
LA DEFUNCIÓN, 1993 Y 1995

<i>Causa de la defunción</i>	<i>Derechohabiencia</i>		
	<i>Sí</i>	<i>No</i>	<i>Total</i>
Enfermedades del corazón	12,97%	9,24%	10,97%
Tumores malignos	19,68%	9,71%	14,33%
Accidentes	10,28%	13,72%	12,13%
Diabetes mellitus	12,31%	6,86%	9,38%
Enfermedad cerebrovascular	4,37%	3,42%	3,86%
Cirrosis y otras enf. del hígado	7,02%	12,09%	9,74%
Neumonía e influenza	1,51%	2,44%	2,01%
Homicidio y lesiones inflingidas intencionalmente por otras personas	3,96%	9,53%	6,95%
Deficiencias de la nutrición	0,36%	1,36%	0,90%
Nefritis, síndrome nefrótico y nefrosis	3,58%	1,95%	2,71%
Anomalías congénitas	0,53%	0,49%	0,51%
Enfermedades infecciosas intestinales	0,50%	1,58%	1,08%
Bronquitis crónica y la no especificada, enfisema y asma	0,65%	0,94%	0,80%
Anemias	0,47%	1,07%	0,79%
Sida	3,30%	1,93%	2,57%
Tuberculosis pulmonar	1,13%	1,85%	1,52%
Úlceras gástrica y duodenal	0,41%	0,70%	0,56%
Suicidio y lesiones autoinflingidas	1,07%	1,86%	1,50%
Septicemia	0,51%	0,50%	0,50%
Disritmia cardiaca	0,32%	0,70%	0,52%
Signos, síntomas y estados morbosos mal definidos	0,24%	0,71%	0,49%
Las demás causas	14,83%	17,33%	16,17%
Total	100,00%	100,00%	100,00%

Fuente: elaboración propia a partir de Estadísticas Vitales 1979-1995

CUADRO 19
 COEFICIENTES DE REGRESIÓN LOGÍSTICA PARA ESTIMAR LOS MOMIOS
 DE QUE UNA MUERTE ENTRE 15 Y 64 AÑOS SEA DEBIDA A CAUSAS VIOLENTAS.
 MÉXICO, 1985-1995

<i>Variable</i>	<i>B</i>	<i>S.E.</i>	<i>Wald</i>	<i>gl</i>	<i>Sig</i>	<i>R</i>	<i>Exp(B)</i>
EDAD por SEXO	-0,00031.47E-6		44400,58	1	0,0000	-0,1788	0,9997
ANIO_OCU	0,0238	0,0007	1109,450	1	0,0000	0,0282	1,0240
TAMLOCA			1226,604	4	0,0000	0,0296	
TAMLOCA(1) by REGIÓN	0,0342	0,0034	101,9076	1	0,0000	0,0085	1,0348
TAMLOCA(2) by REGIÓN	0,0677	0,0036	355,0257	1	0,0000	0,0159	1,0701
TAMLOCA(3) by REGIÓN	0,0855	0,0037	537,6884	1	0,0000	0,0196	1,0892
TAMLOCA(4) by REGIÓN	0,0748	0,0036	423,2762	1	0,0000	0,0174	1,0777
EDCIVIL			22113,99	2	0,0000	0,1262	
EDCIVIL(1)	0,5992	0,0047	16387,22	1	0,0000	0,1086	1,8206
EDCIVIL(2)	-0,6529	0,0117	3104,103	1	0,0000	-0,0473	0,5206
CRISIS(1)	-0,3467	0,0047	5497,505	1	0,0000	-0,0629	0,7070
Constante	-2,3408	0,0650	1296,614	1	0,0000		

TAMLOCA: Tamaño de la localidad

1: < 2,500

2: 2,500-14,999

3: 15,000-99,999

4: 100,000-999,999

5: 1'000,000+ (Categoría de referencia)

EDCIVIL: Condición de unión

1: Soltero

2: Unido (Categoría de referencia)

3: Anteriormente unido

CRISIS: ¿Año de crisis económica?

1: No

2: Sí (Categoría de referencia)

Fuente: elaboración propia a partir de Estadísticas Vitales 1979-1995

CUADRO 20
EVOLUCIÓN DE LA COMPOSICIÓN DEL SISTEMA NACIONAL DE SALUD
Y DE LOS SERVICIOS PROPORCIONADOS

Concepto	1986,0	1987,0	1988,0	1989,0	1990,0	1991,0	1992,0
Total de Unidades Médicas	11043	11410	11973	12731	13195	13750	14004
Unidades de Consulta	10413	10752	11306	12054	12479	13023	13268
Externa Médicos y Enfermeras 1/	184332	197096	214170	212467	220277	236015	242268
Consultas Externas (miles)	126545	136038	140547	142039	144919	147787	151432
Intervenciones Quirúrgicas	1431826	1552144	1566566	1650129	1759273	1877071	2009252
Egresos	2943448	3058894	3019065	3103981	3289915	3387997	3485593
Recursos y Servicios por cada 1,000 habitantes							
Recursos Humanos							
Médicos	98,4	112	104,1	107,5	113,5	114,2	115,5
Enfermeras	151,3	153,8	154,4	156,3	163,8	165	166,1
Recursos Materiales							
Consultorios	39,1	38,9	40,2	41,6	42,4	42,9	43,7
Camas	75,5	73,9	74,5	75,7	76,6	76,5	74,6
Quirófanos	2,1	2,2	2,3	2,2	2,4	2,4	2,4
Gabinetes de radiología	2,2	2,2	2,2	2,2	2,3	2,3	2,3
Laboratorios	1,4	1,4	1,7	2	1,5	1,6	1,6
Servicios Proporcionados							
Consultas externas generales	1218,2	1223,7	1198,5	1202	1185,6	1185,4	1231,2
Consultas de especialidad	238,8	235,1	250,2	254,5	260,5	266,3	282,5
Egresos Hospitalarios	38,7	37,5	37,8	39,5	39,8	40,5	40,8
Intervenciones quirúrgicas	19,7	19,4	20,1	21,1	22,1	23,2	23,6
Estudios de radiología	127,1	128,2	133,6	142,4	148	156,1	154,4
Estudios de laboratorio	1020,9	1033	1093,4	1252,3	1351,5	1387,7	1402,3

CUADRO 20 (continuación)
EVOLUCIÓN DE LA COMPOSICIÓN DEL SISTEMA NACIONAL DE SALUD
Y DE LOS SERVICIOS PROPORCIONADOS

<i>Concepto</i>	1993,0	1994,0	1995,0	1996,0	1997,0	1998e/
Total de Unidades Médicas	14216	14672	15172	15653	16477	17068
Unidades de Consulta Externa	13467	13897	14378	14859	15632	16214
Médicos y Enfermeras 1/	248927	259074	267097	274100	285432	291834
Consultas Externas (miles)	160706	167257	180970	189987	202275	210186
Intervenciones Quirúrgicas	2084120	2174276	2316064	2400801	2482288	2475533
Egresos	3608576	3720933	3813933	3842076	3996515	4071251
Recursos y Servicios por cada 1,000 habitantes						
Recursos Humanos						
Médicos	118,8	121	122,5	128,1	129	-
Enfermeras	169,1	170,6	171,7	173,3	174,2	-
Recursos Materiales						
Consultorios	45,1	45,6	45,9	47,7	47,9	-
Camas	74,5	73,8	73	74,3	73,9	-
Quirófanos	2,5	2,5	2,4	2,5	2,5	-
Gabinetes de radiología	2,4	2,4	2,5	2,5	2,5	-
Laboratorios	1,6	1,6	1,6	1,7	1,7	-
Servicios Proporcionados						
Consultas externas generales	1255,7	1337,2	1375,6	1456,4	1483	-
Consultas de especialidad	289,9	304,9	318,1	330,6	330,9	-
Egresos Hospitalarios	41,3	41,6	41,2	42,2	42,3	-
Intervenciones quirúrgicas	24,1	25,3	25,8	26,2	25,7	-
Estudios de radiología	159,5	157,4	158,9	163,6	175,9	-
Estudios de laboratorio	1430,9	1460,3	1480,2	1549,4	1574,6	-

Fuente: Boletín de Información Estadística, SSA, varios años.

OBRAS CONSULTADAS

- Boltvinik, Julio (1998). "Condiciones de vida y niveles de ingreso en México, 1970-1995". En: Ibáñez Aguirre, José Antonio, coord. *Deuda externa mexicana: ética, teoría, legislación e impacto social*. México, Universidad Iberoamericana y Plaza y Valdéz. pp.251-395.
- _____ (1994). *Pobreza y estratificación social en México*. Aguascalientes, INEGI, COLMEX, UNAM/IIS. Capítulo II.
- _____ y Carlos Echarri (año). "Economic Crisis and Mortality Change in Mexico: Searching for Linkages". *Economic Shocks, Social Stress and the Demographic Impact*. 2ª Reunión, Universidad de Naciones Unidas (WIDER), abril de 1997.
- COPLAMAR (1998). Salud. 5. ed. *Serie Necesidades Esenciales en México*, vol. 4. México, Siglo XXI.
- Echarri, Carlos (1996). "Evolución y magnitud de la pobreza en México". *Estudios Demográficos y Urbanos*, núm. 32, mayo-agosto.
- Hernández-Laos, Enrique (1992). *Crecimiento económico y pobreza en México*. México, UNAM/ CIIH.

POBLACIÓN Y AMBIENTE: UNA LECTURA DESDE LA PERSPECTIVA DE LA SALUD

*Carolina Martínez S. y Gustavo Leal F.**

INTRODUCCIÓN

Las siguientes reflexiones en torno a las relaciones entre población y ambiente están formuladas desde una perspectiva centrada en el impacto del entorno ambiental sobre la enfermedad y la salud de la población. Se ubican, pues, en el ámbito de la visión médica. Esperamos, desde ahí, contribuir a la comprensión de algunos de los muchos procesos que median entre una situación de crisis y sus efectos sobre la mortalidad de la población.

Un primer señalamiento es que no hay que identificar los conceptos de salud y enfermedad. Ambos están, sin duda, estructurados desde la mirada médica, pero su origen y trayectoria son muy distintos. El concepto de enfermedad precede, con mucho, al de salud, y su organización nos remite a la larga historia de la medicina (Clavreul, 1983). El concepto de salud, en cambio, al menos en su acepción contemporánea, es muy reciente: se define apenas hacia la segunda mitad del siglo XX, con la constitución de la Organización Mundial de la Salud (OMS) que lo enuncia en forma todavía bastante general, aludiendo a las dimensiones

* Investigadores del Departamento de Atención a la Salud, Universidad Autónoma Metropolitana (Xochimilco).

física, mental y social (WHO, 1976). Esta definición, sin embargo, no incorpora todavía los muchos caminos que pueden seguirse para construir la salud a partir de las diversas combinaciones de estilos de vida que se reúnen en cualquier todo social.

Por lo que se refiere a las relaciones entre el ambiente y las enfermedades, se trata de una preocupación tan esencial a la medicina, que su origen suele remitirse a ese emblema fundacional de la misma que es la tradición hipocrática. En el libro titulado *Aires, aguas y lugares* se encuentra, dice Rosen (1958), el primer intento sistemático que se conoce por presentar las relaciones causales entre el ambiente y la enfermedad. Los efectos de la acción humana sobre el ambiente, en cambio, parecen resultar mucho más lejanos de las preocupaciones médicas.

La versión más reciente del interés por estudiar las relaciones entre los factores de riesgo, una de cuyas fuentes básicas es el ambiente, y las enfermedades, es la que encontramos en la epidemiología (al menos hasta donde podemos considerarla aún como rama de la medicina y no de la estadística) (Fox *et al.*, 1975; Mac Mahon *et al.*, 1978; Lilienfeld y Lilienfeld, 1983; Rothman, 1986, entre muchos otros).

Los intentos por analizar las relaciones entre el entorno ambiental y la salud, por lo demás, son todavía muy imprecisos, tanto como lo es la definición conceptual de la “variable respuesta”: la salud, y lo mucho que queda aún por aprender sobre sus relaciones con la complejidad de elementos que se engloban bajo el término de ambiente.

Sin embargo, la política de salud pareciera estar diseñada como si estas dificultades hubieran sido zanjadas, esto es, como si tuviéramos un claro e inobjetable concepto de salud, y conociéramos perfectamente sus relaciones con los elementos presentes en el entorno ambiental. En su diseño puede reconocerse el mismo modelo que emplea la epidemiología para identificar

relaciones entre factores de riesgo y enfermedades, aunque con la sustitución del término “enfermedad” por el de “salud”. De este modo, los programas de fomento y prevención se orientan a disminuir la frecuencia de las enfermedades, ganando terreno en favor de la salud. Pero la salud sigue entendiéndose como aquello que no es enfermedad.

Un problema adicional es que la incipiente, y sin duda apasionante, búsqueda de la salud, ha conducido a dejar de lado las dificultades aún no resueltas que plantea la atención a la enfermedad. Sin embargo, no es ese el punto que se va a referir aquí, porque el foco de atención se centrará en la concepción que tiene la política de salud sobre el ambiente como fuente de riesgos, y el manejo que ante esto propone.

Se van, pues, a plantear dos cuestiones fundamentales: ¿qué tipo de relaciones hay que buscar entre las condiciones ambientales en que vive la población, la patología que de ello se deriva y sus niveles de salud? y ¿cuáles son las acciones que diseña la política de salud frente a este cuadro? Se terminará con una breve reflexión sobre los “consensos” desde los cuales se plantean actualmente las respuestas de la política pública frente a las relaciones entre la salud de la población y las condiciones ambientales.

AMBIENTE, ENFERMEDAD Y SALUD

Para discutir modernamente estos términos habría que empezar a conjuntar los conocimientos generados por diversas disciplinas que ofrecen alguna luz sobre cómo se entablan dichas relaciones, aunque sin duda habría que ubicar a la medicina en el centro de ellas.

En primer término, conviene recurrir a la epidemiología, en la medida en la que el punto de referencia obligado es el perfil de daños a la salud de la población, y el propósito central, lograr

el más fino nivel de entendimiento de las constelaciones causales que conducen a la patología que lo integra.

Ahora bien, si concebimos al ambiente donde se desenvuelve la vida humana en términos más amplios que la sola dimensión del mundo “natural”, no nos quedará sino reconocer que éste se encuentra integrado por un complejo sistema que involucra las dimensiones ecológica, socioeconómica y cultural; en una palabra: el mundo donde vive la gente, con el cual establece un equilibrio global; y que es en ese mundo en que se fraguan sus niveles de salud, así como sus perfiles patológicos. De ahí que para estudiar estos procesos sea necesario ir más allá de los conceptos de la epidemiología, en busca del enriquecimiento transdisciplinario.

Pero para lograr esa integración, nos encontramos en un punto en el cual sería necesario volver la mirada desde el instrumental estadístico —que ha permitido establecer ciertas regularidades en las asociaciones entre factores ambientales y entidades nosológicas—, hacia aquellos componentes de la visión médica que hagan posible comprender los mecanismos fisiopatológicos operantes en cada caso concreto.

Tal vez convenga detenernos por un momento, en un problema —o más bien, quizá, un punto que requiere todavía ser cabalmente entendido— cuyo origen podría atribuirse a la visión biomédica, más que a la clínica. Éste es la creencia de que podría existir algo así como una “fisiología en abstracto”, cuando lo que efectivamente existe es una suerte de “fisiología in situ”. Esto es, que en la vida real no existe una fisiología como la que se describe en los libros de texto

El organismo de cada recién nacido —con su particular dotación genética— cruza por un proceso de inserción en la compleja red de mediaciones significativas que, como cultura histórica, preexisten a su constitución como sujeto individual.

En este proceso, su materialidad biológica se convierte en cuerpo. Así constituido, éste es una realidad diferente a la pura materialidad biológica, en tanto que es una realidad elaborada simbólicamente (Córdova *et al.*, 1986).

Esta particular forma de materialidad biológica que es el cuerpo, se encuentra en perpetua e íntima relación con las condiciones materiales y culturales del mundo donde cada sujeto vive, las cuales le imponen determinados regímenes (de temperatura, humedad, interacción con microorganismos, presión atmosférica, ciclos de sueño/vigilia, horarios y tipos de alimentación, etc.) a los cuales ha de adaptarse esa fisiología que rige el funcionamiento del basamento biológico, lo cual se logra, en ocasiones, en forma exitosa para la salud, y en otras, originando cierta patología (Martínez, en prensa).

Llama la atención que sea en los hallazgos de la antropología donde podemos encontrar evidencias de una muy antigua certeza, originada en la experiencia clínica, sobre las sorprendentes adaptaciones que logra hacer el organismo humano a las condiciones en las que se ve obligado a vivir, en las cuales juegan un muy importante papel los recursos subjetivos de los que se encuentra dotado como especie. Casos dramáticos que lo ilustran podrían ser ciertos niveles de desnutrición o anemia teóricamente incompatibles con la vida.¹ O también, como lo señalan Ginsburg y Rapp (1991), las variaciones en el funcionamiento endocrino derivadas de distintos regímenes de fecundidad. O los efectos del estrés, componente básico de una de las más comunes constelaciones causales que conducen a la hipertensión arterial, con todo su caudal de consecuencias, entre las que se cuentan los padecimientos cardiovasculares.

¹ Con efectos que, si se tratara de máquinas y no de personas, podrían ser concebidos en términos de “desgaste prematuro”, y que vemos expresados, entre otros posibles indicadores, en las reducidas esperanzas de vida que se reportan para los integrantes de los grupos sometidos a tales condiciones.

Como tantas otras evidencias derivadas de la rica experiencia clínica, las que se han mencionado han sido también inexplicablemente desaprovechadas con la relativa pérdida de tono de esta voz en el diseño de las políticas, y el reciente desplazamiento del interés hacia el concepto contemporáneo de salud, situación en modo alguno irreversible, como se discutió en otro trabajo donde nos ocupamos explícitamente de este asunto (Martínez y Leal, en prensa).

Pero es fundamental entender que es en ese cuerpo así constituido donde se vive la enfermedad, y es desde ahí —esa experiencia y ese mundo— que se genera la demanda de atención médica. Tal es, por cierto, también, la dirección en la que habrá de buscarse el significado profundo de la integridad biopsicosocial que constituye al sujeto humano, a la cual parecería apuntar el concepto de salud.

Volviendo al perfil de daños, es verdad que aquél con el que trabajamos es mucho menos preciso que con el que desearíamos contar. Nuestro referente suele ser, básicamente, la mortalidad por causas (tema al cual, afortunadamente, la demografía le ha dedicado bastante atención y esfuerzo). La mortalidad, sin embargo, es una respuesta demasiado diferida a la multiplicidad de riesgos a los que se encuentra expuesta la población. Además, para analizar la patología que da lugar a ella, es necesario conocer algo sobre la naturaleza de cada tipo de padecimiento, esto es, incorporar algunos elementos del conocimiento médico. Habría necesidad, por eso, de que la epidemiología profundizara mucho más en el examen de los caminos que conducen a la morbilidad para el caso específico de cada grupo de la población, sin mencionar la larga ruta que queda aún por recorrer para comprender el complejo mundo de la salud, al que por ahora identificamos todavía sólo “por contraste”: sea salud lo que no es enfermedad.

Aun así, podemos considerar al perfil de daños como una suerte de brújula que facilita evaluar aquello que se gana o se pierde en términos de salud y enfermedad, por lo cual esperamos que siga siendo objeto institucional, académico y ciudadano de elaboraciones cada vez mejor informadas.

De esta suerte, el diseño de las intervenciones de la política de salud podría beneficiarse con el esfuerzo por integrar los numerosos aportes de la clínica y la epidemiología, los conocimientos de otras disciplinas tanto científico-naturales como científico-sociales y humanísticas, para identificar las particulares constelaciones causales que conducen a la ocurrencia de las enfermedades en cada uno de los contextos comprendidos en el territorio nacional. Podría suponerse que todo esto ya se conoce, pero no será suficiente en tanto que no se logre la precisión necesaria para entender lo que ocurre en las situaciones específicas.² Sin ese nivel de precisión, la orientación que se le imprime a los enfoques de las políticas públicas se seguirá diseñando sobre supuestos tal vez demasiado generales.

EL AMBIENTE DESDE EL SECTOR SALUD Y SUS POLÍTICAS

Al revisar los programas sectoriales de fomento y prevención (SSA, 1997) puede advertirse:

a) Que en cada uno de los problemas que se busca combatir, se cruzan variables ambientales.

² El proceso de descentralización actualmente en curso abre una importante oportunidad para desarrollar aproximaciones a las dimensiones regional y microrregional, para lo cual habrá que evaluar la conveniencia de privilegiar la necesidad de esta mayor cercanía a lo que ocurre en los niveles locales, frente a la "obsesión" por la precisión del dato cuantitativo (que, en ocasiones, conduce a la preferencia por la información agregada, en cuya estabilidad puede tenerse más confianza).

- b) Que hay una fuerte relevancia hacia la salud. Esto, en principio, representa un importante avance. Sin embargo, es poco convincente en términos de lo que efectivamente podrá lograrse, dado que los retos suelen rebasar las capacidades del sector salud, lo cual no siempre se refleja cabalmente en los documentos oficiales.
- c) Se identifican dificultades para precisar las posibilidades y alcances de los programas y, en consecuencia, pareciera advertirse cierta dilución de las responsabilidades sectoriales. Ello se expresa de manera precisa al analizar los términos y contenidos en que se plantea la coordinación intersectorial.
- d) Por todo lo anterior, pudiera conjeturarse que las acciones de fomento y prevención no acabarán de probar sus beneficios para impedir la aparición de ciertos padecimientos de fuerte impacto sobre el perfil de daños. Este podría ser el caso de algunas enfermedades crónico-degenerativas (como las cardiovasculares, los tumores malignos y la Diabetes Mellitus) y los accidentes, entre otras.
- e) Pero aún más, ciertas medidas de diagnóstico temprano (como serían las que empiezan a aplicarse para el caso de la Diabetes Mellitus, el cáncer cérvico uterino o la hipertensión arterial) pudieran conducir a incrementos en la demanda de servicios de atención a la enfermedad, frente a los cuales habría que tener garantizada la capacidad de respuesta. Aquí se está transitando ya del terreno del fomento y prevención, al de la atención médica.

Detengámonos un momento en este último punto. Quizá fuera conveniente argumentar que, después de todo, preocuparse por el problema de cómo ofrecer atención médica adecuada y oportuna —el tan vituperado nivel curativo— no es del todo obsoleto. El reto, más bien, consiste en plantearlo en el nuevo

nivel de equilibrio entre el concepto moderno de salud (y sus políticas de fomento y prevención) y la calidad de esa atención a la enfermedad que le demanda la ciudadanía al sistema de salud en su conjunto.

Nadie duda de las bondades de la prevención, pero también es cierto que ella puede fallar. No hay ninguna garantía de infalibilidad. Por más que las personas se cuiden y sigan adecuadamente las recomendaciones de fomento a la salud, es imposible escapar a los efectos de todos los riesgos ambientales. Siempre habrá alguien que llegue a encontrarse ante episodios que requieran atención médica, y que demandarán que el sector salud asuma su responsabilidad para atenderlos médicamente de manera satisfactoria. Las políticas de fomento y prevención son del todo bienvenidas, siempre y cuando no se traduzcan en una merma del derecho de atención médica cuando ella sea necesaria. No se trata de un problema trivial, y tampoco va a resolverse con la pura enunciación de acciones preventivas, sino que requiere ser adecuadamente integrado a la acción de la política pública.

El avance de la moderna tecnología diagnóstica —que permite la detección temprana de padecimientos antes de que se hayan manifestado clínicamente— acarrea otra consecuencia relevante para la regulación del sistema de salud: el ensanchamiento de la frontera entre salud y enfermedad, el atenuamiento de la línea divisoria entre ambas.

¿Cuál es el saldo de todo esto? en primer lugar, un indiscutible avance en el fomento de la salud y la prevención de la enfermedad. Pero con un costo, tal vez un alto costo: el sujeto puede empezar a desconfiar de su sensación de bienestar, transformando a la salud en algo siempre incierto. Temeroso de las consecuencias que su estilo de vida tenga sobre su salud, pudiera empezar a vivir acosado por la sospecha de que lo alcancen enfermedades que sólo el juicio experto de un médico eventualmente

le revelará. Así, pudiera descubrir que ha delegado en un experto sus decisiones sobre cómo vivir. Las propuestas preventivas pueden terminar por enajenarle su libre elección de vida, a cambio de una supuesta invulnerabilidad frente a la enfermedad y la muerte, como si ellas no estuvieran integradas a la misma condición de estar vivo.

CONCLUSIONES

Este recorrido nos permite establecer las siguientes consideraciones finales:

Uno. Si de la relación entre salud y ambiente se trata, y de programas institucionales específicos, cabe resaltar que lo nuevo hoy es medir impactos. Pero esto requiere acotar tanto la discusión ambiental como las responsabilidades que está en condiciones de asumir el sector salud y sus políticas.

Dos. En este trabajo hay que involucrar en el diseño —y no como agregados *expost*— los elementos subjetivos que, particularmente en materia de salud, vinculan la percepción de la corporeidad con la del riesgo ambiental. Además de servir como factor alternativo para la evaluación del impacto de las políticas, serviría también como un criterio para relativizarlas y retroalimentarlas.

Tres. Finalmente, la discusión sobre las relaciones entre salud y ambiente ha transcurrido en un marco caracterizado por dos rasgos que le han impuesto sus límites: una peculiar visión sobre las relaciones entre salud y desarrollo, y una concepción utilitarista de la salud. Aún más: ambos rasgos han tomado recientemente un matiz que los remite a la difícil dimensión de los criterios de costo-beneficio.

La relación entre salud y desarrollo aparece como paradoja salud-desarrollo. Es decir, se supone que el desarrollo es necesario para hacer posible la salud de la población. Pero simultáneamen-

te, las actividades que conducen al desarrollo ocasionan riesgos ambientales con efectos negativos sobre la salud. La paradoja nos encierra inevitablemente en el cosmos de la así llamada “sociedad opulenta” y sus patrones de producción/consumo. Pero, lo cierto es, que esta no es la única vía de desarrollo. Incluso, si se la mide por sus costos ecológicos y, especialmente, por sus impactos sobre la salud, tal vez no fuera siquiera la más recomendable. Quizá, estamos obligados a pensar en las relaciones entre salud y ambiente desde perspectivas diferentes.

La visión utilitarista de la salud la concibe como medio para lograr un fin, y no como un valor en sí misma. Y esta condición instrumental que la reivindica como un recurso necesario para el desarrollo ha adquirido, recientemente, un nuevo rasgo: el que la remite, básicamente, a la lógica del mercado. Ya no es sólo un medio para lograr el fin sería el desarrollo de un país, sino que se la proyecta como un bien cuyo acceso dependerá del poder adquisitivo (Banco Mundial, 1993). En esta propuesta se vislumbra un distanciamiento del valor que nuestra civilización había concedido a la salud como un derecho para todos los seres humanos. Este valor se reiteró con la constitución de la OMS, a cuyo reconocimiento se sumó México, quizá un poco tardíamente, con la elevación del derecho a la salud a rango constitucional (Soberón, G. *et al.*, 1983).

La crisis mexicana de 1982 ha impactado severamente sobre las condiciones de salud y la calidad de la atención a la enfermedad. Baste sólo recordar que el reconocimiento del derecho a la salud aconteció apenas en 1983.

OBRAS CONSULTADAS

Banco Mundial (1993). *Informe sobre el desarrollo mundial, 1993*.

Recuadro 1 *Invertir en salud*: mensajes fundamentales de este informe. Washington, D.C. pp.7.

- Clavreul, J. (1983). *El orden médico*. Barcelona, Argot.
- Córdova, A., Leal, G., Martínez, C. (1986). Críticas sobre la reducción positivista de la corporeidad”. *Salud Mental*, vol. 9, núm. 1. pp.6-13.
- Fox, Hall y Elveback *et al.* (1975). *Epidemiología*. México, La Prensa Médica Mexicana.
- Ginsburg Faye y Rapp R. (1991). “The Politics of Reproduction”. *Annual Review of Anthropology*. Nueva York, New York University. Annual Reviews Inc.
- Lilienfeld, A. y Lilienfeld, D. (1983). *Fundamentos de epidemiología*. México, Fondo Educativo Interamericano.
- Mac Mahon, B. y Pugh, T. (1978). *Principios y métodos de epidemiología*. México, La Prensa Médica Mexicana.
- Martínez, C. (1999). “Salud y medio ambiente. La perspectiva local”. En: Izazola, H., coord. *Desarrollo sustentable, medio ambiente y población. A cinco años de Río*. México, El Colegio Mexiquense, A.C.
- Martínez, C. y Leal, G. “La investigación cualitativa en el terreno del sector salud”. Mercado, F., comp. México, Universidad de Guadalajara y OPS. En prensa.
- Rosen, G. (1958). *A History of Public Health*. Nueva York, MD Publications Inc.
- Rothman, K. (1986). *Modern Epidemiology*. Boston, Little, Brown and Co.
- Soberón, G. *et al.* (1983). *Derecho constitucional a la protección la salud*. México, M.A. Porrúa.
- Secretaría de Salud (1997). *Prioridades en prevención y control de enfermedades*. México, Subsecretaría de control y prevención de enfermedades, SSA.
- World Health Organization (1976). “Constitution of the World Health Organization”. *World Health Organization : Basic Documents*. 26a. edición, Ginebra, WHO. p.1.

PERSPECTIVAS SOBRE EL ENVEJECIMIENTO DEMOGRÁFICO Y SU POTENCIALIDAD DE CRISIS

*Roberto Ham Chande**

DEMOGRAFÍA Y PERCEPCIÓN DE CRISIS

El siglo XX se despide de nosotros agitando banderas de crisis, las cuales serán las mismas señales que saluden el comienzo de la próxima centuria. En la década de los noventa, los focos de atención son los indígenas de Chiapas, la criminalidad, el medio ambiente, el desempleo, la política que no encuentra la democracia prometida, y así, cada quién alude a la crisis que más le preocupa en un momento dado. De hecho, la historia dice que las crisis parecen haber estado siempre presentes. Este siglo comenzó con la crisis del porfiriato, la que devino en la crisis de la revolución, y así, se ha ido de unas a otras, a veces estruendosas, otras más calladas, pero siempre múltiples, interrelacionadas e inquietantes. Con tales experiencias sólo parece que debemos esperar más crisis, bajo viejas y nuevas formas. Al aceptar esta realidad, la cuestión que se plantea no es cómo las vamos a sufrir, sino cómo debemos manejarlas, minimizarlas, prevenirlas, y en lo posible evitarlas.

El abordaje y prevención de las crisis requiere de reconocimiento y enfoques, siguiendo la conocida premisa de que el

* Investigador de El Colegio de la Frontera Norte.

primer paso para resolver un problema es identificarlo como tal y plantearlo. En esto, la demografía como ciencia y como gremio ha tenido participación y aciertos notables, poco comunes en el campo de las ciencias sociales. Citar algunos ejemplos para el caso de México es, desde luego, no mencionar muchos logros ocurridos y en marcha. Pero, aceptando limitaciones de tiempo y espacio recordamos, solo como muestra, que gracias a la intervención de las ciencias de la población, el país ha desarrollado políticas que se están logrando, dinámicas de población más acordes con el bienestar y el desarrollo sostenible, y que se ha logrado un manejo político más equilibrado y menos estereotipado entre México y Estados Unidos acerca de la migración entre los dos países, gracias a conocer con solidez magnitudes, características y los elementos que determinan los flujos humanos.

Al mirar el desarrollo de los componentes de la dinámica demográfica, nunca nadie ha cuestionado la pertinencia de haber bajado los niveles de mortalidad. Después de todo, evitar las crisis de la muerte y la enfermedad e incrementar la vida y la salud es anhelo universal, de cada individuo y de toda sociedad. En cuanto a la fecundidad, la discusión sobre las conveniencias de su descenso tiende a desaparecer y más bien se argumenta que pudo haberse actuado desde una década antes (Urquidi, 1995), con lo cual seguramente las presiones y crisis habrían sido menores. En todo caso, ya estamos avanzando en las transiciones demográfica y epidemiológica y todo apunta a que el proceso se completará en el futuro, en gran parte promovido por la acción oficial a través de las políticas educativas, de salud y de bienestar.

LO INELUDIBLE DEL PROCESO DE ENVEJECIMIENTO

Ciertamente que al igual que en las intervenciones médicas, las terapias para aliviar las crisis sociales y económicas, o las accio-

nes para prevenirlas, pueden tener efectos secundarios. Grandes o pequeños, irrelevantes o graves, desapercibidos o notables, es común que al lado del beneficio aparezcan efectos no deseables que cuidar. Es un ejemplo que la industrialización maquiladora como medio para procurar empleo, productividad e ingreso de divisas, también implica dependencia económica, cambios en el funcionamiento familiar, problemas de salud ocupacional, deterioros ambientales, en repercusiones generalmente no consideradas o simplemente ignoradas cada vez que se promueve una nueva inversión.

De igual manera, las medidas de salud y las políticas de población tendientes a circular por las transiciones demográfica y epidemiológica, y a avanzar en ellas en busca de solucionar o eludir problemas, de aminorar crisis y mejorar estados de bienestar, también han tenido efectos secundarios. Uno de ellos, hecho noticia en el corto plazo y que pudo haberse evitado, lo han sido las consecuencias sociales y políticas de los programas de esterilización. Pero, también hay otros problemas que pueden advertirse desde el largo plazo, pero que al mismo tiempo resultan inevitables. Uno de ellos es el del envejecimiento demográfico.

La vejez es un estado y el envejecimiento es un proceso. Así, el envejecimiento demográfico es el proceso en el cual por efectos de la transición demográfica y los cambios epidemiológicos se incrementan los números absolutos y porcentuales de la población envejecida. Si por el momento hacemos concesiones en busca de contar con estimaciones estadísticas y consideramos a la población envejecida como la que tiene 65 y más años de edad, en el siguiente Cuadro 1 se da cuenta del proceso de envejecimiento en México, según se ha observado a partir de 1930 y en lo que se espera hasta el año 2030 según las más recientes proyecciones de población elaboradas por el Consejo Nacional de Población (CONAPO). Se trata de los efectivos de población junto con su

distribución porcentual, divididos en los tres grandes grupos de edad (0-14), (15-64), y (65 +), generalmente designados como los jóvenes, adultos y envejecidos.

Estas cifras y otras semejantes no son novedad en el mundo de los miembros de SOMEDE y del quehacer demográfico. En todo caso se incluyen en estas notas para hacer ver, a través de las proporciones de la población de 65 y más, cómo el envejecimiento toma ímpetu justo a partir de los años que ahora vivimos, indicando al Siglo XXI como la centuria del envejecimiento. Tampoco se desconoce que este caso de México es parte del fenómeno que lleva a todos los países del mundo hacia el envejecimiento, en gradientes distintos, obviamente ligados al avance de la transición demográfica y en consecuencia al grado de desarrollo. También se admite que bajo cualquier proyección de población razonable y cualquier suposición sensata sobre las tendencias de la población, el proceso de envejecimiento es un proceso ineludible, que traerá con él números porcentuales y absolutos de población envejecida como jamás se han visto en toda la existencia humana. Pero algo en lo que la percepción es menor, es acerca de las características del envejecimiento en nuestra propia población, las consecuencias que traerá consigo este efecto secundario de la transición demográfica, cuál es su potencial de crisis, y qué se puede lograr desde la demografía y ciencias afines para minimizar efectos adversos.

DEFINICIÓN DE LA VEJEZ A TRAVÉS DE SUS CRISIS

A riesgo de invitar a desacuerdos y solamente para algunos propósitos de esta presentación, se propone una distinción entre edad avanzada y vejez. La edad avanzada es simplemente una acumulación de cumpleaños suficientemente grande. Pero avanzar en la edad y celebrar muchos aniversarios no es en sí un

mayor problema social. Las dificultades vienen cuando en las últimas etapas del curso de una vida, y con ello la parte final de la vida misma, se incrementan fuertemente los riesgos de pérdidas en las capacidades físicas y mentales, disminución de la autonomía y la adaptabilidad, menoscabo de roles familiares y sociales, retiro del trabajo, pérdida de capacidad económica, cese de otras actividades, y deterioros en la salud de consecuencias incurables y progresivas (Laslett, 1990). La vejez produce así un regreso a la dependencia sobre la familia en particular y la sociedad en general, con sustanciales demandas de manutención y cuidado.

Esta nueva dependencia es involuntaria, no deseada ni por la persona envejecida ni por quienes se hacen cargo de ella, de naturaleza psíquica, social y económica absolutamente distinta a la de la dependencia en las primeras etapas de la vida. Las necesidades de un bebé, de un niño y de un adolescente son sumamente predecibles en tiempos, circunstancias y requerimientos los que si no intervienen externalidades como la pobreza, se atienden como parte de los gozos en el papel de ser padres. En las actuales circunstancias de una fecundidad cada vez más controlada, la tendencia es que el nacimiento de un hijo sea un evento cada vez más menos fortuito y cada vez más un acontecimiento deseado y planeado. A la llegada del recién nacido se tiene claro cuáles serán sus necesidades de infancia, niñez y adolescencia, se sabe cómo será su programa de cuidados y atención a la salud, y mucho se puede predecir sobre cuáles serán sus años de escuela elemental. Conforme se avanza en la edad, la diversidad y la impredecibilidad van en aumento, ya no se predice si seguirá o no estudios universitarios, o a qué edad contraera matrimonio. Siguiendo estas tendencias hacia la entropía, las necesidades de la vejez, ya sea la propia o la de allegados, son desconocidas de antemano en cuanto a sus características y con una gran variancia en los tiempos en las que se presentan. Además, estas necesidades son a

menudo de naturaleza ingrata y difícil de manejar, por tanto no deseadas ni previstas, llegando a ser conflictivas y amenazantes para el bienestar propio y del entorno familiar.

Es decir que el envejecimiento, individual o demográfico, está cargado de factores de crisis personal, familiar y social, que junto con ser anunciados también son ignorados.

En el ámbito general e internacional de las investigaciones gerontológicas se concuerda que los aspectos más relevantes del envejecimiento como problema de población, como presencia o potencialidad de crisis, tienen una temática bastante definida. El envejecimiento impone problemas ante la insuficiencia financiera y actuarialmente deficitaria de los sistemas de retiro y pensiones, el desplazamiento hacia edades mayores en la composición de la fuerza de trabajo y su repercusión en los mercados laborales, las nuevas relaciones familiares y condiciones de domicilio, las transferencias intergeneracionales e intrafamiliares, la fragilidad en las condiciones de salud, y en aspectos particulares de los derechos humanos.

Ahora bien, la enumeración de las áreas difíciles o potencialmente problemáticas no es suficiente para el inicio de una agenda de investigación y acción sobre el proceso de envejecimiento. Para comenzar se requiere de una caracterización cualitativa y cuantitativa de este proceso dentro de nuestro propio contexto demográfico, como base para establecer los requerimientos sociales y económicos que el tratamiento de la vejez exige.

LA MARCHA ACELERADA HACIA EL ENVEJECIMIENTO

Como subproducto de los avances económicos, sociales y sanitarios, los antecedentes del proceso de envejecimiento se encuentran en el mundo desarrollado y más envejecido, de transiciones demográfica y epidemiológicas avanzadas. En esos ámbitos, el

envejecimiento hasta los niveles de adelanto en los que ahora se encuentra ha sido un proceso pausado, producto de la mortalidad descendiendo lentamente y acorde con los adelantos sanitarios y médicos desarrollados por esas mismas sociedades, y sin que se ejercieran políticas explícitamente orientadas a frenar la fecundidad en su calidad de componente demográfico del crecimiento, sino más bien producto como producto indirecto principalmente de los avances educativos. Estas pautas dieron un tiempo mayor y con ello oportunidad para ajustes sociales y económicos ante los cambios estructurales de la población y el envejecimiento.

Sin embargo, aun con esas posibilidades de adaptación, el envejecimiento no ha dejado de crear crisis en las sociedades desarrolladas hasta ahora, no sólo no resueltas, sino creciendo en importancia. De esta manera, ha sido también en estos países donde primero se advirtieron los problemas del envejecimiento demográfico, y es ahí donde ahora se ejerce la mayor actividad científica, social y política respecto a las dificultades que ya se presentan y agravan en razón directa del envejecimiento de la población. Las áreas críticas del envejecimiento en los países en desarrollo son la seguridad social y los problemas de la salud.

En una situación distinta, en los países en desarrollo se ha actuado y se está actuando con propósitos específicos de disminuir tasas de morbilidad, mortalidad y fecundidad, incluso, definiendo plazos y metas numéricas en cuanto a esas variables. Ha habido y siguen dándose actividades de población que han sido producto desde fuertes sugerencias de parte de los países industrializados, de investigaciones financiadas externamente, hasta resultado de convencimiento interno. Luego de las grandes caídas de la mortalidad en las décadas de los treinta, cuarenta y los cincuenta, se amplía la brecha entre la mortalidad a la baja y la alta fecundidad, incluso, subiendo algo más, dando lugar al crecimiento demográfico tan grande que es calificado de explosivo.

Aparecen los temores de la alta expansión demográfica por los problemas asociados con urbanización, migración, educación, empleo, pobreza y, recientemente, del deterioro ambiental. Así se llega a la promoción de la planificación familiar y el descenso en la natalidad. En estas acciones sobre la salud y la fecundidad, ha habido una gran participación externa, de los países desarrollados que vislumbraban la crisis de una competencia masiva por los recursos de un mundo limitado. Por un lado se han tenido presiones políticas y económicas para la implantación de programas, en mecanismos que modificaron las inercias y culturas de las naciones en desarrollo. Por otra parte se ha contado con la facilidad de importar tecnología médica y anticonceptiva que, si bien representan las ventajas de abordar casi de súbito un tren en marcha, tienen, sin embargo, el impacto de entrar en procesos acelerados que obligan adaptaciones que no necesariamente son inmediatas, como las actitudes hacia tecnologías y nuevas formas de trabajo, otros valores culturales y el manejo de consecuencias no previstas.

Uno de estos aspectos no considerados es la mayor velocidad del envejecimiento tal y como ya se viene dando y, en adelante se espera en nuestro país de acuerdo con las proyecciones citadas en el cuadro anterior. Sin embargo, sobre los temas de la vejez no se tiene montada una actividad académica, social ni política, acorde con las magnitudes por venir y la potencialidad de crisis. Ojalá y estas opiniones ayuden a reconocer un problema y a plantear su abordaje.

DIVERSIDAD Y HETEROGENEIDAD EN EL ENVEJECIMIENTO

México puede considerarse como un país en desarrollo intermedio. Sus indicadores socioeconómicos nacionales nos dicen que estamos a la mitad de la transición demográfica, del cambio

epidemiológicos, del desarrollo económico, y así, en medio de casi cualquier otro campo. Pero yendo más allá de los promedios, también podemos constatar que en casi todos los ámbitos sociales y económicos no sólo hay una gran varianza interna que le resta sentido a la media aislada, sino que se dan distribuciones de mucha asimetría, productos de injusticias. Así, coexisten en la misma ciudad de México los lujos para unos pocos de los centros comerciales de elegancia, y lo extenso de su desempleo; así se contrastan las condiciones de salud en las sociedades urbanas del norte de México con las del medio rural del sureste, y en un momento dado, así se detonan las crisis como criminalidad en la ciudad, la ingobernabilidad creciente, o los movimientos indígenas.

Como parte de la sociedad en general, los sectores de la población en edades avanzadas también muestran una gran diversidad, producto natural y esperado de la clase social a la que pertenecen, del medio en el que viven, y de las diferencias de sexo. Junto con esa diversidad producto de la estratificación económica y social, también se manifiesta una heterogeneidad dentro de cada clasificación, esta vez resultado de diferencias individuales mucho más relevantes en las edades avanzadas (Calasanti, 1996).

En el resto de este trabajo se ilustran estas ideas examinando la seguridad social (SS) y la salud en las personas de edad avanzada, al ser los dos aspectos del envejecimiento que en México y también en los países en desarrollo, muestran la mayor importancia en cuanto a su problemática y posibilidad de crisis.

ENVEJECIMIENTO Y SEGURIDAD SOCIAL: LA CRISIS ANUNCIADA

En su conceptualización moderna, la SS tiene algo más de un siglo de existencia. En una de sus varias definiciones, la Organización

Internacional del Trabajo (OIT) señala que los motivos y metas de la Seguridad Social (SS) son “la protección que la sociedad proporciona contra las privaciones derivadas de la desaparición o disminución de ingresos a consecuencia de enfermedades, maternidad, accidentes o enfermedades de trabajo, desempleo, invalidez, vejez y muerte, incluyendo asistencia médica y ayuda a la familia”. Se ha aceptado asimismo que para constituir una verdadera SS, estos beneficios deben alcanzar universalmente a todos los miembros de una sociedad.

Ciertamente que así declarada, no hay objeciones sobre los propósitos de la SS. Lo que ha dado lugar a críticas es que esas metas no se hayan logrado plenamente. En este trabajo se hace referencia a esa parte de la SS y a las deficiencias que han tenido que ver con las pensiones de retiro como forma de protección a la vejez, ante la incapacidad para el trabajo en razón de edad avanzada.

En México, aún después de transcurrido más de medio siglo desde la creación del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) y tres cuartas partes desde el establecimiento de los antecesores¹ del ISSSTE, se tiene que: 1) La SS no es empresa de una sola organización. Esta dividida entre varias instituciones, cada una de las cuales se encarga de la protección de tipos especiales de trabajadores y sus familias, de las cuales la principal es el IMSS, seguida por el ISSSTE en importancia. 2) En términos de afiliación directa, la SS en sus diferentes instituciones cubre menos de 50 % de la población económicamente activa (PEA). 3) La protección se centra en los asalariados urbanos, quedando al margen los trabajadores rurales, el sector informal y los desempleados, es decir, los más necesitados de protección. 4) La SS se

¹ El antecedente del Instituto de Seguridad Social para los Trabajadores del Estado (ISSSTE) lo fue la Dirección de Pensiones Civiles y de Retiro, establecida en 1926.

supone como un mecanismo redistributivo entre generaciones, entre clases sociales, de los sanos hacia los enfermos. Sin embargo, su financiamiento es cargado a costos de producción de bienes y servicios y, en parte, a través de impuestos y fondos públicos, lo que la hace regresiva como redistribuidora del ingreso. 5) Con excepción de algunos grupos minoritarios y de privilegio, son notorios lo raquítrico de las pensiones y la mala calidad de los servicios otorgados.

Las razones de las fallas de las instituciones creadas para promover y administrar la SS tienen toda una variedad que va de lo explicable a lo inaceptable. En las siguientes opiniones se toma particularmente en cuenta lo experimentado por el IMSS, en razón no sólo de su representación e importancia como organismo de la SS en México, sino también ante las reformas que ha promovido y que señalan derroteros para el futuro de la SS.²

1) No sólo debe admitirse sino hasta festejarse que por acciones sanitarias, en mucho propiciadas por la propia SS y en particular por el IMSS, ha habido incrementos en las esperanzas de vida que rebasaron los parámetros actuariales calculados en el arranque de la institución. 2) Hay elementos que justifican que las instituciones de SS hayan ampliado su cobertura y construido su infraestructura médica, utilizando gran parte de las reservas destinadas a las futuras pensiones, en una obvia jerarquización histórica de prioridades y necesidades. 3) También guardan motivos sociales y puede explicarse haber cubierto con esas reservas destinadas a financiar las futuras pensiones, los déficit del ramo de enfermedades y maternidad. 4) En algunos casos se pudiera aceptar que se hayan otorgado algunos beneficios sin respaldo financiero a sabiendas de comprometer las prestaciones a largo plazo.

² La institución que en México realizó primero una reforma hacia la privatización de los fondos de pensiones ha sido el ISSSTELEON, del Estado de Nuevo León.

Pero lo que no ha sido ni explicable ni correcto es que: 1) Se hayan desviado reservas para fines ajenos a la SS. 2) Se permitiera una administración costosa y deficiente. 3) Se solaparan evasiones y fraudes. 4) Se aceptaran presiones políticas y que se cediera ante excesos burocráticos y sindicales. Parte de estos abusos se notan en los altos beneficios que se incluyen en el contrato colectivo de los empleados del IMSS, incluyendo las pensiones revalorizables, frente a las pobres prestaciones para los asegurados.

Otro elemento que debe agregarse y destacarse es que a partir de las crisis económicas de las últimas décadas, la caída de salarios, el desempleo y la disminución del sector formal y asegurable, repercutieron seriamente en las finanzas del IMSS. Hubo así menos asegurados, pagando cotizaciones y pagando menos a los que permanecieron en el empleo formal. Al mismo tiempo las desventajas económicas provocaron una mayor demanda de los servicios ofrecidos por la SS, particularmente de la parte médica, acentuando el desequilibrio financiero.

LA REFORMA DEL IMSS

El 7 de julio de 1997, se pone en marcha la reforma a la SS en México. Esta es una transformación legislativa, financiera y administrativa del IMSS, cuyo cambio primordial es el abandono del modelo de solidaridad intergeneracional y entre clases sociales en el otorgamiento de pensiones, por un esquema de capitalización individual manejado en el sistema financiero y asegurador privados. Estos recursos aproximados a 8.5 % de los salarios de cotización son ahora manejados por las denominadas Administradoras de Fondos para el Retiro (afores). Así las eventuales pensiones tomarán la forma de “retiros programados” o se comprarán como “rentas vitalicias” en una aseguradora.

Esta reforma es la acción económica y social más importante de la presente administración, bajo el alegato de que no sólo se aliviarán las graves dificultades del IMSS, sino que además servirá para promover el necesario ahorro interno que requiere la reactivación económica. Sin embargo, persisten dudas e inquietudes respecto a sus posibilidades reales. Aunque la explicación de la reforma al IMSS, la exposición de motivos que antecede a la nueva ley reformada, y el discurso político que la defendió, procurando su aprobación, han tocado la mayor parte de las deficiencias de la SS y del IMSS, mencionadas en la sección anterior; la realidad es que por un lado las modificaciones estuvieron más bien apuradas ante la proximidad del colapso financiero del antiguo sistema. Pero también, y por otra parte, las reformas se promovieron con el objetivo y esperanza de reforzar el nuevo modelo macroeconómico que actualmente indica el camino no sólo económico, sino también la ruta social y política del país. Se trata de apuntalar al sistema financiero bajo el alegato de que los recursos de las pensiones, que tendrán montos de 1.5% a 2% del PIB anualmente, se administren y se canalicen como ahorro interno.

ALGUNOS EFECTOS ESPERADOS DE LA REFORMA

En todo caso, esta reforma a la SS tiene efectos. Algunos de ellos son más identificables e inmediatos, otros no lo son tanto y requieren de plazos largos para hacerse notar. Entre los efectos ciertos o esperados se tiene que:

- 1) El concepto de SS se abate pues se desecha el principio de solidaridad entre generaciones y entre clases socioeconómicas. Se confía ahora en la capacidad individual para que cada quien genere sus propios recursos para la jubilación en la vejez. Los montos, tiempos y características de los retiros o las rentas

estarán en función de lo acumulado en la cuenta individual, la que a su vez tendrá que ver primordialmente con la capacidad personal de acumulación y no por una necesidad apoyada en la solidaridad. De esta manera, la desigualdad se oficializa: tendrá más quien acumule más, poco quien tenga poco.

2) Aunque la población marginada en realidad nunca tuvo la oportunidad de contar con la SS del anterior esquema, en el nuevo sistema no sólo no se abre tampoco la posibilidad, sino que ésta directamente se cancela.

3) El paso de un sistema a otro no es inmediato. A partir del 7 de julio todas las aportaciones al sistema de pensiones no se quedan en el IMSS sino que éste las canaliza a las afores de acuerdo con la inscripción que cada uno haya logrado. Pero quienes se han pensionado antes de esa fecha, cobrarán las pensiones correspondientes directamente del IMSS, quien a su vez las obtendrá ya no de sus recursos por cuotas sino de fondos públicos provistos por la Secretaría de Hacienda y Crédito Público (SHyCP). Así, los trabajadores y el sistema económico tendrán una doble carga. Por una parte será cubrir las pensiones en curso de pago, y por otra, acumular los fondos individuales para el retiro. Esta situación se repite para los trabajadores que se jubilen en el corto plazo, quienes deberán seleccionar entre pensionarse con el anterior sistema o con lo que hayan acumulado en su fondo individual. El costo de esta transición y la manera de sufragarlo son incógnitas por resolverse.

4) La gran parte del crecimiento institucional del IMSS y de las otras organizaciones de SS en general y el cubrimiento de los déficit en las prestaciones médicas se debió al uso de las reservas para las pensiones, las que se tomaron no como reservas técnicas e invertibles, sino como recursos disponibles. Por un lado debemos admitir que la expansión de la SS y el reforzamiento de la atención médica trajo evidentes beneficios no sólo a la población

protegida, sino también a la población en general. Pero también ahora hay que reconocer que esta expansión y beneficios ha sido costeadada por los actuales pensionados mediante el no grato mecanismo de otorgarles montos insignificantes como pensión.

5) Por otro lado, el hecho de que ahora se canalicen esos recursos al sector privado a través de las afores, cancela la posibilidad de expansión de la SS o el auxilio posible a otras prestaciones, como las médicas. Hubo un tiempo cuando los recursos de la SS se invirtieron en estrategias de crecimiento, necesidades de salud, dictados políticos o negociaciones sindicales. En su nueva expresión el sector financiero será quien detente los recursos y marque los derroteros, lo cual se hará de acuerdo con su propia ideología e intereses.

LA INCERTIDUMBRE DE LAS AFORES

Un efecto deseado por todo mundo es el mejoramiento de las pensiones, que al final de la vida activa se tengan los recursos para mantener una vida económicamente independiente y en niveles de dignidad. Este anhelo ha sido promesa de la reforma a la SS y se ha anunciado a todo color en TV, prensa y cartelones en el Metro de la Ciudad de México por las distintas afores, compitiendo por afiliados. Sin embargo, los fondos acumulados en las cuentas individuales tendrán muchas condicionantes antes de conseguir sus objetivos de sustituir al salario durante el final de la vida y el tiempo del retiro. Los cálculos actuariales sobre proyecciones de carreras salariales, tasas de interés y montos de anualidades, más bien dicen lo lejos que quedarán esas metas de ser alcanzadas, como se ven en el Cuadro 2.

Las cifras de ese Cuadro son las valoraciones de una renta vitalicia que se alcanzaría como porcentaje del último salario, comprada en una aseguradora con el dinero acumulado en una

afore de acuerdo con las reglas de comisiones que existen actualmente y bajo las hipótesis descritas.

En términos de mecánica financiera se trata de una visión optimista ya que se supone que se mantienen tasas de interés que sobrepasan la inflación o devaluación de manera de producir ganancias de 4, 5 o 6%. Aun así, se advierte que esa promesa de conceder una pensión que reemplace el salario dejado por retiro queda muy distante de cumplirse. A lo más, se llega a porcentajes alrededor de 40% luego de más de 30 años de actividad y contribuciones continuas.

Como es fácil de suponer, existen muchas condicionantes que deben cumplirse para poder acumular recursos suficientes para el retiro adecuado. Entre estos está la posibilidad de mercados financieros con la solidez de otorgar las tasas de utilidad adecuadas, asimismo, que los mercados de trabajo no se informalicen y permitan tanto el trabajo estable como el ascenso salarial.

¿POSIBILIDADES Y ALTERNATIVAS?

Es difícil comentar sobre la SS y el sistema de pensiones sin entrar en callejones sin salida, antes o después de las afores. Como quiera que sea, el IMSS y los pensionados del futuro ya están en la modalidad de la capitalización individual y la intervención de las afores, y desde esa perspectiva se debe considerar al envejecimiento y la SS.

Es fácil señalar las vías que parecen cerradas o estrechas, pero el verdadero reto es encontrarle viabilidad al sistema de pensiones en México. En esto, ciertamente que las lecciones del pasado son ilustrativas. En el nuevo sistema, los recursos de la SS están mejor etiquetados y no habrá desvíos de los recursos de las pensiones hacia otros fines por bondadosos que estos sean. Se trata ahora de un seguro en el cual un beneficio incierto —¿cuánto será el

monto futuro de la pensión?— que se paga de antemano en contribuciones muy bien determinadas.

Las proyecciones indican insuficiencias en los beneficios y la pregunta es: cómo se puede alcanzar la suficiencia. No más allá de especulaciones, se ocurren varios factores para modificarse. Uno sería minimizar la especulación de afores y aseguradoras y el abatimiento de sus costos administrativos, comisiones de venta y gastos de promoción. Otro es la capacidad de la economía de transformar estos recursos en efectivo ahorro interno y que sea redituable para sustentar el futuro de los pensionados futuros. Demográficamente existe una oportunidad para esto último. En el próximo medio siglo, el sector dominante de la población será, con mucho, el de los adultos en edades productivas y capaces de encargarse de sí mismos y del resto de la población, incluyendo la parte envejecida y pensionada. Pero esto será posible sólo si el sistema es capaz de otorgar ocupación productiva y significativa a esa parte de la población. De hecho, ahí está el principal problema y la máxima potencialidad de crisis, cuando al mismo tiempo constituye la mayor oportunidad para el México del siguiente siglo.

ENVEJECIMIENTO Y SALUD: LA CRISIS POR ANUNCIARSE

En este escrito se ha adoptado el concepto de envejecimiento como ese deterioro en la calidad de vida directamente correlacionado con las edades avanzadas, y que tiene expresiones en distintos campos de la vida personal, familiar, económica y social. Como el caso discutido acerca del retiro y las pensiones. Pero de todas las posibles causas y consecuencias del envejecimiento, las más impactantes y críticas en términos individuales y colectivos son las referidas a la salud. Cada vez se concuerda más en que para las décadas por venir, la mayor preocupación sobre el

envejecimiento no lo será el pago de pensiones, sino la atención a la salud de las personas de edad avanzada, y esta problemática será la principal crisis de la vejez, incluso en términos económicos y de necesidad de recursos. Esta afirmación se asienta en las siguientes premisas

1) El concepto de salud va más allá de la simple ausencia de enfermedades (WHO, 1958). La definición de salud constantemente se vuelve a elaborar, pero en general se concuerda que es ese estado que permite el bienestar físico, mental y moral, no sólo del individuo sino de su entorno familiar y social. Este concepto de salud y bienestar tiene sus propias expresiones cuando se aplica a las edades avanzadas.

2) La vejez como fragilidad ante la salud toma formas mucho más heterogéneas en cuanto a tiempos, formas y consecuencias. Sus manifestaciones se alejan de las enfermedades agudas e infecciosas y son cada vez más las condiciones crónicas, degenerativas e incapacitantes. Sus inicios generalmente no están marcados por eventos determinados, sino por el proceso lento y difuso de deterioros en la salud física y mental que acompaña a las edades avanzadas.

3) Por largo tiempo, los estudios sobre mortalidad han proporcionado los indicadores del estado de salud y bienestar en una población. Este enfoque está cambiando en favor de reconocer también las consecuencias no letales de la enfermedad, como los componentes principales de la salud y el bienestar (Banco Mundial, 1993) y es justamente en la vejez donde tienen mayor repercusión las manifestaciones y consecuencias de la morbilidad y de la incapacidad sobre la calidad de vida. Se trata de condiciones incurables y progresivas con consecuencias a largo plazo en cuanto a sufrimiento, costo, y desgaste (Puentes-Markides y Castellanos, 1992).

4) Ante la insuficiencia de la seguridad social y las limitaciones de los sistemas de salud, gran parte del peso y costo de las incapacidades y enfermedades en la vejez recaen sobre la familia. No se trata únicamente de costos materiales, sino también de sufrimiento y cargas emocionales ante enfermedades y desventajas socioeconómicas que repercuten en la calidad de vida de las personas envejecidas así como su entorno familiar y social. Cabe resaltar que las necesidades de atención personal en la vejez son socialmente asignadas a mujeres jóvenes y solteras, con las consecuentes desventajas para su desarrollo social y personal (Rosenthal, 1993). Esta situación no sólo ha sido documentada en países desarrollados, sino que también tiene lugar en naciones como México, aunque con sus propias características (García, 1995).

5) Las condiciones socioeconómicas en el país han traído una serie de problemas de salud pública que han impuesto una lógica todavía dominante, en la cual los diseños y la atención a la salud necesariamente se han orientado hacia la prevención de las enfermedades infecciosas y a las condiciones agudas que se resuelven en el corto plazo y a bajo costo. Ahora, y acrecentándose en lo futuro, la inminente transición hacia el envejecimiento requerirá adaptar el sistema de salud y el modelo de atención clínica y hospitalaria a la creciente incidencia de las enfermedades crónicas y su prevalencia a largo plazo (Gutiérrez, 1993).

6) La salud en la vejez es el reflejo de factores que intervienen en toda una vida, desde los incontrolables como la herencia genética, pasando por condicionantes socioeconómicas involuntarias como las oportunidades de educación y trabajo, hasta llegar a la participación y responsabilidad personal en los hábitos de salud y estilos de vida. De esta manera las características sociales, económicas, familiares y de salud en la vejez están en gran parte determinadas desde décadas antes por la historia familiar, socioeconómica y cultural del individuo. El proceso patológico

que lleva a condiciones de morbilidad crónica, a incapacidades y a la muerte, es común que se genere en edades tempranas y no manifestarse sino hasta la vejez (Ruiz, 1994).

7) En la vejez se presentan simultáneamente enfermedades y padecimientos, por lo que no existe una causa de morbilidad y muerte, sino una interrelación de varias. Esta es una de las principales diferencias en la práctica geriátrica y de atención médica a la vejez, en comparación con la medicina usual de atención y terapia de una sola dolencia.

8) En las edades avanzadas se incrementa mucho la propensión a las lesiones y los accidentes invalidantes, lo cual influye seriamente sobre el estado de bienestar y también sobre la mortalidad. Es frecuente que el motivo real de la muerte en la vejez sea un accidente aunque la causa finalmente registrada en el certificado de defunción sea otra.

9) Dentro de los grupos en edades avanzadas también se observan transformaciones en las formas de enfermedad y muerte. De acuerdo con las estadísticas epidemiológicas y de mortalidad por causas de las últimas tres décadas, se observa que en la población de 65 y más años de edad se manifiesta una disminución en las incidencias, prevalencias y letalidades de las enfermedades transmisibles, pero estos factores aumentan para las enfermedades crónicas y degenerativas. Las estadísticas muestran no sólo que los cambios son recientes, sino que actualmente están ocurriendo y que estas tendencias seguirán por algún tiempo.

10) Los desplazamientos epidemiológicos no son uniformes y varían de acuerdo con la heterogeneidad de la sociedad mexicana, de tal manera que no son iguales a lo largo de las distintas regiones y capas sociales. Los procesos serán más avanzados conforme sean más altos los entornos sociales, económicos y ambientales, mientras que en las áreas más deprimidas las causas

evitables siguen siendo las causas principales de muerte, aun en edades avanzadas.

EN BUSCA DE UNA CONCLUSIÓN Y ALGUNA OPORTUNIDAD

Las ideas expresadas en estas notas tienen un fin más de advertencia que de una solución práctica. Pero también puede aceptarse que las soluciones prácticas para minimizar las crisis por venir empiezan por las advertencias. En medio de los profundos cambios que el siglo XX ha traído al mundo en general y a México en particular, están las transformaciones en su composición demográfica y en las manera de enfermar y morir. No sólo se sabe que estas variaciones están ocurriendo ahora, sino que podemos proyectar con buenos grados de confiabilidad hacia dónde se dirigen. En la construcción de escenarios a futuro, notamos la creciente participación de la población envejecida y sus características de salud. De esta manera podemos anticipar los nuevos requerimientos de atención a la salud, no sólo en sus formas terapéuticas, sino también en planes de prevención. Estos programas deberán ser integrales, en términos de reconocer que en la vejez, como final de la vida, se trata de una confluencia de factores individuales, familiares, institucionales y socioeconómicos los que determinan estados de salud y capacidades de respuesta.

Desde la academia las aportaciones que se proponen son las de información y análisis científicos. En esto hay dos campos que se proponen. Uno es que en el estudio de la mortalidad en las edades avanzadas existe la potencialidad de hacer uso de la información de los certificados de defunción que consignan la causa principal y las secundarias. Sin embargo, hasta ahora, la "captura" de información para su cómputo posterior sólo incluye la causa principal. A esta dificultad se agrega que existen grandes variantes en la calidad de los certificados de defunción, dependiendo

del nivel local de desarrollo donde se hace el registro. Otro aspecto a proponerse es la realización de encuestas no sobre un tema, sino sobre la conjunción de problemas económicos, sociales, familiares y de salud que concurren en la vejez.

Estas futuras investigaciones van a corroborar la idea de que las personas en edad avanzada del mañana son distintas de las que existen hoy día. Una distinción principal viene del alfabetismo y la escolaridad alcanzadas y que es fácilmente proyectable para las generaciones futuras de los adultos mayores. Los niveles de alfabetismo y escolaridad se alcanzan pronto en la vida. En las condiciones del país, estas variables ya casi no se mueven después de los 20 años de edad. De esta manera, se conoce con bastante certeza cómo serán las generaciones futuras en edades avanzadas respecto al alfabetismo y la escolaridad. Las evaluaciones hechas nos muestran un acarreo de mejor educación, aprovechable en muchos aspectos para una mejor vejez, individual y colectiva. Desde los hábitos de prevención de la salud, hasta la organización y liderazgo de grupos en busca de mejores condiciones sociales y económicas.

Finalmente, una advertencia, producto de experiencias vividas ante presentaciones sobre el tema. Ciertamente, en los estudios sobre envejecimiento se trata de aspectos negativos y deprimentes en el último ciclo de la vida. Pero, al igual que cuando se estudia la pobreza, la situación de la mujer, el deterioro ambiental, la criminalidad o la salud pública, también en el envejecimiento resulta que son los aspectos problemáticos y su potencialidad de crisis los que otorgan importancia a su evaluación y estudio ante las necesidades que acarrearán. En éste y al igual que en los demás temas, las intenciones finalmente son resolver, aminorar y prevenir problemas.

CUADRO I

POBLACIÓN (EN MILES) DE AMBOS SEXOS EN GRANDES GRUPOS DE EDAD. MÉXICO, 1930-2030

<i>Edad</i>	1930	1940	1950	1960	1970	1980	1990	2000	2010	2020	2030
Total	16,902	20,259	26,219	35,609	49,735	66,559	83,480	99,160	111,671	121,750	130,329
0-14	6,943	8,495	11,128	16,339	23,712	29,986	32,798	32,875	30,371	27,068	24,955
15-64	9,515	11,200	14,281	18,110	24,341	34,231	47,558	61,695	74,628	84,848	90,144
65 +	445	564	811	1,160	1,682	2,342	3,124	4,590	6,672	9,833	15,231
<i>Distribución porcentual</i>											
0-14	41.1	41.9	42.5	45.9	47.7	45.0	39.3	33.1	27.2	22.2	19.2
15-64	56.3	55.3	54.4	50.8	49.0	51.5	57.0	62.2	66.8	69.7	69.1
65 +	2.6	2.8	3.1	3.3	3.4	3.5	3.7	4.6	6.0	8.1	11.7

Elaboración y conciliación con datos de:

INEGI, *Censos Generales de Población y Vivienda. 1930 a 1990*

CONAPO, *Proyecciones de Población 1990-2030.*

Mier y Terán, Martha. *Evolution de la population mexicain a partir des donnés de renseignements 1895-1970.*

CUADRO 2
 PORCENTAJE DE REEMPLAZO DEL ÚLTIMO SALARIO,
 POR AÑOS DE APORTACIÓN EN AFORES Y POR TASA DE INTERÉS

<i>Años</i>	<i>Santander</i>	<i>Afore XXI</i>	<i>Atlántico</i>	<i>Bancomer</i>	<i>Inbursa</i>	<i>Sin comisión</i>
<i>Tasa real de interés de 4 %</i>						
25	16 %	16 %	18 %	19 %	21 %	23 %
30	20 %	20 %	23 %	24 %	26 %	29 %
35	24 %	25 %	28 %	31 %	32 %	38 %
<i>Tasa real de interés de 5 %</i>						
25	18 %	18 %	20 %	21 %	23 %	27 %
30	23 %	24 %	26 %	28 %	30 %	36 %
35	30 %	30 %	33 %	37 %	38 %	47 %
<i>Tasa real de interés de 6 %</i>						
25	21 %	21 %	22 %	25 %	26 %	31 %
30	28 %	28 %	30 %	34 %	34 %	43 %
35	36 %	37 %	39 %	46 %	44 %	58 %

Fuente: Consultores Asociados de México

Hipótesis:

65 años como edad de retiro

Incremento salarial del 1 % real

Comisiones autorizadas por el CONSAR a cada afore

Se excluye la aportación al Instituto Nacional del Fondo Nacional a la Vivienda de los Trabajadores (INFONAVIT)

Anualidad vitalicia mancomunada a 90 %, con tasa de descuento de 6 %

Población, crisis y perspectivas demográficas en México
se terminó de imprimir en diciembre de 2005 en
Grupo Edición, S.A. de C.V., Xochicalco 619, Col.
Vértiz-Narvarte, 03600, México, D.F., en papel cultural
de 75 g y cartulina couché de 250 g. Se utilizaron en
la composición tipos Adobe Garamond y Minion.
El cuidado de la edición estuvo a cargo de María G.
Giovannetti; la formación tipográfica, de Irma G.
González Béjar, y la coordinación editorial fue respon-
sabilidad de Víctor Manuel Martínez López. Se tiraron
200 ejemplares más sobrantes para reposición.